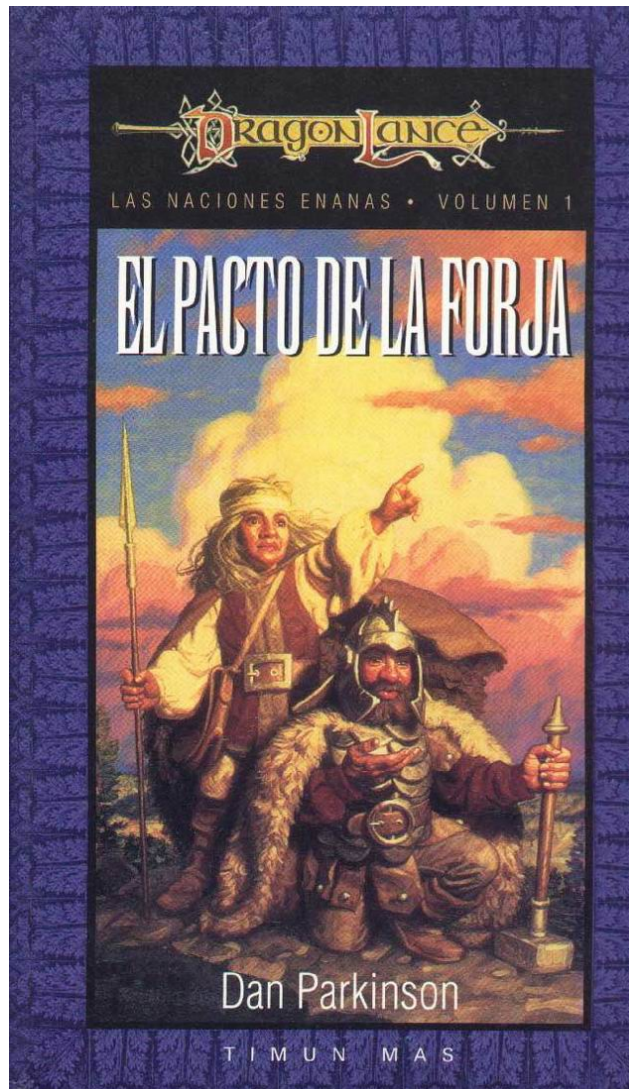


Dan Parkinson

El Pacto De La Forja

Las naciones enanas - Volumen 1



Libros Tauro
www.LibrosTauro.com.ar

Para Randy Y Jenny Scott

Mi especial agradecimiento a Pat McGilligan por su paciencia, a Harold Johnson por compartir sus conocimientos sobre los enanos de Krynn, y a Sue Weinlein por un toque de luz de sol.

INDICE

UNA VISLUMBRE DE PROFECÍA.....	4
LOS TAMBORES DE THORIN	8
<i>Primer Derramamiento De Sangre</i>	<i>9</i>
<i>La Canción De Los Tambores.....</i>	<i>12</i>
<i>Estero Ojos De Ascu.....</i>	<i>19</i>
<i>El Augurio De La Espada.....</i>	<i>25</i>
<i>El Corazón De Everbardin.....</i>	<i>31</i>
<i>La Traición.....</i>	<i>37</i>
<i>La Noche De Las Últimas Lunas.....</i>	<i>44</i>
<i>El Ataque</i>	<i>48</i>
<i>La Batalla Del Alcázar.....</i>	<i>54</i>
<i>Solsticio Sangriento.....</i>	<i>59</i>
<i>Los Exiliados</i>	<i>65</i>
LAS TRIBUS DE KAL-THAX	69
<i>Tierra De Conflictos.....</i>	<i>70</i>
<i>Los Defensores</i>	<i>76</i>
<i>El Precio De La Traición</i>	<i>83</i>
UN TOQUE CABALLERESCO	87
<i>Pasar A Un Caballero</i>	<i>88</i>
<i>Una Deuda De Servicio.....</i>	<i>94</i>
EL LEGADO DE URKHAN	101
<i>El Subsuelo De La Montaña.....</i>	<i>102</i>
<i>Ambición Pagada Con Sangre</i>	<i>108</i>
<i>Las Profundidades.....</i>	<i>114</i>
EL PUEBLO DEL ÁRBOL DE LA VIDA.....	121
<i>Forja De Vínculos</i>	<i>122</i>
<i>Encuentro Con Elfos.....</i>	<i>129</i>
<i>Los Nuevos Vecinos.....</i>	<i>136</i>
<i>El Concierto De Un Tratado</i>	<i>144</i>

THORBARDIN	152
<i>El Pacto Y El Asesino</i>	153
<i>Sellado Con Sangre</i>	159
<i>El Camino Hacia La Razón</i>	166
<i>El Paso De Tharkas</i>	172
<i>Padre De Reyes</i>	177

PRÓLOGO

UNA VISLUMBRE DE PROFECÍA

A excepción de los dragones, que surgieron del propio mundo, el primer pueblo de Krynn fue el elfo. Ésta fue la conclusión a la que llegó Mistral Thrax al principio de su búsqueda de certidumbres entre las complejidades de un mundo incierto.

Pocos recordarían sus tempranos enunciados respecto a la secuencia de los orígenes, pues por aquel entonces Mistral Thrax estaba considerado como una persona rebotante de cerveza fuerte y de extravagancias; por otra parte, a muy pocos entre los habitantes de las altas montañas les importaban realmente cosas tales como quién había llegado primero y por qué. Este tipo de ideas eran para los muy viejos, que no tenían nada mejor que hacer que cavilarlas. Ya en esa época, cuando Mistral Thrax inició sus estudios sobre el saber tradicional tras quedar mutilado en un desprendimiento de rocas, tenía más de doscientos años.

De esta suerte, sus cálculos apenas se tomaron en cuenta. Pero la lógica de sus conclusiones satisfizo a Mistral Thrax y lo indujo a continuar con sus estudios.

Estaba convencido de que los elfos eran los primeros experimentos de los dioses, -en particular de Reorx, el Forjador del Mundo-, para crear seres de su propia concepción en un mundo que hasta entonces tenía sólo sus propias criaturas: los dragones, y los animales que eran sus presas.

Y así los dioses proyectaron y crearon a los elfos. Mistral Thrax admitía que los elfos, a su estilo, eran hermosos, pero estaba convencido de que los dioses se habían sentido progresivamente defraudados al cabo de un tiempo porque los elfos -como tal-, eran fundamentalmente decorativos pero no particularmente funcionales. Se contentaban con existir y tener largas vidas. No hacían nada de verdadero valor, en opinión de Mistral Thrax. En todos sus estudios, el viejo enano sólo encontró una cosa hecha por los elfos que mereciera la pena tener en cuenta: habían reclamado los bosques de Silvanesti como su hogar, con lo que fastidiaron a los dragones, muchos de los cuales consideraban Silvanesti como suyo.

Ésta, según Mistral Thrax, era la razón de que gran parte de la historia estuviera marcada por escaramuzas periódicas y al menos una guerra a gran escala, que había comenzado con ataques de los dragones a los elfos.

En su preocupación por dar con el equilibrio adecuado, los dioses lo intentaron de nuevo. En esta ocasión, crearon a los ogros. Y, una vez más, se vieron defraudados. Los ogros habían sido una raza prometedora, -aunque falta de imaginación y aburrida-, pero con el tiempo se inició un proceso de deterioro en su cultura y finalmente se convirtieron en los ogros del presente, unos grandes brutos hoscos y huraños que, en el mejor de los casos, constituían una molestia y podían llegar a ser una verdadera amenaza.

Varios dioses, determinó Mistral Thrax, probaron entonces a diseñar una clase mejor de seres. Qué dioses pudieron haber originado monstruosidades tales como los goblins, los minotauros y otras criaturas parecidas era un dato que Mistral Thrax pasó por alto dando por sentado que esos dioses en particular estarían probablemente avergonzados de lo que habían hecho y no era asunto suyo echar la culpa a nadie.

Pero Reorx el Forjador pareció darse cuenta de los problemas que acosaban a su mundo y volcó toda su atención en diseñar la raza perfecta. A entender de Mistral Thrax, Reorx debió de haber creado a los humanos a continuación, utilizando el modelo básico de los elfos pero infundiendo en las nuevas criaturas enormes energías, impulsadas por la certeza de una duración de vida corta. De nuevo, en opinión de Mistral, fue un buen intento pero todavía imperfecto. Sin duda, los humanos demostraron ser una raza demasiado caótica para gusto de Reorx, e incluso se las arreglaron para desvirtuar sus facultades básicas de manera que algunos de ellos se convirtieron en gnomos y, posiblemente, incluso en kenders (aunque Mistral admitía que había cierta evidencia de que los kenders pudieron haberse originado de alguna aberración imprevista entre los elfos).

Su intención y su promesa, -en su doscientos cumpleaños-, habían sido dedicar el resto de su vida al estudio del saber tradicional. Por consiguiente, cien años más tarde, y todavía vivo, seguía haciéndolo. Mistral Thrax produjo copiosos montones de pergaminos durante aquellos años, pensando obsesivamente en los misterios del mundo e investigándolos uno por uno, utilizando la buena lógica enana. Pero el hilo de todas sus teorías de principio a fin era que Reorx, una vez decidido a crear la raza adecuada, no cesó en su intento hasta que lo hubo conseguido.

La raza correcta, -la obra maestra del dador de vida-, era todo cuanto cualquier dios podría haber deseado en un pueblo elegido. No tan alta y problemática ni de vida tan corta como la humana, pero tampoco tan indecorosamente longeva como la elfa, la nueva raza estaba dotada con todas las habilidades que un pueblo necesitaba. Fabricaban buenas herramientas y sobresalían en su uso. De miembros robustos y fuertes, podían tallar piedra con la facilidad con que otras razas tallaban la blanda madera. Poseían la imaginación y la inventiva de las que carecían los ogros, el sentido del progreso y la determinación porfiada que no tenían los elfos, y la continuidad de propósito que les faltaba a los humanos.

A través de pruebas y errores, Reorx, en su sabiduría, había creado al fin un pueblo adecuado para el mundo de Krynn: la raza enana. Cuentan las leyendas que Reorx estaba tan satisfecho con su pueblo que, originalmente, los llamó a todos Herrero, aunque aquello acabó por provocar tal confusión que los enanos se dieron otros nombres personales según las necesidades, y, finalmente, ninguno de ellos, -que Mistral Thrax supiera-, se llamó Herrero.

De este modo Mistral Thrax esclareció el origen de la raza enana para cualquiera a quien pudiera interesar.

A partir de ahí, habiendo sobrepasado los trescientos años y siguiendo vivo, continuó resumiendo la historia del mundo hasta la fecha.

En los primeros tiempos, los enanos se habían dispersado por toda la faz de la tierra a la búsqueda de lugares más altos, y las tribus quedaron separadas. Existían leyendas de un lugar llamado Kal-Thax en el que muchos se habían instalado, y quizá también otros muchos sitios semejantes, pero los enanos relacionados con Mistral Thrax, -los calnars-, se encontraban circunscritos todos en el reino de Thorin y estaban allí desde hacía mucho tiempo.

La realidad y la leyenda resultaban muy confusas en muchos puntos, pero algunas cosas estaban claras:

-La raza humana se había extendido y multiplicado hasta el punto que nadie sabía quiénes eran o dónde se encontraban todos.

-La raza elfa se había aferrado a los bosques de Silvanesti a lo largo de una docena de asedios de los dragones y de una guerra a gran escala, aunque algunos elfos habían emigrado al oeste y ahora vivían en alguna otra parte.

-Todavía había ogros aquí y allí, incluida una numerosa colonia al sur de Thorin, un lugar llamado Bloten. La arquitectura original de Thorin era de diseño ogro, pero había sido abandonada mucho tiempo atrás, y, tras unas cuantas escaramuzas con los calnars, en la actualidad los ogros tendían a dejar en paz a los enanos.

-Y en algún momento del ahora lejano pasado, -al menos hacía cuatrocientos años, según los cálculos de Mistral Thrax-, la magia se había introducido en Krynn. Algunos decían que era obra del propio Reorx, llevado al mal camino por otros dioses. Otros decían que la magia había llegado en la forma de una gema gris que descendió sobre el mundo y fue atrapada por los humanos durante un tiempo y posteriormente liberada por los gnomos. Incluso había una leyenda sobre un valeroso y trágico pescador enano que se interpuso en el camino de la fuente de la magia e intentó detenerla derribándola con su lanza.

Pero, procediera de donde procediera, la magia había llegado a Krynn, y para los enanos fue la mayor abominación: un poder carente de lógica, una fuerza sin las racionales y confortadoras reglas de la piedra y el metal, de la luz y la oscuridad, de las lunas y las montañas, y del ritmo de martillos y tambores.

Los enanos no querían tener nada que ver con la magia y hacían caso omiso de ella. Pero sus efectos se notaron.

La última guerra de los dragones en la distante Silvanesti, por ejemplo, era mucho peor que cualquiera de los conflictos previos habidos allí. Esta vez, los dragones habían atacado utilizando magia, y los resultados se habían extendido por todas partes. Poco se sabía en Thorin sobre la propia guerra, salvo que, a medida que los elfos se aferraban a sus bosques y contraatacaban, el conflicto trascendía a otros reinos. Ahora, por todas partes, a lo largo de todas las tierras conocidas, se estaban produciendo grandes emigraciones, y los enanos y sus vecinos estaban muy preocupados. El mal se había puesto en movimiento, y todos lo sabían.

En una tarde de primavera, cuando la luz en los conductos del sol empezaba a declinar, Mistral Thrax reflexionó sobre sus pergaminos y lo que podían significar. En las hebras de realidad y leyenda con las que intentaba tejer, -del mismo modo que se teje un tapiz de muchos colores a fin de ver las imágenes que revelará- había indicios inquietantes, perturbadores. Mistral Thrax había tratado de conocer a fondo la historia y, al adquirir ese conocimiento, había descubierto que iba en dos direcciones: de vuelta a través del tiempo a lo que había sido y, de algún modo, hacia adelante, apuntando lo que aún estaba por ser. Y no todo lo que veía allí le gustaba.

Notaba la proximidad del cambio; un cambio que sería doloroso para todo su pueblo. Notaba que, de algún modo, la magia podía tocar las vidas de los calnars, y que nada volvería a ser igual.

Los habitantes de las alturas: así llamaban a los calnars sus vecinos humanos. El pueblo de las altas cumbres. En el lenguaje de los enanos, el término para esa definición era "hylar" y, de alguna manera, esa palabra contenía un significado especial en las hebras que conducían al futuro.

A eso se sumaba su hallazgo de un pequeño apunte de leyenda que no parecía encajar con nada del pasado y que, por ende, tenía regusto profético: una leyenda acerca de que en algún lugar, en algún tiempo, alguien muy importante se llamaría Damon. Ése, rezaba la leyenda, sería el nombre del Padre de Reyes.

Como había hecho muchas veces en el pasado, cuando reflexionaba sobre tales cosas, Mistral Thrax suspiró y se frotó la dolorida cabeza con las viejas y encallecidas manos. Luego, apartó a un lado sus pergaminos, cogió su muleta y bajó el pabilo de la lámpara. Había una larga caminata desde su cubículo hasta el establecimiento de Lobard en la plaza mayor, pero al final del recorrido lo aguardaban pequeños consuelos: una jarra de buena cerveza, carne de puchero y media barra del rico pan calnar.

En todos estos años de investigación, Mistral Thrax nunca había encontrado respuestas verdaderas a sus interrogantes en la cerveza del establecimiento de Lobard, pero ésta aliviaba sus achaques y no le hacía ningún mal.

PRIMERA PARTE

LOS TAMBORES DE THORIN

**El Reino Enano De Thorin
Montañas Khalkist
Siglo Del Viento
Década Del Roble
Año Del Hierro**

Primer Derramamiento De Sangre

Marra Dos Fuegos tiró de las riendas cuando la patrulla entró en el desfiladero de la Grieta, y Piquin respondió a la orden. El gran corcel aminoró su veloz galope a un trote ligero y después aflojó el paso de nuevo al mantenerse la ligera presión del bocado de plata en su lengua. Sobre su lomo, la silla de montar engrasada crujía suavemente, y la fina malla de acero de la loriga susurraba con el vaivén.

Detrás de Marra Dos Fuegos, los otros también aflojaron la marcha y volvieron las cabezas, protegidas con brillantes yelmos, para inspeccionar las empinadas pendientes que se alzaban a ambos lados de la senda. Justo al frente, las vertientes se cerraban y se convertían en los escarpados riscos que daban nombre al desfiladero. Marra Dos Fuegos echó una ojeada en la dirección por donde habían venido. La luz de la tarde en declive penetraba en el desfiladero oblicuamente, y las sombras trepaban por la senda que dejaban a sus espaldas a medida que el astro descendía hacia los dentados picos de las Cunas del Sol, en la lejanía.

Quedaban dos horas de luz, tiempo suficiente para pasar el desfiladero de la Grieta y acampar durante la noche al otro extremo, donde empezaban los campos de azúcar. Desde allí, ya de anochecida, se veían las luces de Thorin a través del valle del Canto del Martillo. Quedaba luz suficiente, siempre y cuando el recorrido por la estrecha garganta transcurriera sin novedad. Pero Marra Dos Fuegos sentía el vello de la nuca erizado bajo el yelmo, y se levantó sobre la alta silla de montar para escudriñar en derredor, estrechando los ojos y con el entrecejo fruncido. Algo parecía estar fuera de lugar... Algo que no supo determinar en un primer momento, pero después sí: había demasiado silencio. En una tarde brillante de mediados de verano como aquella, con el sol casi rozando las cumbres de las Cunas del Sol, debería haber habido toda suerte de sonidos en los agrestes parajes montañosos. Debería haber habido halcones vespertinos dando vueltas y chillando en lo alto, y palomas torcaces volviendo a los riscos desde los campos. Debería haber habido ardillas escandalizando con su cháchara, y conejos escabulléndose entre los matorrales: un coro completo de amortiguados sonidos salvajes.

Pero no se oía nada. Era como si el mundo se hubiera quedado callado, y el silencio daba a los cercanos riscos una sensación ominosa.

A Marra nunca le había gustado el desfiladero de la Grieta. Era el lugar perfecto para una emboscada, una garganta angosta en la que los enemigos podían acechar ocultos por encima de la senda y atacar a placer. Una vez, hacía mucho tiempo, los propios calnars lo habían utilizado así. Sin embargo, desde aquellos tiempos lejanos, ninguna patrulla fronteriza de Thorin había sufrido algo parecido a una emboscada.

Después de todo, pensó Marra, ¿quién había ahora para tender una celada? ¿Los ogros? Uno o dos de esos brutos podrían concebir algo así, pero, a pesar de su tamaño y su ferocidad, poco podían hacer uno o dos ogros contra una patrulla montada de enanos, y hasta el ogro más solapado y brutal se daría cuenta de eso. Entonces, ¿humanos? En estos tiempos había humanos por todas partes, más cada vez, al parecer. Thorin estaba flanqueado por reinos humanos al norte y al sur, pero nadie recordaba que hubiera habido conflictos serios con Golash y Chandra. Las gentes de esas regiones dependían de los

enanos de Thorin para obtener muchos productos, al igual que los enanos dependían de los humanos para el comercio.

¿Humanos salvajes? También había de éstos, por supuesto; bandas viajeras de nómadas, apiñamientos ocasionales de fugitivos de uno u otro conflicto lejano. Marra y su pelotón habían visto bandas de humanos en la distancia durante las semanas de patrulla; en apariencia, más que nunca. Pero los vagabundos habían guardado las distancias, y ninguno pareció plantear una verdadera amenaza. Seguir y observar a uno de estos grupos había sido la causa de que la patrulla se encontrara aquí ahora, kilómetros al norte de su ruta habitual. Por lo general, las patrullas que venían de regreso cruzaban la cadena montañosa por la calzada de Chandera, no por el desfiladero de la Grieta.

¿Elfos, entonces? Todos los elfos de los que Marra había oído hablar estaban muy lejos, hacia el sureste, más allá de las Khalkist. En el pasado, unos cuantos habían visitado Thorin por Balladine, pero no en los últimos años. Se decía que los elfos tenían mucho trájín combatiendo a los dragones por el dominio de sus amados bosques. Además, nunca había habido conflicto entre los elfos y los calnars. Ambas eran razas inteligentes y no tenían motivo para luchar.

Con todo, una especie de presentimiento rondaba a Marra, y esa sensación la suscitaba la garganta que había al frente. Hacía que la barba se le crispaba en un tic nervioso.

Ágata Tizón Brillante y Buril Esquirra habían hecho avanzar a sus monturas hasta situarse a los flancos de su líder. Ágata se dio cuenta entonces de lo mismo que Marra había notado un momento antes.

-Está silencioso, -dijo el enano de barba partida-. Ningún pájaro.

-Ninguno, -convino Marra-. Tal vez haya alguien en el desfiladero.

-No se ve a nadie, -comentó Buril mientras examinaba las empinadas paredes.

-Probablemente no ocurre nada, -admitió el líder-. Soy demasiado suspicaz, eso es todo. Si hubiera algún problema, nuestro explorador lo habría visto y habría regresado para informar.

-Poco pasaría por alto a los agudos ojos de Dalin, -asintió Ágata-. Probablemente nos estará esperando en los campos de azúcar. Tienes la tensión propia del viaje, Marra. A todos nos vendrá bien regresar a casa. Que otros patrullen la frontera en el próximo turno.

Marra echó otra ojeada penetrante al desfiladero que había al frente y luego se encogió de hombros.

-Tienes razón. Es la tensión del viaje. -Levantó la mano y dio la señal de avanzar-. ¡En línea de a dos! -ordenó-. ¡Mañana estaremos en el alcázar de Thorin!

Piquin sólo necesitó un leve taconazo para reanudar su largo trote; la patrulla remontó la cuesta y las altas paredes de la garganta se alzaron a su alrededor. El sol estaba ahora directamente detrás, y sus largas sombras se extendieron ante ellos, precediéndolos en el silencioso desfiladero.

Recorrieron kilómetro y medio en completo silencio, salvo por los ecos de los cascos herrados de sus caballos y el tintineo de las espadas contra los escudos. Al cabo de otro kilómetro tuvieron a la vista la cumbre de la senda, la zona más angosta del desfiladero, donde las paredes escarpadas se alzaban como murallas sobre el suelo sembrado de piedras, y el cielo despejado brillaba entre ellas. A partir de allí, la garganta volvería a ensancharse, y la senda sería cuesta abajo todo el camino hasta el vado exterior, justo por encima del rugiente cañón donde el río Hueso desembocaba en el Canto del Martillo.

Mañana cruzarían los dos ríos, con Thorin a la vista. Mañana por la noche dormirían en sus propias camas.

Al acercarse a la cima de la senda los enanos sintieron una oleada de alivio. El estado de ánimo de Marra los había afectado a todos, y había reinado un tenso nerviosismo durante la ascensión. Pero ahora la cumbre del paso estaba justo delante, y al otro lado estaba el cielo abierto, el cielo de Thorin, donde las paredes de la garganta se alejaban en declive. Habían pasado lo peor del desfiladero y no había ocurrido nada.

-Os invito a un barrilete de la mejor cerveza de Lobard mañana por la tarde, -ofreció Ágata Tizón Brillante, volviéndose a mirar a los que marchaban detrás de él-. Tan pronto como Marra haya entregado el informe a Willen Mazo de Hierro. Lo prometo: un barrilete lleno. Después de eso, dependerá de cualquier otro el aliviar nuestros dolores de estar de patrulla.

-Yo invito al segundo barrilete, -ofreció Buril Esquirla-, si es ésa la clase de alivio que tienes en mente.

-Lo dudo, -bromeó alguien en las filas-. Últimamente, Ágata encuentra más alivio en los relucientes ojos de Lona Cabeza de Yunque que en toda la cerveza de Lobard.

-Ocúpate de tus propios ojos relucientes y manténlos bien abiertos, -replicó Ágata-. Todavía no hemos salido de este agujero.

En la misma cima de la senda, Marra Dos Fuegos escudriñó las encumbradas paredes, y luego bajó la vista cuando Piquin resopló. Los ojos del enano se desorbitaron y su mano tiró de las riendas.

-¡A las armas! -gritó-. ¡Escudos arriba! ¡Es una trampa!

Justo al frente, donde la senda empezaba a descender, yacían dos formas inmóviles. Dalin Barra de Hierro no volvería a explorar para otras patrullas. Estaba muerto. A unos cuantos palmos de distancia estaba tendido el cuerpo de su caballo, con una jabalina rota sobresaliendo en su costillar.

-¡Ojo arriba! -chilló Marra-. ¡Defendeos!

Pero era demasiado tarde. Incluso mientras la palabra "defendeos" salía de sus labios, una flecha voló para clavarse en su desprotegida garganta y hundirse en su pecho.

En un instante, el aire vibró con el silbido de flechas y saetas, el zumbido de lanzas y el estrépito de piedras arrojadas.

Ágata Tizón Brillante vio caer a su líder y levantó su escudo oval justo a tiempo de desviar una mortífera flecha. Esquivó otra agachándose, y una tercera hundió su desgarradora punta en su muslo, pasando por debajo del escudo. Dos flechas sobresalían del cuello de su caballo, y Ágata saltó de la silla cuando el enorme animal empezó a dar bandazos y sacudidas, ciego de dolor. El enano chocó con fuerza contra la pedregosa senda, rodó sobre sí mismo y se deslizó tras un peñasco caído al tiempo que otras flechas buscaban su cuerpo, silbando desde lo alto de las escarpadas paredes.

Había hombres allá arriba. Donde no había habido nada hacía un momento, ahora las laderas bullían con humanos que salían de sus escondrijos. Una voz humana, áspera e imperiosa, gritó:

-¡Bloquead esa senda! ¡No dejéis que escape ninguno! ¡Matad a los enanos! ¡Matadlos a todos!

Muy cerca, Ágata escuchó un zumbido familiar y miró en derredor. Buril Esquirla todavía seguía encaramado a la silla de montar, moviendo el escudo aquí y allí mientras su caballo giraba y cabrioleaba. Buril paraba saetas frenéticamente y hacía girar su honda de malla al tiempo que sus ojos recorrían veloces la parte alta de las laderas. Encontró un blanco, dejó volar la honda, y una piedra del tamaño de un puño salió silbando hacia arriba. Alguien dejó escapar un angustioso grito en lo alto, y un humano barbudo se desplomó

desde la pared del risco para ir a estrellarse en el suelo a menos de cuatro metros de donde Ágata estaba agachado.

El dolor en el muslo era insoportable, pero Ágata apretó los dientes, parpadeó para aclarar los ojos borrosos y desenvainó la espada. Partió el astil que le sobresalía del muslo y se puso de pie. Desviando una flecha con el guantelete, se tambaleó ligeramente y lanzó un grito de guerra. Luego, agazapado, impulsado por sus robustas piernas, trepó por la pendiente más cercana, directamente a la línea de ataque.

Su carga cogió por sorpresa a algunos de los humanos. Las flechas pasaron rozándolo, y a no tardar se encontró en una estrecha cornisa en medio del grupo de asaltantes; su espada arremetió y acuchilló trazando arcos de plata que enseguida se tornaron rojizos. Un humano cayó de la cornisa, luego otro, y otro más conforme el enfurecido enano proseguía con su carga, directo al grueso del grupo.

Seis de los atacantes emboscados cayeron de la cornisa, y su sangre se derramó a la luz del sol poniente, antes de que otro de ellos se situara detrás de Ágata Tizón Brillante y le atravesara el corazón con su lanza. Incluso entonces, con la punta de la flecha asomándole por el pecho, Ágata se las arregló para propinar un golpe más con su goteante espada, y la mano cercenada de un humano cayó hacia las sombras del desfiladero.

Luego se tambaleó, dejó caer su espada y se hincó de rodillas. Oyó, débilmente, los ruidos del combate resonando una y otra vez en la estrecha garganta. Algunos calnars, en alguna parte, todavía luchaban, haciendo todo lo posible para que la emboscada les saliera cara a los humanos que la habían puesto. Pero no tenían la menor posibilidad, y Ágata lo supo mientras la oscuridad lo envolvía. ¡Demasiados humanos! Cincuenta o más, como mínimo. Tal vez un centenar, y ellos sólo eran catorce... o los que fuera que quedaran ya.

-¡Thorin! -intentó gritar al tiempo que la sangre le salía a borbotones por la boca-. ¡Thorin Hogar de Enanos! Thorin Everbardin... esperanza y consuelo, acógeme en tu seno...

Abajo, en el fondo del desfiladero de la Grieta, las sombras se deslizaban sobre la espantosa matanza. Aquí, un enano se agazapaba detrás de su caballo muerto, todavía rechazando a los atacantes. Allí, otro, -sangrando por infinidad de cortes-, utilizaba su escudo como un arma en un último intento de recuperar su espada caída.

Pero la lucha llegó a su fin cuando los vociferantes humanos descendieron en tropel a la estrecha garganta para rematar la carnicería. El último calnar que murió era un fiero joven llamado Taladro Plancha de Bronce. Al tiempo que la última flecha lo atravesaba, intentó pronunciar las mismas palabras que Ágata Tizón Brillante había musitado, pero sólo consiguió articular unas pocas.

-Thorin, -jadeó-. ¡Thorin Everbardin!

La Canción De Los Tambores

Aquí, en las cornisas exteriores de Thorin, exuberantes prados remataban las gigantescas terrazas escalonadas que habían sido excavadas en las escarpadas laderas montañosas. Vastos campos de grano formaban mosaicos curvos, dibujos de vívidos colores bajo la luz del sol de media mañana que coronaba los picos del este, afilados como sables. En las terrazas inferiores, los campos tenían tonalidades doradas y rojo profundo allí donde las tempranas cosechas maduraban. Sobre éstas, había dibujos de ricos tonos pastel, y aún más

arriba, -donde las terrazas flanqueaban jardines florales-, los colores eran verdes, tan profundos y brillantes como esmeraldas.

Aquí, más que en ninguna otra parte del reino de Thorin, el paisaje y las obras salidas de la mano del hombre tenían el toque de los ogros. No como los oscuros y burdos cubiles de los ogros que todavía pululaban por los pasos de las montañas salvajes, lejos, más allá de las tierras colindantes con Thorin, Golash y Chanderá, sino el sólido y estricto diseño de tiempos antiguos, cuando los ogros -según decían algunos-, habían dominado todo el territorio de las Khalkist.

Se notaba en la amplitud y anchura de las terrazas, en la precisa separación de los caminos que ascendían entre ellas. No había memoria ni referencia en el saber popular de que los ogros hubieran vivido aquí, y, a pesar de que se los veía de vez en cuando, ellos y su raza no eran los constructores originales de Thorin.

Ahora los ogros eran seres primitivos, a menudo salvajes, brutales en sus costumbres y también en su entorno. Pero había habido en el pasado ogros de otra clase. Remotos antepasados de las enormes y bestiales criaturas de la actualidad, aquellos ogros del lejano pasado habían roturado laderas de montañas a su gusto y habían excavado sus frías y uniformes guaridas en el mismo corazón de las cumbres.

Así lo afirmaban los más sabios de la raza baja, fornida y activa que habitaba ahora Thorin. Éste había sido en tiempos el hogar de los ogros. Pero los ogros perdieron el poder y olvidaron sus habilidades. Con el tiempo, lo que antaño pudo haber sido una gran civilización se fue deteriorando hasta el salvajismo. Lo que dejaron detrás ya no les pertenecía, narraban las baladas. Las madrigueras eran propiedad de quienes vivían en ellas, de los que las conservaban y mejoraban. Thorin pertenecía ahora a los calnars, por derecho de residencia y tradición.

Thorin era ahora Thorin Everbardin, hogar de los calnars.

En las cornisas exteriores, el aspecto de la antigua artesanía de los ogros se conservaba porque los calnars no habían creído necesario mejorarlo. Los vastos y ricos prados que ordenaban en hileras las laderas de las cumbres más altas de las Khalkist servían bien a los propósitos de los enanos. Cosechas, manadas y rebaños se trasladaban de nivel a nivel con las estaciones, una empresa bulliciosa y activa como las forjas y los talleres de artesanos situados en el interior de Thorin, a gran profundidad en el pétreo corazón de la montaña. No se recordaba en la historia de los calnars -el pueblo conocido por sus vecinos de otras razas simplemente como "los enanos"- haber conocido el hambre.

Ahora se estaba recogiendo la cosecha de mediados de verano en los campos de las zonas más bajas, así como en los plantíos de árboles frutales y en los viñedos que los flanqueaban. Los tambores habían empezado a hablar en los riscos de los puestos de centinelas, allá arriba.

Colin Diente de Piedra, que salía a caballo del alcázar de Thorin para inspeccionar la cosecha, escuchó la voz de los tambores y tiró de las riendas para mirar a lo alto, aunque sabía que la distancia no le permitiría ver a quienes los hacían hablar. Thorin era enorme, y ellos se encontraban muy lejos y muy arriba. Sin embargo, sus tambores lanzaban al claro aire matinal el apagado trueno de la Llamada a Balladine, y el sonido resultaba grato a los oídos.

Handil estaría allí arriba con ellos, por supuesto. Siempre era el gran "vibrante" de Handil el que hablaba primero, marcando el ritmo profundo de la Llamada. Colin Diente de Piedra estrechó los ojos para resguardarlos del sol alto y su mirada buscó el monolito del Primer Centinela. Allí, en la cúspide de esa grandiosa aguja, era donde Handil estaría. Aunque no

podía verlo desde aquí, Colin Diente de Piedra evocó la imagen de su primogénito: fuerte y robusto, con la clásica falda de los montañeses ondeando en torno a sus rodillas, su oscuro cabello y su barba recortada confiriéndole un aspecto fiero mientras percutía el gran tambor de caja metálica que era de su propia creación. El vibral, diseñado y elaborado por Handil, no se parecía a ningún otro tambor cuando emitía los primeros toques de la Llamada a Balladine.

Al pensar en su hijo mayor, Colin Diente de Piedra sintió el tropel de emociones que Handil despertaba en él siempre. Aunque todavía joven, el muchacho tenía la anchura de pecho de un excavador veterano, hombros como los nudosos troncos de los pinos de montaña, y manos poderosas en unos brazos abultados por los músculos.

Con su metro sesenta de estatura, Handil no era tan alto como Willen Mazo de Hierro, el capitán de la guardia de Thorin, pero casi lo igualaba, y su porte era el más imponente que su padre había visto nunca: erguido y robusto, muy musculoso, con la gracia natural de un escalador innato. Sus rasgos eran firmes, planos esculpidos en un ancho rostro enmarcado por una mata de pelo negro y barba corta, al estilo calnar. Sobre los altos pómulos, los ojos grises, pensativos, bien separados, parecían contemplar siempre el mundo y cuanto había en él como objetos de interés.

Decían que Handil se parecía a él, y a Colin Diente de Piedra lo complacía la comparación, aunque él no veía tal parecido.

De todos sus hijos, pensó Colin, Handil era el mejor dotado para convertirse en jefe de los calnars. Un líder innato, -incluso desde su adolescencia, Handil había elegido su curso de acción y otros lo habían seguido-, el joven enano poseía un don natural con las herramientas de cualquier clase y un proceder sereno y reflexivo en todo cuanto hacía.

Aun así, Handil nunca había demostrado el más mínimo interés en la jefatura. Parecía desprovisto de ambición de mando, prefiriendo las ocupaciones en las que era diestro, como trabajar los metales e inventar, y, por encima de todo, la música de los tambores.

Desde que era muy joven, todos los que lo conocían lo llamaban Handil el Tambor, y él parecía muy satisfecho con el nombre.

Colin Diente de Piedra miró hacia arriba al oír incrementarse el volumen del toque de tambores y hacerse más complejo a medida que se sumaban más y más tambores; era la canción de la cosecha de los calnars, retumbando y propagándose por las cumbres. El sonido de los ecos añadía energía a la llamada. Se trataba de la Llamada a Balladine, que llegaba más allá de cumbres y escarpas, hasta los reinos humanos de Golash y Chanderá. Las gentes de allí oirían la canción, empaquetarían sus mercancías y acudirían. Empezarían a llegar dentro de una semana, y sus campamentos cubrirían los valles a los pies de Thorin. Era la costumbre de los calnars, el Balladine de mediados de verano. Y también se había convertido en costumbre para los vecinos humanos.

Sería una época de comercio, de intercambio de noticias y puntos de vista, de discutir sobre fronteras y canjear prisioneros, de conciliar disputas y renovar pactos; una época de fiestas y competiciones, de negociar y hacer trueques; la época en la que los humanos de dos naciones acudían a Thorin para comerciar por los productos de las fundiciones y forjas enanas, y para escuchar con sobrecogido asombro los ritmos profundos, evocadores, de la música montañesa enana. Era el Balladine, y los tambores su voz de llamada.

Colin lo esperaba con impaciencia, como le ocurría siempre. Era divertido ver, una vez al año, los valles a los pies de Thorin atestados de frenéticas multitudes, siempre impacientes, de visitantes humanos. Era interesante visitar sus pabellones, ver qué trabajos habían producido las extrañas y altas criaturas desde el verano anterior. Colin no trataría

personalmente con sus tejedores y vendedores de grano, sus mercaderes de especias y constructores de madera. Dejaría los negocios a Calom Puntal de Martillo y a sus traficantes. Pero habría ocasiones para intercambiar historias con Garr Lanfel y Bram Talien, y quizá para compartir buena cerveza enana con ese viejo bribón de Riffin Dos Árboles y ver quién de los dos rodaba antes bajo la mesa, borracho.

El trato habitual con humanos, a entender de Colin, podía volver loca a una persona razonable. Pero una vez al año era agradable reunirse con los que se habían convertido en amigos.

Colin Diente de Piedra asintió para sus adentros y después volvió a mirar hacia el Primer Centinela cuando las voces de los tambores aumentaron de volumen. Puede que Handil no tuviera interés en gobernar, pero el muchacho podía hacer que las montañas cantaran cuando se lo proponía.

¡Handil el Tambor! Colin Diente de Piedra sacudió la cabeza, con el entrecejo fruncido. Entre los calnars, nadie podía decirle a otro lo que debía llegar a ser, pero había ocasiones en las que el viejo cabecilla enano habría querido poder coger a Handil por los hombros, - como había hecho cuando era un mozalbete-, y sacudirlo para despertar más ambición en esa misteriosa mente suya.

Sin embargo, tenía tiempo de sobra. Aunque en su cabello y su barba había mechones de escarcha, Colin Diente de Piedra todavía era un enano vigoroso, con la mente clara, y su robusto cuerpo estaba tan fuerte como el de un buey. El asunto de la sucesión no era apremiante.

Handil se casaría muy pronto con Jinna Romperrocas, y el matrimonio podría cambiar sus costumbres.

-Es por el trato con los humanos, -masculló para sí mismo-. A veces me siento tan impaciente como esas criaturas de corta vida.

A su debido tiempo, Handil decidiría qué iba a ser. Y si no Handil, entonces había otros del linaje del jefe que podrían demostrar su valía. Estaba Tolon, que aún se hallaba a tiempo de superar su carácter sombrío y malhumorado. Y Cale, si es que alguna vez conseguía cortarle las alas a ese espíritu elfo que le embargaba y plantar los pies en la piedra de la montaña, que era donde tenían que estar.

Cale Ojo Verde, pensó Colin, ceñudo. ¡Cale el Soñador! ¡Vaya nombres que se habían ganado sus hijos!

¿Futuros jefes? La idea lo incomodaba. Un jefe debía tener sus raíces en el clan, porque el jefe era el clan. Pero Cale Ojo Verde sólo tenía raíces en sus sueños de lugares lejanos.

Tolon lo preocupaba a Colin incluso más. Taciturno e intuitivo, Tolon seguía su propio criterio, encerrado en sí mismo, por lo que resultaba difícil adivinar qué camino iba a tomar. Pero lo que era evidente es que a Tolon no le gustaban los forasteros. En particular, desconfiaba profundamente de los humanos, aunque muchos de sus vecinos de esta raza se habían convertido en amigos muy estimados por Colin.

Thorin dependía del comercio, y, en consecuencia, de tratos amistosos con los reinos vecinos. Pero ¿cuán amistosas serían esas relaciones algún día si Tolon Vista Penetrante era el jefe de los calnars? Un gobernante podía cometer pequeños errores, pero jamás incurrir en grandes..., la clase de errores que acarrearían el desastre a su pueblo. Para Tolon, la buena disposición de su padre para aceptar a los forasteros era algo peligroso. Pero, a juicio de Colin, la desconfianza de Tolon hacia los humanos era nefasta. Tal desconfianza podía tener por resultado el cese del comercio, y el comercio era esencial.

No, el sucesor tenía que ser Handil. Handil el Tambor.

Irritado consigo mismo por soñar despierto, Colin Diente de Piedra se irguió en la silla, sacudió las riendas de su gran caballo y descendió por la pendiente al trote para inspeccionar los campos bajos, situados a varios kilómetros. Tras él, los Diez giraron en perfecta formación para seguirlo. Con sus equipos de reluciente acero y pieles de vivas tonalidades, brillaban llamativamente a la luz del sol, y llevaban con orgullo sus lanzas provistas de estandartes. Todos montaban caballos blancos y dorados, cada animal un complemento perfecto y armónico con la montura del jefe.

Muy arriba, en la muralla exterior de la fortaleza de Thorin, Tolon Vista Penetrante, -al que a menudo llamaban Tolon el Meditabundo- observaba desde un mirador umbrío a su padre y a los diez hombres escogidos de su guardia de honor mientras conducían a sus grandes caballos por la inclinada cuesta abajo, en dirección al segundo anillo de campos. Más allá y más abajo, el reino de Thorin se extendía con majestuosa belleza, descendiendo en escalones graduales hasta los frondosos valles de los ríos Canto del Martillo y Hueso, y después elevándose hacia las puntiagudas cumbres de las Cunas del Sol, los picos más occidentales de la cordillera de las Khalkist.

Desde lo alto de los Centinelas, pero ahora dando la impresión de venir de todas partes, los ritmos de la llamada de los tambores crecían y se entrelazaban hasta parecer que las mismas montañas palpitaban con la profunda y obsesionante música. Cuarenta y una veces, -cuarenta y un veranos-, Tolon había escuchado la Llamada a Balladine. Como las estaciones y los paisajes de Thorin, como las acogedoras madrigueras en el corazón de la montaña, la llamada de los tambores formaba parte de su vida y siempre había sido así. Nunca dos veces igual, y, sin embargo, tan inmutable como los propios riscos montañosos, la Llamada a Balladine le resultaba tan familiar como el sol sobre las cumbres. Pero ahora notaba un nuevo tono; no en los ritmos en sí, sino en sus ecos o en el modo en que se propagaban por el aire: Más presentido que oído, aquello tenía un trasfondo oscuro y profético para los oídos de Tolon. Un profundo ceño frunció su atezada frente.

Durante toda su vida, a mediados de cada verano, Tolon Vista Penetrante había escuchado la Llamada y presenciado la reunión de reinos que la seguía. En Balladine venían los humanos de Golash y Chandera, y, a menudo, también otros. A veces acudían tribus nómadas de las llanuras del otro lado de las Cunas del Sol, atraídas por los tambores y por las leyendas de la gloria de Thorin; y otros, Tolon lo sabía, atraídos por la envidia a las riquezas de los enanos. Pero, fuera por la razón que fuera, llegaban cada verano; y otros también. Los ogros de los desfiladeros altos estarían al acecho detrás de los Centinelas, escuchando los tambores. Incluso los elfos habían acudido de vez en cuando, aunque no en los últimos años debido a las guerras con los dragones. Era la esencia de Balladine. Nunca dos veces igual, pero sin cambiar realmente. En el apogeo de Balladine, los visitantes en sus campamentos solían superar en número a los enanos de Thorin en un porcentaje de diez a uno. A menudo, en las competiciones y los puestos de venta, había enérgicas discusiones. A veces surgían incidentes: un disturbio poco importante, una pelea por una baratija o por el modo en que se había ganado una competición. Estaban los inevitables hurtos, las habituales riñas, en ocasiones el apuñalamiento o el duelo violento.

Pero todo ello era parte de Balladine. Eran los resultados previsibles de juntarse y entremezclarse libremente demasiada gente de diferentes opiniones y diferentes razas. Rara vez las consecuencias eran serias, y los jefes humanos de Golash y Chandera parecían tan determinados como Colin Diente de Piedra en que ningún daño irreparable perjudicara la feria estival. Eran humanos, por supuesto, y no resultaba fácil confiar en ellos, pero parecían estar de común acuerdo con los enanos.

Ahora, no obstante... Tolon se estremeció ligeramente y ajustó su ropaje de gamuza tejida, -de manufactura humana, hecha por algún tejedor de Golash-, en torno a sus anchos hombros. Dio media vuelta, se dirigió hacia el pequeño cuarto que había detrás del balcón y abrió la puerta de marco de hierro instalada en el arco de piedra. Vaciló un instante mientras sus ojos se ajustaban de la luz del día al resplandor del fuego.

-¡Tera! -llamó después-. ¿Estás aquí?

Unas suaves pisadas sonaron en alguna parte más allá del cuarto exterior, y un intrincado tapiz se apartó hacia un lado en la pared opuesta. La persona que entró en la habitación, una joven enana, tenía el mismo cabello oscuro y peinado hacia atrás y los ojos separados de todos sus hermanos, pero, aparte de eso, era tan distinta de ellos como ellos lo eran entre sí. Como ocurría con la mayoría de las mujeres de su raza, era bastante más baja que los varones de su familia, y apenas alcanzaba el metro veinte de estatura. Pero en lugar del rostro ancho, con facciones marcadas y pómulos altos de su padre y sus hermanos, los rasgos de Tera Sharn eran como los de su madre: mejillas de suave curvatura, boca pequeña con los dientes ligeramente salientes, barbilla firme, y ojos grandes, casi rasgados, bajo las cejas arqueadas..., unos ojos que pasaban por alto muy poco y en los que se advertía una gran inteligencia cuando eran sorprendidos por una mirada inesperada.

Según los cánones de belleza de cualquier tipo, Tera Sharn, hija única de Colin Diente de Piedra, jefe de los calnars de Thorin, era una doncella enana notoriamente hermosa, y en los últimos meses no habían sido pocos los jóvenes enanos de buena cuna que la habían cortejado. Desde hacía un tiempo era habitual encontrarla con Willen Mazo de Hierro o con Jerem Pizarra Larga o alguno de los otros fornidos pretendientes que la rondaban.

Pero ahora estaba sola, y se detuvo para mirar a Tolon con atención. Algo en su tono sonaba preocupado..., casi atemorizador.

Tolon Vista Penetrante hizo una seña a su hermana.

-Tera, sal al balcón conmigo. Ven y escucha.

Picada su curiosidad, la joven lo siguió a través de la puerta abierta, que se cerró tras ellos sobre los pesados goznes. La luz del sol había llegado al parapeto de piedra del balcón y se reflejaba en el reluciente dibujo de partículas metálicas de su pulida superficie. Tera entrecerró los ojos y miró en derredor.

-Escucha, -dijo Tolon-. Dime qué es lo que oyes.

La joven así lo hizo; luego se encogió de hombros.

-Oigo los tambores, -respondió-. Los tambores de Balladine. -Echó otro vistazo a su alrededor-. ¿Hay algo más?

-¿No te suenan raros? -Frunció el entrecejo mientras miraba a lo lejos, concentrándose en el ronco y complejo retumbo de la música enana.

Tera prestó atención de nuevo.

-Suenan fuertes. Fuertes y seguros. Reconozco la voz del tambor de Handil entre ellos... y también otros. Hablan bien este año. -Volvió a mirar a su hermano-. ¿Qué ocurre, Tolon? ¿Oyes algo que no oigo yo?

-Tal vez no, -admitió él-. Puede que lo haya imaginado.

-¿Qué es lo que has imaginado?

-Sonaba como si... No lo sé, quizá sólo fueran ecos extraños. Por un momento sonó... bueno, como si los tambores estuvieran diciendo adiós.

Obsesiva y poderosa, dando la impresión de ampliarse minuto a minuto, la llamada de los tambores resonaba a través de Thorin hasta alcanzar a los reinos colindantes. Un tambor..., una docena de tambores..., un centenar; de uno en uno, de dos en dos, de cinco en

cinco, sus voces se sumaban a la poderosa Llamada a Balladine. A medida que el sol llegaba a su cenit, parecía que las propias montañas absorbían los intrincados e imperiosos ritmos y que vibraban con ellos. Hoy era la primera llamada. Volverían a llamar mañana, y al día siguiente, y al otro, hasta que la cosecha llegara a las terrazas medias. Entonces daría comienzo la gran feria de los calnars, la época de Balladine.

En lo alto, más arriba del alcázar de Thorin, en la cima en forma de plataforma del Primer Centinela, Handil el Tambor se volcaba en su música, los nervudos hombros hinchados al sol conforme el mazo golpeaba un ritmo constante para que los demás entretejeran sus toques en torno a él. Colgado de su hombro, acunado bajo su brazo izquierdo, el poderoso vibrante retumbaba con su palpitante invitación. Su voz, a cada golpe de mazo, se propagaba como el trueno y parecía hacer bailar a las propias montañas.

Detrás de él, donde los trompetas y los centinelas ocupaban sus puestos en los parapetos, Cale Ojo Verde, -el hermano más joven-, se asomó despreocupadamente sobre una estrecha barandilla asomada a precipicios vertiginosos y su mirada se perdió en el distante confín de las montañas, dejando que la música de los tambores latiera en su sangre mientras soñaba con lugares lejanos.

En la brumosa distancia, más allá de los valles de los ríos Hueso y Canto del Martillo, más allá de las lejanas y elevadas pendientes, las nubes se movían a la deriva entre los picos de las Cunas del Sol. Como solía hacer, Cale Ojo Verde, -llamado por muchos Cale el Soñador- fantaseó que enjaezaba una de aquellas nubes, se encaramaba a ella, la sentía ascender y flotar bajo sus pies, y transportarlo a través de tierras extrañas y distantes hasta lugares que jamás había visto y que ni siquiera podía imaginar.

Cerca de él, un trompeta miró en derredor, observó al hijo menor del jefe un instante, y luego dio un codazo a un centinela.

-El Soñador está ausente otra vez, -susurró-. Es lo más extraño que he visto nunca. ¿Para qué demonios querría nadie viajar?

-No es lo único extraño hoy, -replicó el centinela, ceñudo. Señaló hacia el oeste, a la brumosa lejanía-. ¿Qué ves allí, Misal?

El trompeta entrecerró los ojos para guarecerlos de la brillante luz; luego extendió las manos.

-Nada, -respondió-. ¿Por qué?

-Precisamente, -dijo el centinela-. La patrulla de Campo Lejano tendría que haber llegado esta mañana con su informe sobre la frontera. Que yo sepa, nunca se habían retrasado, pero hasta donde alcanzo a ver..., y en un día como hoy se divisan más de treinta kilómetros..., no hay señales de ellos.

Cale Ojo Verde miró a su alrededor al escuchar por casualidad el comentario del centinela. Sí, era raro. Marra Dos Fuegos era un explorador avezado, de los que nunca se retrasan en la ruta marcada. Cale tenía amigos entre los guardias de la patrulla. Sus ojos se iluminaron. Tal vez sería una buena idea, pensó, que alguien saliera a buscarlos.

Estero Ojos De Ascua

En un cañón profundo, de paredes escarpadas, donde una angosta senda cruzaba a través de la cumbre de un risco, los rayos del sol de mediodía caían de plano sobre el suelo del cañón y centelleaban en las pulidas armaduras, los cueros de fuertes colores y la sangre derramada de los que allí yacían, sumidos en el silencio de la muerte. Catorce en total, se encontraban tirados en el mismo sitio donde habían caído. Algunos llevaban muertos horas, y los charcos de su sangre se iban oscureciendo a medida que se secaban. Pero entre ellos, aquí y allí, había manchas rojo brillante, sangre fresca que todavía echaba vaho en el frío aire.

Unos hombres caminaban entre ellos, agachándose para recoger armas, deteniéndose para saquear a los cadáveres que aún no habían sido desvalijados. Cerca, justo al otro lado de la cima de la senda, ardía una hoguera, y otros hombres se apiñaban en torno a ella para calentar sus entumecidos músculos.

-Debería haber terminado en minutos, -gruñó un hombre mientras ataba un trozo de tela sobre la herida que tenía en un brazo-. Sólo eran catorce, y nuestras flechas derribaron a nueve antes de que se dieran cuenta de nuestra presencia. Quedaban sólo cinco, ¡y nos costó toda la noche acabar con ellos!

-Testarudos como enanos, según reza el dicho, -rezongó otro al tiempo que se guardaba unas monedas de acero en su bolsa-. Esas pequeñas sabandijas luchan como demonios. -Miró en derredor-. ¿Alguien ha contado ya nuestras bajas?

-Diecisiete muertos, -respondió otro-. Y unos pocos no pasarán de hoy. No sé cuántos heridos habrá. Veinte o treinta, quizá. Fue un error dejar que los gorgojos llegaran a las laderas. De hecho, fue un error lanzarse sobre ellos nada más disparar las primeras andanadas. Deberíamos habernos quedado a cubierto, mantener las posiciones defensivas, y acabar con ellos desde lejos.

-Sí, claro, -gruñó el primer hombre-. Y dejar que uno o dos escaparan, ¿no? Que se escabulleran para dar la alarma y que todo el reino supiera de nosotros. ¿De qué habría servido la emboscada entonces? ¡Utiliza la cabeza, Calik! En este mundo, o la utilizas o la pierdes.

-Uno de los caballos escapó, Grak, -dijo un hombre-. El que iba al frente cuando atacamos. Le clavé una flecha en la silla, pero fallé el siguiente tiro. Se marchó antes de que alguien pudiera cogerlo.

-Mientras su jinete no se haya marchado con él... -Grak se encogió de hombros-. No me gustaría tener que decirle a Estero que dejamos escapar a un enano.

-Ningún enano, -le aseguró Calik-. Los conté yo mismo. Con el primero, el explorador, matamos quince apestosos enanos y catorce caballos. Aunque no me habría importado quedarme con una de esas grandes bestias. ¡Cómo me gustaría tener un caballo así!

Grak lo miró fijamente, con desdén.

-El día que puedas montar un caballo de los enanos, Calik, será el día en que los caracoles aprendan a volar. -Se volvió y miró en derredor-. ¿Habéis oído eso?

Algunos hombres levantaron la cabeza, con el entrecejo fruncido.

-Yo he oído algo -dijo uno-. Como un trueno, a gran distancia. ¿Qué es?

Todos escucharon atentos. El sonido pareció crecer, no tanto en volumen como en claridad. Era una vibración continua, retumbante, que parecía tener vida propia. Palpitaba en la fuerte luz del mediodía y levantaba ecos fantasmagóricos en las paredes de la sima.

-Son los tambores, -dijo Grak-. Los gorgojos y sus tambores, como nos dijo Estero. Empieza esa feria suya.

Calik se puso de pie y miró a lo alto con los ojos muy abiertos.

-No había oído algo así en toda mi vida, -masculló-. Casi suena como si estuvieran cantando. ¿Cómo pueden cantar los tambores?

Grak sacudió la cabeza, como intentando librarse de los lejanos y obsesivos sonidos.

-No tiene importancia, -gruñó-. Salvo que significa que hemos de darnos prisa. Estero nos quiere en el campamento principal. Recoged y pongámonos en marcha.

-En las condiciones que están algunos de nuestros heridos no conseguirán recorrer ni un par de kilómetros.

-Las cosas son difíciles en todas partes, -espetó Grak-. ¡Recoged! Y al que no pueda mantener el paso, se lo degüella y en paz.

Esteros no estaba satisfecho con los que habían llevado a cabo la emboscada. Caminó entre ellos, con su capa de piel de lobo agitándose y ondeando tras él, y los hombres se encogieron cuando sus ojos se clavaron en ellos sucesivamente; unos ojos tan fríos y brillantes como los rubíes que semejaban.

-¿Cuarenta y dos hombres perdidos? -siseó-. ¿Tuvisteis cuarenta y dos bajas para derrotar a una reducida patrulla de quince gorgojos?

-Lucharon, -dijo Grak, que retrocedió cuando Estero se volvió y pareció traspasarle con aquellos ojos semejantes a rubíes, unos ojos como jamás había visto en un rostro humano-. Quiero decir... -tragó saliva y añadió sin convicción-: Quiero decir que nos sorprendieron, señor. Algunos llegaron hasta nuestras filas, y... y lucharon como... como demonios. Y esas hondas tuyas... y sus espadas de acero... -Sacudió la cabeza mientras gesticulaba hacia la pila de armas y corazas amontonadas en el suelo, cogidas a los cadáveres de la patrulla enana.

-Lucharon, -gruñó Estero, la voz como un siseo de serpiente-. ¡Por supuesto que lucharon, idiota! ¡Sean lo que sean, los gorgojos son guerreros ante todo! Tal vez te envíe... -Miró a uno tras otro de hito en hito-. Quizá os envíe a todos vosotros en el primer asalto a Thorin. Creéis que habéis visto luchar a los pequeños avaros, ¡pero entonces sabrías lo que son capaces de hacer cuando defienden sus hogares!

-Sí, señor, -balbució Grak, con los ojos bajos-. Sólo...

-Yo, no, -susurró un hombre que estaba detrás de él-. ¡Por las lunas, no iré allí en la primera oleada! No soy tan estúpido.

Grak se volvió, deseando hacer callar al hombre, pero era demasiado tarde. Estero lo había oído. Con la capa de piel de lobo ondeando, se irguió dando la impresión de elevarse por encima del alto Grak. Los ojos rubíes relucían con una luz maligna bajo las arqueadas cejas, que tenían el mismo color plateado que su mata de pelo. Levantó un dedo con gesto imperioso y señaló detrás de Grak.

-¡Tú! -siseó-. ¿Quién eres?

El hombre no respondió. Repentinamente pálido, empezó a darse media vuelta, pero se frenó en seco cuando Estero ordenó:

-¡Alto! -Esteros miró de reojo a Grak-. Ese hombre, -instó, todavía señalándolo-. Dime su nombre.

-Señor, es sólo Porge. No era su intención ser irrespe...

-¡Basta! -lo interrumpió Estero-. Porge, mírame.

Con el rostro ceniciento, Porge se volvió a mirar a Estero. Unas gotitas de sudor helado aparecieron en su frente mientras los ojos rubíes se clavaban en él. El dedo del cabecilla seguía estirado, apuntándolo.

-¿Quieres saber qué clase de estúpido eres? -La voz de Estero se tornó suave-. De los que cuestionan mis órdenes. Qué lástima, Porge. Quizá habrías sobrevivido al asalto a Thorin... si hubieses sujetado la lengua.

Junto a la constante vibración de los lejanos tambores, otro sonido creció. Como si el aire estuviera cargado de electricidad, un chisporroteo crepitante surgió entre ellos. El dedo extendido y los ojos rubíes de Estero no vacilaron, pero, a medida que el sonido aumentaba, una luz lenta, humeante, pareció extenderse desde la punta del dedo, un rayo perezoso que se aproximó a Porge lánguidamente y después saltó sobre él y se enroscó en torno a su garganta. Porge dio arcadas, esforzándose por respirar. Sus manos se crisparon sobre la garganta constreñida, pero en ella no había nada que agarrar: sólo la banda humeante de luz mortecina. Porge boqueó una última vez, y dejó de respirar. Sus ojos se desorbitaron, su boca se abrió al máximo, y dio la impresión de estar colgado de la luz cuando sus piernas quedaron flácidas.

Durante lo que pareció un tiempo interminable, Estero lo sostuvo así para que los demás lo vieran. Luego chasqueó los dedos, y otro chasquido más fuerte resonó como un eco cuando el cuello de Porge se rompió. Estero bajó la mano, y el cuerpo cayó despatarrado al suelo como un muñeco roto.

-Llévao de aquí -ordenó Estero despectivamente. Se volvió hacia Grak-. Acepto que los gorgojos te sorprendieran, -dijo-. No te habías enfrentado a ellos antes. Ahora ya los conoces, así que recuerda lo que has aprendido. Que tus hombres descansen. Los tambores han empezado a hablar. Mañana nos trasladamos a Golash y, desde allí, iremos a Thorin.

Los hombres estaban levantando el cadáver de Porge para llevárselo de allí. Estero les echó un vistazo y luego miró la pila de armamento enano que estaba al lado.

-Libraos de eso también, -dijo-. No debemos dejarnos ver con armas de los gorgojos. Las reconocerían.

Grak carraspeó y asintió en silencio mientras miraba de reojo la excelente espada enana que colgaba de su cadera. Era de acero de Thorin, exquisitamente pulida, de punta pesada, al estilo enano, pero con los filos aguzados como cuchillas y muy hermosa. Era la clase de espada que un hombre tardaría toda una vida en poder adquirir; una espada que valía una pequeña fortuna en cualquier otra parte del mundo.

-Los gorgojos tienen productos excelentes, Grak, -dijo Estero como si le leyera la mente-. Mucho mejores de lo que se merecen. Pero nosotros cambiaremos eso. Los tesoros de Thorin comprarán un millar de espadas como ésa. Los tesoros de Thorin... -Mientras hablaba, los ojos rubíes de Estero adquirieron una expresión remota. A Grak le dio la impresión de que el hechicero no hablaba con él, sino consigo mismo-. ¡Esos gorgojos! -El suave tono se tornó en un siseo de puro odio-. ¡Esos intrigantes, egoístas, arrogantes gorgojos! Muy pronto veremos quién se merece los tesoros que esos pequeños avaros ocultan en su madriguera enana.

Grak era un hombre brutal y encallecido, pero algo en las palabras y el tono del mago hizo que se le pusiera carne de gallina. En toda su larga y cruel vida, jamás había oído un odio tan latente y maligno en una voz como cuando Estero pronunciaba el apodo que les había puesto a los enanos: "gorgojos".

Otros que estaban detrás de Grak lo oyeron también. Cuando Estero se hubo marchado, para dirigirse a grandes zancadas hacia el campamento principal de los salteadores, levantado en un meandro del río Hueso, algunos de los hombres se agruparon en torno a su capitán.

-¿Qué crees que lo hizo ser así? -susurró Calik, sobrecogido.

-No lo sé. -Grak sacudió la cabeza-. Odia a los enanos.

-¿Y qué? ¿Quién no los odia? Avaros y ladrones... ¿Por qué tienen que tener todas las cosas mejores?

-Los odia más que nadie. -Grak volvió a sacudir la cabeza-. Algo ocurrió, entre él y ellos. No sé qué fue, pero creo que fue entonces cuando obtuvo su magia.

-Me he dado cuenta de que no le has contado lo del caballo que se escapó.

-Le he contado más que suficiente. -Grak se encogió de hombros-. Ya viste lo que le ocurrió a Porge. ¿Acaso quieres ver a Estero furioso de verdad?

El campamento de los asaltantes era grande; se extendía por el fondo de un vasto ribazo, producto de la erosión del agua, sobre la orilla este del río Hueso. La zona estaba separada de las tierras tribales de Golash, al sur de los campos exteriores de Thorin, por terrenos accidentados y un escabroso farallón poco transitado. Siendo un sitio recóndito, ofrecía pocas comodidades a los cientos de humanos allí reunidos.

Y ahora, en la noche, cuando los lejanos tambores de Thorin podían oírse como el canto de unas voces profundas en el quieto aire de la montaña, el campamento era un lugar oscuro, frío. No había hogueras encendidas, ni volvería a haberlas. Ésa era la orden de Estero. El humo de las fogatas de cocina casi los había descubierto la mañana anterior. Fue el humo que el explorador enano divisó desde lo alto del desfiladero de la Grieta lo que lo hizo regresar a toda prisa a su patrulla para informar. El que viera el humo había sido la causa de que la patrulla de enanos fuera emboscada y aniquilada. Los asaltantes tenían órdenes de Estero de que no llegara información a Thorin sobre la existencia del campamento; tal circunstancia sería investigada por los soldados calnars, y el plan del mago se desbarataría antes de ponerse en marcha.

En la creciente oscuridad del ribazo, Estero se abrió camino por el concurrido campamento, imperceptible salvo para los que deseaban verlo. El sol se había ocultado y las dos lunas visibles todavía tenían que recorrer su órbita ascendente para asomar sobre los imponentes y afilados picos de las Khalkist. A esta hora, sólo las estrellas alumbraban en un cielo índigo, y su luz no era suficiente para penetrar las sombras del ribazo.

Pasando entre los grupos apiñados de sus hombres, Estero era sólo una sombra entre sombras para ellos. Pero él sí podía verlos con claridad, y, mientras se encaminaba hacia su alojamiento privado, -un cobertizo circular, hecho con losas, con el techo bajo y ahusado, rodeado por un perímetro que nadie salvo él podía cruzar-, los observó atentamente, evaluando su disposición. Había reunido a seiscientos guerreros que a su vez habían reclutado a más hombres. Ahora eran millares.

Sus armas y equipos eran una mezcla diversa de los pertrechos de todas las culturas nómadas que Estero había encontrado durante los dos años de reclutamiento más allá de los reinos de las montañas. Entre ellos estaban los hoscos cobars, congregados en sus propios grupos cerrados, con las saetas emplumadas para sus ballestas y los pesados dardos de mano que tanto les gustaban pinchados en el tejido de sus ropas. Estaban los fornidos merodeadores de las tribus baruks; los Caminantes de las Arenas, de las planicies del norte; los habitantes de las colinas, conocidos como la Hermandad de Salteadores; los violentos Saqueadores; y muchos otros que no pertenecían a ningún grupo en particular. Había

fugitivos maltratados de las tierras agrarias del este; refugiados de las lindes de los bosques de Silvanesti, repelidos por los elfos, -y, según decían algunos, por un dragón que merodeaba por la zona-; y mercenarios vagabundos de muy distinta calaña bien dispuestos a luchar al lado de cualquiera a cambio de una parte del botín.

Dos cosas los unían a todos en una única fuerza de combate: la promesa de riquezas cuando Thorin fuera tomado, y el miedo a Estero. Durante el reclutamiento, el mago los había tocado a todos y cada uno de ellos con dedos ardientes y los había mirado fijamente a los ojos con aquellas insondables órbitas rubíes que eran sus ojos. Y, al tocarlos, tenía el poder de matar a cualquiera de ellos, en cualquier parte y en cualquier momento que quisiera.

Ésta era pues la hueste que Estero el Mago, al que algunos llamaban Ojos de Ascuá, había reunido para su asalto a Thorin; estos hombres, y los agentes que ya tenía trabajando entre la gente de Golash y Chanderá. Estaba satisfecho. El Balladine comenzaba. Los enanos, -los gorgojos- estarían desprevenidos y serían vulnerables. Sería el último Balladine, se dijo para sus adentros, y el fin de los calnars de Thorin.

Thorin sería suyo, y todos los enanos que estuvieran a su alcance pagarían dolorosa y definitivamente el dolor interno que tenía que soportar cada día de su vida.

Esteró hizo un gesto con las manos, cruzó a zancadas el perímetro prohibido que rodeaba su choza, y entró en ella, en una oscuridad que no lo era para él. Veía perfectamente en las tinieblas, con tanta claridad como lo veía todo, en una ardiente y brillante gama de rojos. Cerró la puerta tras él, se dirigió al sencillo pedestal de madera que estaba situado en el centro del cuarto, y se arrodilló ante él.

Con un suspiro, utilizando el pulgar y el índice de cada mano, se quitó los ojos, sacándolos de las órbitas fácilmente. Al instante, el espantoso dolor de cabeza remitió, y el mago descansó un instante, dejando que la conocida sensación de alivio lo inundara.

Mientras musitaba un encantamiento, colocó las dos esferas rubíes en el pedestal, se incorporó, y caminó arrastrando los pies hacia su catre: un ciego avanzando a tientas en la oscuridad. Encontró el camastro y se tumbó en él, deseando sumirse en un sueño verdadero y profundo, deseando que, durante unas pocas horas, su mente y su cuerpo estuvieran tan insensibles como las cuencas vacías de sus ojos.

Era ciego, pero seguía viendo, tan clara e implacablemente como siempre. Veía la parte del techo de la choza que había sobre el pedestal. Veía lo que las órbitas rubíes veían; siempre lo mismo. Los orbes rubíes yacían en la oscuridad, brillando débilmente, contemplando con fijeza el techo; y lo primero que él veía en su mente era ese techo. Lo segundo, una imagen atrapada en el fondo de las órbitas y que siempre estaba presente, era un enano ensangrentado y harapiento, con una estilizada jabalina de punta doble en su mano, semejante a un arpón, salvo que emitía un zumbido e irradiaba un brillo carmesí. Como siempre, en su mente, Estero vio la imagen del enano herido, y lo vio arrojándole la refulgente jabalina al rostro.

En un tiempo, Estero había sido verdaderamente ciego... Antes de que la lanza de doble punta que le arrancó los ojos le diera otros nuevos y el poder que conllevaban. En un tiempo, años atrás y muy lejos de aquí, en un lugar llamado Kal-Thax, Estero había conocido la oscuridad. Era un enano el que lo había dejado ciego. Y ahora serían enanos quienes pagarían por ello.

Kalil, el pastor, había pasado el día conduciendo cuesta arriba a su rebaño desde los prados situados sobre el Canto del Martillo, y, mientras las Cunas del Sol se tragaban la luz

de pleno día, hostigó a la última oveja haciéndola entrar en el redil y cerró el portón. Aunque le dolían las piernas por el trabajo del día, Kalil estaba satisfecho. El rebaño había pastado bien en los ricos prados. Los animales estaban gordos y retozones, y su lana era de primera calidad.

Arriba, en lo alto de las montañas, los tambores habían iniciado su llamada. Balladine estaba próximo. Mañana, Kalil seleccionaría los mejores animales de su rebaño y los llevaría al pueblo para unirse a la expedición de Golash a Thorin. El comercio sería bueno este año; sabía que los calnars necesitaban lana y corderos. Incluso después de pagar la gabela de venta a Garr Lanfel, príncipe de Golash, Kalil esperaba tener la bolsa llena a reventar de monedas enanas... y puede que también consiguiera un poco de acero enano.

Tras asegurar el portón, Kalil se encaminó hacia su chozo, y casi había llegado a él cuando alzó la vista y se frenó en seco, sobresaltado por lo que veía. Delante de su chozo había un caballo alto, dorado y blanco, con la cabeza gacha y cubierto de sudor. Estaba claro que era un caballo de los enanos; sólo ellos criaban y utilizaban los enormes corceles calnars de crines blancas. Llevaba una silla de diseño enano, ricamente tachonada con acero y plata, y las riendas colgaban sueltas del bocado.

Rápidamente, Kalil miró en derredor, con el vello de la nuca erizado, casi esperando ver a un soldado calnar en las inmediaciones. Como casi todos los humanos de los reinos de las Khalkist, Kalil aceptaba a los enanos calnars. Estaba impaciente por comerciar con ellos, y no le importaba mezclarse con ellos, -en sus tierras-, durante el Balladine. Pero, como la mayoría de los humanos, su aprecio por los calnars estaba mermado por la arraigada antipatía nacida tanto de la envidia como por las diferencias físicas con su propia raza.

Los enanos eran ricos. Jamás había conocido a un enano que no lo fuera. Fabricaban acero y lo utilizaban, y había cierta arrogancia, -o eso le parecía a Kalil-, en la forma despreocupada con que esas criaturas bajas y fornidas ostentaban su opulencia. Aquello lo hacía sentirse muy pobre en comparación.

A Kalil le parecían unos seres pequeños y feos, y los encontraba arrogantes y egoístas, puesto que siempre daban la impresión de ser más ricos que nadie. La idea de que un enano estuviera aquí, en su casa, lo irritaba tanto como lo sobresaltaba.

Pero no había ningún enano por los alrededores. Sólo estaba el enorme y cansado caballo, parado ante la puerta de Kalil, y el pastor se acercó a él con precaución.

-¡So! -dijo, cuando el animal giró la gran cabeza para mirarlo con ojos inteligentes-. ¡So, quieto! Tranquilo, buen chico... Quieto.

Al ver que no le enseñaba los dientes ni reculaba, Kalil cogió las riendas y le acarició el hocico.

-Buen chico, -dijo suavemente, con un tono tranquilizador, al tiempo que reparaba en que tanto el bocado como los adornos de la brida eran de plata fina. Lo examinó con más detenimiento. Una loriga de malla delicadamente trabajada lo cubría desde la cruz hasta los ijares, bajo una excelente silla de montar. Kalil se quedó boquiabierto. La silla estaba manchada con sangre seca, y el astil de una flecha sobresalía enhiesto de la perilla del arzón.

Por un instante, Kalil había pensado devolver el caballo a los enanos de Thorin motivado por la abultada recompensa que sin duda le darían por el animal extraviado, pero ahora cambió de opinión. Llevar a los enanos uno de sus caballos con la silla manchada de sangre y con una flecha humana hincada en ella sería más que una estupidez. Probablemente sería lo último que haría antes de que lo mataran.

Decidió que no quería tener nada que ver con este caballo. Aun así, los arreos eran de la más fina manufactura enana. Las partes de acero por sí solas valían una pequeña fortuna en los reinos humanos.

Kalil echó un vistazo furtivo a su alrededor y luego empezó a quitar el equipo al caballo. Quitó silla, brida, bocado y loriga, junto con el petate que iba tras la silla, así como la manta que llevaba debajo, que era de un suave tejido de gamuza. Llevó todo al pajar y lo escondió allí. Mañana enterraría las cosas, -o la mayoría de ellas-, para recuperarlas más adelante.

Cuando salió del pajar, el caballo seguía parado junto al chozo, mordisqueando el techo de paja.

-¡Eh! -gritó-. ¡Deja eso en paz!

El caballo retrocedió, mirándolo fijamente, y luego, como si hubiera soportado toda la compañía humana que era capaz, volvió grupas y se alejó al trote, colina arriba.

-¡Bien! -exclamó Kalil-. Vete con viento fresco. No necesito ningún caballo calnar aquí. La vida ya es bastante difícil para buscarme también problemas con los enanos.

El Augurio De La Espada

La enorme sala llamada Gran Auditorio era el corazón de Thorin. Aquí, donde los ogros del pasado habían acondicionado una caverna inmensa para su guarida más profunda, los excavadores calnars habían empezado la remodelación y expansión desde la que creció Thorin. Había desaparecido la monótona y elemental arquitectura de los ogros. El único vestigio que quedaba de los orígenes ogros era el tamaño de la vasta cámara.

El Gran Auditorio había sido reconstruido por los enanos, que lo habían convertido en un enorme anfiteatro con sucesivos anillos de gradas que partían desde la circunferencia del suelo. Era, literalmente, el corazón de Thorin, porque era allí desde donde habían partido todas las excavaciones posteriores que conformaban la ciudad en el interior de la montaña: una extensión bulliciosa y en continuo crecimiento de niveles y caminos, de madrigueras y calzadas, de tiendas y comercios, de fundiciones, fábricas, herrerías y áreas residenciales en expansión; toda una ciudad dentro de una montaña. Piedra seleccionada, extraída de las excavaciones para los edificios, se había utilizado para la construcción del parapeto exterior de veinte pisos que se alzaba sobre las terrazas, la única pared exterior de toda la ciudad.

El Gran Auditorio era inmenso. Sus gradas circulares escalonadas, que servían de asientos en las asambleas, tenían cabida para muchos miles. Pero ahora había sólo unas cuantas docenas de calnars en la gran cámara. La luz del sol, que entraba a través de las enormes lentes de cuarzo de los conductos solares en el techo abovedado, a treinta metros de altura, hacía que el día en el interior de Thorin fuera tan luminoso como la mañana en lo alto de la montaña, sobre los riscos de las Khalkist. Enormes filas de espejos de cristal y azogue dirigían la luz, en el Gran Auditorio como en cualquier otra parte, de manera que ningún lugar de Thorin estaba oscuro nunca, excepto de noche.

Cuando Colin Diente de Piedra entró en el Gran Auditorio, bajando los escalones de las gradas con sus poderosas y fornidas piernas, algunos de los que esperaban abajo se pusieron de pie, y unos cuantos saludaron. Otros, no. Como dirigente de los calnars, Colin Diente de Piedra no creía necesario el uso estricto del protocolo, a menos que sirviera para un propósito práctico. Hoy no había delegaciones visitantes a las que impresionar, ni juegos o espectáculos que celebrar. No había ningún acto oficial programado, y el mensaje del

capitán de la guardia, que requería la presencia del dirigente aquí, había sido sucinto y sin explicaciones.

Colin entró por el pasaje oeste, seguido, como siempre, por los Diez. Todos habían estado fuera, en las terrazas, y todavía llevaban puestas sus ropas de montar. La mesa del Gran Consejo, un mueble de madera de roble pulida, de siete lados y tres metros y medio de diámetro, había sido colocada en el centro de la circunferencia central, con bancos alrededor. Los cinco miembros del Consejo de Protectores esperaban allí, junto con otros cuantos. A Colin lo sorprendió que sus cuatro hijos estuvieran presentes, como también el jefe de excavaciones, Wight Cabeza de Yunque, y el comisario del alcázar, Coque Roca Hendida. Detrás de la mesa, el corpulento Willen Mazo de Hierro, capitán de la guardia, aguardaba con un grupo de sus guerreros. Formaban un apretado círculo, algunos mirando hacia adentro, y Colin estrechó los ojos intentando ver a quién, -o a qué- estaban vigilando.

A un costado del dirigente, Jerem Pizarra Larga, Primero de los Diez, susurró:

-Algo se está cociendo, señor. Coque Roca Hendida nunca se reúne con el consejo.

-Tampoco lo hace Wight Cabeza de Yunque, -hizo notar Colin. Levantó una mano en un gesto aparentemente despreocupado, y los Diez se repartieron con rapidez por el círculo central, situándose en lugares clave desde los que podían vigilar las entradas y guardar a su dirigente las espaldas. No se recordaba que los Diez hubieran tenido que salir en defensa de la vida del dirigente nunca, pero no pasaba un solo momento en el que no estuvieran listos para hacerlo si era necesario.

Colin llegó al borde del círculo central e hizo una pausa allí, mirando de uno en uno a los que esperaban alrededor de la mesa. Cinco de los siete lados de la mesa estaban ocupados por protectores. El sexto era el suyo, y era un antiguo misterio por qué había el séptimo.

El mueble había sido construido por un equipo de maestros carpinteros hacía más de un siglo, pero, aun entonces, el consejo completo, incluido el dirigente, estaba formado sólo por seis miembros. El anciano Mistral Thrax, quien, -según decían algunos- tenía más de trescientos años, sostenía que el séptimo lado era en honor del legendario Kitlin Pescador, el enano que se había plantado en el paso del caos el día en que la magia había nacido. Claro que Mistral Thrax contaba muchas historias. Sólo los niños creían la leyenda de Kitlin Pescador. ¿Qué enano iba a vagar por el mundo, sufriendo heridas que nunca sanaban, y llevando consigo un arpón de doble punta encantado?

¿Qué enano utilizaría magia? La misma idea en sí era repugnante. A pesar de todo, Mistral Thrax insistía en que había un reino llamado Kal-Thax, en alguna parte hacia el oeste, y que Kitlin Pescador había vivido allí.

Colin Diente de Piedra entró en el círculo central y se dirigió a la mesa. Su mirada pasó de uno a otro protector, y después se detuvo en Relente Triza de Acero, el jefe de los protectores.

-¿Y bien? -preguntó.

Relente se encogió de hombros y se volvió para señalar al capitán de la guardia, que se aproximaba a la mesa.

Willen Mazo de Hierro era joven para las responsabilidades de su cargo, pero había demostrado su valía en contadas ocasiones. Con su metro sesenta y dos de estatura, era uno de los enanos más altos de Thorin y tenía la fuerte constitución de un atleta. Con una rebelde y espesa mata de pelo oscuro y una barba que parecía resistir ser cortada, su apariencia desmentía la tranquila sensatez de sus ojos grises.

Mientras se aproximaba, aquellos ojos lanzaron una breve mirada a Tera Sharn, -como hacían siempre cuando la joven estaba presente-, y después se volvieron hacia Colin Diente de Piedra.

-Señor. -Hizo una leve reverencia y luego cuadró los hombros-. He sido yo quien ha convocado esta reunión. Os encontrabais en los campos, y consideré que este asunto no podía esperar. Confío en que aprobéis mi proceder cuando hayáis escuchado el motivo.

Por un instante, Colin se sintió desconcertado. Ignoraba quién lo había convocado, pero había dado por supuesto que se trataba de un miembro del consejo. Que un capitán de la guardia tomara semejante prerrogativa era casi inaudito. Con todo, Willen Mazo de Hierro se había ganado un gran respeto en Thorin, incluso entre sus líderes. A veces, Colin habría deseado que a sus propios hijos se les pegara la forma directa y serena del capitán de ponerse a cargo cuando la situación lo requiera.

-Debes creer que tienes una buena razón, Willen. -Colin hizo un gesto con la cabeza-. Continúa.

-Garr Lanfel, el príncipe de Golash, nos ha enviado un enigma, señor. Ese enigma está aquí. -Willen se volvió hacia el grupo de guardias e hizo una seña. Los guardias se apartaron a un lado para dejar al descubierto una figura arrebujada en una capa, que estaba sentada en uno de los bancos.

-¡En pie! -susurró uno de los guardias, en voz lo bastante alta como para que lo oyeran todos.

Al escuchar la orden, el de la capa se incorporó. Colin Diente de Piedra dio un respingo de sorpresa. Era un hombre..., un humano. Al estar de pie, su cabeza y sus hombros sobrepasaban la altura de los enanos armados que lo flanqueaban.

Colin miró ceñudo al hombre encapuchado. Sólo en contadas ocasiones se admitía a los humanos en el interior del alcázar, y, en tales casos, únicamente por orden del dirigente. Para que Willen Mazo de Hierro hubiera tomado esta decisión bajo su responsabilidad, tenía que tener una razón muy buena, desde luego, pensó el dirigente.

-Descubridlo, -ordenó Willen. Los guardias que flanqueaban al hombre agarraron la capa y tiraron de ella. Los ojos del humano dirigieron una mirada de odio no disimulado a los enanos, pero no hizo ruido alguno. Sus manos y sus brazos estaban atados con una fuerte cuerda, y una mordaza le cubría la boca.

-Señor, -dijo Willen Mazo de Hierro al tiempo que señalaba-, este hombre fue entregado a nuestros guardias por hombres de Golash, siguiendo la orden del príncipe Garr Lanfel. Ya estaba atado como lo veis ahora, y lo dejamos así y lo trajimos aquí en secreto. -Willen hizo una pausa, recogió un paquete abultado envuelto en una piel de oveja, y lo dejó sobre la mesa, delante de Colin-. El príncipe Garr Lanfel dio instrucciones a sus hombres de que dijeran que el prisionero no es de Golash. Es un forastero, de los muchos que han llegado en los últimos días, y llevaba esto consigo.

Con un brusco tirón, el corpulento enano desenrolló la piel de oveja. Dentro había una espada, y los ojos de Colin Diente de Piedra se estrecharon al mirarla. No era una espada corriente, y no era la clase de espada que un humano debería tener en su poder. Era un duplicado de la que llevaba Willen Mazo de Hierro a la espalda. Estaba forjada con el mejor acero de Thorin, y tenía la distintiva guarnición floral y la empuñadura de las espadas fabricadas en el quinto nivel de forjadores, para uso exclusivo de los guardias de élite de Thorin. Una espada así jamás se había entregado a ninguna otra persona.

Colin cogió el arma, la examinó detenidamente, y rozó la hoja con la lengua. Aunque se había limpiado, en el bruñido acero todavía quedaban rastros que eran evidentes para la profunda percepción del metal de un enano.

Los ojos del dirigente se estrecharon aún más, y Willen Mazo de Hierro asintió con la cabeza.

-Sí, señor, -dijo-. La espada se ha manchado de sangre recientemente. Y no sangre humana únicamente. Hay también sangre calnar... en la empuñadura, en la guarda y en el pomo.

Colin Diente de Piedra se dio media vuelta; su mirada era fría mientras estudiaba fijamente las facciones visibles del humano amordazado. Hizo un aparte con el capitán de la guardia.

-¿Y la patrulla de fronteras, Willen? ¿Se ha sabido algo de ella?

-No, señor. Nada.

-Y está lo del caballo, -les recordó Handil Hoja Fría, mientras se adelantaba un paso. Tan ancho y fornido como el propio Colin, en este momento el Tambor era una fiera versión más joven de su progenitor-. Uno de nuestros animales, padre. Lo encontraron vagando por los campos bajos, cubierto de sudor y sin los arreos. Saman, el mozo de cuadras, cree que es Piquin, la montura de Marra Dos Fuegos.

-Marra dirigía la patrulla perdida, -añadió Willen Mazo de Hierro.

En la mesa del consejo, Calom Puntal de Martillo, el protector delegado del comercio, sacó un pergamino enrollado de su cinturón y lo puso sobre la superficie de roble.

-Señor, tomad en cuenta las palabras del príncipe humano, Garr Lanfel. Dice que este hombre no es de Golash, pero sí uno de los muchos forasteros llegados recientemente. Garr Lanfel es un hombre honrado, señor..., para ser un humano. Sus advertencias corroboran los informes de las últimas semanas. Grandes bandas de humanos han estado convergiendo tanto en Golash como en Chandera. Llegan sin llamar la atención y se mezclan con los habitantes de allí.

-Mucha gente se mueve de un lado a otro, a la ventura, en estos tiempos, -comentó Talam Combahierro. Como siempre, el protector encargado de la red de acueductos se mostraba cauto a la hora de sacar conclusiones.

-Muchos van a la ventura, -admitió Calom Puntal de Martillo-, pero no tantos. -Desenrolló el pergamino y lo estudió con atención-. Según las estimaciones de nuestros agentes, señor, estas "pequeñas bandas" que están convergiendo en los reinos vecinos totalizan en la actualidad varios millares de humanos varones, todos ellos bien armados, y todos están llegando a tiempo para la feria de Balladine. Asimismo, en Golash dicen que los extranjeros hablan con todos los que quieren prestarles oídos y difunden mentiras maliciosas sobre los enanos. Parece que están haciendo cuanto está en su mano para sembrar un sentimiento de odio por los calnars. Y un nombre se pronuncia a menudo entre los forasteros. Ese nombre es Estero. Nuestros agentes sospechan que puede tratarse de un hechicero de alguna clase.

Colin se estremeció levemente, como hacía la mayoría de los enanos cuando se mencionaba la brujería. La magia existía, pero estaba considerada una abominación.

-¿Sólo en Golash? -preguntó-. ¿Y qué me dices de Chandera?

El protector delegado del comercio fue pasando el índice sobre el pergamino mientras lo iba leyendo; luego alzó la vista.

-Bram Talien de Chandera también informa sobre forasteros, señor. Aunque no tantos.

-Todo eso, y esto, -Willen Mazo de Hierro señaló la espada que Colin sostenía en la mano-, es lo que me ha hecho pensar que deberíamos reunirnos hoy aquí.

-Estoy de acuerdo con Willen, padre, -dijo Handil-. Balladine está a punto de empezar.

-Lo mismo digo, -añadió Tolon-. Temo que el mal se avecina.

-El mal, -repitió Colin. Hizo un ademán hacia el prisionero humano-. Desatadlo y quitadle la mordaza. Oigamos lo que tiene que decirnos.

Unas manos fuertes desataron las cuerdas y la mordaza. El hombre se frotó las muñecas mientras les dirigía una mirada penetrante.

-¿Hablas nuestro idioma, humano? -preguntó Colin Diente de Piedra.

-Hablo mi idioma, -gruñó el hombre-. Pero no con los gorgojos.

-¿Con quién?

-Con gorgojos. Con sucios enanos.

Uno de los guardias sacudió la cabeza, divertido por el hecho de que este desaliñado humano, que olía como si no se hubiera bañado en toda su vida, llamara sucios a los enanos.

-Has oído lo que se ha dicho aquí, humano. -Colin se puso de pie y le sostuvo la mirada con fijeza-. ¿Cómo te llamas y cómo ha llegado a tu poder esta espada?

-Me llamo Calik, -replicó el hombre con brusquedad-. Y lo que tenga o no tenga en mi poder es asunto mío.

-¿Qué le ocurrió a la patrulla de las Cunas del Sol? -inquirió Willen Mazo de Hierro.

El hombre lo miró ferozmente, con los labios apretados.

-¿Quién es Estero? -preguntó Handil el Tambor.

Los ojos del hombre se entrecerraron en un gesto de odio, pero no dijo nada.

Calom Puntal de Martillo levantó la vista del pergamino.

-¿Cuántos sois y qué os proponéis hacer?

El hombre siguió guardando silencio.

Willen Mazo de Hierro lanzó una mirada a su dirigente.

-Con vuestro permiso, señor, yo podría persuadir a esta criatura para que hablara.

El hombre lo miró con desprecio.

-Tengo más aguante que tú, gorgojo, -replicó.

Colin Diente de Piedra tomó asiento de nuevo.

-Adelante, Willen, es todo tuyo. Pero intenta no lastimarlo más allá de lo irreparable.

-Sí, señor. -El capitán de la guardia se alejó de la mesa, se desprendió de sus armas, se quitó la armadura y se dirigió hacia una zona despejada del círculo central, vestido únicamente con la falda montañesa, la camisola y las botas-. Traedlo aquí -dijo.

Los guardias empujaron al hombre, que se resistió.

-¿Qué es esto? ¿Un solo hombre, desarmado, contra docenas con espadas?

-Nada de armas, -decretó Colin Diente de Piedra-. Y nadie más te pondrá la mano encima. Sólo Willen.

-¿Quiere luchar conmigo? ¿Un enano enclenque? Lo mato, y entonces ¿qué? ¿Los demás acabáis conmigo?

-Si derrotas a Willen Mazo de Hierro, humano, pediré tu libertad, -espetó Handil-. ¿Padre?

-De acuerdo, -asintió Colin, agitando la mano con indiferencia.

Los guardias empujaron de nuevo a Calik hacia Willen. Cuando hubieron pasado la mesa, le dieron un fuerte empujón y se retiraron. El hombre vaciló un instante; luego sonrió con perversidad al enano desarmado que lo esperaba.

Calik medía casi treinta centímetros más que Willen y era de constitución fuerte, con piernas y brazos largos, y hombros fornidos.

-He matado a una docena de hombres de verdad en los fosos -siseó-. Haré que esto sea rápido, gorgojo.

La mueca se ensanchó, y el hombre extendió las manos, como si se disculpara. Luego, bruscamente, se agazapó y se abalanzó sobre el enano.

Fue como si hubiera chocado contra una pared. Sonó el golpe sordo de cuerpos al chocar, y luego Calik se encontró tendido en el suelo, detrás de Willen. Se incorporó, sacudió la cabeza y parpadeó. Después, gritando una maldición, se abalanzó otra vez sobre el enano agitando los fuertes puños.

Willen le salió al paso a mitad de camino, eludió los puñetazos agachándose, y le lanzó un gancho demoledor al estómago. El humano todavía boqueaba, falto de aire, cuando el enano ya estaba detrás de él, lo zancadilleaba y descargaba varios golpes fuertes mientras se desplomaba.

Indemne e impertérrito, Willen Mazo de Hierro dio un paso atrás.

-¿Estás ya dispuesto a hablar, humano?

Encolerizado, Calik se incorporó, echó a correr, giró sobre sí mismo y lanzó una patada mortífera a la cabeza del enano. Unas fuertes manos frenaron su pierna, la torcieron, y Calik cayó de bruces. Willen Mazo de Hierro le sujetó los brazos a la espalda y le apretó la cara contra el suelo de piedra; luego se incorporó y, precavidamente, le propinó una patada en las costillas.

-¿Y ahora estás dispuesto a hablar? -preguntó-. Todo el mundo aguarda.

La respuesta de Calik fue un inesperado y rápido puntapié que alcanzó a Willen en el costado y lo hizo retroceder tambaleándose. Veloz como una serpiente, el hombre aprovechó su ventaja en el acto, dando un rodillazo al enano en la cara, y dos puñetazos en la nuca que habrían matado a un humano. Willen cayó de rodillas, aparentemente aturdido, y el hombre se arrojó sobre él intentando derribarlo para realizar una llave mortal en el cuello o en la espina dorsal. Pero el enano supuestamente atontado se incorporó de repente, haciendo palanca con su cuerpo. En un instante, Willen tenía al hombre retorciéndose en el aire sobre su cabeza, y con un impulso lo lanzó a tres metros de distancia.

Calik cayó al suelo, rodó sobre sí mismo, y se estrelló contra el costado de la mesa del consejo. Antes de que pudiera moverse, Willen se le echó encima y le propinó un duro castigo. Calik gritó.

Willen sintió unas manos pequeñas y fuertes que tiraban de él.

-¡Willen, por favor! -dijo la voz de Tera Sharn-. ¡Es suficiente!

Dejó que la joven lo apartara, y respiró profundamente para despejar la cabeza de la furia combativa. Tera tenía razón, por supuesto. El hombre se arrastraba por el suelo, evidentemente derrotado. Willen se volvió hacia la muchacha y oyó su respingo de sorpresa cuando miró detrás de él. Calik no se daba por vencido. Con un grito, se puso de pie, agarró la espada que estaba en la mesa, delante de Colin Diente de Piedra, y la levantó sobre su cabeza. Al descargar el arma en un arco descendente, su brillante filo pasó rozando a Tera. Willen apartó a la joven de un empujón, e hizo un gesto para frenar el avance de la docena o más de enanos que corrían presurosos hacia él.

-¡Quietos! -ordenó-. El humano ha hecho su elección.

Willen hizo un quiebro de costado para eludir el segundo golpe del enfurecido humano, esquivó el tercero agachándose, y se abalanzó hacia adelante pasando por debajo del cuarto. En un abrir y cerrar de ojos, Calik estaba doblado hacia atrás, con la espada todavía

empuñada, y el corto y musculoso brazo de Willen cerrado en torno a su cuello. Con el otro brazo, el enano trabó el hombro del humano... e hizo un brusco movimiento giratorio.

El sonido del cuello de Calik al romperse casi quedó ahogado por el fuerte ruido metálico de la espada al caer de una mano muerta.

Willen se apartó, dejando que el corpachón del humano se desplomara en el suelo. Miró hacia Colin Diente de Piedra.

-Elegió guardar silencio, señor, -dijo.

-Es un mal presagio, -masculló Tolon Vista Penetrante.

-Un mal asunto, -estuvo de acuerdo Handil-. A los humanos, incluso a los que tienen relaciones amistosas con nosotros, no les gustará que un enano haya matado a uno de su raza.

-No me dejó otra opción, -le respondió Willen Mazo de Hierro-. Tú lo viste.

-Sí, la decisión fue suya, -admitió Handil-. Pero habrá encrespamiento.

Los guardias se adelantaron presurosos para sacar a Calik a rastras. En la mesa del consejo, Relente Triza de Acero se puso de pie.

-Hay muchos interrogantes, señor, -le dijo al dirigente-. Pero el primero se nos plantea ahora. Con lo que hemos visto y lo que podemos deducir, ¿seguimos adelante con Balladine este año?

Antes de que Colin pudiera responder, su hijo segundo, Tolon, se le anticipó:

-Cancela el Balladine, padre, -pidió-. Este asunto es un presagio. Thorin está en peligro por los humanos. Lo mejor es cerrar las fronteras, mantenerse alerta, y no dejar que un solo humano se acerque este año.

-Las gentes de Golash y de Chandera son nuestros amigos, -señaló Colin-. Ellos no nos han amenazado.

-¡Son humanos los que nos amenazan! -gruñó Tolon-. ¿Acaso importa cuáles? Yo digo que se les prohíba la entrada a Thorin. El peligro es mayor que el beneficio.

Colin Diente de Piedra miró pensativo a todos los reunidos a la mesa y luego sacudió la cabeza.

-Balladine es tan importante para nosotros como lo es para nuestros vecinos, -declaró-. Necesitamos los productos de los humanos del mismo modo que ellos necesitan los nuestros. Dejemos que la llamada continúe y que los planes prosigan. -Se incorporó, dispuesto a marcharse, y añadió:- Pero tendremos mucho cuidado este año. Mucho cuidado. Decid a la gente que tenga en cuenta la otra cara de sus herramientas.

El Corazón De Everbardin

La otra cara de las herramientas.

Todo calnar que hubiera pasado la edad de aprendizaje artesanal conocía el significado de esa frase. Muchos dichos que seguían vigentes tenían su origen en las historias antiguas, y cada uno poseía su sabiduría propia. Uno de ellos era: "Si hay enemigos, levanta tu martillo y míralo en un espejo".

El significado era claro. En Thorin, aunque las mejores armas se fabricaban allí, poca gente poseía espadas o lanzas. Salvo las armas de excelente manufactura que llevaban los hombres de la guardia, y las trabajadas espadas, exquisitamente equilibradas, que poseían otros pocos, incluidos el dirigente y los Diez, las armas, propiamente dichas, eran escasas.

Una espada era algo pesado, difícil de manejar, e inútil para cualquier tipo de trabajo excepto combatir. Para los juegos y como un utensilio para escalar, una jabalina bien equilibrada era mucho mejor que una lanza, y los arcos y las flechas no valían para excavar la piedra, fabricar muebles, tejer tapices o moldear recipientes de arcilla.

Los humanos y otros fuera de Thorin a menudo pensaban que los enanos estaban fuertemente armados, pero eso era sólo porque la mayoría del armamento realmente bueno existente en la región procedía de Thorin. Las mejores espadas, las puntas de flecha más finas, las dagas y puntas de lanza más valiosas, incluso las grandes máquinas de guerra que los reinos humanos codiciaban, todas procedían de las fundiciones, forjas y tiendas de los enanos de Thorin. Constituían la mayor parte del volumen de existencias de los productos mercantiles de los calnars, porque siempre había mucha gente deseosa de tenerlas y dispuesta a comprarlas.

Entre los humanos y otras razas se decía que el mejor acero era el calnar. De hecho, en todos los reinos de las inmediaciones de las Khalkist, el acero calnar era el único que había. Las gentes de muchas razas podían trabajar el bronce y el estaño, y algunos el hierro, pero en esta comarca sólo los enanos hacían acero.

Incluso la espada calnar más sencilla alcanzaría un valor de cincuenta fanegas de grano en Balladine, y una punta de flecha de acero calnar se cotizaba tanto como una moneda de acero calnar. Los humanos preferían las puntas de flecha a las monedas porque tenían una utilidad alternativa en un caso de apuro.

Así que los calnars eran fabricantes de armas para una gran parte del mundo que conocían. Había armamento enano por doquier... salvo en Thorin. Pocos enanos poseían siquiera una espada corta, ni estaban interesados en tenerla. Para alguien con un sentido práctico como los enanos, una cosa que no era útil o decorativa no merecía la pena poseerla.

Por consiguiente, había pocas armas en Thorin... en el sentido de lo que conocían como tal los de fuera. Pero había herramientas. Estaba en la naturaleza de los calnars; para ellos, las herramientas eran algo tan natural como respirar. Las tenían en gran estima, y las utilizaban constantemente.

De ahí el viejo dicho: si hay enemigos, levanta tu martillo y míralo en un espejo.

La única diferencia entre un martillo para hincar un cincel en la piedra o para abrir túneles y un martillo de guerra era mirarlo desde una u otra perspectiva. Un hacha era una herramienta para cortar troncos y un mazo, para partir rieles o dar forma cuadrada a la piedra; una honda, para lanzar pequeñas herramientas y materiales desde un nivel subterráneo a otro; y una jabalina se utilizaba para asegurar las cordadas en escaladas. Pero una buena hacha podía hendir hueso con la misma facilidad con que cortaba madera; un mazo podía aplastar igualmente un escudo como encajar una cuña. Una honda podía arrojar piedras con la misma eficacia con que lanzaba pertrechos o materiales; una jabalina bien dirigida podía ser tan mortífera como cualquier lanza.

Un casco servía para protegerse la cabeza de las rocas desprendidas en una excavación. Un escudo se utilizaba para retirar escombros y para desviar una lluvia de guijarros. La armadura, -a veces de metal y a veces de cuero-, era para trabajar en las fundiciones, donde las chispas podían saltar, y en los talleres de acabado donde el instrumental podía salir rebotado de las piedras de amolar o las ruedas de pulir. Pero todas estas cosas también podían tener otros usos.

Levanta tu martillo y míralo en un espejo. Ten en cuenta la otra cara de tus herramientas. Estáte preparado para dejar el trabajo y luchar. Era algo que cualquier enano

entendía. La diferencia entre una herramienta y un arma está en la mente del que la utiliza y en las circunstancias de su uso.

La voz ya se había corrido por las galerías de los artesanos para cuando Handil el Tambor llegó allí llevando consigo el enorme y ronco vibral con el que había dado comienzo a la Llamada a Balladine. El poderoso instrumento de percusión era una invención suya; se trataba de una caja de tambor hecha con tablillas curvadas de madera dura que se iban estrechando hacia uno de los extremos, y reforzada con bandas de acero, cerrada en ambas bases con cubiertas de piel de búfalo muy tensada. En su interior, había otras "cubiertas" de diversos materiales, cada una templada para captar y amplificar la resonancia de la membrana que la precedía. Unas aberturas ovales, alrededor de la circunferencia de la caja, emitían su voz atronadora cuando se golpeaba una u otra base.

Tocado en lo alto de los Centinelas, el tambor de Handil podía oírse a kilómetros de distancia, y sus ecos llegaban mucho más lejos. Trueno no era el tambor más grande de Thorin, pero sí el más fuerte con mucha diferencia.

El joven enano lo llevaba ahora envuelto y callado, como siempre se hacía con los tambores una vez dentro del reino subterráneo.

La plaza iluminada por los conductos solares que conducía a las galerías de los artesanos estaba, como de costumbre, abarrotada de enanos que iban presurosos de aquí para allá con una u otra tarea. Handil se apartó a un lado para dejar pasar a los conductores de una narria. Dos grandes caballos calnars enganchados al arnés tiraban de un bloque de granito tallado de dos metros y medio desde una de las nuevas excavaciones, en tanto que una docena de fornidos calnars equipados con palancas y mazos se ocupaba de los rodillos de deslizamiento. Cuando la cuadrilla hubo pasado, Handil siguió su camino, saludando de vez en cuando a conocidos con un leve movimiento de cabeza. Las marras resonaban en un túnel lateral en el que se estaban instalando rieles de carretillas y cables remolcadores para un nuevo conducto de arrastre hacia la superficie desde los viveros de cultivos. Al otro lado de la plaza, los canteros y doladores estaban trabajando, colocando vigas enormes en la piedra recién cortada para ampliar los puestos de los tejedores.

La orden del dirigente de estar preparados para un conflicto había puesto un gesto ceñudo en muchos de los rostros de la plaza, pero no había interrumpido el ritmo laboral. Como siempre, había calnars por doquier haciendo todo tipo de cosas, y, como en cualquier lugar público de Thorin, el vasto espacio abierto era un tumultuoso ir y venir de enanos atareados.

Handil aflojó el paso al acercarse a las tiendas. Aquí, los corredores estaban aún más abarrotados de lo habitual, y parecía que todo el mundo llevaba herramientas diversas y prendas de armaduras. Se habían formado filas de gente que esperaba su turno para afilar cinceles o cortafríos, poner correas en los martillos para las muñecas, arreglar hebillas en petos protectores, o incrustar pinchos o cuernos en los cascos. Handil esbozó una sonrisa al ver a una mujer canosa, de edad avanzada, arrastrando un pesado mazo de mango largo, más alto que ella misma. En la otra mano llevaba un pincho de un palmo de largo, curvado, tan aguzado como una daga. Un vistazo a la cabeza del mazo le hizo comprender lo que la mujer tenía en mente: quería que soldaran el pincho en uno de los lados del enorme mazo.

Estaba teniendo en cuenta la otra cara de sus herramientas.

Su sonrisa se ensanchó, y la fuerte y blanca dentadura brilló tras la oscura barba. Probablemente, la venerable anciana no tenía ni la más remota idea de quién podía ser un enemigo, pensó Handil, pero que los dioses tuvieran piedad del enemigo que se interpusiera en el camino de esa herramienta.

-¿Handil? ¡Me pareció verte aquí! -La voz a su espalda hizo que sus ojos se iluminaran, y el joven se dio media vuelta. Unos ojos serios, bien separados, lo miraban desde una cara bonita enmarcada por cabello rojizo. Jinna Romperrocas le sonrió al tiempo que levantaba una honda de malla de excelente manufactura-. Necesito una correa para la muñeca en esto, -dijo. Echó un vistazo a su tambor-. ¿Qué idea se te ha ocurrido? ¿Cuchillas para los aros de tu tambor?

-Qué va, -negó, sacudiendo la cabeza-. Eso no resultaría muy práctico. Pero sí pensé que podría modificar un poco los mazos. -La observó con atención y advirtió el placer que la causaba su encuentro. Era igual al que sentía él al verla-. Han pasado muchos días desde que estuvimos juntos, Jinna. La Llamada y todo lo demás... Pero te he echado de menos.

-Y yo a ti. Últimamente, ha habido tanta agitación que temí que no volveríamos a encontrarnos hasta el día de nuestra unión. No quería esperar tanto para verte.

-Ni yo. -Todavía seguía mirándola a los ojos-. Yo... Bueno, en las últimas noches he tenido malos sueños. A veces me despierto pensando en que quizá no lleguemos a casarnos, que puedes cambiar de opinión o algo por el estilo. No lo has hecho, ¿verdad? Quiero decir que no has cambiado de idea.

-Ni en un millón de años, Handil Hoja Fría, -se rió ella, pero enseguida se puso seria-. ¿A qué viene la alarma dada? ¿Hay peligro?

-Puede haberlo, -le advirtió-. Probablemente, no, pero mi padre es precavido. Tolon y algunos de los ancianos están preocupados. Hay forasteros humanos por los alrededores a los que parece que no les gustamos mucho.

-¿Por qué no?

El se encogió de hombros.

-¿Quién entiende a los humanos? Probablemente no sea nada, pero, con Balladine tan cerca, más vale estar prevenidos.

-Supongo que sí. Apresúrate, Handil. La fila se mueve.

El joven miró en derredor. Se había abierto un hueco en la fila fuera de las tiendas, y una docena de personas los estaba mirando a los dos, algunos sonriendo sin disimulo. Muchos de los calnars conocían a Handil Hoja Fría, y todos habían oído hablar de él. Handil el Tambor era famoso en Thorin, no tanto por ser el hijo mayor del dirigente, -todo el mundo era hijo de alguien-, como por su magnífico tambor y por otras cosas que había inventado, tales como las aspas giratorias que ahora estaban instaladas en casi todos los respiraderos, que les permitían gozar de temperaturas agradables en cualquier estación, y las plataformas elevadoras accionadas con tornos. En todo Thorin, Handil el Tambor era una celebridad.

La mayoría estaba también enterada del compromiso matrimonial de Handil y Jinna, la bonita hija de Calk Romperrocas. La imagen de los dos jóvenes enanos tan absortos el uno en el otro resultaba divertida a muchos de los que esperaban en las tiendas.

La anciana con el enorme mazo arqueó una ceja y dijo:

-Si queréis seguir en la fila, moveos u os pasaremos.

Handil echó otro vistazo al enorme martillo y a los pinchos, y luego se apartó a un lado.

-Adelante, abuela. Lo que quieres hacer parece mucho más útil que cualquier cosa que tenga yo en mente.

-Ya veo lo que tienes en mente, -respondió la anciana mientras miraba a Jinna Romperrocas-. Pero las tiendas no son el sitio más indicado para eso.

Handil sonrió, admitiendo su razonamiento, y se volvió.

-Caminemos un poco, Jinna. Ya nos ocuparemos de nuestras herramientas después.

Estaba tan absorto en ella que no vio al instalador de raíles que se aproximaba con pesadas secciones de acero cargadas al hombro hasta que el obrero se giró y su carga chocó contra el extremo superior del enorme tambor que Handil llevaba colgado del hombro. El resultado fue impresionante, casi ensordecedor. Aun estando envuelto, Trueno reaccionó al golpe contra su base revestida con un retumbo vibrante que pareció hacer estremecer los propios muros de Thorin. Aquí y allí, rociadas de polvo y guijarros cayeron de los techos. La gente se tambaleó al tiempo que se llevaba instintivamente las manos a los oídos. A corta distancia, las vigas crujieron y los enanos empezaron a proferir maldiciones cuando los enormes armazones de las tiendas de tejedores, todavía sin asegurar, se movieron sobre sus bases.

Rápidamente, Handil giró el tambor hacia adelante y rodeó su parte central con los brazos para ahogar la resonancia. El redoble se extinguió en un eco sordo, como el retumbo de un trueno lejano. Jinna miraba al joven enano con los ojos muy abiertos, igual que otros que estaban a su alrededor.

Al poderoso toque de tambor lo siguió un instante de silencio en toda la plaza; después, sonaron gritos y voces de la gente que iba presurosa de un lado a otro asegurándose de que nadie estaba herido y comprobando si se habían producido daños en la estructura de los muros de piedra. Al parecer, -y por fortuna-, no había ninguno. Aun así, Handil se encontró con una muchedumbre de calnars mirándolo fijamente mientras reforzaba la envoltura protectora de su tambor.

-Cualquier otro que no fuera el hijo del dirigente tendría que vérselas con el Consejo de Protectores por tocar un tambor en Thorin -rezongó un carpintero con gesto ceñudo.

-No te pases, Hibal, -dijo alguien-. Sólo ha sido un accidente.

-La clase de accidente que podría hacer que la plaza se desplomara sobre nuestras cabezas, -terció un picapedrero-. Hay normas, ¿sabes?

Handil los miró de frente, con franqueza, y levantó una mano.

-Las normas son las normas, -declaró en voz alta para que todos pudieran oírlo-, sin excepciones. Os pido disculpas y os doy mi palabra de que yo mismo informaré de este incidente a los protectores y de que se me impondrá la penalización que se aplicaría a cualquier otro. -Miró al carpintero que había protestado en primer lugar-. ¿Te parece eso suficiente, Hibal, o quieres alguna otra satisfacción?

Por un instante, dio la impresión de que el carpintero iba a desafiarlo. Hibal lo reconsideró mientras reparaba en los anchos hombros de Handil, y luego sacudió la cabeza.

-Quizá en otra ocasión. Tengo trabajo que hacer.

-Cuando quieras, -le respondió Handil-. Y después te invitaré a cerveza.

Cale Ojo Verde había aparecido de alguna parte, curioso como siempre. El hijo menor del dirigente llevaba un envoltorio alargado sobre el hombro. Cuando Handil se dio media vuelta y echó a andar junto a Jinna, Cale se unió a ellos.

-Buen ruido hiciste, hermano, -dijo-. Si planeabas poner pinchos en el vibril, creo que no hace falta que te tomes esa molestia. Esa cosa es un arma de por sí, tal como es.

-Supongo que voy a tener que oír comentarios sobre lo ocurrido durante un tiempo, -admitió Handil, desabrido. Señaló con un gesto de la cabeza el paquete que cargaba su hermano-. ¿Qué llevas ahí?

-Una espada, -respondió Cale-. La misma que el hombre tenía... -Echó una rápida mirada a Jinna, sin tener certeza de si la joven sabía lo del humano que había muerto en el Gran Auditorio.

-No importa. -Handil metió los mazos en su cinturón y tomó la mano de la muchacha en la suya-. Le contaré a Jinna lo que ocurrió. ¿Adónde vas?

-Me dirijo a la sala de guardia para recoger una armadura y pedir un caballo. Necesitaré... -Arqueó una ceja y miró a su hermano-. Oh, no lo sabes, ¿verdad?

-¿Saber qué?

-Willen está organizando patrullas de guardias, así que me ofrecí voluntario para dirigir la búsqueda hacia el oeste y ver si podemos descubrir lo que ocurrió ahí fuera... -De nuevo miró a la perpleja Jinna Romperrocas, y luego continuó:- Fue idea mía. La escolta estará formada por voluntarios.

-Cualquier cosa con tal de viajar, hermanito, ¿no? -Handil sonrió-. Pero quizá descubras algo. ¿Qué ha dicho padre sobre esta aventura?

-¿Qué puede decir? Iba a ir, de todos modos. Lo único que me dijo es que no pierda la cabeza.

-Buen consejo, considerando lo que se han enterado los protectores acerca de humanos salvajes. Parece que Golash y Chandra están llenos de extranjeros. Extranjeros hostiles.

-Bueno, eso es problema de los agentes de Calom Puntal de Martillo. Yo planeo una batida más distante... hasta las Cunas del Sol o más allá si es preciso. De todas formas, siempre he querido ver qué hay allí fuera. -El rostro de Cale, un rostro hecho sólo para la risa, según muchos, se tornó serio. No estaré para el Balladine, Handil, y puede que también me pierda tu boda. Así que aquí tengo algo para vosotros dos. -Abrió la mochila colgada del hombro y sacó de ella una bolsita de fino ante. Se encogió de hombros y se la entregó a Jinna.

La muchacha la abrió, echó un vistazo a su interior y después miró a su futuro cuñado con los ojos muy abiertos.

-¡Oh, Cale! ¡Son preciosos! -De la bolsa sacó un par de anillos enjoyados, realizados con bandas de plata y cobre exquisitamente entretejidas y taraceas de oro tan finas que apenas podía seguirse su trazado. Cada anillo llevaba engastados tres diamantes tallados.

-Son de manufactura elfa. -Cale volvió a encogerse de hombros-. Los guardo desde hace años, pensando que encontraría un buen uso para ellos. Me sentiré honrado si tú y Handil los intercambiáis en vuestra boda. Así, será como si estuviera con vosotros para desear buena suerte a vuestra unión.

Se detuvieron bajo un conducto solar para contemplar los anillos. Handil sintió un nudo en la garganta. Cale Ojo Verde..., Cale el Soñador..., Cale, que era tan diferente de la mayoría de los calnars que podría haber tenido sangre elfa en sus venas si tal cosa hubiera sido posible. Handil nunca había comprendido a su hermano menor, ni un solo momento. Siempre estaba lleno de sorpresas... Sorpresas como ésta. Falto de palabras, Handil el Tambor puso una mano en el hombro de su hermano con gesto cariñoso.

Los ojos de Jinna parecían estar humedecidos por las lágrimas.

-Oh, Cale, por supuesto que los utilizaremos. ¡Es un regalo maravilloso! Y estarás allí con nosotros.

-No es más que un par de anillos, -dijo Cale, turbado-. No es para tanto. Sólo... En fin, sólo os pido que penséis en mí si no os veo antes de la boda. Yo también pensaré en vosotros.

Sin añadir una palabra más, Cale se dio media vuelta y se alejó con la espada envuelta sobre su hombro. Ya se había despedido, de manera breve, de Tolon y de Tera, de su padre, y ahora de Handil y de Jinna. Estaba ansioso por ponerse en camino, por dejar atrás el entorno familiar de Thorin y ver qué escondían algunos de aquellos lugares lejanos.

Estaba seguro de que la espada que llevaba había pertenecido a Ágata Tizón Brillante, y decían que el caballo que había regresado era Piquin, la montura favorita de Marra Dos Fuegos. Ahora ya parecía seguro que la patrulla del oeste había perecido, asesinada por humanos salvajes. Ágata había sido amigo de Cale, y Marra Dos Fuegos era un enano al que admiraba. A Cale le parecía apropiado llevar consigo algo de ellos cuando saliera en busca de pistas sobre la suerte que habían corrido.

En busca de pistas, y para echar un vistazo a lo que había al pie de las Cunas del Sol... y quizá aún más allá.

La tarde llegaba a su fin cuando Cale Ojo Verde salió cabalgando de Thorin, montado en la alta grupa de Piquin y seguido por otros seis jóvenes aventureros que se habían ofrecido voluntarios para acompañarlo. El sol se ponía detrás de las Cunas del Sol, y la tenue luz del anochecer oscurecía los valles. Pero las dos lunas visibles estaban en el cielo, y había luz suficiente para viajar. Los caballos estaban frescos, y las sendas, abiertas.

Cale miró atrás, sólo una vez, hacia el gran muro exterior de Thorin.

-Thorin Hogar de Enanos, -susurró-. Thorin Everbardin, guarda mi alma. Acógeme en tu seno si es que no regreso.

Luego volvió la vista hacia el oeste, donde la última luz del día perfilaba los ondulados picos de las Cunas del Sol.

-Mantened el paso, -dijo a sus compañeros-. Ahí fuera hay un montón de mundo que ver, y qué mejor momento para ello que el presente.

Hubo ojos que los vigilaron todo el camino a través del valle del Hueso y hasta la calzada de Chandera; ojos humanos, furtivos y hoscos, ocultos en las sombras a lo largo de una línea que se cerraba paulatinamente y que muy pronto sería un cordón humano en torno a Thorin. Los ojos vigilaban, pero ningún hombre levantó una mano contra ellos. Los siete enanos armados y montados iban equipados para viajar y partían. No tenían importancia. No se encontrarían aquí para obstaculizar lo que Estero había planeado para la ciudadela de los enanos.

La Traición

Bram Talien estaba preocupado. Como jefe de comercio de Chandera, era el responsable de la caravana que se encaminaba hacia Thorin para la feria de verano que los enanos llamaban Balladine. Por lo general, el viaje anual era más un placer que una preocupación. Como comerciante y mercader, Bram Talien disfrutaba con la visita a la fortaleza calnar. Era un reto medir las fuerzas con el ingenio de Calom Puntal de Martillo, el protector de comercio de los enanos, y sentía un profundo respeto por Colin Diente de Piedra.

Los enanos no eran humanos, por supuesto, pero Bram Talien prefería su compañía a la de otra gente que conocía.

La caravana era como una ciudad ambulante. Centenares de carros, carretas, carromatos, bestias de carga y angarillas ascendían por la sinuosa calzada de montaña en una fila que alcanzaba a veces casi cinco kilómetros de largo en los pasajes angostos, y caminando entre ellos iba la mitad de la población de Chandera, ocupándose del ganado y conduciendo los tiros.

Aquí estaban los productos para los recursos anuales de Chandera: grano de los campos de las tierras bajas; especias y perfumes de las fronteras de Bloten; madera de los bosques limítrofes con las planicies de Ergoth oriental; comestibles en conserva y hierbas aromáticas; canastos de madera; tapices y alfombras, y una docena de tipos diferentes de muebles de mimbre. Todas eran cosas que los enanos de Thorin apreciaban y por las que harían trueques con sus propias mercancías. Y en carretas especiales que iban casi a la cabeza de la caravana estaba lo más valioso, algo que haría que los ojos de los comerciantes enanos se abrieran como platos y que sus pujas subieran.

La mayoría de los hombres iban armados, y docenas de ellos, montados, vigilaban la caravana. No se recordaba que ninguna expedición a Balladine hubiera sido seriamente amenazada. A veces, algunos ladrones podían intentar colarse en un campamento nocturno para robar cualquier cosa que pudieran encontrar, y de vez en cuando una banda de nómadas podía seguir y vigilar una expedición durante uno o dos días, pero una caravana de esta magnitud representaba una fuerza formidable y nunca las habían atacado. Pero ahora Bram Talien estaba receloso, barruntaba algo indefinido.

Era como si en todo el territorio las cosas estuvieran cambiando. Durante el pasado año, habían llegado forasteros a Chandera, y a Bram le daba la impresión de que entre su propia gente, los súbditos de Riffin Dos Árboles el Sabio, la actitud había cambiado. Se comentaba que Chandera era "pobre", y se hablaba de ir en busca de fortuna. Era inquietante. A veces, Bram tenía la sensación de que algunos chanderanos estaban dando la espalda a las viejas costumbres y que miraban en nuevas y extrañas direcciones. Un descontento hosco, irritado, estaba extendiéndose donde antes había habido satisfacción.

Y ahora surgía la preocupación más inmediata: los extraños en la distancia, que mantenían la ruta de la caravana como si ésta fuera un rebaño de ovejas al que iban conduciendo. Los exploradores habían informado sobre grandes grupos de gentes -todas ellas forasteras-, que los flanqueaban avanzando en paralelo; y no pasaba una hora sin que se divisaran personas en las cumbres de las colinas, vigilándolos.

Bram Talien había informado a los enanos agentes de Calom Puntal de Martillo acerca de los forasteros en el territorio de Chandera y de su preocupación. Era corriente que los jefes de comercio intercambiaran este tipo de información antes de Balladine. Pero ahora, a dos días de distancia del pueblo de Riffin Dos Árboles, se dio cuenta de que había muchos más forasteros en el territorio de lo que había imaginado. Parecían estar en todas partes, -hombres de aspecto salvaje, vestidos de forma extraña, que podían proceder de docenas de tribus distintas-, y la única certeza respecto a ellos es que todos iban armados.

En estos tiempos, el territorio estaba lleno de gentes que se desplazaban de un lugar a otro. Los refugiados del sur traían historias de horror, de dragones volando sobre Silvanesti, del terror a estas bestias, de su fuego, y hechizos espantosos que se dispersaban al viento como polvo: árboles que danzaban y espíritus condenados; ciénagas que expulsaban vapores ponzoñosos; piedras que explotaban, y rayos que chisporroteaban entre los árboles del bosque para buscar y herir a cualquier ser vivo.

¿Cuántos dragones había? Algunos decían que uno o dos; otros, que cientos. Personalmente, Bram Talien dudaba que cualquier viajero hubiera visto más de unos pocos dragones, si es que había visto alguno, pero ello no atenuaba su preocupación. Un solo dragón bastaría para desatar el pánico y generar emigraciones masivas.

Las historias se enlazaban de algún modo con la extraña desaparición de elfos de los reinos de las Khalkist orientales. Ver grupos de elfos era algo corriente en el pasado.

Cruzaban Chanderá de vez en cuando en sus viajes y habían compartido las hogueras con patrullas y pastores chanderanos.

A menudo, en tiempos pasados, los elfos habían acudido incluso al Balladine de los enanos, y las mercancías que traían para comerciar eran muy codiciadas.

Pero ahora hacía varios años que Bram Talien no veía a un elfo, aunque los exploradores de Riffin Dos Árboles habían informado recientemente sobre grupos numerosos de lo que parecían elfos del oeste que bordeaban las montañas al sur de Bloten, dirigiéndose hacia el este, hacia Silvanesti.

Algo estaba pasando en el sur, y el resultado en esta comarca eran las bandas de emigrantes, las tribus desarraigadas que se trasladaban desde su lugar de origen hacia donde quiera que se dirigieran. Pero había algo diferente en la gente que ahora flanqueaba la caravana chanderana: no tenían aspecto de refugiados. Más bien parecían mercenarios.

Es poleando a su pequeño bayo, Bram Talien cabalgó hacia adelante a lo largo de la lenta línea de la caravana, sintiendo el viento en la barba al trote del animal. Aunque su alzada era la mitad que la de los caballos dorados y blancos de Thorin, el bayo era una buena montura, tan rápido y fuerte como cualquier otro en Chanderá, y era el predilecto del jefe de comercio.

Delante de los carros de acampada, cerca de la cabeza de la caravana, rodaban ocho carretas con los laterales del armazón muy altos, cada una de ellas tirada por dos hileras de bueyes. Bram aminoró la velocidad de su caballo y echó un vistazo a las carretas, a sus tiros y sus aparejos. En ellas se encontraba la mercancía especial con la que esperaba obtener importantes concesiones comerciales de Calom Puntal de Martillo. En las altas cordilleras del perímetro oriental de Chanderá, los cavadores habían encontrado un gran depósito de la brillante y negra antracita que los enanos utilizaban para fundir el hierro y fabricar su codiciado acero.

Calom Puntal de Martillo haría cualquier cosa que estuviera en su poder para intentar conseguir la antracita a un bajo precio. Bram esbozó una leve sonrisa al imaginar el retorcimiento de manos y la actitud afectada que adoptaría el astuto enano en su intento de sacar la mayor ventaja posible en el trato. Chanderá obtendría un pingüe beneficio este año en Balladine.

Algunos de los conductores y de los hombres que cuidaban de las altas carretas se volvieron para ver pasar al jefe de comercio, y uno o dos saludaron con la mano.

Él les devolvió el saludo.

-Cuidad bien de vuestras cargas, -gritó-. Este año superaremos a los enanos de Thorin en los trueques.

-Llevaremos esta mercancía allí, jefe de comercio -respondió uno de los hombres-. Pero tu función será que saquemos un buen precio por ella.

Bram asintió con la cabeza y se dispuso a seguir adelante, pero frunció el ceño cuando el viento le trajo otra voz, la de otro hombre que hablaba a sus compañeros:

-Si tuviéramos las fundiciones y las forjas de los enanos, no tendríamos que comerciar con ellos, -dijo con tono iracundo-. Si Thorin fuera nuestro, fabricaríamos nuestro propio acero, como hacíamos mucho tiempo atrás. Esos gorgojos egoístas y agarrados han poseído Thorin tiempo más que suficiente, a mi modo de ver.

Bram miró alrededor, pero quien quiera que hubiese hablado se había dado la vuelta, y los demás miraban hacia otro lado. ¿Estaban avergonzados por las palabras? ¿O alguno de ellos estaría de acuerdo?

Era inquietante.

A la cabeza de la caravana, Bram tiró de las riendas y se puso al paso de Riffin Dos Árboles, el dirigente de los chanderanos. El cabecilla montaba un caballo blanco y llevaba espada y escudo como siempre hacía cuando viajaba por campo abierto. Con su barba gris acerada, yelmo tachonado, hombros fornidos que parecían a punto de estallar las costuras de su jubón de cuero y bronce, Riffin Dos Árboles tenía el mismo aspecto fiero y formidable de siempre, hasta que uno se acercaba mucho a él. Entonces el color apagado de sus mejillas, la leve humedad que enturbiaba sus ojos surcados de arrugas, eran un recordatorio de que este hombre había sido dirigente durante más de cincuenta años y que era más viejo, -a pesar de su vigor-, de lo que la mayoría de los humanos podía esperar.

-¿Alguna noticia de la vanguardia?

Riffin volvió la vista hacia Bram, con una expresión preocupada.

-Llegaremos a los prados al pie de Thorin a la caída de la noche, -repuso-, pero los exploradores dicen que el lugar de acampada está lleno, que hay gente por todas partes.

-¿La caravana de Golash se nos ha adelantado?

-No. -El viejo dirigente sacudió la cabeza-. La caravana de Garr Lanfel se encuentra todavía a un día de distancia. Éstos son otros. Centenares de hombres armados, como los que nos flanquean por las colinas. Los exploradores dicen que sus campamentos ocupan ya la mitad del valle, y que siguen llegando más y más, aumentando su número de hora en hora. Y que no transportan mercancías de ningún tipo.

-¿Qué significa eso, señor? -preguntó Bram con gesto ceñudo-. ¿Qué está ocurriendo?

-Podría significar problemas para los enanos de Thorin. Tiene todo el aspecto de una invasión, y si no tenemos cuidado podríamos vernos metidos en ello.

-Entonces deberíamos quedarnos atrás, -sugirió Bram-. Thorin está en buenas relaciones con Chanderá. No tenemos nada contra los enanos.

Riffin se volvió a mirarlo.

-¿Estás seguro, Bram? Has oído los comentarios lo mismo que yo.

-Algunos de los nuestros están descontentos, -convino Bram-. Es envidia, creo.

-Y yo creo que es algo más, -dijo Riffin con voz áspera-. Creo que entre nosotros hay gente haciendo cuanto está en su mano para propagar el odio hacia los enanos.

-Pero ¿por qué?

-Para servir a los propósitos de alguien, obviamente. Pero tienes razón, Bram. Retrasaremos la marcha de la caravana hasta que sepamos lo que ocurre. No quiero tener nada que ver con un complot contra el pueblo de Colín Diente de Piedra... por más de una razón.

-Son amigos nuestros, -asintió Bram con un cabeceo.

-Sí, son amigos nuestros. Pero, aun en el caso de que no lo fueran, no quiero tomar parte en una guerra contra Thorin. Jamás subestimes a los enanos, Bram. Serían un enemigo formidable.

-Gracias a los dioses no tenemos que comprobarlo, -dijo Bram-. Una vez que tengamos Thorin a la vista, ordenaré parar. Nos mantendremos a una distancia de un día, más o menos, hasta que sepamos...

Un grito en la retaguardia lo interrumpió, y el jefe de comercio se volvió. A todo lo largo de la caravana, los extraños que la habían ido flanqueando se acercaban saliendo de las colinas y aproximándose a ella como un cordón bien organizado.

Y justo al frente, en lo alto de una elevación, aparecieron jinetes..., hombres fuertemente armados que se desplegaron a lo ancho de la calzada.

Riffin Dos Árboles se quitó el escudo que llevaba colgado al hombro y desenvainó la espada. A su alrededor, los guardias chanderanos hicieron otro tanto. Bram Talien hizo volver grupas a su bayo y galopó hacia la retaguardia de la caravana gritando:

-¡Alarma! ¡Alarma! ¡Situad los vehículos en formación de defensa!

Las secciones de atrás ya estaban maniobrando; los conductores azuzaban con los látigos a los tiros, y los carreteros agarraban a los animales que iban a la cabeza. En pocos segundos, la larga y lenta hilera de la caravana se había acortado y ensanchado hacia el centro a medida que los vehículos más pesados se abrían a derecha e izquierda para dejar que las bestias de carga, las angarillas y las narrias se metieran entre ellos. Mujeres, niños y ancianos se adelantaron presurosos, llevando consigo sus bártulos, hacia el centro del círculo que iban formando vehículos y ganado. Los hombres que no conducían tiros empuñaron sus armas, se distribuyeron a lo largo del perímetro exterior, y fueron cerrando sus filas mientras la caravana se convertía en un recinto ovalado y, posteriormente, un apretado círculo.

De pronto, aquí y allí, se desató el caos. Aquí, un tiro se soltó de los tirantes, dejando una carreta atascada. Allí, un carromato volcó, y se esparció su carga. En otro lugar, dos carros chocaron y se vinieron abajo, rotos.

Bram Talien vio algunas de estas cosas y desenvainó su espada.

-¡Sabotaje! -bramó, metiéndose entre la multitud alrededor de una carreta rota.

Pero varios hombres armados le hicieron frente allí, impidiéndole avanzar más. Un hombre al que conocía, Grif Hierba Nueva, uno de sus propios vecinos, enarboló una pesada espada y gritó:

-Retrocede, jefe de comercio. Este año no habrá trueques. ¡Conocemos un modo mejor de conseguir lo que poseen los enanos!

Bram giró sobre su montura, intentando comprender qué estaba pasando, y se encontró rodeado de jinetes, todos ellos con armas en las manos. Los extraños se les habían echado encima y los habían rodeado, y al frente, en la distancia, a la cabeza de la caravana donde estaban el viejo Riffin Dos Árboles y los guardias chanderanos, sonó el estruendo de metal chocando contra metal.

El jefe de comercio vio al conductor de una carreta caer del pescante, agarrando una flecha hincada en su cuello. Vio una fila de bárbaros lanzarse a la carga, con espadas y lanzas, sobre un grupo de aterrados trabajadores chanderanos. Hizo girar a su caballo y desvió la punta de una lanza con la que un atacante arremetía contra él. Blandió su espada e hirió al hombre en la mejilla; luego hundió la hoja en su pecho, por debajo del peto. El hombre gritó y se retorció, y Bram luchó para sacar la espada embebida. Algo golpeó su yelmo y se lo quitó de la cabeza. Consiguió extraer su espada, se giró hacia un lado en la silla, y arremetió contra el hombre que tenía a su espalda. De nuevo, algo lo golpeó, y, esta vez, el sólido impacto de un garrote se descargó contra su sien.

La negrura se abatió sobre Bram Talien.

Volvió en sí lentamente, debatiéndose contra el palpitante dolor de cabeza. Cuando intentó moverse, el dolor lo cegó largos instantes, pero por fin consiguió sobreponerse, abrió los ojos y levantó la cabeza.

Estaba tendido en una especie de tienda tosca; una lumbre ardía a sus pies y un denso humo flotaba sobre las cabezas de los hombres que estaban sentados a su alrededor, observándolo. Bram se llevó la mano al cinturón, pero no encontró ningún arma.

El hombre que estaba más cerca era fornido, tenía la barba oscura, y le resultaba familiar. Volvió la cabeza, y el jefe de comercio lo reconoció. Era Grif Hierba Nueva. Los otros eran desconocidos, forasteros. Grif esbozó una mueca y asintió con la cabeza.

-Estás despierto, -dijo-. Eso está bien. Creí que nuestros nuevos amigos te habían matado.

Sintiendo la lengua tan seca como un trozo de cuero, y con una voz que era poco más que un susurro ronco, Bram Talien preguntó:

-¿Qué ocurre, Grif? ¿Quiénes son estos hombres?

-Eso no importa, -respondió el hombre-. Lo único importante para ti es que hagas exactamente lo que se te diga. Verás, el viejo dirigente... En fin, digamos que tuvo un accidente, así que ahora la buena gente de Chanderá necesita alguien que los guíe. Alguien al que estén acostumbrados a hacer caso. Eres el jefe de comercio, así que servirás. Te indicaremos lo que tienes que decirles.

-¿Qué queréis?

-Bueno... -La mueca del hombre se acentuó, enseñando mucho los dientes entre la barba-. Tenemos asuntos pendientes con esos gorgojos de Thorin. Así es como nuestros nuevos amigos llaman a los enanos. Buen apodo, ¿no? Gorgojos. Tienen lo que queremos, y vamos a cogerlo.

-Lo que queremos es Thorin, -gruñó otro hombre-. Hubo un tiempo en que ese lugar pertenecía a los humanos. Nuestro líder tiene planes para él. Los gorgojos te conocen. Has hecho negocios con ellos. Así que serás nuestro señuelo y nuestro escudo.

-¿Y por qué iba a hacer lo que queréis? -Bram se esforzó por ponerse sentado, a pesar de que la cabeza le palpitaba de dolor.

-Muéstraselo, Clote, -dijo el hombre mientras hacía un ademán con actitud indiferente.

Al otro lado de la tienda, el llamado Clote se puso de pie y apartó a un lado una solapa ancha de cuero, abriendo el refugio. Al otro lado estaba lo que quedaba de la caravana, tiros y vehículos, formando un apretado círculo. Dentro de éste, los chanderanos trabajaban llevando cosas de aquí para allí, en tanto que forasteros armados, -y unos pocos chanderanos traidores- paseaban entre ellos supervisando el trabajo.

En el centro del círculo se había levantado un burdo cercado. Mientras los hombres pasaban ante él, los ojos de Bram se desorbitaron por la impresión. Tras la valla estaban las mujeres y los niños. En las esquinas del cercado, había arqueros subidos en lo alto de unas pequeñas torretas. A una señal del hombre que sostenía la solapa de la tienda, unos tipos de aspecto violento entraron en el recinto, apartando a empujones a mujeres y niños, y después regresaron hacia la valla agarrando a dos mujeres y empujándolas hacia adelante para dejarlas a la vista.

La boca de Bram se crispó en una mueca de rabia.

-Chara, -masculló-. Y Corian.

Con un fuerte impulso, intentó incorporarse. Sus manos se alargaron, buscando un arma, o una garganta que estrangular. Grif Hierba Nueva le propinó un fuerte puñetazo en el estómago y después lo zancadilleó.

-No lo entiendes, ¿verdad, Bram? -escupió-. Riffin Dos Árboles y sus soldados han muerto, y tú ya no estás a cargo. Nosotros lo estamos.

-Te dije que esas mujeres le interesarían, -comentó con una risita otro hombre-. La esposa y la hija del jefe de comercio. No tienes más que decirlo, Grif, y yo mismo me ocuparé de las dos.

El de la barba oscura hizo caso omiso de él, y siguió mirando a Bram Talien con indiferencia.

-Ahí tienes el porqué -dijo con calma-. Ahí está la razón por la que tú y todos los demás haréis exactamente lo que se os ordene. -Echó un vistazo al exterior y después volvió a mirar a Bram al tiempo que sonreía cruelmente-. Oh, y no esperes ayuda alguna de los de Golash. Los hombres de Estero los tienen también, como os tenemos a vosotros.

-No os saldréis con la vuestra, -jadeó Bram-. Los enanos...

-... no tendrán tiempo siquiera de saber quién los atacó. -Grif se encogió de hombros-. O puede que sí, y entonces presenten batalla. En ese caso, tú y tus "buenos ciudadanos" nos ayudaréis.

-¡Jamás! -escupió Bram.

-Oh, espero que lo hagáis. Al fin y al cabo, todos somos humanos. A la hora de la verdad, los humanos se unirán a los humanos contra un puñado de feos gorgojos.

En algún lugar, más allá de la caravana capturada, fuera del alcance de la vista de Bram Talien pero no muy lejos, los ríos Canto del Martillo y Hueso fluían a través del valle. Justo al otro lado, los campamentos humanos se extendían hasta el pie de las terrazas que subían en escalones metódicos y precisos hacia el muro oriental de la fortaleza de Thorin.

El poderoso Thorin se alzaba sobre todo ello, imponente, cerrado a cal y canto tras las grandes puertas. Sin embargo, la llamada a Balladine, -el coro de atronadores tambores-, todavía sonaba en las montañas. Venid a comerciar con nosotros, parecían cantar. Venid y sed nuestros invitados en Balladine.

Muy pronto las puertas se abrirían. Entonces Thorin también estaría abierto... a un ataque.

En una choza protegida mágicamente, entre las tiendas de los campamentos, dos ascuas rojas brillaban en el oscuro interior, tras un bajo soportal. Estero Ojos de Ascuas descansaba, preparándose para el día siguiente. Con los ojos quitados, estaba libre del punzante dolor que siempre le ocasionaban y podía revisar sus planes.

Sólo podía calcular aproximadamente el grueso de las fuerzas de la fortaleza enana. Algunos humanos habían entrado allí e incluso habían llegado hasta la inmensa estancia llamada Gran Auditorio, pero no sabía de nadie que hubiera ido más allá. No obstante, era razonable suponer que las grandes fundiciones y forjas se encontraban a continuación, así como las tiendas y las viviendas. Habría algún tipo de defensa interior, por supuesto, pero nada que sus hordas no pudieran superar.

¿Cuántos enanos había? Nadie parecía saberlo, pero se suponía que, al menos, eran varios millares. La vasta caverna del Gran Auditorio, que algunos habían visto, podía albergar a varios miles de personas. Pero Estero no estaba preocupado por eso. Aun cuando hubiera cinco mil enanos en esa gran guarida, sus fuerzas todavía los superaban en número. Y, una vez dentro, la superioridad numérica prevalecería.

Las puertas se abrirían para Balladine. Cuando lo hicieran, sólo necesitaría una primera fuerza de asalto para mantenerlas así hasta que sus hombres pudieran entrar. Y Estero tenía los medios para conservar el dominio en las puertas. La magia que le había sido impuesta largo tiempo atrás por aquel enano embrujado era una magia salvaje, y la dura experiencia le había enseñado a Estero que su uso era limitado. Pero había aprendido ciertas aplicaciones que le harían un buen servicio en Thorin.

Tendido en el catre, deseó poder dormir realmente, pero la oscuridad no llegaba. Colocadas sobre el pedestal, las dos órbitas rojas contemplaban desde la choza el rojizo

panorama que se extendía más allá, y, como siempre, Estero veía lo que ellas veían. En vivas tonalidades rojas, la escena se extendía ante sus ojos quitados: la fortaleza de los enanos.

Grandes terrazas cultivadas ascendían por la ladera como inmensos escalones. En la parte posterior de la última terraza estaba el alcázar de Thorin, una estructura monolítica de bloques de piedra, jalonada con balconadas y flanqueada por las dos torres de vigía más bajas. La tercera y más alta, la llamada Primer Centinela, se encontraba en la ladera, por encima de la fortaleza: una aguja alta de piedra, desde la que se contemplaba todo Thorin.

Debajo de las balconadas inferiores estaban las grandes puertas, y tras de éstas, -en el corazón de la propia montaña, detrás de almacenes y puestos de venta-, se encontraba la gigantesca caverna llamada Gran Auditorio. Era cuanto Estero sabía con certeza de la configuración de Thorin. Lo que había más allá era sólo pura conjetura, pero no cabía duda de que estaban las fundiciones y las forjas. Las nubes de vapor que se alzaban desde el pico de la montaña, muy por encima y detrás del alcázar de Thorin, ponían de manifiesto que se encontraban allí, en alguna parte de los subterráneos.

Ningún humano sabía con exactitud qué había más allá del Gran Auditorio, pero eso cambiaría muy pronto. Estero lo descubriría, y todo sería suyo.

La Noche De Las Últimas Lunas

Ningún humano sabía qué había más allá del Gran Auditorio, ni ninguno había imaginado siquiera la extensión de Thorin. Porque lo que había a continuación de la gran caverna era la mayor parte de la ciudad. La cara visible del alcázar, las enormes puertas, incluso el propio Gran Auditorio, sólo eran la antesala de un gigantesco complejo donde la mayoría de los calnars pasaban toda la vida sin ver nunca el mundo que había fuera de la montaña, y sin ningún deseo de hacerlo.

A gran profundidad en el interior de la montaña, detrás del Gran Auditorio, había toda una ciudad construida alrededor de un gigantesco pozo cilíndrico que era el corazón de Thorin. Al final de ese pozo estaban las fundiciones, donde los vastos hornos relucientes jamás se apagaban. Arriba, en el siguiente nivel, se hallaban las fraguas instaladas en una caverna circular cuyo centro era el gigantesco pozo. Encima de éstas se había excavado otra caverna "anular", con el techo que ascendía en vertiente hacia el pozo. Aquí se encontraban las forjas de Thorin, treinta metros por debajo de la gran plaza que era el distrito central de la ciudad.

El gigantesco pozo se alzaba a través de esta área despejada; subía y subía, rodeado por cavernas excavadas a intervalos regulares. En cada nivel, cerca del pozo central, había mercados y comercios, tiendas y almacenes, los cuarteles de los protectores y alguaciles, y las fábricas donde se montaban aparatos y máquinas de gran tamaño. Detrás, en cada nivel, estaban los hogares de los habitantes de Thorin.

Al estar ya próximo el día de Balladine, Colin Diente de Piedra llevó a cabo una inspección por todos los niveles centrales y asintió con gesto aprobador.

-Siempre hemos sabido que llegaría el día en que Thorin estaría amenazado, -les dijo a sus acompañantes-. Ésta es la razón por la que nunca se ha permitido pasar a los forasteros más allá del Gran Auditorio. Nuestra mayor fuerza reside no en lo que otros saben de nosotros, sino en lo que desconocen o ni siquiera imaginan.

Tera Sharn, que caminaba junto a su hermano Tolon, sacudió la cabeza.

-Esa gente de ahí fuera, que espera el Balladine..., no han sido enemigos nunca. Son nuestros vecinos, -comentó.

-Algunos de ellos, -la corrigió Willen Mazo de Hierro-. ¿Has echado un vistazo al valle, Tera? Yo sí. Jamás había visto tantos humanos. Los hay a millares, dondequiera que mires. Si todos los humanos de Golash y Chanderá estuvieran ahí, no serían ni la mitad de la multitud que hay reunida.

-Yo también he mirado, -intervino Tolon Vista Penetrante-. Y no me ha gustado lo que he visto.

-¡Pero Chanderá y Golash están ahí! -insistió Tera-. Sus estandartes ondean sobre sus caravanas, como siempre. Están al frente de la multitud.

-Con muchos extraños justo detrás, -le recordó Bardion Cornisa, el protector encargado de residuos y desechos.

-Sus estandartes están ahí -convino Calom Puntal de Martillo-. Pero ¿dónde están Garr Lanfel y Riffin Dos Árboles? No han venido a las puertas a saludarnos, como hicieron en años anteriores. Ni siquiera Bram Talien ha venido en busca de cerveza y de noticias. Es extraño, como poco.

-Ominoso, diría yo, -apuntó Tolon con gesto sombrío.

Tera Sharn bajó los ojos, todavía moviendo la cabeza.

-Espero que haya una... una explicación normal, -dijo.

-También yo lo espero. -Colin Diente de Piedra puso su fuerte mano sobre el hombro de su hija con suavidad-. Ruego a Reorx y a todos los dioses aliados que el amanecer de mañana sólo traiga la inauguración de un buen Balladine.

-Pero, hasta que estemos seguros, miraremos la otra cara de nuestras herramientas, -masculló Willen Mazo de Hierro. El capitán de la guardia se volvió hacia Wight Cabeza de Yunque, jefe de excavaciones de Thorin-. ¿Están las puertas interiores preparadas?

-Tanto como puede estarlo algo que nunca ha sido puesto a prueba, -gruñó el viejo enano.

-¿Puesto a prueba? -Una leve sonrisa estiró el bigote de Colin Diente de Piedra-. Wight, si eres capaz de inventar una manera de probar el funcionamiento de algo que, una vez derribado, nunca puede levantarse de nuevo, me gustaría verlo.

El jefe de excavaciones no parecía muy divertido.

-Quiera Reorx que nunca necesitemos de ellas. -Se encogió de hombros-. Thorin no volvería a ser el mismo. Jamás.

-Quiera Reorx que nunca necesitemos ninguna de nuestras defensas, -convino Colin-. Sea como sea, cuando las puertas se abran mañana, quiero todo a punto, como hemos planeado. -Levantó la cabeza y escuchó. Aquí, en los niveles más altos del corazón de Thorin, el ventilador del gran pozo traía sonidos del mundo exterior. El canto de los tambores de Balladine, que habían seguido tocando desde que Handil había dado el primer golpe a su vibral, aumentó de volumen en un crescendo de trueno lejano y luego enmudeció. Los ecos se apagaron, y el silencio se cernió sobre las altas cumbres de Thorin.

-Las lunas han salido, -dijo Tera Sharn-. La llamada ha terminado. Mañana empieza Balladine.

Al otro lado del pozo central, multitudes de calnars iban y venían por la vía pública. Casi todos llevaban una herramienta de uno u otro tipo. Incluso las mujeres y muchos de los niños iban armados.

Colin Diente de Piedra cruzó la avenida hacia un pilón labrado en la piedra, de una cuarta de ancho, que se extendía a lo largo de la pared varios palmos, entre dos contrafuertes. El agua clara corría por él, fluyendo de un agujero de unos siete centímetros, abierto en uno de los pilares, y desaparecía por otro orificio similar en el siguiente contrafuerte. El dirigente cogió un poco de agua con las manos, bebió, y masculló un juramento cuando una bola de hierro de siete centímetros de diámetro salió por el agujero superior y rodó por el pilón, salpicándolo con una rociada de gotas.

-¡Herrín! -maldijo-. Ojalá al protector de la red de canales se le ocurriera un sistema mejor de mantener limpios los conductos.

Apareció otra bola de hierro, rodó lánguidamente pilón abajo, y desapareció por la cañería inferior.

-Pero funciona, -comentó TeraSharn-. El agua está siempre limpia.

Al mismo tiempo que Colin Diente de Piedra y sus consejeros inspeccionaban las defensas de la ciudad enana, Handil el Tambor y Jinna Romperrocas se encontraban en lo alto del alcázar de Thorin, contemplando la salida de las lunas por detrás de las montañas. Arrebujados en pieles para protegerse del frío, vieron el borde de Solinari asomar por encima del risco, y Jinna enlazó su mano con la de Handil.

-¿Serán las noches tan hermosas siempre? -musitó.

-Te lo prometo, amor mío, -dijo él, sonriéndole-. Siempre.

-Ah, ¿sí? ¿Es que puedes mantener semejantes promesas, Handil Señor del Curso de las Lunas?

-Por supuesto que sí -se rió el joven-. Contigo a mi lado, no hay nada que no pueda hacer. Te lo demostraré. -Señaló hacia arriba, a la oscura silueta del risco sobre el que se alzaba la luna blanca-. Mira allí. Dentro de un momento, ordenaré a la luna roja que salga, para que siga a la blanca en su curso por el firmamento.

-Tonto. -Jinna soltó una risita-. Lunitari siempre sale por allí en esta estación.

-El que lo haga siempre por ese lugar no significa que en esta ocasión no haya sido yo quien ha hecho que ocurra, sólo por ti.

-Entiendo. -Se arrimó aún más a él-. ¿Y durante cuánto tiempo conservarás estos poderes tan maravillosos, Handil Hoja Fría? Espero que hasta que estemos casados al menos, ¿no?

-Más aún, -le aseguró-. Mi atención, amor mío, es complacerte durante toda la vida.

Un fulgor rojizo empezó a formarse sobre el oscuro risco, donde unos jirones de nubes de vapor, que salían del oculto pozo central de Thorin, ondeaban con el viento de la montaña. Suavemente, Handil desenlazó su mano de la de la joven, y soltó la correa de la que Trueno colgaba a su espalda. Sus ágiles manos despojaron al gran vibral de su cubierta protectora, dejando que la bruñida superficie reflejara la luz de la luna. Tendió la envoltura a la muchacha y sacó las mazas de su cinturón.

-Empecé el canto este año, -dijo-. Es justo que ayude a finalizarlo.

Se colocó el gran tambor en bandolera, bajo el brazo izquierdo, levantó las mazas sobre la base superior, y vaciló un instante, escuchando el canto de los tambores en lo alto de los Centinelas y las laderas cercanas; entonces golpeó la base del instrumento con un suave y rápido redoble. Al instante, el vibral cobró vida; su voz profunda se elevó en el aire para unirse al canto de los tambores, y fue creciendo en volumen a medida que el joven armonizaba su ritmo con el de ellos. El aire pareció vibrar por encima de Thorin con la poderosa voz de Trueno, y los tambores de los Centinelas respondieron, sus voces

armonizadas en vastos acordes. Más tambores, en las laderas, añadieron un contrapunto a la cadencia del sonido.

De manera gradual, a medida que el fulgor rojizo tras el risco cobraba intensidad, Handil aumentó el ritmo y el volumen. Las propias montañas parecían cobrar vida al sonido del canto de los tambores, y, cuando la luna roja apareció, añadiendo su luz al blanco resplandor de Solinari, la intensidad del vibrato y todos los otros tambores alcanzó un crescendo que retumbó y levantó ecos en las laderas de las Khalkist. Con un redoble final de saludo, Handil dejó de tocar y acalló el gran vibrato bajo su brazo, en exacta sincronización con el mutismo de todos los demás tambores, por todas partes.

Los ecos se apagaron, y sólo quedó el sonido del viento en las cumbres.

Handil dejó a un lado las mazas y volvió a cubrir a Trueno con la funda protectora.

-Se acabó -dijo quedamente-. Mañana al amanecer empieza Balladine.

-Balladine, -repitió Jinna mientras se volvía hacia el oeste para mirar las largas hileras de terrazas. Allí fuera, en el valle alto, cientos de hogueras titilaban en la noche; muchas más de las que había visto nunca-. Balladine, y nuestra boda. Mi Señor del Curso de las Lunas, haz que así sea; es lo que te pido.

-Por ti, cualquier cosa, -le aseguró-. Durante toda la vida.

Mistral Thrax no oyó el final de la llamada de los tambores. A los trescientos dieciocho años, Mistral Thrax era, al menos, medio siglo más viejo que cualquier otro calnar, y necesitaba dormir. Tenía por costumbre, -y así había sido hasta donde alcanzaba a recordar cualquiera-, guardar sus pergaminos cuando la luz de los conductos solares empezaba a atenuarse, coger su muleta, recorrer cojeando los mil metros que separaban su cuchitril del Cubil del Reposo, y sentarse a una mesa en el fondo del local, donde el "banco de Mistral" lo esperaba siempre.

A veces era Zuncho Rastrarena el que traía al viejo enano su media barra de pan, su carne de puchero y su cerveza, y a veces era uno de los jóvenes enanos que servían las mesas del Cubil del Reposo. Otras veces, cuando estaba allí, era el propio Lobard Barril de Cerveza en persona quien atendía al viejo cronista aficionado. Pero, fuera quien fuera el que lo atendía, el servicio era siempre el mismo: media barra de pan, carne de puchero y una jarra de cerveza fría. Nadie en Thorin recordaba que Mistral Thrax tomara algo distinto para cenar.

Y siempre, al encenderse las lámparas, Mistral Thrax se terminaba la cerveza, dejaba una moneda de acero en la mesa, y salía del establecimiento cojeando, apoyado en su muleta, para el paseo de mil metros de vuelta a su casa y su cama.

Mistral Thrax soñaba ya raramente. Todos los sueños que un enano podía tener, él los había soñado largo tiempo atrás y los había arrinconado. Pero esta noche su descanso era agitado, y los sueños llegaron; sueños sombríos, tenebrosos, que lo hicieron agitarse en su lecho. Sueños inquietantes..., breves destellos de escenas y sonidos: metal resonando contra metal; gente corriendo y gritando; muros de piedra teñidos de rojo por la sangre, sangre tan brillante como el par de ojos rojos incorpóreos que parecían centellear en todas y cada una de las secuencias del sueño. Se dio media vuelta en la cama, se arrebujó en la manta e intentó rechazar los sueños.

Se disiparon durante un rato, pero volvieron a empezar. En un caos de confusión, la gente huía corriendo a su alrededor, volviendo sus rostros asustados para mirar atrás. Entonces surgieron espadas ensangrentadas que resonaban contra escudos mellados y abollados. Y sangre... Sangre y dos relucientes ojos rojos que parecían flotar tranquilamente

en medio de la destrucción, contemplándolo todo. Un apagado estrépito, cuando grandes rocas cayeron de un techo y se desplomaron a lo ancho del túnel de una calle con una contundencia que dejaba claro que no volverían a moverse. Tenía la impresión de estar mirando el túnel cegado, y aquellos ojos rojos estaban a su lado, viendo lo que él veía y luego dándose media vuelta.

Y detrás del túnel taponado, -de algún modo podía ver también esa zona, y lo que vio era estremecedor-, otras rocas se desmoronaban y enterraban todo cuanto había debajo, en medio de una nube de polvo, y después oscuridad y silencio; la quietud de una tumba.

Mistral Thrax rebulló en su cama, asustado y preocupado por el sueño, pero incapaz de despertar. La negra nada era tan ominosa como las visiones caóticas precedentes, y en la oscuridad había algo..., una sombra, erguida como si esperara a que reparara en ella, como si pidiera permiso para hablar.

Intentó enfocar la sombra, y le pareció que era un enano; no un calnar, sino un enano de otro tipo. Estaba herido y sangraba por los cortes, pero parecía hacer caso omiso de ellos. En su mano, emitiendo un débil fulgor, sostenía un arpón de dos puntas.

-Habla, -dijo, o soñó que lo decía, Mistral Thrax-. Dime qué significa todo esto.

El enano herido lo contempló tristemente desde las sombras y luego dijo:

-Cuando el futuro esté en el pasado, Thorin será Thoradin. El exiliado buscará Everbardin, y muchos lo seguirán. El camino a Kal-Thax es hacia el oeste, Mistral Thrax. Al suroeste. Tú sabrás el camino.

Mistral Thrax intentó hablar, pero la materia del sueño lo mantuvo callado. El doliente fantasma se aproximó a él y le tocó la frente suavemente con las dobles puntas de la lanza.

-Se necesitan ojos para ver lo que no puede verse, -musitó-. No estés ciego con aquel cuyos ojos no son los suyos.

La imagen desapareció, y Mistral Thrax despertó bruscamente, tiritando bajo las mantas. En la penumbra de su cuarto se quedó mirando al vacío, intentando comprender lo ocurrido. ¿Thorin será Thoradin? Thorin era el hogar. Thorin Everbardin... Hogar de Enanos, siempre. Hogar y esperanza eran la misma palabra para los calnars, y esa palabra era Thorin.

¿Por qué la visión había hablado de Thoradin? Thoradin era un término en tiempo pasado..., una palabra triste, melancólica. Thoradin: hogar que fue..., hogar perdido..., esperanza perdida.

La esperanza, sin embargo, era una cosa del futuro. Y, no obstante, la visión había hablado del futuro estando en el pasado... Y de llevar el pasado al futuro. Los que buscan Everbardin... ¿Qué significaría eso, buscar siempre?

El camino a Kal-Thax es hacia el oeste.

Mistral Thrax se sentó, se frotó los ojos, y se arrebujó en las mantas. Tenía mucho frío. Sólo había sido un sueño, se dijo. Sólo un sueño. No podía haber visto realmente a Kitlin Pescador.

El Ataque

El primer día de Balladine, como siempre, era el día del solsticio, el día del año en que el sol, al llegar a su cenit, brillaría directamente sobre el gran pozo central de Thorin. Para

los calnars era el día más jubiloso y sagrado de todo el año por un motivo muy práctico. Al mediodía, cada nivel de la ciudad quedaría bañado en luz brillante, y en la propia base de la ciudad, -las profundidades del inmenso pozo de fuego en torno al cual rugían las fundiciones-, la llama viva de Thorin sería renovada por el haz directo y concentrado de la luz del sol, aumentado e intensificado por inmensas lentes de cuarzo perfecto y transparente situadas encima, muy arriba.

Durante este día, los pasos a las fundiciones quedaban cerrados. Nadie podía entrar en el enorme foso que rodeaba el pozo de fuego, ni siquiera en las protegidas fraguas del siguiente nivel. Los escudos de carbono se retiraban hacia atrás para recibir el ardiente haz solar que era la razón primaria, -y secreta-, de que los enanos celebraran el Balladine.

Desde el día anterior se habían evacuado los niveles inferiores, como de costumbre. Cuando el estallido del haz solar se produjera, el calor allí -incluso en las zonas más retiradas del nivel de las fraguas, lejos del pozo de fuego-, sería demasiado intenso para poder sobrevivir. Pero sólo duraría un día, y el gigantesco horno que eran los cimientos de Thorin, -un pozo de magma-, sería renovado para otro año.

El principio y el fenómeno anual del ardiente estallido del solsticio eran tan antiguos como el propio Thorin. Pero no más. No era una obra de los primitivos ogros el pozo central con sus niveles, las zonas de fundiciones y el pozo de fuego. Algunos creían que el propio pozo de fuego era un regalo de Reorx, pero todo lo demás era pura artesanía enana y se encontraba a mucha más profundidad en la montaña de lo que los antiguos ogros habían imaginado siquiera excavar.

El foso del fondo era la propia esencia de Thorin, y el mayor secreto de los calnars. Carbón, coque y otros tipos de minerales combustibles se utilizaban en las fundiciones y forjas, pero el propio pozo de fuego era el que les proporcionaba el acero, y el estallido anual del haz solar en el día del solsticio alimentaba el pozo de fuego.

Como siempre, las grandes puertas del alcázar de Thorin se abrían poco antes del mediodía. Sin tener conocimiento del funcionamiento interno de Thorin ni del pozo de fuego y el solsticio, los visitantes de Balladine suponían que era una pintoresca tradición enana el que las puertas se abrieran siempre cuando el sol estaba en su cenit. De hecho, la razón, no obstante, era práctica, como lo eran la mayoría de las tradiciones enanas. No sólo las puertas exteriores del alcázar, sino todos los accesos a Thorin, -la mayoría de los cuales estaban ingeniosamente ocultos-, se abrían al mismo tiempo. Durante el estallido del haz solar la temperatura en Thorin aumentaba, y la apertura de los accesos servía para ventilar el lugar.

El cielo matinal resplandecía tras el Risco de Thorin cuando unas surtidas en las grandes puertas se abrieron, y una compañía de guardias salió para tomar posiciones en la terraza más alta. Cuando los guardias estuvieron en sus puestos, aparecieron los cornetas y formaron en fila a cada lado del portal. Los siguieron tropas de enanos ataviados con libreas y que portaban estandartes. Cuando la formación estuvo situada delante del alcázar de Thorin, los cornetas alzaron los cuernos y lanzaron una llamada de cinco notas.

Debajo de Thorin, en las calzadas que flanqueaban las terrazas inferiores, las caravanas de Golash y Chanderá ya se habían puesto en movimiento, ascendiendo lentamente como enormes y retorcidas serpientes: largas filas de carretas, carromatos, plaustros y angarillas con sus tiros enganchados y sus equipos de asistentes flanqueándolos.

Al sonido de los cuernos, una bandera oro y negra fue izada en lo alto del alcázar de Thorin, seguida por otra de color blanco con una cruz azul. En la cabeza de cada caravana

que se aproximaba se izaron al unísono sus correspondientes estandartes: los de Chanderá y de Golash, cada uno de ellos acompañado por la bandera de la cruz azul del comercio.

Era una ceremonia tan antigua como el Balladine. Los calnars mostraban sus colores y la cruz azul. Sus visitantes hacían otro tanto. Así, ambas partes proclamaban que éste era un tiempo de paz, de buena voluntad; una ocasión para reunirse y mezclarse e intercambiar mercaderías.

En la segunda terraza, las caravanas de humanos giraron una en dirección a la otra, se desplegaron, y, antes incluso de que los vehículos hubieran dejado de rodar, ya había gente afanándose en instalar pabellones, retirar las cubiertas de lona de las carretas y montar puestos. En la primera terraza, Calom Puntal de Martillo y sus comerciantes encabezaban una procesión de calnars cargados hasta los topes y dirigían la instalación de los pabellones de Thorin.

Resonaban martillos, se alzaban guirnaldas, y la atmósfera vibraba con los sonidos de los preparativos.

Como era costumbre, Calom Puntal de Martillo fue con un par de guardias hacia el borde de la primera terraza, cuatro metros y medio por encima de la segunda. Durante un momento, se preguntó si sus colegas irían a saludarlo o no, y entonces los vio saliendo entre los puestos montados a izquierda y derecha; Bram Talien venía de la caravana chanderana, y Barak Toth de las filas de Golash. Los dos iban acompañados por hombres corpulentos a los que Calom no recordaba haber visto antes, hombres que llevaban espadas en sus cinturones, escudos en la espalda y arcos en las manos. No era un armamento ceremonial. El protector de comercio echó un vistazo a sus propios guardias, que también habían reparado en lo mismo. Era evidente que no les gustaba lo que veían.

Calom agitó la mano en un saludo desasosegado a Bram Talien, luego a Barak Toth, y alzó los ojos para mirar detrás. Por lo general, Garr Lanfel, príncipe de Golash, venía en persona, pero hoy no había señales de él. Calom frunció el entrecejo, pensativo. Este año había muchas cosas raras, y compartía la intranquilidad sentida por su dirigente y los demás. Balladine parecía iniciarse como siempre... pero sabía que pasaba algo raro.

Detrás de Calom, uno de los guardias lanzó una queda exclamación de sorpresa, y Calom se volvió hacia él. El guardia, un fornido enano llamado Sakor Arena, estaba medio vuelto, mirando aquí y allí. Parecía desconcertado.

-Qué extraño, -musitó.

-¿Ocurre algo, Sakor?

-Supongo que no, -contestó, sacudiendo la cabeza-. Sentí.. o me pareció sentir que alguien me tocaba.

-¿Quién?

-Supongo que lo imaginé, jefe de comercio. Era como si alguien me rozara al pasar a mi lado, pero no hay nadie.

Bram Talien se acercó con su escolta armada y se detuvo justo debajo del borde de la terraza. El rostro del comerciante humano estaba pálido, y mantenía la vista gacha.

-Saludos, Bram Talien, -dijo Calom Puntal de Martillo-. ¿Traes buenas mercancías para comerciar este Balladine?

-Lo de siempre, Calom Puntal de Martillo. -El humano seguía eludiendo los ojos, aunque los dos hombres que lo acompañaban miraban y sonreían con sorna a los enanos. Su actitud era arrogante, casi insultante.

-¿Tienes productos... eh... nuevos este año? -insistió el enano Veo que hay grandes carretones en tu caravana.

-Sólo es coque, protector de comercio, -dijo Bram Talien, con actitud incómoda-. Como siempre. -Entonces levantó los ojos, y en ellos había una súplica-. Minerales combustibles para vuestras forjas... como siempre.

Calom Puntal de Martillo vaciló. El hombre estaba intentando decirle algo, hacerle una advertencia.

En ese momento llegó el contingente de Golash, y el enano advirtió que los guardias de Barak Toth eran de la misma traza que los de Bram. No eran hombres de Golash, del mismo modo que los otros no eran de Chandra.

Barak Toth parecía tan asustado como Bram Talien, y Calom Puntal de Martillo tuvo una súbita intuición. Los comerciantes humanos no estaban aquí por propia voluntad. Sus guardias no eran su escolta, sino sus captores. ¡Los comerciantes estaban prisioneros!

Notó que sus propios guardias, detrás de él, habían llegado a la misma conclusión, pero se mantuvieron en silencio mientras Calom pensaba de prisa. Alzó la vista al cielo, y luego se dirigió a los humanos situados bajo el borde de la terraza:

-Vosotros, que venís en son de paz, sois bienvenidos, como siempre. Las puertas se abrirán pronto, y Balladine dará comienzo. Deberíais apresuraros, y hacer las acomodaciones habituales.

Los de abajo parecían desconcertados. Uno de los guardias chanderanos, -o captores-, inquirió:

-¿Y cuáles son esas acomodaciones, gorgo... eh... señor enano?

--Vaya, pues las de siempre. Es costumbre que todas las mujeres, los niños y los débiles bajen a la tercera terraza a aguardar el Balladine... eh... para que nuestros despenseros puedan servirles refrescos allí mientras se inician las transacciones. -Lanzó una rápida mirada intencionada a Bram Talien y Barak Toth-. Es como se han hecho las cosas siempre aquí, ¿no es así, amigos míos?

-Por supuesto, -respondió Bram Talien con una expresión de gratitud en los ojos-. Siempre hacemos eso... para su comodidad.

-Entonces, apresuraos a trasladarlos, -indicó el enano-. Tenemos que abrir las puertas dentro de poco.

Calom Puntal de Martillo se volvió, seguido por sus guardias, y se dirigió hacia las puertas. Había tomado en cuenta la velada advertencia que Bram Talien le había insinuado, y él había hecho cuanto estaba en su mano para devolverle el favor. Ahora tenía que informar a su dirigente.

A su lado, uno de sus escoltas echó una ojeada atrás y luego se acercó para susurrar:

-Esas gentes son rehenes, lo juro. Los hombres que los acompañaban son forasteros. Va a haber problemas.

-Lo sé -convino Calom.

-¿Cree que se habrán tragado esa historia para apartar a los inocentes? -preguntó el otro escolta.

-Lo ignoro. -Calom se encogió de hombros-. Era cuanto estaba en mi mano hacer por ellos.

-¿Cree que piensan atacar Thorin? -inquirió el primero. Parecía sorprendido por la idea.

-Me temo que es lo que intentan hacer.

A su paso por los pabellones enanos, Calom Puntal de Martillo echó otro vistazo al cielo y apresuró el paso. Tenía que informar a Colin Diente de Piedra lo que sabía antes de...

Pero era demasiado tarde. Mientras dejaban atrás el último pabellón, los cuernos volvieron a sonar, y Colin Diente de Piedra salió del alcázar de Thorin montado en su gran

caballo, seguido por los Diez. En un perfecto ejercicio de desfile, el grupo salió cabalgando por la surtida y después se desplegó e hizo que sus monturas se giraran; el dirigente levantó la mano. Los cuernos lanzaron su toque estridente, los tambores retumbaron y las enormes puertas se abrieron de par en par.

Balladine había empezado.

Las puertas de Thorin eran unos macizos portones gemelos hechos con la dura madera de árboles caducos, reforzados con bandas de hierro y fijados a los goznes en ambos lados del portal de seis metros de ancho por cinco de alto. Como la mayoría de las puertas de manufactura enana, los paneles eran varios centímetros más estrechos en la parte superior que en la inferior, y las grandes bisagras de hierro estaban inclinadas ligeramente hacia adentro. El razonamiento enano era que una puerta abierta no podía considerarse como tal, y por ello las puertas de Thorin estaban diseñadas para cerrarse por sí solas. Una puerta abierta, sin atrancar, se cerraría por el simple efecto de la gravedad.

Abrir los enormes portones, sin embargo, requería esfuerzo. Unas grandes árganas, del ancho de un brazo, estaban montadas en nichos de piedra a cada lado del corredor de entrada, con cables que se extendían a través de unas oquedades hacia unas palancas. Una docena de enanos giraron las árganas a cada lado, y las puertas se movieron lentamente hacia afuera hasta quedar abiertas de par en par. Cosa rara, mientras los operarios hacían la maniobra, uno tras otro, miraron a su alrededor, desconcertados, como si alguien les hubiera dado un golpecito en el hombro, pero allí no había nadie más.

Cuando las puertas estuvieron completamente abiertas, mantuvieron la presión en las árganas en tanto que otros enanos corrían presurosos al exterior para introducir pesados linguetes de hierro a través de argollas y encajarlos en unas ranuras horadadas en el suelo de piedra. Con las puertas así aseguradas, los encargados de abrirlas y de atrancarlas se apartaron a los lados, esperando la comitiva procesional de comerciantes y tratantes que seguirían al dirigente al exterior, en la terraza alta. Mientras se alineaban en sus puestos, los encargados de los linguetes parecieron sentirse tan desconcertados como les había ocurrido antes a los operarios de los árganas. Todos tuvieron la sensación de que alguien los había tocado, a pesar de que no se veía a nadie.

Sólo uno de ellos imaginó haber visto algo. Este enano, con el entrecejo fruncido por la extrañeza, tuvo la impresión de que un par de ojos rojos lo estaban mirando en el momento en que se volvió.

La corriente de aire que circulaba por el alcázar era caliente y la temperatura seguía aumentando. Detrás, muy lejos, en las profundidades de Thorin, el haz ardiente se iba concentrando a medida que el sol se aproximaba a su cenit del solsticio sobre la montaña. Todos los accesos a los niveles de fundiciones y fraguas estaban cerrados ahora, pero incluso en la gran plaza el calor sería intenso durante los minutos precedentes a la candente llamarada, y durante la siguiente hora, más o menos.

Ésta era la razón de que Balladine empezara siempre fuera, en las terrazas.

Los vigías apostados en los Centinelas vieron formarse el ataque, pero el sonido de sus cuernos se perdió entre los toques lanzados en la primera terraza, donde Colin Diente de Piedra había levantado y después envainado su espada, la ceremonia que declaraba abierto Balladine. En lo alto del alcázar de Thorin, Tolon el Meditabundo oyó los cuernos, alzó la vista, y siguió los gestos de los vigías. Por la derecha y por la izquierda, bandas de bárbaros armados surgían de las caravanas, donde habían permanecido escondidos, y corrían hacia la

terraza superior y las puertas abiertas. Tolon se asomó sobre el parapeto, gritando y señalando.

Colin Diente de Piedra había envainado su espada y hacía que su caballo volviera grupas hacia las puertas cuando vio a Calom Puntal de Martillo y a otros dos corriendo en su dirección, agitando los brazos. En medio del clamor, no podía oír lo que decían; pero, cuando Calom señaló hacia arriba, Colin vio a Tolon. Miró en la dirección que señalaba su hijo y vio a los atacantes: centenares de hombres, armados con espadas y lanzas, corrían hacia él. Al mismo tiempo que reparaba en ellos, una flecha pasó zumbando a su lado, a escasos centímetros, y otra rebotó contra el escudo medio levantado de Jerem Pizarra Larga, Primero de los Diez.

-¡A las armas! -bramó Colin al tiempo que volvía a desenvainar la espada.

Una flecha chocó e hizo carambola contra su guantelete y se hundió en la puerta más cercana, donde la fila de tratantes calnars acababa de aparecer. Colin les hizo señas para que retrocedieran en tanto que los Diez cerraban filas a su alrededor haciendo de sus caballos y de sí mismos un escudo viviente para su dirigente.

Era un ataque global, y, aunque los calnars se habían preparado, su repentina ferocidad los cogió desprevenidos. Una docena de enanos cayó en cuestión de segundos por disparos de flechas y lanzas arrojadas, y muchos más perecieron a continuación cuando las dos bandas de humanos corrieron entre los puestos de ventas descargando estocadas y mandobles.

Un escuadrón de atacantes se encaminó directamente hacia el dirigente enano y tropezó con el encarnizado contraataque de los Diez. En cuestión de segundos, la zona cercana a las puertas estaba sembrada de cadáveres humanos y hombres moribundos que no habían caído en la cuenta de que un calnar y su caballo, -en especial los de la Compañía de los Diez-, era una unidad de combate formidable. De manera instantánea, dio la impresión de que los Diez estaban en todas partes: las espadas zumbaban en el aire, los escudos resonaban y los cascos herrados pateaban con mortífera precisión. Los primeros humanos que llegaron ante la guardia de Colin Diente de Piedra no tuvieron la menor oportunidad.

-¡Retirada! -gritó el dirigente-. ¡Retroceded en orden! ¡Encargados de los linguetes, a vuestros puestos junto a las puertas!

Miró a su alrededor, desvió una flecha con su escudo y se quedó boquiabierto.

En cada puerta, los enanos encargados de los linguetes, y detrás de ellos los encargados de las árganas, estaban de rodillas, algunos rodando por el suelo, con las manos crispadas en torno a las gargantas. A pesar del tumulto, podían oírse sus gritos agónicos y el chasquido de las espinas dorsales al partirse. Entre ellos, durante un breve instante, apareció la imagen fugaz de un par de relucientes ojos rojos.

Las puertas no se cerrarían. Se había realizado un hechizo, y, una vez abiertas, las macizas hojas permanecerían así.

Colin Diente de Piedra y los que estaban con él mantuvieron su posición durante un minuto, y luego otro, permitiendo que todos los calnars que estaban en condiciones de hacerlo se retiraran por las puertas. Calom Puntal de Martillo, protector de comercio de Thorin, yacía muerto casi a los pies de la montura de Jerem Pizarra Larga. Los dos enanos de su escolta estaban caídos junto a él. La terraza estaba sembrada de cadáveres por todas partes, y muchos de ellos eran de enanos.

Desde el interior salieron algunos calnars para intentar sacar los linguetes de las puertas, pero fueron derribados en el mismo momento de aparecer.

Tres humanos armados atravesaron el escudo viviente de los Diez y se abalanzaron contra Colin Diente de Piedra. Dos de ellos murieron aplastados por los cascos del enorme caballo blanco y dorado, y el tercero acabó cercenado desde el cuello hasta la cintura por la espada del dirigente.

A lo largo del estrecho frente, los atacantes caían sobre charcos de su propia sangre, pero por cada uno que moría otros doce se lanzaban a la carga. Había demasiados para detenerlos.

-¡Hacia las puertas! -ordenó Colin Diente de Piedra, y los Diez hicieron volver grupas a sus monturas sin dejar de descargar mandobles y estocadas para seguir protegiendo a su dirigente en la retirada.

Dentro del gran túnel, Willen Mazo de Hierro y tres compañías de guardias llegaron hasta el portal. Se desplegaron en formación a lo ancho de la entrada, y el dirigente y los Diez cabalgaron hacia los suyos sin dejar de combatir. Los humanos que los perseguían se encontraron de repente enfrentados a soldados enanos de infantería, armados con jabalinas, espadas y hachas; un sólido muro de escudos con un erizo de afiladas y mortíferas armas asomando entremedias. La carga fue frenada, pero sólo brevemente. Detrás de los hombres que caían en medio de aullidos de dolor, había centenares más que atacaban sin tregua.

A regañadientes, los calnars retrocedieron hacia su refugio -que, con sus inútiles puertas, ya no era tal-, y una avalancha de vociferantes bárbaros entró tras ellos como una tromba.

La Batalla Del Alcázar

Los primeros invasores que cruzaron las puertas entraron a la carga en la penumbra del gran túnel situado bajo el alcázar de Thorin; vacilaron, frenaron un poco la marcha y miraron a uno y otro lado mientras que otros se amontonaban detrás de ellos.

-¿Dónde están? -gritaron-. ¿Dónde se han metido?

Donde sólo unos momentos antes había filas de enanos retrocediendo lentamente, ahora no se veía a ninguno. Los enanos habían desaparecido, simplemente. Pero la confusión sólo fue momentánea. Entre los asaltantes se encontraban hombres que habían estado dentro de Thorin, agentes de Estero que habían vivido entre las tribus vecinas y habían asistido a otros Balladines celebrados previamente. Conocían los caminos de la fortaleza.

En tanto que los hombres se arremolinaban en la calzada subterránea, escudriñando los túneles laterales y las escaleras ascendentes talladas en la roca, Sith Kilane y Bome Tolly se abrieron paso a empujones para ponerse al mando. Kilane señaló un túnel descendente con la espada ensangrentada.

-Por ahí se va al anfiteatro llamado Gran Auditorio. El alcázar está sobre nosotros, subiendo por esas escaleras. Nos dividiremos aquí. Algunos de vosotros seguid a Bome Tolly al Gran Auditorio. El resto, venid conmigo, al alcázar.

Dirigidas por hombres que conocían el camino, las hordas se dividieron y fueron en persecución de los calnars. Algunos, en las terrazas exteriores y en los aledaños de las puertas, hicieron un alto para desvalijar a los cadáveres, pero la mayoría se arremolinaron en la entrada y penetraron en la ciudad subterránea. Muchos entre ellos habían esperado años a que se les presentara esta oportunidad: conquistar y saquear los legendarios tesoros de Thorin. Aullando por el ansia de derramar sangre, sus gritos de guerra resonaron a lo largo de los corredores y vestíbulos del alcázar de Thorin; los que seguían a Sith Kilane se

apiñaron en las escaleras gemelas que ascendían a la fortaleza, y se fueron desplegando en cada nivel.

Sonó el ruido de metal chocando contra metal, y el alcázar de Thorin retumbó con el estruendo del combate cuando los asaltantes humanos toparon con compañías de guardias enanos en cada nivel. Las escaleras subían en espirales paralelas de peldaños tallados en torno a los pilares monolíticos de roca que subían por un pozo con apariencia de bóveda. Dondequiera que miraran, los invasores veían más y más objetos refinados, -tapices que embellecían paredes de azulejos, muebles de la más fina manufactura, rollos y lienzos de exquisita tela-, y, cuanto más subían, más primorosos eran los tesoros exhibidos. Los humanos habían considerado acaudalados a los enanos, pero ahora sus ojos relucían ante la gran riqueza que contemplaban.

Los guardias les salían al paso en cada nivel, combatían y se retiraban al estar en inferioridad numérica. Kilane advirtió vagamente que sus seguidores eran menos numerosos que antes. Muchos se habían quedado en cada nivel, ansiosos por robar cuanto podían antes de que otros se les adelantaran.

Eran menos de cien los invasores que subieron por el tramo de escalera que llevaba al último nivel del alcázar. Kilane los hizo detenerse a mitad de camino a la vez que levantaba una mano pidiendo silencio. Cerca, en alguna parte, se oían débiles retumbos que parecían salir de las propias piedras.

-¿Qué es eso? -inquirió uno de los que iban detrás de él-. ¡Suena como tornos!

Kilane levantó la mano otra vez, acallándolos, intentando identificar el ruido. Efectivamente, sonaba como tornos funcionando: un retumbo bajo, continuo, con un trasfondo de repiqueteo metálico. Como de cables en poleas. Durante un momento más, el sonido prosiguió. Entonces cesó y un silencio espeluznante cayó sobre el pozo vertical con sus dos escaleras.

En el silencio surgió otro sonido. Abajo, a gran distancia, el metal chirrió contra la piedra; una serie de ruidos agudos, siseantes, que finalizaban con un repentino golpe sordo. Siguió y siguió como si nunca fuera a acabar, pero terminó con un golpazo fuerte que levantó ecos en el pozo. Alrededor y detrás de Kilane, los hombres miraron a uno y otro lado, desconcertados. Una docena, más o menos, de los que estaban en la otra escalera se apiñaron al borde de los escalones, escudriñando hacia abajo; un hombre gritó al perder el equilibrio y cayó, para desaparecer en el negro vacío. Transcurrió un momento y luego los demás lo oyeron aterrizar, pero no con un ruido sordo, como era de esperar al estrellarse un cuerpo en el suelo de piedra del túnel de entrada, sino con un golpe resonante, tintineante, seguido del estrépito de cosas pequeñas que caían.

Abajo, en alguna parte, se alzaron voces:

-¡Dioses! ¡Ése ya no lo cuenta! ¿Qué es lo que hay ahí abajo? ¿Con qué chocó?

Y de más abajo:

-¡Han cerrado el pozo! Mira eso. ¡Estamos atrapados aquí! Hay barras de hierro que lo cruzan de lado a lado. ¡Todo el hueco de las escaleras está obstruido desde el segundo nivel!

Sith Kilane masculló un juramento. Se esperaba que los enanos tuvieran algunas sorpresas preparadas, pero ¿deslizar verjas a través de todo el pozo?

-Tenemos que continuar, -les dijo a los que estaban tras él-. Los enanos están justo delante, les pisamos los talones. Se han encerrado a sí mismos, con nosotros. ¡Encontradlos! ¡Los obligaremos a que nos saquen de aquí!

Con sus energías incrementadas por la rabia, la horda de humanos subió a todo correr; la masa de hombres armados ascendió en espiral alrededor de los pilares de piedra gemelos, hasta salir al último nivel del alcázar de Thorin. En lo alto, las claraboyas bañaban de luz brillante el amplio vestíbulo y los corredores que había más adelante.

Estaban solos. No había un solo enano a la vista. Los invasores se desplegaron para buscarlos. Sith Kilane recorrió los iluminados pasillos, cegado por la rabia. Durante todo el camino hacia la parte alta del alcázar habían visto enanos precediéndolos. Habían combatido con los guardias de su retaguardia. Los habían perseguido, pisándoles los talones. Había habido docenas de enanos..., muchas docenas. Pero ahora era como si se los hubiera tragado la tierra.

-¡Tiene que haber pasadizos secretos! -gritó Kilane-. ¡Encontradlos!

Transcurrieron largos minutos de frenética búsqueda, y entonces uno de los hombres apartó a un lado un tapiz de la pared trasera de uno de los pilares de las escaleras y miró boquiabierto lo que había detrás. Gritó, y los demás corrieron hacia él. Era un portal abierto en la piedra del enorme pilar. Un portal pequeño, -para los humanos-, de menos de un metro ochenta de alto y aproximadamente un metro veinte de ancho. La puerta cerrada era de madera finamente acabada y muy ornamentada.

Los hombres la empujaron, atisbaron por los bordes, la golpearon, pero sin ningún resultado.

-¡Apartaos! -ordenó Sith Kilane. Levantó la espada ensangrentada con las dos manos y descargó un golpe contra la parte central de la puerta. La hoja del arma se rompió al chocar contra la madera. El impacto hizo que los dientes de Kilane castañetearan. Junto con los demás, examinó la muesca de la madera donde la espada había golpeado.

La madera era una lámina. Bajo su decorativa superficie, la puerta era de sólido metal.

Cuando los humanos entraron en el hueco de las escaleras del alcázar, Tolon el Meditabundo había tomado una decisión: los invasores entrarían, pero ninguno de ellos volvería a salir con vida si estaba en su mano evitarlo. Mientras los guardias sostenían combates en cada nivel para entretenerlos, Tolon se apresuró a conducir a todos los enanos que había en el alcázar al nivel superior, donde se encontraban las plataformas elevadoras. La chusma humana estaba todavía muy abajo en las escaleras cuando Tolon reunió a todos los supervivientes y abrió las puertas de los elevadores.

Se quedó allí, en el nivel superior del alcázar, mientras los soldados pasaban presurosos ante él y montaban en los elevadores de nueve en nueve, cargando a tope una plataforma tras otra para el viaje de descenso por los pilares huecos que rodeaban las escaleras.

Muchos de ellos estaban heridos. En los niveles más bajos los guardias habían luchado y habían defendido las posiciones el tiempo suficiente para que otros enanos remontaran las escaleras a todo correr, por delante de los invasores. Algunos habían muerto, y muchos sangraban. Tolon no tenía ni idea de cuántos calnars había en el alcázar al iniciarse el ataque, pero suponía que eran más de un centenar. Sin embargo, cuando el último de ellos llegó al vestíbulo superior y Tolon los condujo hacia el elevador de cables, los contó y comprobó que eran menos de cincuenta los que habían conseguido llegar arriba. Con un gesto sombrío por la pena y una ardiente cólera, el segundo hijo de Colin Diente de Piedra se ocupó de que todos ellos entraran en los elevadores y compartió la siguiente plataforma con dos guardias heridos. Clausuró el acceso a sus espaldas al entrar en ella. ¿Podrían los humanos forzar la puerta y acceder a los elevadores? No lo sabía. Dependía de las herramientas que pudieran encontrar. Pero no les resultaría fácil.

Entretanto, les tenía una sorpresa preparada.

Normalmente, sólo Colin Diente de Piedra en persona podía hacer que el alcázar se cerrara siguiendo sus órdenes, pero el dirigente no estaba ahora aquí, y, al observar el feroz gesto ceñudo de los calnars que lo acompañaban, -los supervivientes de toda una compañía de guardias del alcázar-, supo que seguirían su plan.

¿Cuántos de los humanos invasores habría en el alcázar? No había modo de saberlo. Centenares, probablemente. Pero eso no importaba. Tolon había tomado una decisión y los que estuvieran allí -los que habían invadido los propios hogares de los líderes de los calnars-, no iban a marcharse.

Tolon ignoraba dónde se encontraba su familia. Había visto a su padre, retirándose con los Diez en la primera terraza, dirigiéndose hacia las puertas. El dirigente tenía que estar dentro ya, quizá en el Gran Auditorio o incluso más lejos. Había visto a Handil por última vez cuando se dirigía al Gran Auditorio, cargado, como siempre, con su tambor, y acompañado por Jinna Romperrocas. Cale Ojo Verde se había marchado, -embarcado en alguna aventura por propio capricho aunque con el pretexto de buscar a la patrulla perdida-, y Tera Sharn se había dirigido a la plaza principal unas horas antes. Tolon deseó que todos se encontraran bien y musitó una plegaria a Reorx rogando por su seguridad mientras echaba una mano con los tornos de la plataforma, accionando poco a poco la correa sin fin de descenso.

De la familia de Colin Diente de Piedra, Tolon era el único presente aquí, donde los bárbaros humanos habían asaltado en masa el alcázar. En este lugar y momento, Tolon el Meditabundo tomaría el mando de las defensas.

-¡Todos los guardias capacitados físicamente que vayan al segundo nivel! -gritó de manera que su voz llegara a las otras plataformas que iban más abajo-. Nos dirigiremos a la sala de tornos.

A su lado, uno de los guardias esbozó una sonrisa aviesa. Había tenido la misma idea que Tolon.

No se tenía memoria de que el alcázar hubiera sido clausurado nunca, pero los mecanismos estaban cuidados y a punto. Era típico de los calnars, con su aversión por la herrumbre y el deslustre, que todos los artefactos metálicos de Thorin tuvieran revisiones de mantenimiento para conservarlos en buen estado. Esto incluía los astilleros de barras de hierro, -algunas de ellas de nueve metros de longitud-, de la sala de tornos en el segundo nivel, y los orificios de cinco centímetros de diámetro taladrados en la piedra de la pared frontal, a intervalos de veinte centímetros. Al otro lado de la pared estaba el gran hueco de las escaleras, y en la pared opuesta, o en los pilares de las propias escaleras, había agujeros ciegos, uno por cada orificio de la pared frontal.

Trabajando rápidamente, Tolon Vista Penetrante y diez fornidos guardias enanos levantaron las largas barras y las metieron por los orificios. Al otro lado del muro de piedra, las barras emergían en el hueco de las escaleras, se deslizaban a través de él, y se encajaban en el agujero ciego correspondiente. Les llevó menos de dos minutos colocar todas las barras en su lugar. Débilmente, detrás del muro de piedra, oyeron un grito, y algunas de las barras repiquetearon en las cavidades de anclaje.

Con las barras colocadas, los once levantaron un enorme madero y lo encajaron en los puntales de hierro instalados a los extremos de la línea de orificios. La maciza viga cubrió totalmente los agujeros, fijando de ese modo las barras que había detrás. A partir de ahora, nada mayor de veinte centímetros pasaría del segundo nivel del alcázar de Thorin.

Hecho esto, Tolon condujo a los guardias de vuelta al elevador, donde las otras personas a su cargo, -menos de cuarenta enanos del alcázar, la mayoría mujeres y guardias heridos- aguardaban en las sombras.

Muy arriba, podían oírse los ruidos de los humanos en el nivel superior, golpeando la puerta de acero del elevador en un intento de forzarla.

-Me alegro de que Handil no esté aquí para presenciar esto -masculló Tolon mientras miraba a lo alto del gran pozo con su interminable fila vertical de plataformas-. Este elevador es su orgullo y alegría. Junto con ese vibrar suyo, es lo mejor que ha inventado.

De una arqueta situada en el fondo del pozo cogieron herramientas, -palancas y llaves de tuercas-, y empezaron a dismantelar la correa del elevador.

Habían quitado el último enganche cuando oyeron, allá arriba, el crujido de la puerta al romperse y los gritos de humanos retumbando en el hueco del elevador. Con sólo el sonido, pudieron imaginar a los humanos allí arriba, amontonándose en la plataforma y empezando a tirar de los cables de poleas para descender.

Tolon señaló las gigantescas ruedas de poleas a cada lado de la base del elevador.

-Sacad los cables, -dijo.

Los guardias a cada lado levantaron las palancas y las introdujeron bajo los cantos de las ruedas.

-Que todo el mundo se retire, -indicó Tolon. El grupo se apartó del hueco del elevador.

Los guardias aseguraron las palancas, hicieron presión en ellas, y los cables saltaron de los carriles de las ruedas. Los guardias se zambulleron hacia atrás, y rodaron por el suelo al mismo tiempo que arriba estallaba un pandemónium. De repente, el hueco del elevador fue un caos de escombros que caían, plataformas desenganchadas precipitándose con estruendo y aplastando las que estaban debajo, cables sueltos zumbando y soltando trallazos... y chillidos penetrantes. Al posarse el polvo, Tolon intentó comprobar cuántos invasores habían caído junto con los escombros del elevador, pero resultó imposible saberlo con certeza. Los cuerpos estaban demasiado destrozados para contarlos.

-Hasta ahora, va bien, -masculló Tolon el Meditabundo.

El alcázar estaba clausurado, y allí se quedarían los humanos que se encontraban dentro. Con el elevador destruido, no tenían adonde ir.

Tolon condujo al pequeño grupo hacia un túnel lateral y cegó la entrada tras ellos. Era sólo una vía de servicio, un túnel de mantenimiento para el complejo sistema de canales que servía agua a esta sección de Thorin. Pero conducía adonde Tolon quería ir.

Tras recorrer un centenar de metros en la oscuridad, los enanos salieron a una caverna, estrecha y pobremente iluminada, con burdas estanterías de madera jalonando sus paredes. En las estanterías había herramientas de todo tipo, y Tolon no tardó en encontrar lo que andaba buscando. Había martillos, escudos de excavadores y hondas. Y en un rincón había un astillero con bolas de hierro de siete centímetros de diámetro. Las pesadas bolas se utilizaban para la limpieza de los acueductos, pero el uso que Tolon pensaba darles era otro. Todas las herramientas tenían la otra cara.

Dejó a los heridos en la recóndita caverna al cuidado de varias mujeres, y él y sus guardias improvisaron unos sacos de arpillera y los llenaron con las bolas de limpieza. Cada uno de ellos cogió un saco, un par de hondas, un martillo y un escudo, y Tolon los condujo por un oscuro y sinuoso túnel que desembocaba en un laberinto de conductos de aire. Echó un vistazo a sus espaldas y descubrió que tenía más ayuda de la que había imaginado. Alrededor de una docena de mujeres enanas se habían armado del mismo modo que los guardias y los habían seguido. Tolon asintió con gesto aprobador.

-Elegid un conducto y seguidlo hasta el final, -les dijo-. Sois libres de matar a cualquier humano que encontréis en vuestro camino.

Algunos de los conductos llevaban a las paredes superiores del Gran Auditorio; otros, a los respiraderos de la plaza principal; y otros, a las tomas de la muralla exterior del alcázar. Para los humanos sería casi imposible moverse por los conductos de aire, pero para los calnars resultaba fácil. Los respiraderos, -siempre en alto por encima del suelo del otro lado- constituían unos estupendos agujeros para emboscadas, y no había un solo enano en todo Thorin que no tuviera una puntería mortífera con la honda.

¡Limpiadoras de acueductos! Las ubicuas bolas de hierro serían armas letales al ser lanzadas por las hondas de los excavadores. Fue una lástima que uno de los primeros humanos muertos con una bola de hierro ese día, -en el exterior, en la primera terraza-, fuera Bram Talien de Chanderá. El comerciante acababa de atravesar con la espada la garganta de uno de sus captos e intentaba regresar junto a su familia cuando la bola le aplastó el cráneo. Shena Hierro Brillante, que lanzó el proyectil con su honda, era una joven calnar cuya casa estaba en las profundidades de Thorin, cerca de los mercados. En toda su vida sólo había visto a dos o tres humanos, y todos le parecían iguales.

Eran el enemigo.

Solsticio Sangriento

Reforzados con los miembros de la guardia de élite de Willen Mazo de Hierro, Colin Diente de Piedra y los Diez contuvieron el asalto humano en las puertas un buen rato, en tanto que el personal de servicio del alcázar, los trabajadores de los pabellones y un centenar más de calnars que habían sobrevivido a la primera arremetida huían hacia el Gran Auditorio y a la ciudad que había detrás. Entonces, con el corredor despejado a sus espaldas, el dirigente y sus guerreros dieron media vuelta y retrocedieron a toda prisa, dejando atrás las escaleras del alcázar, hacia los corredores sinuosos y ascendentes que conducían al Gran Auditorio. Tras ellos, un número creciente de invasores cruzó el abierto portal de Thorin, tropezando con sus propios muertos.

Los ojos de los humanos necesitarían unos segundos para ajustar la visión de la brillante luz del sol en el exterior a la penumbra del interior, y Colin necesitaba ese tiempo para hacer saltar su siguiente defensa. Ni él ni sus guerreros podían hacer nada respecto al alcázar, salvo esperar que los que estaban dentro pudieran aguantar el tiempo suficiente para escapar. Tolon estaba allí... Tolon, con su genio huraño y su mente enrevesada. Se encontraba en lo alto del alcázar al iniciarse el ataque, y no había salido con los refugiados.

Colin rogó a Reorx por su segundo hijo, y al mismo tiempo esbozó una mueca maliciosa al pensar en la clase de infierno que Tolon el Meditabundo desataría sobre aquellos humanos lo bastante desafortunados para cruzarse en su camino.

Ignoraba dónde se encontraban Handil y Tera Sharn. En algún lugar de la ciudad, esperaba, lejos de los invasores. El dirigente temía por ellos. Tera... ¡la reflexiva, lógica Tera! Cara a cara con sanguinarios enemigos, Tera intentaría razonar con ellos. Era su forma de actuar. Colin conocía muy bien la confianza en la razón y la lógica que guiaba a su hija. Era un rasgo de carácter heredado de él, y ahora maldecía esa tendencia. Tolon tenía razón. No tendría que haberse dejado llevar por la razón y la lógica. Puesto que

confiaba en sus amigos humanos, la razón le había dicho que confiara en los humanos en general. Se había equivocado, y ahora Thorin estaba pagando por ello.

¡Y Handil! ¿Dónde estaba Handil? Colin no ponía en duda el valor de su hijo mayor o su ferocidad en la batalla. Handil era un guerrero, a pesar de su desinterés por el gobierno. Pero ¿qué podía hacer uno con un tambor contra los invasores?

En cuestión de segundos, los humanos se lanzarían en su persecución, y Colin Diente de Piedra maldijo su testaruda ingenuidad mientras espoleaba su corcel. Habían ocurrido cosas que debió tomar como advertencias. Muchas cosas. Pero había preferido creer que se respetaría Balladine. Haces de luz solar, reflejados en las lentes, mostraban el camino al frente, donde la entrada al Gran Auditorio estaba ya a la vista, al final del amplio túnel ascendente.

La calle estaba vacía, a excepción de una compañía de los guardias de Willen apostada a la entrada del recinto. Justo detrás, formas grandes y cuadradas, rodeadas de trabajadores, se empezaban a mover lentamente. Los que habían conseguido huir del alcázar se encontrarían ahora allí, y Willen estaría preparando la trampa para los perseguidores. Le había parecido algo exagerado cuando lo discutieron la primera vez; bloques cúbicos de piedra de dos metros y medio de lado, montados sobre rodillos y preparados para cerrar el acceso. Pero Colin se dio cuenta ahora de que no sería suficiente. Los invasores eran simplemente demasiados para contenerlos.

Colin miró atrás por primera vez desde que habían abandonado el alcázar. Jerem Pizarra Larga cabalgaba justo detrás, su barbudo rostro ceñudo bajo el bruñido yelmo, y a continuación venían los Diez.

Pero ya no eran diez. Con un rápido vistazo, Colin reparó en que Calzo Rajador y Balam Tiro de Hacha faltaban. Entonces, estaban muertos. Sólo la muerte podía separar a un miembro de los Diez de su dirigente.

Inesperadamente, el caballo de Colin se espantó y dio media vuelta para soltar una coz. El enano se agarró a la silla y levantó la espada mientras escudriñaba en derredor.

No había nadie, sólo él y su escolta, pero los otros caballos también estaban nerviosos, como si pudieran ver un enemigo que los jinetes no veían. Colin dio rienda suelta a su corcel.

-¡Schoen, ataca! -ordenó.

El gran caballo dio media vuelta, se alzó sobre las patas traseras y pateó con las delanteras el aire vacío, con las orejas echadas hacia atrás. El relincho desafiante del animal retumbó en las paredes de piedra, y por debajo de él se oyó otro sonido apagado, como pisadas apresuradas, como si alguien se escabullera para escapar del pataleo de los cascos. Por un instante, dos brillantes órbitas, como ojos relucientes, se dieron media vuelta, y luego no hubo nada. Schoen cabrioleó encrespado, la piel dorada temblorosa bajo las blancas crines. Pero fuera lo que fuera lo que el animal había visto, o había creído ver, ya no estaba allí.

-¿Visteis a alguien? -preguntó Colin-. ¿O algo?

-No, señor, -respondió Jerem Pizarra Larga, y los demás sacudieron la cabeza-. Pero los caballos sí.

A sus espaldas, los sonidos de la persecución se intensificaron. Los invasores se encontraban en el túnel y algunos aparecían ya por el recodo que había a un centenar de metros; un torrente de humanos vociferantes y sedientos de sangre que atestaba la amplia vía de lado a lado. Los había a cientos, y detrás venían más.

-Hacia el Gran Auditorio, -ordenó Colin. Espoleó a Schoen, y los caballos se lanzaron a galope tendido hacia el portal, pasaron entre los guardias y entraron en la caverna abovedada del gran salón de asambleas. Detrás de ellos, las hondas de los guardias silbaron. Se oyeron gritos de dolor en la turba humana lanzada a la carga cuando los proyectiles arrojados dieron en el blanco. Colin Diente de Piedra tiró de las riendas y dio media vuelta, señalando con su espada ensangrentada-. ¡Las piedras no los contendrán! ¡Son demasiados! ¡Willen!

Al instante, Willen Mazo de Hierro apareció a su lado, junto al caballo.

-¡Sí, señor!

-Dad media vuelta a las piedras, Willen. Poned los rodillos hacia afuera.

Una sonrisa letal ensanchó el impassible rostro del alto enano. Willen había captado la idea del dirigente al punto, y le había gustado.

-Sí, señor. ¡Trabajadores, a vuestras palancas! ¡Girad las piedras!

Divisando a Relente Triza de Acero entre la multitud reunida, Colin gritó:

-¡Relente! ¡Encárgate de los heridos y los débiles! Sácalos de aquí, hacia la plaza principal. ¡Opondremos resistencia allí, en la puerta interior!

Bajó del caballo, y Jerem Pizarra Larga y los demás desmontaron también. Los caballos fueron conducidos hacia la salida más alejada del Gran Auditorio y hacia la ciudad que estaba detrás. Ahora ya no necesitaban caballos. Lo que tenía que hacerse, se haría a pie.

Wight Cabeza de Yunque, el viejo jefe de excavaciones, apareció al lado de Colin.

-Entonces, ya se ha llegado a eso, ¿no? -dijo-. ¿Tenemos que cerrar la puerta interior?

-Me temo que no nos queda otra opción, -contestó Colin con voz ronca-. Éste no es el ataque de unos cuantos bárbaros. Es una invasión. Ninguna otra medida impedirá que esa gente entre en Thorin.

-Que Reorx nos ayude, -musitó el jefe de excavaciones-. Ni siquiera sabemos si esa cosa funcionará. Nunca se ha intentado.

-Lo sé, Wight. Reza para que funcione, porque, si falla, nos encontraremos combatiendo contra esa chusma en las calles del mismo Thorin. -Se volvió hacia el portal. Se acababa de colocar en posición el segundo de los dos enormes bloques de piedra, apuntando hacia afuera. Al otro lado, el clamor de la turba humana era ensordecedor. Las flechas pasaban zumbando entre las piedras y alrededor de ellas-. Willen, ¿está eso listo?

-Listo, señor.

-Entonces, soltadlas y cerrad esas puertas.

A una orden de Willen Mazo de Hierro, unos fornidos enanos se situaron detrás de las piedras, hicieron presión con las palancas, y las piedras se movieron. Por un instante, dio la impresión de que se quedaban suspendidas en el portal, pero después salieron impulsadas hacia adelante y empezaron a deslizarse corredor abajo; los rodillos retumbaron conforme cogían velocidad y lanzaban los dos enormes cubos contra la muchedumbre que cargaba cuesta arriba.

-Cerrad y atrancad esas puertas, -ordenó Colin. Las hojas de roble se cerraron con un sonoro portazo, apagando los gritos del otro lado, donde toneladas de roca pulida dejaban a su paso un rastro de sangre y cuerpos humanos aplastados. Colin no se detuvo a escuchar-. ¡Retirada! -gritó-. ¡A la puerta interior!

A cientos, los enanos corrieron a través del redondel central del Gran Auditorio, algunos deteniéndose para ayudar a los muchos heridos que cubrían la zona. La andanada de flechas de los invasores había ocasionado bajas, y había gente tirada por doquier. De pronto, Colin Diente de Piedra vio a Handil entre la muchedumbre, dirigiéndose hacia él contra corriente,

cargado con su tambor. Jinna Romperrocas estaba con él, los ojos desorbitados y con una honda de red aferrada en sus pequeños dedos.

-Me he enterado, padre, -dijo Handil-. En la ciudad se dice que un millar de humanos nos han atacado.

-¿Un millar? -Colin sacudió la cabeza-. Muchos millares, diría yo. Demasiados para hacerles frente. Thorin ha de cerrarse. -Se volvió cuando un gran estruendo levantó ecos en la gran cámara. Las puertas que daban al túnel del alcázar se habían abierto violentamente, y una oleada de humanos vociferantes, de ojos dementes, irrumpía por ellas como una avalancha-. ¡A la puerta interior! -bramó-. Deprisa.

Una flecha pasó rozándole la cabeza y se hundió en la espalda de uno de los enanos que había manejado las palancas. La siguieron otras, y Jerem Pizarra Larga y sus hombres formaron un círculo en torno a su dirigente para protegerlo. Uno de ellos lanzó una exclamación ahogada y cayó al suelo, con el astil de una flecha sobresaliendo en un costado. Había utilizado su escudo para cubrir a su dirigente, no a sí mismo.

-¡Vamos, señor! -lo instó Jerem Pizarra Larga-. ¡No hay tiempo!

-¡Vamos! -gritó Colin a Handil mientras los guardias lo obligaban a retroceder, cubriéndolo con sus escudos.

Handil se volvió y vaciló. A su lado, Jinna Romperrocas hizo girar su honda y disparó. La piedra, -del tamaño de un puño-, voló a través del redondel central y alcanzó a un hombre barbudo en pleno rostro. El humano se desplomó hacia atrás, arrastrando a otros en su caída.

-¡Vamos, Jinna! -gritó Handil.

-De acuerdo, -asintió la joven-. Sólo una más... -Y entonces cayó al suelo de espaldas, con una flecha clavada en el pecho.

-¡Jinna! -Handil se hincó de rodillas a su lado.

Al sentir el roce de sus manos la joven se estremeció y dio un respingo.

-No..., no me muevas, Handil. El dolor...

Con un grito de agonía, Handil el Tambor se inclinó sobre su amada y alzó sus horrorizados ojos hacia el portal posterior. Su padre estaba allí, llamándole con un gesto mientras los trabajadores picaban la piedra a cada lado, donde los mecanismos de contención estaban ocultos.

-Handil, -susurró Jinna-, vete ya. Déjame. Tienes que irte. Los humanos... -Con un gemido de dolor, alargó una mano y dejó caer algo en la de él.

Las lágrimas nublaron los ojos del joven cuando vio lo que era: un exquisito anillo, trenzado y engastado al estilo elfo. El regalo de boda de Cale Ojo Verde. Las flechas silbaban a su alrededor, y un hacha arrojada zumbó junto a su cabeza mientras se ponía el anillo, sacaba del cinturón su pareja y lo ponía en el dedo de Jinna con delicadeza.

-Para siempre, -musitó, mirando los angustiados ojos de su amada, viendo la sangre que salía de su nariz y su boca-. Hasta el fin de nuestras vidas.

Los humanos corrían hacia él con las armas levantadas, prestas para matar. En la distancia, oyó la voz de su padre llamándolo, y luego un fuerte estruendo, como un trueno. Miró a su alrededor. Donde antes había un portal, -donde siempre lo había habido, abierto a la gran plaza de Thorin-, ahora había una sólida roca de seis metros de grosor. La puerta interior había funcionado. Thorin estaba a salvo tras un muro de piedra que ningún humano podría traspasar.

Jinna ya no se movía, y Handil se dio cuenta de que había dejado de respirar. Ensimismado, apenas consciente de la vociferante avalancha de sanguinarios humanos que

se le echaba encima, Handil el Tambor se puso de pie, colocó el vibral bajo su brazo y le quitó la funda protectora. Una flecha se hincó en su muslo al tiempo que sacaba las mazas, pero apenas la sintió.

Los humanos más adelantados estaban sólo a unos metros, abalanzándose sobre él; pero, cuando se volvió hacia ellos, se frenaron, pasmados por lo que veían en sus ojos. En ese momento, unos cuantos puede que comprendieran que estaban viendo su propia muerte. Sin apresurarse, plantado junto al cadáver de su amada, Handil levantó las mazas y las bajó, y Trueno empezó a cantar.

Ésta no era la Llamada a Balladine ni una canción alegre de las altas cumbres. El ritmo del gran vibral era un canto fúnebre, y saturó el inmenso salón del Gran Auditorio con sonidos tan intensos que los humanos retrocedieron tambaleándose y muchos de ellos dejaron caer las armas para llevarse las manos a los oídos.

Otra flecha alcanzó a Handil, y después, otra, pero no significaban nada para él. Las mazas incrementaron el compás, y el vibral sonó atronador.

Y todo en derredor, -arriba, donde el techo abovedado y jalonado de conductos solares se alzaba en una grácil curva, en todas las paredes, en cada grada y cada rampa del Gran Auditorio- la piedra tallada absorbió las vibraciones y empezó a desintegrarse. Un fragor de crujidos y gemidos retumbó en la caverna, y enormes trozos de piedra rota se desplomaron desde lo alto y aplastaron todo cuanto había debajo. En alguna parte, un conducto solar completo se soltó de la abrazadera y se precipitó al redondel, donde se rompió en brillantes y afilados añicos que volaron en todas direcciones. Los humanos se arremolinaron y gritaron; muchos dieron media vuelta hacia donde habían venido, pero el portal se había derrumbado y no había salida.

Un humano furioso, enloquecido por el miedo, corrió hacia Handil con la espada enarbolada y se ensartó en la lanza de otro humano que intentaba huir. Un hacha hirió a Handil en la cadera, y el joven cayó; se incorporó sobre una rodilla, sin perder el ritmo un solo instante.

El canto del vibral creció sobre sí mismo en una progresión constante, como truenos repitiéndose, como ecos que se multiplicaban en más ecos.

-Hasta el fin de nuestras vidas, -musitó Handil el Tambor para sí mismo, llevando el ritmo a un crescendo. Y todo el techo del Gran Auditorio se desplomó; millones de toneladas de fría piedra cubrieron y sellaron para siempre lo que ahora no era más que una tumba silenciosa.

Nubes de polvo y cascotes se alzaron de la ladera de la montaña, por encima del alcázar de Thorin, cuando se abrió una profunda sima allí. El gran monolito llamado Primer Centinela, que se alzaba justo al borde del desprendimiento, se tambaleó y se inclinó, y luego se desintegró y cayó en el agujero, levantando más nubes de polvo.

Y, por encima de todo ello, el sol de Krynn se acercó al cenit del día del solsticio.

Del mismo modo que ningún humano había imaginado la magnitud de Thorin, tampoco ninguno sabía, -ni siquiera sospechaba-, la existencia de la puerta interior. La mayoría de los propios calnars sólo eran vagamente conscientes de que, suspendido y oculto en la acanaladura del tamaño de un pasillo que estaba sobre el portal occidental del Gran Auditorio, había un gigantesco muro colgante de sólido granito, sujeto por los puntales reforzados con cables. El viejo Mistral Thrax puede que hubiera recordado la tremenda empresa que fue la creación de esta trampa si hubiera tenido motivo para pensar en ello, pero muy pocos calnars, aparte de sus líderes, sabían que existía. Estaba cubierta con

argamasa, y nunca se había utilizado porque, una vez sueltos los puntales, era poco probable que pudiera levantarse de nuevo.

Pero ahora, en sus últimos instantes de vida, los invasores que ocupaban el Gran Auditorio lo habían descubierto, y todos los que estaban al otro lado, en Thorin propiamente dicho, lo sabían. Donde antes estaba el acceso al Gran Auditorio, ahora había un muro impenetrable. Como Wight Cabeza de Yunque había dicho, Thorin no volvería a ser el mismo. El alcázar, los túneles exteriores, incluso el Gran Auditorio, siempre habían sido una fachada. Estas áreas, -o lo que quedaba de ellas-, habían quedado incomunicadas para siempre con la ciudad ubicada debajo del risco.

Los calnars se habían librado de la invasión clausurando la única entrada que nadie, salvo ellos mismos, conocía. Dentro de Thorin ahora sólo había calnars... a excepción de una persona. Furioso e invisible, entre ellos caminaba alguien que era humano, o que lo había sido en un tiempo, antes de toparse con un enano imbuido con una magia incontrolable que procedía de la propia Gema Gris.

Estero caminaba a hurtadillas por la gran plaza de Thorin, invisible mientras se cubriera los ojos. Sólo él, entre todas las fuerzas invasoras humanas, había cruzado la puerta interior antes de que se derrumbara, y la rabia que lo embargaba era como un fuego abrasador, demencial. ¡Los gorgojos los habían engañado! Largos años de preparativos e intrigas se habían venido abajo. Estaba en Thorin, pero no como un conquistador. Era una sombra entre aquellos a quienes más odiaba, atrapado sin salida.

Las relucientes órbitas que eran los únicos ojos que tenía ardían en su cabeza, y su presencia era un dolor palpitante que nunca cesaba. Anhelaba quitárselas, aunque sólo fuera durante unos cuantos minutos, pero sin ellas el hechizo no funcionaría; lo verían y lo matarían.

Llevado por la ira, arremetió contra todo lo que tenía a su alcance. Una docena de veces, en otros tantos minutos, tocó a algún enano que pasaba a su lado, ejecutó la magia que había aprendido y observó, sin ser visto, cómo el enano moría en medio de horribles dolores, aferrándose la garganta.

Pero aquello sólo conseguía agotarlo y no le reportaba ningún beneficio. No podía matarlos a todos.

¡La magia! Sabía que podía hacer algo más, que tenía más aplicaciones de las que conocía. Con demasiada frecuencia, cuando había intentado llevar a cabo nuevos hechizos, se habían vuelto contra él con dolorosos resultados. Ahora, sin embargo, en su cólera, supo que había algo que podía hacer, y la propia magia parecía decirle cómo. ¡Venganza!, susurraba la magia. Vengarse de Colin Diente de Piedra, el culpable de que estuviera atrapado.

La rabia hirvió y se concentró en su interior, y se transformó en palabras arcanas que se formaron por sí mismas en su lengua.

-In morit deis calnaris -susurró-. ¡Refeist ot atium dactas ot destis!

Como si la propia magia lo aleccionara, pronunció el hechizo y al instante supo lo que significaba. Para el dirigente de los enanos, el exilio. Y para toda su descendencia, ¡la muerte!

Era todo cuanto podía hacer. No obstante, en alguna parte, más adelante, debía encontrarse el fabuloso tesoro que todo el mundo sabía que los enanos tenían. La ciudad subterránea era mucho más grande de lo que había imaginado, y estaba mucho más iluminada. La claridad del lugar parecía acrecentarse a cada segundo, y para los ojos que no podían cerrarse, que nunca podían dejar de ver, resultaba intensamente dolorosa. Y hacía un

calor increíble. Se sentía como si se encontrara metido en un horno. A despecho del dolor, se dirigió hacia la fuerte claridad. Ahí tenía que ser donde estaba el tesoro.

La mayoría de los enanos que veía ahora se dirigían presurosos en dirección contraria, y cuando entró en una gran cámara circular, saturada de cegadora luz, la única otra persona que vio en ella fue un enano cojo, muy viejo, con una muleta, que miró en su dirección y entonces se detuvo y lo contempló fijamente. Estero se cubrió los ojos y siguió avanzando. Justo delante, en el centro de la cámara, había una columna rutilante. Parecía salir del suelo, o desde arriba, y a su alrededor el piso terminaba en una profunda sima.

"El tesoro, -pensó-. ¡El tesoro de los gorgojos! ¡Tiene que estar ahí!" Atormentado por la brillante luz, torturado por el intenso calor, Estero se acercó al mismo borde de la sima y escuchó un ruido. Se volvió para encontrarse con el viejo enano de la muleta justo detrás de él.

-El sueño era real, -siseó la añosa criatura-. ¡Tú eres el que Pescador me mostró! ¡Eres el enemigo!

-¿Me ves? -preguntó Estero, boquiabierto.

-Con tanta claridad como si estuvieras vivo, -respondió el enano.

-Estoy vivo, -replicó Estero bruscamente al tiempo que levantaba una mano-. Eres tú quien...

No llegó a terminar el movimiento. Con una rapidez increíble, el viejo enano levantó la muleta y la lanzó como una jabalina. Su punta golpeó el estómago del mago con tal fuerza que lo dobló por la mitad. Unas manos viejas y callosas se clavaron como garras en su rostro y, de repente, se quedó ciego. El enano le había arrancado los ojos.

El mago lanzó manotazos a su alrededor, tanteando, y dio un paso atrás... hacia la ardiente nada. Sus alaridos, mientras desaparecía en la columna de luz, quedaron ahogados por un vibrante zumbido cuando el sol de Krynn alcanzó su cenit sobre el pozo central de Thorin, y tuvo lugar el estallido del haz solar, el estallido ardiente de Balladine.

Mistral Thrax se zambulló hacia un lado, boca abajo, su humeante capa protegiéndolo del breve fognazo abrasador. Cuando se puso de pie otra vez, tambaleándose, tenía casi toda la barba quemada, sus ropas se habían abrasado, y todo su cuerpo era una ampolla. Abrió las manos y miró lo que sostenían. Los ojos de Estero habían sido unos orbes rojos, brillantes. Ahora, en las viejas manos de Mistral Thrax, había un par de esferas negras, como canicas de azabache. Pero debajo de ellas, en las palmas, habían quedado unas marcas rojizas, como el dibujo de un arpón realizado con brillante tinte rojo.

Tambaleándose, recogió la muleta y se volvió sin mirar atrás, al haz de luz brillante que zumbaba desde la cumbre de la montaña hasta el pozo de magma subterráneo.

Tenía cosas que hacer. Primero, tomarse una jarra de cerveza fría en la taberna de Lobard; después, tenía que encontrar a Colin Diente de Piedra para contarle su sueño portentoso: la búsqueda de Everbardin, y que Kal-Thax se encontraba hacia el oeste.

Los Exiliados

Las cumbres de las Khalkist estaban cubiertas de nieve cuando Colin Diente de Piedra condujo a su gente desde las puertas falsas de las madrigueras, cuesta abajo y alrededor de la inmensa mole de la montaña, hacia la destrozada ladera donde antes se encontraba la orgullosa fachada de Thorin. Los ogros observaron desde las alturas la larga columna en

marcha cuando pasó bajo su posición, y gruñeron con impaciencia. Pero ningún ogro quería enfrentarse a semejante fuerza, más de un millar de resueltos enanos, algunos montados en los grandes caballos calnars y otros a pie, pero todos fuertemente armados y equipados para un viaje.

No se recordaba que se hubiera visto algo así nunca, en ninguna parte de Krynn. Los humanos emigraban continuamente -pequeños grupos nómadas vagando aquí y allí- como hacían muchas de las otras razas. Pero una emigración de enanos era algo que nadie había visto hasta ahora, e incluso los ogros, en las frías altitudes, sacudieron la cabeza con asombro al contemplar una tribu de enanos en tránsito.

En la ladera, por encima de la depresión producida por el hundimiento del techo del Gran Auditorio, Colin Diente de Piedra hizo detener la marcha para que su gente echara una última mirada al lugar que había sido su hogar hasta donde alcanzaba su memoria. Lo que antes había sido una ladera limpia, esculpida por el viento, ahora se había convertido en una hoya cuyos lados formaban un profundo cono de rocas desprendidas que conducía a las profundidades sepultadas. Al otro lado, en la parte más baja del agujero, estaban los restos del Primer Centinela, un cilindro truncado de piedra erguido sobre sus propios escombros. Y más abajo, en poderoso contraste con los tonos ocres y dorados de los valles del fondo, se veía el techo del alcázar, todavía lleno de huesos resecos de humanos salvajes, un mudo testimonio de la silenciosa muerte que guardaba en su interior.

Los hombres de Sith Kilane, -al menos unos cuantos-, habían sobrevivido varias semanas, apresados en el alcázar. Algunos habían logrado salir al tejado, para allí caer abatidos por las hondas de tiradores enanos. Algunos habían gritado y suplicado desde las balconadas hasta que las piedras de las hondas o las jabalinas los derribaron, y otros, -tras varios días de padecimiento-, habían saltado al vacío. Las restantes fuerzas de la malhadada invasión habían muerto de sed o de hambre, y sus cadáveres continuaban en el interior, sin merecer la atención de los enanos. El alcázar permanecía cerrado, y quizá lo estuviera para siempre.

Por encima de Thorin, Colin Diente de Piedra echó una última y triste mirada sobre las tierras que había dirigido, y a continuación se inclinó en la silla de montar para estrechar la fuerte mano de su segundo hijo, Tolon Vista Penetrante.

-Ahora eres el jefe de los calnars, -dijo-, por tu propia elección y la de aquellos que se quedan aquí contigo. Te deseo forjas calientes y buen comercio.

-Y yo a ti, padre, -asintió Tolon-. Dondequiera que te lleven las calzadas. Ojalá encuentres tu Kal-Thax, y que la grandeza de los calnars haga de ella una gran nación.

-Calnars, no, -susurró Colin mientras apartaba la vista-. Los calnars son de Thorin. Vosotros sois los calnars ahora. Nosotros tomaremos otro nombre, para otros lugares.

-¿Sí? ¿Qué nombre?

-El que nuestros vecinos humanos, cuando eran vecinos, nos llamaban a causa de donde vivíamos: Los Más Altos. Llevaremos ese nombre con nosotros, Tolon. A partir de hoy, los que buscamos Kal-Thax somos los hylars.

-Hylars. -Tolon se quedó pensativo y luego asintió-. Un buen nombre. Ojalá sea para bien y colme tus esperanzas, padre. Que encuentres tu camino.

Colin hizo un gesto con la cabeza, señalando a Cale Ojo Verde, que estaba cerca, montado a lomos de su gran caballo, Piquin. Cale y sus exploradores habían vuelto unos cuantos días después de la batalla de Thorin. Regresaron a un lugar muy distinto del Thorin que habían dejado a su marcha.

-Tu hermano nos conducirá a salvo a las llanuras, -dijo Colin a Tolon-. Ha explorado hasta allí, y explorará para nosotros más allá mientras viajamos. ¡Oh, no estés tan abatido! - El viejo dirigente sacudió la cabeza-. Sabes que he de hacer este viaje, hijo mío. Aquí no hay sitio para un antiguo jefe, y ahora es tu turno. Guía a tu pueblo bien y sabiamente.

-Todo por el sueño de un viejo enano, -rezongó Tolon.

-No sólo por eso, -repuso Colin-. Cometí un error de juicio. Confiaba en los amigos y no vi a los enemigos. Tú tenías razón, Tolon, y yo estaba equivocado. Un dirigente no puede fallarle a su pueblo hasta ese extremo y continuar siendo jefe. Las normas son válidas para todos, y la ley decreta el exilio. He preferido hacer de mi exilio una búsqueda profética, y los que me siguen lo hacen por propia voluntad.

-Los que nos marchamos de aquí, Tolon, -añadió el anterior dirigente-, hemos perdido Everbardin en Thorin. Debemos encontrarlo en otra parte, si es que lo encontramos.

Estrechó la mano de su hijo otra vez, y luego tiró de las riendas haciendo que Schoen diera media vuelta e iniciara un trote ladera abajo, hacia los lejanos valles y las Cunas del Sol que se alzaban detrás. Tras saludar a su hermano con un ademán, Cale Ojo Verde fue tras su padre, seguido por Jerem Pizarra Larga y los Diez, entre los que había varios miembros nuevos, elegidos para reemplazar a los valerosos enanos que habían muerto defendiendo a su dirigente.

Willen Mazo de Hierro iba a la cabeza de las compañías de la guardia, cabalgando a los flancos. Se detuvo junto a Tolon el Meditabundo y lo miró fijamente.

-Toma en consideración a Lustre Barbit para capitán de tu guardia, Tolon, -sugirió-. Es el mejor de los que eligieron quedarse. ¿Tienes intención de reanudar el comercio con Golash y Chanderá?

-Reanudar el comercio, sí -repuso Tolon-. Pero no Balladine. Los calnars jamás olvidarán que los humanos son salvajes, por muy amistosos que parezcan.

-Que tengas una vida larga y buena, Tolon Vista Penetrante -deseó Willen ceremoniosamente, y reanudó la marcha.

A su lado, en su propia montura, Tera Sharn volvió la cabeza y miró a su hermano. Se habían despedido antes, en privado, pues los dos sabían que la separación era definitiva. Tera hizo una leve inclinación de cabeza y miró al frente.

Rodeando el borde del gran agujero, con Colin Diente de Piedra y los Diez a la cabeza, el pueblo que ahora eran los hylars inició su viaje en busca de Kal-Thax. En fila de tres y de cinco, la columna medía más de tres kilómetros de largo.

Entre ellos iban los tambores, y, cuando el primero de éstos llegó junto a la depresión, empezó a tocar su timbal con un ritmo lento y constante, un canto fúnebre o un saludo. Los que iban detrás se unieron a él con sus tambores, y, mientras la columna pasaba ante la depresión y la dejaba atrás, las montañas repitieron como un eco el toque constante de los grandes instrumentos de percusión dando un último adiós al mejor y más grande tambor de todos ellos. Pues para los hylars, como para los calnars, el recuerdo de Handil el Tambor se mantendría siempre fresco en su memoria.

La columna descendió sinuosa por la ladera, dejó atrás el hedor a muerte del silencioso alcázar y llegó a las terrazas sembradas de escombros de la guerra. En la falda de una colina, a lo lejos, un pequeño grupo de humanos levantaron la mano en un saludo y luego dieron media vuelta, y Colin Diente de Piedra supo que Garr Lanfel, el príncipe de Golash, había hecho un último gesto en honor a una amistad que no volvería a ser.

Atrás ya las terrazas, en dirección a los valles del Canto del Martillo y del Hueso, el nuevo clan de los hylars marchó al ritmo de sus tambores, los ojos puestos en las Cunas del Sol y en las tierras que había más allá, en lontananza.

Ni una sola vez Colin Diente de Piedra volvió la cabeza para mirar lo que había sido Thorin Everbardin. Pero algunos sí lo hicieron, y sus murmullos agridulces flotaron en el aire.

-Thoradin, -musitaron, pues, para el pueblo que ahora era hylar, Thorin estaba perdido; había pasado a ser Thoradin: un recuerdo del pasado.

SEGUNDA PARTE

LAS TRIBUS DE KAL-THAX

**La Tierra De Kal-Thax
Montañas Kharolis
Siglo Del Viento
Década Del Roble
Año Del Latón**

Tierra De Conflictos

El humo de un centenar de hogueras matinales encapotaba el aire otoñal sobre las estribaciones orientales de las montañas Kharolis. Hasta donde alcanzaba la vista, oteando hacia el este desde las vertientes más retiradas, se alzaban pequeñas columnas de humo por el norte y el sur, un denso semicírculo de humo que subía hacia el cielo, y luego se disgregaba en tenues jirones con la brisa para quedarse cernido como nubes bajas en la lejanía.

Durante semanas había sido así. Casi no pasaba día sin que hubiera señales de grupos de humanos itinerantes dirigiéndose hacia el oeste, a través de las planicies centrales de Ansalon hasta llegar a la imponente cadena de las montañas Kharolis. Y siempre, a continuación, se encaminaban hacia el gran paso, debajo del pico Buscador de Nubes, y el humo de sus campamentos oscurecía las estribaciones bajas. Talud Tolec había aprendido a pronosticar cuándo se produciría el siguiente asalto humano simplemente por el humo que flotaba sobre las estribaciones.

A excepción de unos cuantos campamentos remotos de ogros y goblins, la gente de ahí fuera era una mezcla de razas humanas. La mayoría eran refugiados y vagabundos, grupos y tribus enteras empujadas hacia el oeste por la expansión de las guerras de los dragones en el lejano este. Buscaban lugares donde descansar, donde ocultarse, donde establecerse de nuevo, pero no eran bienvenidos en las colinas y las planicies al este de las montañas. Esos territorios eran parte del extenso reino de Ergoth, y los ergothianos no querían hordas de forasteros aglomerándose en su país. Por consiguiente, los caballeros y las bandas armadas de guardianes de Ergoth empujaban a los viajeros a seguir adelante, hacia las montañas.

Refugiados y tribus desplazadas, -muchos de los cuales había visto de cerca, cuando subían las laderas sólo para ser rechazados por los enanos-, parecían bastante inofensivos, salvo porque eran humanos. Los enanos de Kal-Thax habían aprendido hacía mucho tiempo lo que ocurría cuando a los humanos se les permitía dispersarse por estas montañas. En ciertas estaciones y en ciertos lugares, -valles fértiles aquí y allí- se las arreglaban para sobrevivir durante un tiempo. Se extendían y multiplicaban, pero entonces las fuentes de alimento y el alojamiento adecuado para humanos se volvía insuficiente. Las estaciones cambiaban y surgía la hambruna, y entonces empezaban los ataques y saqueos a los einars, los enanos.

Talud había reflexionado sobre las duras sanciones que los enanos habían creado. Ninguna otra raza era bienvenida en Kal-Thax. Kal-Thax era para los einars. Kal-Thax era para los enanos, y nadie más. Como cualquier enano de Kal-Thax, Talud estaba de acuerdo en que era una ley necesaria, sobre todo, en lo que concernía a los humanos. Si los humanos se limitaran a ir de paso, razonaban algunos, quizá no sería necesaria. Pero los humanos no "iban de paso". Llegaban y, si se les permitía, se extendían y colonizaban, y vuelta a empezar con los viejos problemas.

Una sombra se proyectó sobre la cornisa en la que Talud estaba acucillado, y una figura de hombros anchos, piernas arqueadas, y vestida con pieles, saltó desde los salientes superiores para posarse ágilmente, y casi sin producir ruido alguno, a su lado. Talud frunció

el ceño tras la visera de malla. Esta inclinación a aparecer silenciosa e inesperadamente era sólo una de las muchas costumbres irritantes de Glome el Asesino. Sin embargo, Talud no dijo nada. Aquellos lo bastante temerarios como para ofender a Glome el Asesino a menudo acababan muertos.

Durante un instante, Glome se quedó acucillado junto a Talud Tolec, observándolo atentamente con sus penetrantes ojos, más bien juntos, bajo una maciza frente que parecía irradiar la fuerza de su presencia y la fortaleza de sus brazos. Luego se volvió y oteó a lo lejos, hacia las planicies donde subía el humo de hogueras de extraños. Recorrió con la mirada los campamentos humanos sólo un momento. Se volvió hacia la derecha e hizo visera con la mano para protegerse los ojos de la luz y mirar hacia el sur, al extenso espacio abierto de los prados altos que coronaban el lomo de la montaña Buscador de Nubes. También en aquella dirección había humo; no tanto como en las lejanas planicies, pero varios kilómetros más próximo. Allí había un campamento, y se apuntaban atisbos de movimiento y colores vivos.

-Daewars, -gruñó Glome mientras señalaba-. Acampan en territorio theiwar.

-Llevan allí una semana. -Talud se encogió de hombros-. Han venido para ayudarnos a expulsar a los forasteros. Tras ellos también están Vog Cara de Hierro y los daergars.

-Olvídate de los humanos, -gruñó Glome-. Creo que es hora de que nos ocupemos de los daewars. Hemos perdido mucho tiempo.

Sin añadir una palabra más, Glome se volvió y desapareció en las cuevas que había detrás de la cornisa, silencioso, como siempre.

Talud se estremeció ligeramente. Incluso ahora, con millares de invasores humanos apiñándose al pie de las montañas, Glome seguía obsesionado con su ambición principal: hacer la guerra contra los daewars.

¿Era ésa su verdadera aspiración, luchar contra los daewars?, se preguntó Talud. ¿O era sólo un medio de conseguir una mayor y más siniestra ambición que el asesino abrigaba en secreto?

Nadie sabía con certeza de dónde había venido Glome. De alguna parte de Kal-Thax, por supuesto, de alguno de los muchos pueblos o pequeñas cuadrillas de los desperdigados einars, pero nadie sabía exactamente de dónde. Glome no era theiwar de origen. Había aparecido un buen día, poco antes de que el antiguo dirigente, Gacho Fuego Rojo, desapareciera.

Nadie sabía qué había sido de Gacho Fuego Rojo, pero Glome había entrado en las guaridas de los theiwars y se había establecido inmediatamente como un cabecilla, mediante intimidaciones, amenazas y, -según muchos sospechaban-, el asesinato en varios casos. Tenía una extraña habilidad para buscar a todos los descontentos de la tribu y hacer que aceptaran su liderato. En muy poco tiempo, Glome contaba con un número sustancial de seguidores entre los theiwars. Algunos habían pensado que Glome intentaba asumir el puesto de dirigente, pero la sucesión ya había sido reclamada por Borneo Zanca Cortada y -cosa sorprendente-, Glome lo había respaldado contra los otros aspirantes. Borneo Zanca Cortada era un tipo fuerte, brutal, no demasiado listo, pero astuto a su modo. Ahora Borneo era dirigente, y Glome era su consejero, y Talud Tolec se preguntaba cuáles eran las verdaderas ambiciones de Glome. Tenía la sensación de que iban más allá de ser solamente jefe del thane theiwar.

Talud volvió de nuevo la vista hacia el este, al lejano humo. Los forasteros habían venido siempre en las estaciones cálidas, -ya fueran humanos o de otra raza-, para intentar entrar en el cerrado territorio de Kal-Thax. Pero nunca había visto tantos.

Eran refugiados de guerras lejanas, aunque entre ellos habría forajidos y salteadores, humanos que encontraban en el caos de la guerra la oportunidad de apoderarse de cuanto podían.

Y también había otros campamentos ahí fuera; otro humo aparte del de las hogueras de los humanos delante del paso. Lejos, al norte, apenas perceptible, había humo de las lumbres oscuras, aceitosas, de lo que podría ser un campamento de goblins. Y más cerca, en los altos riscos, separados de los campamentos humanos, se alzaban los finos tentáculos de lo que tal vez fueran lumbres de ogros

Talud Tolec no simpatizaba con ninguno de ellos. No pertenecían a Kal-Thax.

Sentado en cuclillas bajo el saliente que cubría las cuevas de los puestos avanzados theiwars, Talud oteó a lo lejos, calculando el número de hogueras mientras toqueteaba distraídamente la espada que colgaba a su costado. Cada vez había más ahí fuera. No tardarían en venir, -al menos, algunos de ellos-, intentando penetrar en el territorio de las montañas una vez más.

¡Había tantos este año! Talud pensó que quizá no era mala idea que hubieran venido los daewars, -desde sus propias guaridas, lejos, al norte, en la vertiente opuesta de la montaña Fin del Cielo-, para ayudar en la defensa. Sentía tan poco aprecio por los arrogantes y joviales "fundidores de oro" como cualquier otro theiwar. Los daewars eran arribistas, -sólo durante el pasado siglo habían constituido un thane-, y sin embargo parecían prosperar. Y no dudaban en poner de manifiesto su éxito. Todos los daewars que Talud había visto llevaban encima una fortuna con las más excelentes armaduras y los atavíos más llamativos.

¡Y sabían luchar! Mientras que los theiwars eran expertos en el sabotaje y la emboscada, y aunque nadie podía igualar a los daergars en un ataque nocturno gracias a su capacidad visual en la oscuridad, pocos se atreverían a desafiar a los fundidores de oro en un combate directo. El antiguo dirigente theiwar, Gacho Fuego Rojo, había debilitado gravemente a los theiwars cuando los puso a prueba enviándolos a territorio daewar. El capitán daewar, Gema Manguito Azul, y sus tropas de élite "Maza Dorada" habían diezmado a los atacantes theiwars.

El término "fundidores de oro" era peyorativo, dando a entender que los daewars eran tan blandos y maleables como el brillante metal que era el color de sus cabellos y barbas, y que gozaba de su favor para la ornamentación. Pero sólo un necio o un suicida insultaría a un daewar a la cara.

Aunque Talud sentía animadversión por esas gentes rubias espléndidamente vestidas, al ver el humo de las hogueras del campamento de los humanos sobre las estribaciones se alegraba de que los daewars estuvieran aquí, y de que fueran parte del tratado de exclusión que mantenía a Kal-Thax cerrada a los extranjeros.

Desde las sombras que había a su espalda una voz profunda y ronca llamó:

-¡Talud! ¿Es que te has quedado dormido? ¿Qué haces?

Frunciendo el ceño, Talud se volvió ligeramente para echar una ojeada a la cueva.

-Estoy vigilando lo que me dijisteis que vigilara..., señor. Los forasteros se están amontonando más y más en las estribaciones. Vendrán pronto.

-¿Pronto? -la voz de Borneo Zanca Cortada rezumaba sarcasmo-. ¿Pronto? ¿Y qué significa "pronto"? ¿Esta mañana? ¿Hoy? ¿El mes que viene?

Talud sofocó un suspiro de fastidio. ¿Cómo esperaba el dirigente de los theiwars que adivinara los planes de los humanos?

-Puede que hoy, -respondió-. Hay al menos un centenar de hogueras ahí fuera. Tendrán que moverse pronto o morirán de hambre.

-¿Un centenar de hogueras? -Se oyeron las fuertes pisadas de botas, y Talud comprendió que el dirigente y otros querían verlo por sí mismos-. ¿Todas juntas?

-No, están desperdigadas en varios kilómetros. Pero ahora ya habrán descubierto que no pueden cruzar la garganta, y que los riscos de Shalomar les cierran el paso por el sur, así que se están agrupando debajo del paso. Como siempre hacen, sólo que ahora son muchos más.

Cuando Borneo Zanca Cortada salió a la cornisa, ajustándose la visera sobre el rostro de rasgos hoscos y ásperos, Talud se apartó de él, como la gente solía hacer. Borneo no era alto -medía poco más de metro veinte-, pero sí macizo, con enormes hombros y apenas cuello. Sus brazos eran tan gruesos y recios como los troncos de los pinos de montaña, y al menos tan largos como sus fornidas y cortas piernas.

-Fugitivos, -retumbó; luego se resguardó los ojos del sol matinal con la mano para otear a lo lejos-. ¡Herrín! -maldijo-. ¡Deben de ser miles!

-Es lo que había dicho yo, -rezongó Talud entre dientes. Luego alzó la voz-. Vendrán pronto, valle arriba.

Eso era un hecho sabido aquí, en las tierras fronterizas occidentales de Kal-Thax. Los intrusos, cuando venían, avanzaban hacia el oeste a través de las estribaciones y entraban en el amplio y empinado valle que apuntaba hacia la cumbre de la montaña Buscador de Nubes. Era la ruta que siempre seguían. El camino hacia Kal-Thax desde el este era como un embudo. A través de las planicies de Ergoth oriental, los emigrantes seguían el "corredor" de territorio salvaje que se estrechaba progresivamente, evitando las rutas septentrionales que conducían a la ciudad humana de Xak Tsaroth, donde ladrones y traficantes de esclavos aguardaban para cobrar su peaje; también evitaban los helados eriales del sur. Desde las tierras agrestes, se colaban en las regiones pobladas y allí eran hostigados por los caballeros y las compañías de vigilantes armados que protegían los pueblos.

Al llegar a las estribaciones, los viajeros no tardaban en descubrir que el Gran Cañón era infranqueable, y que los riscos de Shalomar resultaban imposibles de escalar. Por consiguiente, ponían sus ojos en los tres peñascos que coronaban el Buscador de Nubes, -aquellos inmensos colmillos de piedra verticales que los enanos llamaban Tejedores del Viento-, y entraban en el valle que se estrechaba progresivamente y que era la única ruta viable. Y allí, durante más años de los que incluso los enanos podían recordar, eran atacados y rechazados o aniquilados.

Era en lo único que todos los thanes, tribus y grupos de enanos de Kal-Thax estaban de acuerdo: Kal-Thax estaba cerrada a las razas de fuera y así debía continuar.

El "embudo" conducía directamente al territorio de los theiwars, y era la razón de que éstos se hubieran convertido en el primer thane, -o nación organizada, propietaria de tierras-, de Kal-Thax. En un principio simples tribus pequeñas de einars, los theiwars eran habitantes de los riscos y habían encontrado buenos beneficios en poner celadas a los humanos y a otros que erraban por las montañas de tanto en tanto. Emboscada, matanza y saqueo de los intrusos se había convertido en una importante industria en el pasado, y el clan theiwar le había sacado partido.

La mayoría de los viajeros de las tierras pantanosas y de las planicies no se percataban de que habían entrado en Kal-Thax hasta haber recorrido muchos kilómetros cuesta arriba, por el accidentado camino que se internaba en las estribaciones, y ninguno se daba cuenta

de que el sendero hacia los tres peñascos era una trampa. Justo debajo del Colmillo del Vendaval, el mayor de los Tejedores del Viento, el camino torcía hacia el sur, entre paredes empinadas, y se dirigía directamente al desfiladero que discurría por debajo de las cuevas theiwars. A docenas y a centenares, los extranjeros habían muerto allí, y los theiwars habían saqueado los cuerpos y se habían deshecho de ellos.

Pero ahora era diferente. Esta vez los intrusos eran una fuerza masiva, y los theiwars no tenían el campo para ellos solos. Los daewars habían venido, arrogantes como siempre, evitando el campamento theiwar sin tan sólo un "con vuestro permiso" por entrar ilegalmente en territorio theiwar, y ahora estaban acampados justo en el promontorio, -un lomo de la montaña, en mitad del paso-, como si estuvieran al mando de todas las defensas. Talud sabía que unos kilómetros detrás del campamento daewar había hordas de torvos daergars ocultando los rostros de la brillante luz del sol que hería sus sensibles ojos. Habían salido de sus túneles pobrementemente iluminados y de sus ricas minas para sumarse a la defensa de Kal-Thax. Aquí y allí también había grupos de los salvajes y tornadizos kiars blandiendo sus cachiporras y esperando la oportunidad de aplastar unos cuantos cráneos humanos.

En conjunto, era una formidable y mortífera formación de enanos guerreros en la que ningún grupo estaba en muy buenas relaciones con cualquiera de los otros, pero todos ellos decididos a que los forasteros no entraran en el reino montañoso.

Talud se preguntó para sus adentros qué clase de fuerza de combate podrían llegar a ser si por una vez se unieran y actuaran de acuerdo. Era una idea estúpida. Jamás, en todos los siglos desde que los theiwars, -y luego los daewars y los daergars y, hasta cierto punto, los kiars-, se habían convertido en un thane organizado, habían actuado de acuerdo en ningún asunto salvo en el pacto de mantener fuera a los forasteros.

En la distancia, hacia el este, el humo de los campamentos humanos se extendía en una estela con la brisa, y Talud, oteando a través de la visera de malla, divisó un inicio de movimiento allí. Era lo que había esperado. En las estribaciones, alguien se había puesto al mando, y ahora los humanos, -al menos, algunos de ellos-, se ponían en marcha dirigiéndose hacia arriba, al paso.

Estrechó los ojos; Brule Lengua de Vapor se acercó cauteloso a su lado, con su rostro oculto por la máscara daergar. Brule era semidaergar y evitaba la luz del día.

-¿Qué ves? -preguntó Brule-. ¿Vienen ya?

-Sí, ya vienen, -asintió Talud-. Al atardecer, los daewars estarán hasta los ojos de humanos.

-Los fundidores de oro se han colocado para lanzar el primer ataque, -rezongó Brule-. Pues que les aproveche. Nosotros podremos atacar por el flanco, después de que ellos los hayan frenado.

A un lado, Glome el Asesino se volvió hacia ellos.

-Cerrad el pico, -espetó-. Tenemos mejores cosas que hacer que luchar contra los humanos. -Se volvió hacia Borneo Zanca Cortada, y todos los demás prestaron atención-. Ha llegado el momento de ocuparse de los daewars, -le dijo Glome al dirigente-. Mis espías han estado en las laderas del Fin del Cielo, como te dije. La ciudadela está pobrementemente defendida. Los fundidores de oro emplean todo su tiempo excavando la montaña, detrás de sus fortificaciones. Los espías creen que están ampliando la ciudad, a más profundidad.

-Pero todavía pueden luchar, -retumbó Borneo Zanca Cortada-. No olvides la derrota que sufrimos la última vez que intentamos atacarlos, Glome.

-¿Qué? -bramó Glome el Asesino-. Eso no fue un ataque, sino un auténtico fiasco. Vuestro antiguo dirigente, Gacho Fuego Rojo, fue un necio al intentar asaltar Daebardin cuando Olim Hebilla de Oro y todas sus tropas estaban allí.

-¿Y en qué es diferente la situación ahora? -replicó Borneo, iracundo-. ¿En que hay una patrulla daewar en el frente de defensa?

Glome señaló hacia el sur, al campamento daewar.

-¿Una patrulla? Ahí no hay sólo una patrulla. Me he acercado y he echado un vistazo. Está Hebilla de Oro en persona, con Gema Manguito Azul y la mayoría de su ejército. Ahí no hay un centenar de daewars, sino un millar o más... y en campo abierto, en territorio theiwar.

-¿Qué es lo que sugieres? -inquirió Borneo-. ¿Que nos retiremos y atacemos Daebardin mientras su príncipe está ausente?

-Más que eso, -repuso Glome-. Primero, dejemos que los humanos hagan correr su sangre y los debiliten, dejemos que se descargue sobre ellos el choque más violento del ataque de hoy... y el de mañana, si es que lo hay. Entonces, cuando Hebilla de Oro esté débil, podremos acabar con ellos fácilmente. Después de eso, nada se interpondrá entre nosotros y los tesoros de Daebardin.

-Tesoros que ninguno de nosotros ha visto nunca, -apuntó Borneo-. Ni siquiera estamos seguros de que tengan tesoros.

-¡Por supuesto que los tienen! -espetó Glome-. ¡Míralos! Todos los daewars que has visto llevan encima una fortuna sólo en armaduras. Y, si no tuvieran riquezas, ¿por qué habrían estado excavando todos estos años en el Fin del Cielo? ¡Los montones de escombros al pie de su ciudadela son enormes! Deben de estar construyendo toda una ciudad bajo esa montaña. ¿Por qué hacer algo así si no es para fortificarse y proteger sus tesoros?

-Me gustaría ver esa ciudad subterránea, -admitió Borneo Zanca Cortada-. Tesoros, ¿eh? Puede que sí.

-A estas alturas, el lugar tiene que ser enorme, -asintió Glome-. Tal vez una fortaleza para un rey, ¿no?

-¿Un rey? ¡No hay reyes en Kal-Thax!

-Pero quizá Olim Hebilla de Oro quiera serlo, -dijo Glome con un ronroneo insinuante-. ¿Has pensado en ello, en la posibilidad de tener que inclinarte ante un maldito daewar? Quizá sea ésa la razón de que los fundidores de oro excaven. Quizá cuando tengan su fortaleza terminada proyecten conquistar todos los thanes. ¿Te gustaría tener el pie de ese podrido fundidor de oro sobre tu cuello, Borneo Zanca Cortada? -Glome se volvió hacia los demás. Ahora había docenas de theiwars en la cornisa-. ¿Algún theiwar se sometería de buena gana a un rey daewar? -preguntó-. Yo digo que Olim Hebilla de Oro intenta proclamarse rey de Kal-Thax, y, si queremos impedirselo, ¡tenemos que adelantarnos y atacarlo antes!

Era un argumento de peso, y nadie podía negarlo. Talud Tolec frunció el entrecejo, sin embargo, cuando otra idea le pasó por la mente. Quizá alguien en Kal-Thax sí quería proclamarse rey. Pero ese alguien ¿era el príncipe daewar o cabía la posibilidad de que fuera algún otro?

Borneo Zanca Cortada miraba a Glome el Asesino de hito en hito.

-¿Estás sugiriendo que traicionemos una acción defensiva? -inquirió-. Estaríamos rompiendo el pacto.

-No dejaremos entrar a los humanos, -explicó Glome-. Únicamente dejaremos que los daewars se encarguen ellos solos del combate.

-¿Y si los humanos los sobrepasan?

-Entonces los rechazaremos. Pero, en uno u otro caso, ésta puede ser nuestra oportunidad de librarnos de Olim Hebilla de Oro.

-¿Y qué dirán los daergars?

-¿Qué van a decir? -resopló Glome-. Vog Cara de Hierro conoce la amenaza daewar tan bien como nosotros. Los daergars se unirán a nosotros cuando vean lo que hacemos.

Talud Tolec abrigaba dudas respecto a eso. El tratado de los thanes era algo sagrado, y los daergars lo apoyaban lealmente. Era en su propio beneficio. Si los forasteros se instalaban en las montañas de Kal-Thax, el primer botín que buscarían sería las minas daergars.

Con todo, existía una especie de vínculo entre los theiwars y los daergars. Muchas veces en el pasado habían luchado entre sí, pero el auge de los poderosos y populosos daewars en el norte, en su plaza fuerte del Fin del Cielo, había traído una endeble paz entre los theiwars y los daergars. Ambas tribus reconocían un enemigo más peligroso, y la hostilidad entre la gente de las cuevas de los riscos y los moradores de la oscuridad dio paso a una alianza insegura y al comercio. Los theiwars extraían de las laderas bajas del Buscador de Nubes la dura piedra negra para endurecer el acero, y a cambio adquirían las armas de oscuro metal de los daergars que la mayoría prefería a las que los artesanos theiwars forjaban.

Borneo Zanca Cortada oteó el luminoso paisaje de las tierras altas, hacia las estribaciones del este. El humo había disminuido en la lejanía, pero ahora todo el mundo podía ver el movimiento en masa de los humanos desparramándose sobre las alejadas crestas. Incluso a tanta distancia, la luz del sol brillaba en el acero y el bronce de las armas. Transcurrido un tiempo, el dirigente theiwar siseó:

-¡Son jinetes los que van a la cabeza!

A Talud Tolec le lloraban los ojos de forzarlos para distinguir los detalles. Había jinetes allí, centenares de ellos, al parecer, y eran de una clase que ya había visto antes.

-¡Cobars! -gritó-. ¡Los jinetes de las planicies del norte!

-Muy bien, -decidió Borneo Zanca Cortada-. Se hará como ha dicho Glome. En lugar de flanquear las posiciones daewars, nos quedaremos quietos. Que los fundidores de oro reciban todo el impacto del ataque. Quizá los humanos se ocupen de los daewars por nosotros. Pero, si algunos consiguen pasar, entonces los daergars y nosotros tendremos que rechazarlos.

Los Defensores

Olim Hebilla de Oro comprendía muy bien la amenaza a la que Kal-Thax se enfrentaba este año de emigraciones masivas. Durante un mes, sus exploradores habían inspeccionado las laderas fronterizas a medida que más y más humanos, -y no pocos ogros y goblins-, llegaban allí, algunos huyendo de la guerra de los dragones en el este, otros aprovechándose del caos para apoderarse de nuevas tierras o riquezas.

El príncipe daewar se había reunido con sus consejeros cuando llegaron los informes, para enjuiciar lo que estaba ocurriendo en los reinos humanos más allá de Kal-Thax y lo que ello significaba para los enanos. Al parecer las personas desplazadas por millares o por

decenas de millares se desparramaban a través de las fronteras orientales del reino humano de Ergoth, amplísimas y por ende imposibles de custodiar, y emigraban hacia el oeste en dirección a las colinas meridionales, apenas habitadas, que lindaban con la barrera montañosa de Kal-Thax. Los enanos suponían que muchos de ellos serían apresados por las patrullas de los grandes señores de la ciudad humana de Xak Tsaroth y vendidos como esclavos, ya fuera allí mismo o transportados a las lejanas tierras bárbaras de Istar en caravanas de mercaderes.

Pero otros, -en especial los astutos cobars, los Caminantes de las Arenas y los Saqueadores de las planicies norteñas-, estarían advertidos sobre Xak Tsaroth y la evitarían, torciendo hacia el sur a través de las colinas. Los espías daewars confirmaron esto último. Con mucho, los más peligrosos de las multitudes humanas que cruzaban Ergoth, -hostigados y encauzados por los caballeros y por compañías de ciudadanos armados-, eran los que ahora entraban por el paso en forma de embudo al este del pico Buscador de Nubes.

Tradicionalmente, ése era territorio theiwar, y dicho clan se había encargado de los forasteros que cruzaban la frontera por allí. En ocasiones los ayudaban los daergars, protegiendo las zonas mineras que les pertenecían. Pero ahora, Olim Hebilla de Oro estaba seguro, el número de las fuerzas humanas era mucho mayor del que los primitivos theiwars, -o incluso los hoscos y astutos daergars-, podían hacer frente.

-Hay que detener a los humanos antes de que lleguen al Buscador de Nubes, -le dijo el príncipe daewar a su capitán, Gema Manguito Azul-. Estamos obligados por el pacto de Kal-Thax a ayudar a nuestros vecinos en defensa del reino.

-Sobre todo en defensa del Buscador de Nubes, -acotó Gema con ojos centelleantes.

-Sobre todo y ante todo, -convino Olim-. Puede decirse que tenemos un especial interés allí. -Soltó una risita-. ¡Esos theiwars! Reclaman la montaña como suya y se aferran a sus riscos sin preguntarse qué yace bajo sus pies. Qué desperdicio que semejantes maravillas no se utilizaran. ¿Cómo van las excavaciones?

-Pizarra Lámina Fría calcula un mes más antes de que se abra paso a las cavernas que Urkhan encontró -le respondió Gema-. Pero ya conocéis al jefe de excavaciones, siempre tan comedido. Si dice un mes, se habrá conseguido en una semana.

-Tan cerca... -suspiró Olim-. Años de excavar túneles, Gema. Sería trágico llegar tan cerca y perderlo todo porque los theiwars fracasaran en rechazar a un puñado de humanos. Los theiwars no tienen tendencia a explorar, pero los humanos sí. Hay que detenerlos. Ten preparado el ejército para ponerse en marcha. A todos los hombres, excepto la guardia personal. Nos dirigimos a la cabecera de los pasos para ayudar a nuestros vecinos a rechazar a los intrusos.

-Eso es territorio theiwar, -le recordó Gema a su príncipe-. Quizá no les guste ver aparecer allí a un ejército daewar.

-Intentaremos que nuestra presencia no sea demasiado evidente, -dijo Olim-. Posiblemente podamos hacer que muchos parezcan pocos. Pero en uno u otro caso, no pienso pedir permiso a Borneo Zanca Cortada para cumplir el Pacto de Kal-Thax. Es nuestro derecho... y nuestro deber.

Así pues, en un luminoso día otoñal, la mayor parte del ejército daewar se desplegó a lo largo de la elevación central del promontorio que se alzaba sobre el paso, en tanto que millares de merodeadores humanos ascendían en tropel por las laderas, en su dirección. El promontorio era una vasta pradera alta flanqueada por escarpados peñascos y despeñaderos abruptos que se estrechaban y se cerraban a medida que la elevación subía hacia la cima

recta que era un lomo saliente del gran Buscador de Nubes, que se alzaba detrás, en la distancia, como una gigantesca cabeza de tres cuernos envuelta en una capucha inclinada.

En el momento en que los humanos, -todavía figuras diminutas por la distancia-, iniciaron su marcha ascendente por el paso, se hizo evidente que estaban encabezados por enjambres de jinetes burdamente vestidos, hombres de aspecto fiero que azotaban a sus oscuros caballos mientras subían trabajosamente la empinada cuesta hacia el promontorio. Los había a centenares, y detrás y alrededor de ellos venían hombres a pie, una abigarrada mezcla de humanos de muy distintas tierras, todos con un único pensamiento. Sus motivos podían ser muchos y variados, pero avanzaban inflexiblemente, todos decididos a romper el bloqueo de Kal-Thax y entrar en las montañas que había más allá de las tierras centrales.

Gema Manguito Azul observaba con curiosidad mientras la multitud se iba aproximando, resguardándose los ojos con la visera levantada de su yelmo repujado con oro. No era la primera vez que veía a los humanos dirigiéndose hacia Kal-Thax. En muchas ocasiones, al paso de los años, las patrullas daewars habían observado a los emboscados theiwars poner celadas a los viajeros procedentes de las tierras orientales. A veces, cuando los grupos de intrusos eran grandes, los daewars se habían sumado a la defensa para rechazarlos. Y había habido ocasiones en las que los daewars incluso habían intervenido antes de la emboscada, cuando saltaba a la vista que los intrusos eran simples viajeros, extraviados o desterrados, cuyo único crimen era encontrarse en el sitio equivocado.

Algunos theiwars se ponían furiosos y los amenazaban cada vez que una unidad daewar se entremetía, y existía animadversión entre los thanes a causa de ello. Pero los daewars no habían hecho mucho caso. Para los theiwars, la matanza y el saqueo de los intrusos podría ser un negocio próspero, pero para la mayoría de los daewars el asesinato era absurdo y vergonzoso si no se ganaba nada con ello y si con palabras se podía conseguir que los viajeros dieran media vuelta.

No obstante, la muchedumbre que subía por el paso ahora no tenía nada que ver con los pequeños grupos y bandas de viajeros de los años anteriores. Esto era un asalto en masa, con el aspecto de un ataque a gran escala dirigido por los saqueadores montados. Gema se acercó a su príncipe para señalar la maniobra táctica de despliegue adoptada por los humanos.

-Éstos no están aquí por accidente, -dijo-. Los jinetes que van a la cabeza son hombres de las planicies de Cobar. Los cobars no se limitan a deambular de un lugar para otro, como hacen otras muchas tribus. Son asaltantes y saqueadores.

-Intrusos montados -dijo Olim Hebilla de Oro, meditabundo-. ¿Ha habido algún ataque de fuerzas montadas con anterioridad?

-No que yo sepa, -admitió Gema-. Muchos humanos tienen corceles, pero estas montañas no son el terreno adecuado para esos animales. Ni siquiera los caballeros de Ergoth intentarían entrar aquí a caballo.

-Y sin embargo los cobars lo hacen, -señaló Olim-. ¿Cómo te explicas eso?

-Saben que estamos aquí. -Gema se encogió de hombros-. Los otros que están con ellos quizá proyectan invadir Kal-Thax y fundar reinos humanos, pero los cobars no intentan establecerse aquí. Sólo vienen a atacar, a saquear y luego regresar a sus planicies.

-Será difícil enfrentarse a guerreros montados en este terreno llano -dijo Olim.

-Entonces no los esperemos aquí -sugirió Gema-. Salgámosles al paso en las pendientes. Si he de enfrentarme a un jinete, preferiría tener la cuesta arriba como ventaja a mi favor.

Olim miró a su alrededor estudiando el terreno.

-El paso es más ancho allí -señaló-. Desplegados, formaremos una línea poco compacta. Claro que no estamos solos. -Miró hacia el norte, a los escarpados riscos donde estaban los campamentos fronterizos theiwars-. Enviad señales a Borneo Zanca Cortada de los theiwars y a Vog Cara de Hierro de los daergars. Dadles mis saludos y decid que defenderemos el centro del paso. Pedidles que se sitúen a nuestros flancos, los theiwars al norte y los daergars al sur. Entre todos, deberíamos poder persuadir a los humanos de que no son bienvenidos en Kal-Thax.

Se enviaron las señales luminosas. Los "comunicadores" daewars, apostados en pináculos rocosos, utilizaron espejos de latón pulido para captar y transmitir la luz del sol en una clave común. Del sur llegó respuesta y conformidad desde las posiciones daergars bajo los riscos de aquella zona, pero no de los theiwars. Cuando los comunicadores informaron de ello a Gema Manguito Azul, éste se lo transmitió a Olim Hebilla de Oro.

-No cabe la menor duda de que las señales se vieron, señor, -le aseguró a su príncipe-. Con sol alto y tiempo despejado, los destellos son inconfundibles.

-Borneo Zanca Cortada está de mal humor, -decidió Hebilla de Oro-. Probablemente le ha molestado que entráramos en su territorio sin su consentimiento.

-¿Pero podremos contar con que cumplan con su parte? -preguntó Gema, preocupado.

-Tendremos que hacerlo, -dijo el príncipe-. Borneo ha visto lo que se nos viene encima, y, salvaje o no, sabe lo que significa defender este paso. No tomar parte sería romper el Pacto de Kal-Thax, y ni siquiera alguien como él haría algo así.

Con el sol alto en el firmamento, el ejército daewar levantó el campamento y se puso en marcha, para remontar el promontorio a plena vista de la fuerza humana que se aproximaba y se desplegaba rápidamente. Con sus relucientes armaduras y llamativos ropajes, los daewars ofrecían una impresionante estampa en lo alto de la loma, y se hizo patente la vacilación entre los grupos de hombres a pie que subían entre los jinetes cobars. Pero no duró mucho. Los cobars pasaron entre ellos repartiendo latigazos y golpes con la parte plana de sus espadas, y el avance se reanudó.

Para cuando el sol se encontró sobre el Fin del Cielo al norte, la fuerza humana estaba a poco más de quinientos metros y se la veía claramente. La mayoría iba a pie, un repertorio de hombres procedentes de muchas tribus y comarcas, vestidos con cualquier tipo de ropa que habían traído puesta o que habían encontrado en el camino. Las armas que llevaban comprendían un amplio abanico que abarcaba desde cayados y garrotes hasta cualquier tipo de arma blanca, y sus escudos y corazas eran tan variados como sus ropas. Algunos tenían rodela y partes de armaduras metálicas, pero la mayoría llevaba coseletes de cuero grueso tachonados, e incluso pieles enteras de diversos animales. Entre los tipos de escudos había broqueles de madera reforzada, rodela de cañas trenzadas, y adargas de cuero curtido y tensado en armazón de madera. Para los daewars, excelentemente equipados, no habrían parecido especialmente peligrosos a no ser porque los había a millares.

Los jinetes eran harina de otro costal. Como Gema había dicho, el cobar era un pueblo fiero, y sus jinetes sabían luchar. Manejaban sus caballos diestramente, y las armas que llevaban, -lanzas ligeras, sables y escudos de combate tachonados con dagas-, tenían un aspecto mortífero.

A una orden de Gema, los daewars se desplegaron en doble línea a lo largo de la cumbre del promontorio. Era una estrategia defensiva que los daewars tenían bien ensayada y que había demostrado su efectividad. Desplegándose desde el centro, los daewars tomaron posiciones cada diez metros, con dos defensores en cada puesto, uno de ellos arrodillado tras su escudo, con la honda y la maza al alcance de la mano, y el otro un paso detrás y

hacia un lado, con el escudo en alto y la espada en la mano. Con intervalos de diez metros y las hondas cubriendo los huecos, la línea defensiva era virtualmente un muro. Y, al tener que enfrentarse a caballos, Gema había añadido un toque extra a la táctica: cada puesto estaba equipado con una red arrojadiza.

Cuando los humanos que iban en primera línea llegaron a menos de un centenar de metros y frenaron un poco la marcha para agruparse, Olim Hebilla de Oro se adelantó y levantó una mano con gesto imperioso.

-¡Habéis entrado en territorio de Kal-Thax! -gritó-. ¡Pasar aquí está prohibido! ¡Dad media vuelta y marchaos!

Durante un momento no hubo respuesta, y entonces un jinete cobar que llevaba el yelmo adornado con plumas de búho hizo que su montura se adelantara.

-¡Reclamo la armadura de ése! -gritó, señalando a Olim-. ¡Mirad qué bonito es, como un muñequito reluciente! ¡Y esa capa con el dibujo floreado también la quiero para mí!

Las risas surgieron en las filas de sus seguidores, y otros retomaron el grito mientras miraban la línea de enanos eligiendo y reclamando para sí diversas armas, piezas de armaduras y prendas de la indumentaria al tiempo que lanzaban pullas y mofas. Imperturbable, el príncipe de los daewars se mantuvo firme hasta que el alboroto cesó.

-¡Habéis sido advertidos! -gritó entonces-. ¡Kal-Thax está cerrada para vosotros! ¡Aquí no hay nada para vosotros salvo la derrota y la muerte!

Algo en el tono del enano hizo que Plumas de Búho vacilara. Nunca había luchado contra los enanos. No le parecían muy peligrosos, pero había oído decir que eran mañosos y podían dar sorpresas. Volviéndose hacia los suyos, impartió unas rápidas órdenes a los jinetes más cercanos y esperó mientras éstos las transmitían a los demás. Luego levantó la espada, miró a un lado y a otro de la línea de sus hombres, y dio la señal de avanzar.

Incluso con la pronunciada pendiente, los caballos cobars eran rápidos. De estar parados, se lanzaron veloz e instantáneamente a una ensordecedora carga en una formación en punta de flecha que se encaminó hacia el centro de la línea daewar. La distancia que los separaba se redujo a cincuenta metros, y luego a cuarenta, a treinta y de repente todos los jinetes cobars envainaron las espadas y soltaron las correas de las lanzas mientras galopaban hacia los enanos. Detrás de ellos, venían a la carga los hombres de a pie, una horda vociferante que blandía las armas a la par que corría.

La carga de los cobars llegó a los veinte metros, a quince, y los jinetes enarbolaron las lanzas. Cortos y robustos, los venablos se levantaron en posición horizontal y luego se dispararon hacia delante cuando los jinetes los arrojaron al mismo tiempo, dirigidos a cada par de guardias enanos que tenían ante sí. Y, mientras los venablos volaban, los jinetes tiraron de las riendas para hacer volver grupas a los caballos, y se alejaron a galope en ángulos rectos a derecha e izquierda, para girar alrededor de la horda de infantería lanzada a la carga.

Las lanzas arrojadas resonaron al chocar contra los escudos enanos, un repiqueteo de metal contra metal que levantó ecos en los despeñaderos y los distantes picos. La mayoría fueron desviadas, pero aquí y allí algunas lanzas salvaron las defensas y varios guardias daewars recularon tambaleándose, atravesados de parte a parte.

-¡Las hondas! -gritó Gema Manguito Azul.

Desde la larga línea daewar salieron disparadas mortíferas piedras impulsadas por las hondas zumbantes, pero los blancos que encontraron no fueron los hombres montados, sino que se estrellaron contra la primera línea de infantería y derribaron hombres como una

guadaña siega las espigas maduras. Para entonces, los jinetes estaban lejos, rodeando a los hombres de a pie y situándose detrás de ellos para empujarlos hacia las líneas enanas.

Una andanada de piedras lanzadas por las hondas cumplió su misión, y la siguió otra, y a continuación los daewars se encontraron luchando cuerpo a cuerpo con miles de humanos vociferantes que blandían sus armas, algunos atacando ferozmente, otros simplemente intentando cruzar las líneas, lejos de los demonios montados que tenían detrás.

El frente daewar osciló por la mera fuerza del ataque. Pero aguantó minuto tras minuto, y luego empezaron a cambiar las tornas en el curso de la batalla. La línea daewar tomó la iniciativa, y cada pareja de guardias defendió y contraatacó, avanzando con cuidado sobre los cuerpos caídos de atacantes humanos... y de enanos. A medida que el frente se movía hacia adelante, la línea se arqueó y se separó, y la compañía de élite de Gema Manguito Azul, la Maza Dorada, cargó por el hueco abierto como un sólido muro movable de escudos, mazas que se descargaban con un ruido sordo y centelleantes espadas.

Veloz y mortífera, moviéndose como un solo ser, la Maza Dorada se abrió paso entre la muchedumbre de atacantes humanos, que se dispersaron llenos de pánico. Después, la fuerza de combate enana se dio media vuelta, giró y arremetió de nuevo, y volvió a repetir la maniobra mientras los daewars de la línea de defensa cargaban al frente, siguiéndoles los pasos.

Era demasiado incluso para los salteadores más feroces. No podían abrirse paso a través de las filas de escudos para atacar, no podían frenarlos a causa de las armas que arremetían fulgurantes entre las defensas para cortar y romper huesos en cada acometida, y tampoco podían lanzar su superioridad numérica en cargas vociferantes. Cada vez que se había intentado, los enanos se habían abalanzado por debajo de las armas de los humanos, más altos, y abrían brecha en las filas gritando como dementes.

Olim Hebilla de Oro y su guardia personal parecían estar en todos los frentes de batalla, atacando, repeliendo y organizando nuevas tácticas. En un torbellino de combates caóticos y arremolinados, las unidades enanas semejaban inmunes al pánico desatado a su alrededor. Con la metódica y decidida lógica enana, continuaban machacando y presionando, descargando estocadas y tajos hasta que lo que había sido un ataque en masa se convirtió en una batalla de combates aislados, con los humanos luchando ciegamente e intentando huir a todo lo largo de un frente de un kilómetro de ancho.

Olim Hebilla de Oro se encontró de repente desocupado cuando el último grupo de humanos huyó dominado por el pánico, y llamó con una seña a Gema Manguito Azul, que remató a un bárbaro, impartió rápidamente algunas órdenes a su compañía, y luego se reunió presuroso con su príncipe.

Olim había trepado a lo alto de un peñasco y estaba inspeccionando el campo de batalla. La matanza era generalizada, y algunos combates aislados todavía proseguían aquí y allí, pero el príncipe buscaba otra cosa.

-¿Dónde están los jinetes? -inquirió cuando Gema llegó al pie del peñasco.

Este echó una mirada en derredor. No había visto a la caballería desde el comienzo del combate. Trepó al lado de su príncipe. Lejos, al sur, cerca de las escarpas, compañías de daergars con sus máscaras de hierro atacaban metódicamente los grupos de humanos que habían huido en esa dirección, obligándolos a retirarse de los terrenos altos. Gema miró hacia el norte y masculló un juramento. No había nadie por aquel flanco, sólo algunas bandas de humanos perseguidas por su propia gente.

-¿Dónde están los theiwars? -siseó-. Deberían encontrarse allí, en nuestro flanco adelantado. ¡Ese lado del paso está completamente abierto!

Olim se resguardó los ojos del sol.

-¿Nos han traicionado? ¿Han dejado pasar a los forasteros, violando el Pacto de Kal-Thax?

Apenas acababa de pronunciar estas palabras cuando surgieron gritos en las líneas más próximas, donde las parejas daewars estaban vueltas y señalaban hacia el oeste, a lo alto de la elevación.

Rebasando la cima, venían jinetes humanos, cientos de ellos, con el bárbaro de las plumas de búho a la cabeza.

Gema hizo bocina con las manos.

-¡Media vuelta! -bramó-. ¡Dad media vuelta y defendeos!

Rápidamente, la línea daewar giró ciento ochenta grados y adoptó la formación de a dos cada diez metros para hacer frente a la caballería.

Los jinetes venían a galope tendido hacia ellos, pero no como lo haría la caballería lanzada a la carga, sino que parecían estar huyendo de algo. Entonces, por encima y detrás de ellos, aparecieron guerreros theiwars sobre la cima. Había sangre en sus oscuras espadas y en sus armaduras de acero, y tras las viseras de malla se alzaba el clamor de sus gritos de guerra.

-¡Les han puesto una emboscada! -dijo Gema, boquiabierto-. ¡Esos theiwars que los dioses maldigan! ¡Han dejado pasar a esa gente entre las líneas y luego los han emboscado!

-No puedo creerlo, -retumbó Olim-. ¡Borneo Zanca Cortada es estúpido, pero no tanto!

-Vedlo con vuestros propios ojos, señor. Siguen atacando y avanzando, empujándolos.

-Empujándolos, sí -gruñó Olim-. Justo contra nuestras líneas. ¡Defensa! ¡Defensa!

-¡Redes y cables! -gritó Gema al tiempo que hacía señales. Bajó de un salto al suelo y corrió a ayudar a sus hombres.

Como una ola demoledora, los cobars cayeron sobre la estrecha línea daewar. Las piedras arrojadas por hondas tumbaron a unos cuantos, y las redes lanzadas que estaban sujetas a cables afianzados derribaron a otros pocos, pero los jinetes humanos tenían a su favor el declive de la cuesta. Descargando estocadas y tajos, atravesaron y dejaron atrás la línea daewar... y ni siquiera frenaron la velocidad. Una vez en terreno abierto, la mayoría de ellos siguió cabalgando. Por el momento, no querían saber nada de los enanos. Habían tenido más que suficiente.

Uno, sin embargo, tiró de las riendas justo debajo del peñasco en el que estaba encaramado Olim, se volvió y lanzó un grito de odio. Las plumas de búho ondeando al viento sobre su yelmo, el cabecilla cobar espoleó su montura, levantó la espada con las dos manos y cargó contra el príncipe daewar.

Dos hojas de acero centellearon a un tiempo a la luz del sol. La espada del humano se descargó sobre la cabeza de Olim y fue desviada por un escudo de hierro sostenido por un brazo que era mucho más fuerte que el de cualquier humano. La espada de Olim silbó al hacer un amplio arco lateral que alcanzó al humano en el plexo solar, justo debajo del peto. Casi lo partió en dos.

Al tiempo que Plumas de Búho se desplomaba en el suelo, moribundo, Olim se irguió y miró ceñudo la sangre en su brillante espada. Curiosamente, en ese momento se dio cuenta, -o reparó en ello de manera consciente por primera vez-, de que la sangre humana era exactamente del mismo color que la sangre enana.

En lo alto de la elevación, tan cerca que podía ver sus oscuros ojos detrás de las máscaras de malla, medio centenar de guerreros theiwars se agruparon como si fueran a huir. Mientras perseguían a los jinetes humanos, se habían separado del grueso de sus

fuerzas y ahora se encontraban prácticamente en medio de las defensas daewars... demasiado cerca para su gusto.

-¡Gema! -gritó Olim al tiempo que levantaba la espada haciendo una señal de mando-. ¡Rodead a esos theiwars! ¡Capturadlos!

Gema Manguito Azul bramó unas órdenes, y unas compañías de la línea daewar se encaminaron cuesta arriba a todo correr y rodearon a los desconcertados theiwars, que dieron media vuelta para huir con el resultado de encontrarse atrapados en un círculo de espadas y escudos daewars. Gema penetró en el círculo y ordenó:

-¡Deponed las armas, theiwars! ¡Sois prisioneros!

Desde lo alto del peñasco, Olim observaba la escena con los azules ojos relucientes por la ira. Si estos theiwars se comportaban bien no se les haría daño, pero el príncipe no quería que ninguno de ellos volviera a informar a Borneo Zanca Cortada. Todavía, no.

La traición theiwar, -dejar que los humanos cruzaran la línea y después hacerlos retroceder contra los daewars-, había sido una mala jugada, pero Olim sospechaba que tras ello había algo más que la simple rabieta de Borneo Zanca Cortada, y tenía intención de descubrir qué era.

El Precio De La Traición

El sol otoñal se había metido tras las cumbres y el crepúsculo se extendía sobre Kal-Thax cuando los centinelas theiwars vieron una pequeña banda de enanos llamativamente vestidos que se dirigían hacia el norte. Saltaba a la vista que eran daewars, pero había menos de cien, y muchos de ellos estaban heridos.

En cuestión de minutos, Borneo Zanca Cortada en persona se hallaba en la cornisa de observación, junto con Brule Lengua de Vapor y una docena más de enanos.

-El plan funcionó -se refociló el dirigente theiwar-. Los humanos los hicieron trizas, y éstos son todos los que quedan.

-Aquél, el que va a la cabeza, es el mismo Hebilla de Oro en persona -advirtió Talud Tolec mientras señalaba-. Lo reconozco por su capa floreada.

-¡Funcionó! -repitió Borneo con una mueca feroz asomando bajo la barba-. Glome tenía razón. Los daewars están derrotados, y lo único que tenemos que hacer es rematar el trabajo. Fijaos la ruta que siguen y preparaos. Quiero la cabeza de Olim Hebilla de Oro clavada en la punta de una jabalina. Muerto él, no tendremos problemas para apoderarnos de esa plaza fuerte suya.

-¿Queréis decir que les tendamos una emboscada? -preguntó Talud. Estaba sorprendido y algo impresionado al ver qué pocos supervivientes daewars parecían quedar. Resultaba chocante, de algún modo, que los jinetes humanos hubieran causado tanto daño, que hubieran matado a tantos. Y, sin embargo, ahí estaban: alrededor de cien daewars vapuleados, avanzando lentamente. Y ningún theiwar había informado a su regreso sobre lo que había ocurrido después de que los jinetes regresaran a la batalla. De hecho, también faltaba un grupo numeroso de theiwars.

-Pues claro que les tendamos una emboscada, -gruñó Borneo-. Es parte del plan de Glome. Luego iremos a apoderarnos de esa plaza fuerte que han estado excavando. ¡Ningún daewar volverá a pensar en ser rey de Kal-Thax!

-¿Creéis realmente que el daewar quiere ser rey? -preguntó Brule Lengua de Vapor.

-Ya oíste a Glome, -espetó Borneo-. ¿Por qué si no los daewars iban a estar excavando una fortaleza bajo el Fin del Cielo todos estos años?

Glome no estaba aquí ahora, y Talud cayó en la cuenta de que el asesino había estado ausente la mayor parte del día. Era como si se hubiera dejado ver justo el tiempo suficiente para convencer a Borneo Zanca Cortada de que iniciara una guerra, y luego hubiera desaparecido. Brule se acuclilló en la cornisa, observando a los daewars cada vez más próximos, y el ceño fruncido en su puntiagudo rostro denotó el mismo desconcierto que el del propio Talud. Aun así, cuando Borneo Zanca Cortada procedió a organizar la emboscada y salió al frente de sus tropas, los dos guardaron silencio. Aquí pasaba algo muy raro, y los dos lo notaban, pero no sabían qué era y estaban seguros de que el dirigente no daría crédito a sus vagas sospechas. Al parecer, a la única persona a la que Borneo hacía caso, ahora que era el jefe, era a Glome el Asesino.

Con las últimas luces del día, los theiwars emboscados se escondieron a lo largo de ambos lados de una estrecha cárcava por la que los daewars tenían que pasar. Borneo Zanca Cortada subió sigilosamente a un afloramiento rocoso y los vio aproximarse. Ya estaban cerca, y los ojos del theiwar se prendieron en el reluciente yelmo y la capa floreada del príncipe daewar. "Pronto, -se dijo para sus adentros-. El daewar estará muerto muy pronto".

-No me importa a cuántos fundidores de oro matáis -dijo en voz baja a sus hombres-. Por mí, podéis acabar con todos. Pero aseguraos de que el príncipe muera. Aquel cuya espada derrame la sangre de Hebilla de Oro será el primero en escoger su parte del botín cuando entremos en las madrigueras daewars.

Justo a sus espaldas, una voz profunda gruñó:

-Bien, supongo que eso deja las cosas suficientemente claras.

Borneo giró sobre sí mismo, boquiabierto. A un par de metros de distancia, Olim Hebilla de Oro, la cabeza descubierta y despojado de su capa real, lo miraba de hito en hito con ojos iracundos. Detrás, a todo lo largo de la cárcava de la emboscada, guerreros daewars, -cientos de ellos- tenían rodeados a los theiwars sorprendidos en sus escondrijos.

-Borneo Zanca Cortada, -retumbó el príncipe daewar-, te acuso de traición, conspiración y violación intencionada del Pacto de Kal-Thax. ¿Te sometes al juicio de los thanes o prefieres batirte en duelo conmigo?

Con un rugido de rabia, Borneo desenvainó su sable de oscuro acero y se abalanzó sobre el príncipe de los daewars. Su arma descendió centelleante sobre la dorada cabeza desprotegida de Olim, pero falló el golpe cuando el daewar lo esquivó con una finta lateral al tiempo que lanzaba una estocada a fondo.

Borneo notó que el frío acero desgarraba el refuerzo de cuero, entre los protectores metálicos del peto, y sintió su abrasador frío penetrándole en el pecho. Intentó levantar su arma otra vez, pero ni siquiera tenía fuerza para sostenerla. El sable resbaló entre sus dedos, y le flaquearon las rodillas.

-Me temía que elegirías retarme, -dijo Olim Hebilla de Oro en tono quedo. Tiró de la espada hacia arriba al tiempo que la giraba, y partió en dos el corazón del theiwar. Cuando extrajo el arma, Borneo Zanca Cortada cayó de bruces y yació inmóvil en el suelo.

Olim limpió la hoja del arma, se dirigió al interior de la cárcava y miró a los theiwars capturados. Un guardia daewar se adelantó para entregarle su yelmo y lo ayudó a ponerse la capa.

-Vosotros, theiwars, -dijo en voz alta, una vez que tuvo puesto todo su atuendo-, prestáis demasiada atención a la gente equivocada. Primero seguisteis a Gacho Fuego Rojo, después a Borneo Zanca Cortada, y ahora debéis encontrar a otro a quien seguir. Borneo Zanca

Cortada violó el pacto y está muerto. ¿Alguno de vosotros puede explicarme por qué decidió traicionar a sus aliados?

En los primeros momentos no hubo respuesta; luego, de las líneas bajo vigilancia, un theiwar de mediana edad, de anchos hombros, se adelantó.

-Yo puedo explicártelo, daewar, -gruñó.

-¿Y quién eres tú?

-Soy Talud Tolec.

-Dime entonces, Talud Tolec, -instó Olim-. ¿Tanta sed de sangre tenía vuestro jefe que llevó a cabo una traición y planeó una invasión? ¿Pensaba que los daewars somos tan ricos que el precio merecería la pena?

-Estaba convencido de que tenéis tesoros, -respondió Talud-. También lo creen muchos otros. ¿Es verdad?

-No de la clase que vuestros líderes creían, -replicó Olim con brusquedad-. ¿Fue ése el motivo de la traición de hoy?

-En parte, -admitió Talud-. Pero sobre todo temía que los daewars planearan dirigir todo Kal-Thax.

-¿Dirigir Kal-Thax? -Olim frunció el entrecejo-. ¿Por qué pensaba eso?

-¿Por qué otra razón ibais a estar excavando una nueva plaza fuerte? -Talud miró ferozmente a su captor-. Oh, sabemos lo que habéis estado haciendo en el Fin del Cielo. No estamos ciegos. Hemos visto los vertidos de las excavaciones. Tenéis que estar construyendo toda una ciudad bajo tierra.

-Construyendo una... -balbució Olim, que de repente se había quedado sin palabras-. ¿Creéis que estamos construyendo una...? -Miró a otro lado y apretó los labios, sofocando una risa. A unos cuantos metros, Gema Manguito Azul se había quedado tan pasmado que los miraba boquiabierto. Esforzándose por disimular su hilaridad, Olim se volvió hacia Talud Tolec.

-Lo que hagamos bajo el Fin del Cielo es asunto nuestro, -dijo con severidad-. Si, como dices, estamos excavando una ciudad fortificada allí, no es algo que concierna a los theiwar.

-Lo es, si vuestro plan es dirigir Kal-Thax desde allí -reiteró Talud con tozudez-. Si quieres puedes matarnos a los que has capturado, pero sólo somos unos pocos. Hay muchos otros que nos vengarán. Y, si morimos, los demás sabrán el motivo: ¡que los daewars proyectan alzarse con el poder! ¡Ningún theiwar doblará la rodilla ante un rey daewar!

-Y si te digo que no es ésa nuestra intención, ¿me creerías?

-¿Lo creeríais vosotros si estuviésteis en nuestro lugar?

-Probablemente no, -admitió Olim-. Muy bien. El jefe que os dirigía en esta locura ha pagado con su vida. Vinimos aquí para cumplir el Pacto de Kal-Thax. Volveremos de nuevo cuando los humanos amenacen otra vez la frontera, y seguiremos haciéndolo mientras exista amenaza del exterior. Dile a vuestro próximo dirigente que lo tenga en cuenta y que se acostumbre a ello.

-¿Nos..., nos dejas marchar?

-¿Qué iba a ganar con mataros? -Olim le dio la espalda y sacudió la cabeza, reprimiendo una mueca de regocijo. Luego levantó el rostro, asumió su expresión más severa y ordenó a su capitán:- ¡Gema, no te quedes ahí parado con la boca abierta! Debemos ponernos en marcha.

Gema Manguito Azul miró a su príncipe y parpadeó.

-Pero, señor, lo que ha dicho sobre nuestras excavaciones...

-Han adivinado lo que estamos haciendo, ¿y qué? -se apresuró a interrumpirlo Olim-. Construir una plaza fuerte. No podíamos mantenerlo en secreto para siempre, ¿no?

-¿No podíamos...? -Gema se calló y cuadró los hombros-. Eh... no, señor. Es difícil mantener en secreto la construcción de una fortaleza.

Las laderas seguían libres de intrusos, y pasaría algún tiempo antes de que los humanos o cualquier otro pueblo reuniera el coraje suficiente para intentar otro asalto al reino de la montaña. Talud Tolec condujo a un grupo desde el puesto fronterizo de regreso a Theibardin, el laberinto de cuevas que se extendía alrededor de dos de las caras del Buscador de Nubes, en la cima de la enorme montaña.

Era el reino de los theiwars, y Talud tuvo una sombría intuición de lo que encontrarían cuando llegaran allí. El instinto le decía que Glome el Asesino sabía, antes de que ocurriera, que los supuestos supervivientes daewars eran señuelos, y que Olim Hebilla de Oro aparecería con el grueso de sus fuerzas. Talud sospechaba que, de algún modo, Glome había previsto la suerte que Borneo Zanca Cortada correría, que incluso había contribuido a que ocurriera.

En consecuencia, no fue una gran sorpresa llegar a las madrigueras theiwars y encontrarse con que Glome y sus seguidores habían tomado el mando del lugar. Glome se había autoproclamado dirigente de los theiwars y estaba haciendo planes para atacar, invadir y saquear la nueva ciudad daewar en el interior del Fin del Cielo. El plan era simple y directo. Glome había conseguido que los daergars lo apoyaran convenciendo a Vog Cara de Hierro con artimañas de que los daewars intentaban hacerse con el control de toda la minería de Kal-Thax. Con una fuerza combinada de theiwars y daergars, -así como con todos los salvajes y tornadizos kiars que pudieran reunir-, Glome proyectaba apoderarse de la antigua ciudadela daewar situada en la ladera del Fin del Cielo, que era, -según le habían asegurado sus espías-, la única entrada a las nuevas excavaciones daewars.

Con la ciudadela en su poder, razonaba Glome, podían poner cerco a la ciudad subterránea hasta que el hambre obligara a los daewars a rendirse.

Cuando Talud Tolec y Brule Lengua de Vapor se enteraron del plan, intercambiaron una mirada de asombro. Por primera vez, a los dos se les ocurrió la posibilidad de que Glome el Asesino estuviera realmente loco.

Pero tras echar un vistazo a Glome, cuyos ojos relucían con el fervor de un fanático y la ira de un vengador, y a los centenares de apasionados seguidores que lo rodeaban, Talud y Brule decidieron, muy sensatamente, mantener la boca cerrada. Glome era el dirigente ahora, pero no se parecía en nada a los que lo habían precedido en el cargo.

Glome no admitía críticas, y había revocado la ley del desafío. A partir de ahora, el castigo para cualquier theiwar que hablara en contra del dirigente o sus planes era la pena de muerte.

TERCERA PARTE

UN TOQUE CABALLERESCO

**Las Tierras De Los Valles
Ergoth Suroriental
Siglo Del Viento
Década Del Roble
Año Del Latón**

Pasar A Un Caballero

La ruta de los buscadores prosiguió hacia el suroeste mientras los días daban paso a las semanas y éstas se convertían en meses. A través del paso central de las Cunas del Sol y durante cinco días más de marcha, la ruta había sido marcada por Cale Ojo Verde y sus seis compañeros del equipo de búsqueda de la patrulla perdida. Pero todo cuanto había más al oeste de ese punto era un terreno inexplorado, y Colin Diente de Piedra condujo a su gente hacia allí sin siquiera mirar atrás. A sus espaldas quedaba Thoradin; al frente, -conforme a la profecía de Mistral Thrax- estaba Everbardin.

Al no pertenecer ya a Thorin, habían dejado de ser calnars, pero seguían siendo parte de aquellos llamados en tiempos "los más altos" a causa de la encumbrada ubicación de Thorin, por encima de los reinos humanos. En la lengua enana el término era "hylar". Y así, al no tener nombre para sí mismos, tomaron el de hylar y lo llevaron consigo. Para ellos, Thorin era ahora Thoradin, y Thoradin pertenecía al pasado. En algún lugar más allá de las colinas y planicies de los reinos centrales se hallaba el futuro.

Encaramado a la silla del gran caballo Piquin, seguido por otros seis jóvenes aventureros, Cale Ojo Verde exploraba por campo abierto, por delante de la tribu de Colin Diente de Piedra, que avanzaba lentamente hacia un lejano lugar que ninguno de ellos había visto nunca, un lugar llamado Kal-Thax que quizá sólo era una leyenda o los sueños del viejo Mistral Thrax. Los hylars, un millar de familias sin hogar, marchaban penosamente a través de las estribaciones que conducían hacia el reino ergothiano. El ritmo constante de los tambores marcando el paso era una promesa y una advertencia para quienquiera que lo oyera: una promesa para el pueblo hylar de que la profecía de Everbardin se haría realidad; una advertencia para todos los demás de que éste era un pueblo que tenía presente la otra cara de sus herramientas.

Los enanos habían hecho muchos altos a lo largo de su jornada: para descansar y hacer acopio de víveres; para officiar bodas y funerales; una vez, por el nacimiento del bebé de una de las mujeres más jóvenes; y a veces simplemente porque era necesario excavar una colina, desbrozar de maleza un bosque, o extraer y fundir una veta de mineral.

Los viajeros que ahora se internaban en unas tierras aún más desconocidas, en un lugar donde barrancos abruptos se entrecruzaban formando un laberinto en un paisaje caótico y accidentado, ya no se parecían a las gentes serenas, prácticas y cómodamente afincadas que habían sido en Thorin. Sus rasgos eran los mismos; seguían siendo una raza enana fornida y de talla baja, de cabello oscuro y mirada orgullosa y pensativa, en la que los varones llevaban la barba recortada y peinada hacia atrás, como si el viento les azotara el rostro, y las mujeres eran fuertes y por lo general hermosas. Pero ahora gran parte de su atuendo era de tejidos que habían hecho en el camino, y sus pertrechos tenían más aspecto de armas que los que utilizaban en Thorin.

Los hylars habían sido atacados en tres ocasiones, -dos veces por humanos vagabundos y una vez por ogros-, y habían aprendido bien la lección. Ahora eran un grupo avezado y conecedor de los caminos, y la mayoría de las criaturas los evitaban a su paso.

En lo alto de un profundo barranco sembrado de piedras, que era tan ancho como un pequeño valle, Cale Ojo Verde y sus exploradores frenaron los caballos y se cubrieron los ojos con la mano para resguardarlos del abrasador sol de Krynn. Las paredes del barranco eran abruptas, aunque atravesadas por trochas naturales que descendían en ángulos pronunciados, y abajo había sotos bordeando una brillante cinta de agua.

Cale estudió el paisaje, observando atentamente el cañón arriba y abajo, y luego hizo una seña.

-Echemos un vistazo, -dijo-. Éste puede ser un buen sitio para pasar la noche.

Sufrió un sobresalto y giró bruscamente la cabeza cuando una voz, a sólo unos cuantos palmos de distancia, dijo:

-Es exactamente lo que tendréis que hacer si vuestra intención es cruzar esa corriente, pero no será fácil.

Cale estrechó los ojos y después frunció el entrecejo cuando una pequeña figura salió de las sombras, entre dos grandes losas de un afloramiento rocoso. La criatura era más o menos de la talla de un enano -no tan alta como la mayoría-, pero saltaba a la vista que no era uno de ellos. Era delgada y de fina estructura ósea, con un rostro que recordaba al de los elfos, y una gran mata de pelo castaño atada en una cola de caballo con una tira de cuero.

-Un kender, -gruñó Cale Ojo Verde mientras lo miraba desde lo alto de la silla de Piquin-. ¡Por Reorx! ¿Es que los de vuestra raza estáis por todas partes?

-Yo no. -El kender sacudió la cabeza, los ojos muy abiertos por la sorpresa-. Yo sólo estoy aquí, al menos, en este momento. Claro que, antes de venir aquí, estuve en...

-¿Qué querías decir con que cruzar el río no será fácil?

-Oh, pues por el caballero, -contestó el kender, encogiéndose de hombros.

-¿Qué caballero? -inquirió Cale, con tono irritado.

-Oh, no lo sé. En realidad, cualquier noche¹. -El kender los miró alternativamente, observando con expresión alegre los semblantes ceñudos que lo contemplaban desde arriba- No sois de por aquí ¿verdad?

-¡Por supuesto que no! -espetó Cale-. Sólo estamos de paso.

-Es lo que imaginé -dijo el kender-. Sois enanos y por aquí no hay enanos, que yo sepa. Pero si proyectáis pasar al caballero de ahí abajo, como has dicho antes, entonces más vale que tengáis un buen plan, porque no os lo va a poner fácil.

-¿Quién?

-El caballero.

-¿Qué caballero?

-El que está ahí abajo, en el puente. Y no hace falta que grites. Te oigo muy bien. Tengo un oído estupendo. ¿Sabes que puedo oír respirar a los insectos? ¿Has oído alguna vez la respiración de un escarabajo de agua? Suena como un minotauro furioso, sólo que mucho más pequeño. A los escorpiones de la arena les suena también muy clara, pero tienes que tener muchísimo cuidado o te clavan el aguijón en la oreja. A mi primo Chiswin se le puso una oreja el doble de grande que la otra durante tres semanas porque estaba escuchando un...

-¡Por el herrín de los dioses! -siseó Cale Ojo Verde-. ¡Sólo te he hecho una simple pregunta, y tú estás charla que te charla sin parar y aún no me he enterado de nada! ¿Es que no cierras el pico nunca?

¹ *El equívoco se debe a la fonética similar de las palabras inglesas knight (caballero) y night noche (N. de la t.).*

-Claro que sí. -El kender asintió con la cabeza y arqueó las cejas en un gesto curioso-. Para ser un enano, tú también hablas un montón. ¿Estás seguro de que no sois de por aquí? Creo que esos caballos son los más grandes que he visto nunca. Y los siete son del mismo color. El del caballero es bastante grande, pero no tanto, y es de un color diferente, de un tono marrón claro, como...

Cale inhaló profundamente.

-¿Qué caballero? -rugió.

-Te lo acabo de decir. El que está ahí abajo, en el puente.

-¿Hay... un... caballero... en... el... puente? -Cale habló muy despacio y con claridad al tiempo que levantaba una mano para contener a sus compañeros. Dos de ellos habían sacado las hachas de pura exasperación.

-Claro que sí -le aseguró el kender-. Se llama Glendon.

-¿Y qué hace ese tal Glendon allí, en el puente?

-Espera a que aparezca gente que quiera cruzar el río.

-¿Por qué?

-Porque así puede impedirselo. Es lo que hace, ¿sabes? Bueno, supongo que no lo sabes, al no ser de por aquí. -Repentinamente, el kender cruzó por debajo del vientre de Piquin y se asomó por el otro lado-. ¡Ajá! Me preguntaba cómo subíais y bajabais de estos caballos tan grandes. Ahora lo entiendo. Lleváis una pequeña escala de cuerda enrollada. Muy ingenioso.

Cale se afanaba con las riendas, consiguiendo a duras penas mantener bajo control al asustado animal. Piquin tenía las orejas echadas hacia atrás, los ojos le giraban en las órbitas, y mordisqueaba el bocado. Los otros caballos, notando su pánico, se espantaron y recularon, y durante unos instantes todos los enanos tuvieron las manos muy ocupadas.

-¡Herrín y corrosión! -gritó Cale, enseñando los dientes en un gruñido-. ¿Es que no sabes hacer nada mejor que meterte debajo de un caballo? -Furioso, Cale logró controlar a Piquin, se quitó las espuelas, soltó la traba de la escala de cuerda, y desmontó. Se volvió, con las riendas en una mano y la otra apretada en un puño-. No pienso tolerar que... - Enmudeció y miró a un lado y a otro-. ¿Dónde se ha metido ese pequeño verdín?

-¿Quién? -preguntó una voz, desde arriba.

Cale giró sobre sus talones y alzó la vista. El kender estaba sentado en la silla, a lomos de Piquin.

-¡Eh, tú! -bramó el enano-. ¡Bájate de ahí!

-Oh, -dijo el kender. Bajó a toda prisa por la escala, ágil como una araña en su tela-. No tiene importancia, sólo sentía curiosidad. Pero supongo que ha sido una falta de educación por mi parte, teniendo en cuenta que no nos hemos presentado ni nada. Me llamo Brincapiés. Castomel Brincapiés. Puedes llamarme Cas, si quieres. ¿Quién eres tú?

-Cale Ojo Verde, -gruñó el enano-. ¡Y no te acerques a mi caballo!

-Encantado de conocerte, -dijo el kender con júbilo-. ¿Y estos otros?

Con un siseo de impaciencia, Cale señaló:

-Éstos son Mica Romperrocas, Grana Moldeo, y Cisco Bronce de Campanas. Los tres de allí son Pedernal Coqueras, Pim Peñascal, y Añico Feldespato. ¿Has oído lo que te he dicho?

-Claro como el agua, -asintió Cas-. Podría ser un placer conoceros a todos vosotros... - Sus cejas se juntaron en un gesto pensativo-. Aunque, claro está, podría no serlo. Es demasiado pronto para estar seguro. ¿Qué clase de enanos sois?

-Hylars, -respondió Cale enorgullecido.

-¿De veras? Nunca oí hablar de vosotros. ¿Vais a intentar pasar al caballero hoy?

-Si está en nuestro camino, sí -aseguró Cale a la pequeña criatura-. ¿Dices que se llama Glendon? ¿Qué le ocurre?

-¿Aparte de ser humano, quieres decir?

-Lo que quiero decir es que por qué quiere impedir a la gente cruzar la corriente. ¿Qué hay al otro lado?

-Nada importante. Es como este lado, sólo que es el otro lado.

Cale apretó los ojos y contó hasta siete. Después, preguntó con tanta amabilidad como le fue posible:

-¿Por qué no quiere que crucemos el puñet... el dichoso puente?

-Estoy seguro de que no es nada personal, -le aseguró el kender-. La cosa es que hizo un juramento. Dice que se está probando a sí mismo. Supongo que eso es algo que hacen los caballeros.

Cale Ojo Verde sacudió la cabeza, se encaramó de nuevo a lomos de Piquin y recogió la escala de montar.

-Pim, -dijo, volviéndose hacia sus compañeros-, tú y Cisco volved e informad sobre lo que nos han dicho. Los demás bajaremos y comprobaremos lo de ese caballero.

-¡Oh, estupendo! -sonrió Cas Brincapiés-. Iré a decirle a Glendon que vais de camino. Estará encantado. No ha habido nadie para ponerse a prueba a sí mismo desde que esos ogros vagabundos aparecieron hace dos días. -El kender dio media vuelta y se alejó a toda carrera.

-¿Qué ogros? -le preguntó Cale a voz en grito-. ¿Qué ocurrió?

-Nada de particular, -les llegó la voz aflautada desde unos metros más abajo-. No consiguieron cruzar.

-¡Herrín! -masculló Cale-. Debería tener el sentido común de no hablar con un kender. Todo el mundo debería tenerlo. -Con un suspiro de fastidio, alargó la mano hacia la perilla de la silla y entonces la frenó de golpe-. ¿Dónde está mi otra espuela?

-¿Tu qué? -le preguntó Mica Romperrocas, mirándolo con los ojos entrecerrados.

-¡Mi otra espuela! Tenía dos hace apenas un minuto, y ahora sólo hay una.

Al kender no se lo veía por ninguna parte cuando los enanos montados llegaron al fondo del valle, donde enormes y nudosos árboles se tragaban el sendero. Con las espadas desenvainadas y los escudos sueltos, entraron al paso en las sombras, echando rápidas ojeadas a uno y otro lado, alertas a cualquier señal de peligro. Pero, a pesar de su aspecto ominoso, la arboleda parecía un lugar tranquilo y pacífico. Pájaros de una variada gama de colores y una diversidad de cantos aun mayor animaban las copas de los árboles, y, allí donde el sol del atardecer penetraba en haces oblicuos a través de los huecos del verde dosel, crecían flores de vivos colores.

El sendero descendía sinuoso, y el follaje empezó a clarear dejando más espacios abiertos. Cale condujo a los suyos por un recodo del camino, después por un segundo, y entonces tiró de las riendas. Al frente, el bosque terminaba, y las laderas cubiertas de matorrales descendían hasta la ribera de una impetuosa corriente de una decena de metros de anchura en este punto. Tendido sobre el torrente había un inmenso tronco de árbol al que el paso del tiempo le había dado una pátina gris. La parte de arriba había sido cortada para dejar una superficie plana, creando así un paso de lisa madera de metro y medio de ancho, al que se accedía por un suave repecho de grava.

Pero no era el puente del tronco tallado lo que atraía la atención de los enanos, sino la figura que estaba sobre él. El hombre, -parecía tratarse de un humano, aunque ni la más pequeña parte de su rostro o su cuerpo resultaba visible-, llevaba un conjunto de cota de malla engrasada y armadura bruñida que lo cubría desde el yelmo emplumado a los pies calzados con escarpes, y desde las manos enfundadas en guanteletes a las brillantes glebas, pasando por el envolvente peto. La capa y el penacho eran de un color azul profundo, y el emblema labrado en la pechera, como el que llevaba grabado el escudo ovalado, era un halcón rojo en picado, sobre campo gris. Además del escudo, el hombre llevaba una maza sujeta a la espalda, una espada de empuñadura negra al costado, y una lanza larga y ahusada, rematada en esfera metálica, apoyada en el armazón de la silla.

La loriga del caballo que montaba era tan pesada, -y minuciosamente trabajada-, como su armadura, desde el peto reforzado con pinchos hasta el faldar de malla.

Cuando los enanos llegaron a la cabecera del puente, el hombre levantó el escudo en su dirección.

-¡Dad media vuelta! -ordenó-. Bajo juramento y por mi honor, nadie cruzará por aquí.

Cale reparó entonces en otro detalle. En la orilla opuesta, a un lado del puente, estaba el kender, en cuclillas y abrazándose las rodillas, muy sonriente, los ojos brillantes mientras observaba con interés la escena. El enano lo señaló.

-Si nadie puede cruzar, ¿qué pasa con él?

-Es un kender, -repuso el hombre sin mirar atrás-. Los kenders no cuentan.

-¡Pues claro que contamos! -objetó Cas Brincapiés desde la otra orilla-. ¡Al menos, algunos de nosotros lo hacemos!

El hombre hizo caso omiso de él, la mirada prendida con impasible fijeza en los cuatro enanos montados que tenía frente a sí.

-Dad media vuelta, -repitió-. Bajo juramento y por mi honor, nadie cruzará...

-Eso ya lo has dicho, -lo interrumpió Cale Ojo Verde con brusquedad-. ¿Cuál es ese juramento del que hablas?

-Es mi juramento, -contestó el caballero-. Juré por mi honor que sostendría la posición de este puente.

-¿Por qué?

Durante un instante, el hombre guardó silencio, como si considerara la pregunta demasiado absurda para merecer una respuesta.

-¿Y por qué no? -dijo al cabo-. Este puente sirve como cualquier otro.

-¿Y si decidimos cruzar?

-Me opondré a que lo hagáis.

-¿Y si cruzamos de todas formas?

-No lo creo probable.

-Pero ¿y si lo hacemos?

-Entonces, por mi honor, tendré una deuda de servicio con vosotros.

-¿Y eso qué significa? -inquirió Mica Romperrocas.

-No importa lo que significa, -repuso el caballero con paciencia-, porque no cruzaréis.

-Ya está bien, -rezongó Cale Ojo Verde. Cogió su hacha, azuzó a Piquin con la espuela que le quedaba, y se agachó sobre la silla mientras el gran corcel se lanzaba a galope por el puente, directamente hacia el inmóvil caballero.

Cale no supo qué pasó a continuación. Todo cuanto vio fue una vislumbre del ovalado escudo alzándose, la punta de la lanza descender, y el caballo de la loriga girando con delicadeza, situándose ligeramente atravesado, encarado hacia él. En un momento, Piquin y

él avanzaban hacia el hombre de la armadura, y, un instante después, los dos, enano y caballo, caían con un sonoro chapoteo en la impetuosa corriente. El escudo y el hacha de Cale salieron volando de sus manos, y en el pecho sintió como si un herrero de Thorin le hubiera atizado en las costillas con un martillo.

Piquin se revolvió unos instantes en el agua helada, y después se orientó y se encaminó hacia la orilla, avanzando en diagonal corriente abajo. Para Cale no resultó tan sencillo. Macizo y sólido como un auténtico enano, se fue directo al fondo y notó las suelas de las botas crujir contra guijarros. Flexionó las rodillas y se impulsó hacia arriba con toda la fuerza que fue capaz, saltando desde el lecho del río. Su cabeza emergió a la superficie sólo un segundo, pero fue suficiente para hacer una profunda inhalación antes de hundirse otra vez. Después, medio caminando, medio nadando, inició el trayecto sumergido de vuelta a la orilla.

Unos cincuenta metros corriente abajo, Grana Moldeo lo agarró de la mano y lo ayudó a salir del río. Piquin ya estaba allí, chorreando agua y mirándolo con curiosidad. Cale se sacudió como un perro, escupió agua, parpadeó y se volvió para lanzar una mirada furibunda corriente arriba. El puente seguía allí, el caballo de la loriga aún estaba en él, y el embozado caballero continuaba sentado en su montura, inmóvil, como si nada hubiese ocurrido. Pedernal Coqueras y Añico Feldespato, sentados en sus corceles, miraban boquiabiertos.

-¡Herrín y corrosión! -rugió Cale, que se dobló para toser y escupir agua. Cuando hubo pasado el acceso de tos, el enano agarró las riendas de Piquin y, lleno de cólera, remontó la corriente hacia la cabecera del puente. Llegó a zancadas hasta el mismo pie del tronco y se encaró con el impasible caballero.

-¿Cómo hiciste eso? -demandó.

-Como es debido, -respondió el caballero-. Es cuestión de entrenarse adecuadamente.

-¡Bien, pues todavía tenemos intención de cruzar! -Cale levantó la mano y señaló hacia adelante-. ¡Añico! ¡Pedernal! ¡Acabad con esto!

Al instante, dos poderosos caballos enanos pasaron a su lado a todo galope, con sus jinetes blandiendo espadas y escudos. Uno al lado del otro ocupaban el angosto puente. Detrás de ellos, Cale vio al caballero bajar la lanza y levantar el escudo, y vio que el caballo se giraba levemente y se plantaba algo inclinado, como si fuera a arrodillarse. Los enanos chocaron contra el obstáculo con un sonoro golpetazo, y los grandes corceles se alzaron sobre el caballo del humano, más bajo. Entonces, la lanza trazó un arco horizontal, el escudo blasonado se levantó bruscamente, y el caballo de guerra se encabritó, directamente entre sus oponentes.

Enanos y caballos dorados parecieron salir volando en todas direcciones, y acabaron con estrepitosos chapuzones a ambos lados del puente; el caballero volvió a su posición.

-Eso lo hice también como es debido, -le dijo a Cale con aquella voz que sonaba a hueco-. Sin pecar de inmodesto, soy realmente bueno en lo que hago.

A Pedernal Coqueras y Añico Feldespato les llevó un rato regresar a terreno seco. Una vez dadas todas las explicaciones pertinentes, los enanos se reunieron en un apiñado círculo durante unos cuantos segundos, y después se separaron y empezaron a descargar los equipos amarrados a las sillas de montar. En el puente, el caballero aguardaba pacientemente. Tras él, el kender recorría la ribera arriba y abajo dando brincos, intentando no perderse nada de lo que pasaba.

Los compañeros de Cale revolvieron en los petates y sacaron de ellos sus herramientas de excavar, -picos y palas-, así como un torno ligero, de excelente manufactura, al que iba acoplado un trozo de buen cable retorcido, fabricado en Thoradin.

Mientras Grana Moldeo montaba guardia con una honda cargada, los otros se pusieron a trabajar al pie del puente. A no mucho tardar, habían excavado un agujero de tamaño considerable a lo largo del extremo del tronco y acoplaban el torno a él.

-¿Qué estáis haciendo? -inquirió el caballero, que parecía desconcertado.

Los enanos hicieron caso omiso de él. Mientras Pedernal soltaba cable del torno, Cale agarró la punta, tiró del cable corriente abajo, y lo ató alrededor del tronco de un robusto árbol. Volvió sobre sus pasos, introdujo las manivelas en los huecos del torno, y los tres fuertes enanos se afanaron en la tarea de recoger cable.

Al principio no ocurrió nada. Luego, el puente de madera se estremeció.

-¡No podéis hacer eso! -gritó el caballero.

Para entonces, sin embargo, la cosa no tenía remedio. El puente se ladeó, se deslizó dentro del agujero recién excavado junto a su extremo, y caballero y corcel desaparecieron en el río. Durante unos segundos interminables no hubo señales de ellos, y entonces la cabeza del caballo asomó a la superficie, corriente abajo, y a continuación otra cabeza, despojada de yelmo y con el cabello pelirrojo flotando en el agua, emergió cerca de la del animal.

Cale y sus compañeros recogieron sus herramientas, subieron a sus caballos y avanzaron en fila, con gran dignidad, a lo largo del inclinado puente hasta la orilla opuesta, donde un entusiasmado kender aplaudía y brincaba y gritaba palabras de ánimo al hombre que intentaba seguir a su caballo fuera del agua, corriente abajo.

-¡Lo conseguisteis! -le dijo a Cale, rebosante de alegría-. ¡Habéis cruzado!

-Sin falsa modestia, -repuso Cale-, también nosotros somos realmente buenos en lo que hacemos.

El hombre había llegado a la orilla. Sin la armadura, que había abandonado bajo el agua, en alguna parte, saltaba a la vista que era humano... y que estaba calado hasta los huesos.

-Traedlo aquí -ordenó Cale Ojo Verde-. Quiero enterarme de qué es eso de la "deuda de servicio". -Miró a su alrededor, ya que acababa de acordarse de su espuela desaparecida-. ¿Dónde se ha metido ese kender?

A Castomel Brincapiés no se lo veía por ninguna parte. Sus agudos oídos habían escuchado el apagado redoble de tambores distantes, y, llevado por la curiosidad, ya estaba de camino para ver de dónde procedía el sonido.

Una Deuda De Servicio

La llegada de los hylars había transformado el tranquilo valle en un lugar atareado y bullicioso. Había enanos por doquier: enanos afanados en enderezar el puente inclinado; enanos encendiendo hogueras y levantando improvisados cobertizos; enanos atendiendo al ganado, desempaquetando provisiones, estableciendo puestos de vigilancia; enanos encaramados a las escalas de cuerda y almohazando docenas de caballos dorados y blancos; enanos con redes y ganchos recuperando armas y piezas de armadura del fondo del caudaloso río; enanos ocupándose de los niños; enanos segando heno y recolectando cereales silvestres de los campos situados más arriba del río; y un enano muy viejo, con una

muleta, que mascullaba desabridamente en voz baja mientras deambulaba de un lado para otro, intentando encontrar un sitio tranquilo donde descansar.

Glendon Falcón se sentía totalmente fuera de lugar entre ellos, pero no podía hacer nada para evitarlo. Tenían su caballo, sus armas y armadura, así como toda su ropa a excepción del calzón corto que llevaba puesto..., y lo tenían a él. Un círculo de enanos de talante severo y con armas en las manos lo rodeaba. Nadie le había dicho que estaba prisionero, pero era evidente que no iba a ir a ninguna parte, aun en el caso de que su honor se lo permitiera.

La brisa vespertina le había secado el cabello, que ondeó en torno a sus mejillas como mechones de cobre hilado cuando volvió la cabeza hacia la fila de enanos que se acercaba a su posición cruzando el círculo de guardias. Uno de ellos era Cale Ojo Verde, el que había exigido y aceptado su promesa de servicio. A continuación venía un enano de más edad y aspecto regio, rasgos fieros y ojos sagaces; a éste lo seguían otro enano joven, musculoso, varios centímetros más alto que los demás, una joven enana de extraordinaria belleza, vestida con ropas de viaje, y el viejo enano de la muleta. Los acompañaban varios más, pero éstos se quedaron atrás cuando los cinco primeros se acercaron al caballero.

Cale Ojo Verde miró al hombre de arriba abajo, con un brillo irónico en los ojos, y luego se volvió hacia el enano de más edad que estaba a su lado.

-Señor, éste es el humano del que te hablé. Se llama Glendon Falcón... o sir Glendon, supongo, aunque en estos momentos no lo parezca por su aspecto. Afirma ser un caballero.

-Soy un caballero, -rezongó Glendon-. No de las órdenes, por supuesto, pero caballero al fin y a la postre. Soy un lancero libre.

-Señor caballero, -terminó Cale de hacer las presentaciones-, éste es nuestro dirigente, Colin Diente de Piedra, mi padre. Y ésta es mi hermana, Tera Sharn. Y éste es nuestro capitán de la guardia, Willen Mazo de Hierro. El venerable anciano es Mistral Thrax. Por favor, díles a lo que te has comprometido conmigo.

Glendon inhaló hondo.

-Te he prometido mi servicio, -dijo, de mala gana.

-¿Por qué?

-Porque mi honor me obliga a ello. Me venciste en el puente, aunque para conseguirlo te valieras de medios indignos. -De pie, muy erguido, el humano bajó la mirada hacia sus nuevos señores, aceptando con resignación su suerte. Al menos era treinta centímetros más alto que cualquiera de ellos, incluido el fornido Willen Mazo de Hierro. Pero su palabra era su honor, y él la había empeñado.

-Bien. -Cale Ojo Verde asintió con la cabeza-. Encomiendo tus servicios a mi padre.

El dirigente, que estaba examinando a Glendon con evidente desagrado, volvió la vista hacia su hijo.

-¿Este..., este humano va a enseñarnos a luchar? Tengo mis dudas, ya te lo he dicho.

-Es muy diestro, padre, -le aseguró Cale al dirigente-. Lo he visto.

-Sí, lo sé. Con lanza y escudo, a caballo. ¿Y qué más?

-Me contó que se había adiestrado en todo tipo de combate. Lo tanteé con simples espadas. Me desarmó con un solo golpe.

El dirigente observó a Glendon otra vez, con curiosidad.

-¿Desarmaste a mi hijo?

-Por supuesto, -repuso el hombre-. No sabe cómo utilizar una espada, sin ánimo de ofender. Es rápido y fuerte, y puede aprender.

Los enanos se miraron unos a otros. Entre ellos, Cale Ojo Verde estaba considerado un buen espadachín... casi tanto como Jerem Pizarra Larga, a quien nadie había batido en competiciones de combate.

Colin Diente de Piedra volvió la cabeza y su mirada se detuvo en el capitán de los Diez.

-Me gustaría verlo por mí mismo, -decidió-. ¡Jerem!

-Sí, señor. -Jerem Pizarra Larga entregó su rodela a uno de sus compañeros-. ¿Sólo con espada?

-De momento, sí -asintió Colin-. ¿Estás de acuerdo? -le preguntó a Glendon Falcón.

--Estoy a vuestro servicio, -respondió el hombre mientras se encogía de hombros.

-¿Quieres tu propia espada? -le preguntó Cale.

-Me da igual, -dijo el caballero-. La destreza se halla en la mano, no en el arma.

Cale desenvainó su espada y se la tendió, presentando la empuñadura por delante.

-Entonces, utiliza la mía, -ofreció.

Mientras los demás retrocedían y formaban un amplio círculo, Jerem Pizarra Larga se despojó de armadura y ropajes. Vestido sólo con la falda montañesa y las botas, y armado únicamente con la espada ancha, se adelantó para plantarse frente al hombre que lo superaba en estatura.

-¿Algún ceremonial o regla en particular?

-Ninguno, -respondió el hombre, sacudiendo la cabeza-. Sólo se ha pedido una demostración. Límitate a atacarme, cuando y como quieras. -Levantó la espada de Cale para probar su peso. Estaba equilibrada de manera diferente de la suya, más pesada hacia adelante, hacia la punta. Muy adecuada, decidió, para unos brazos cortos con muñecas y hombros fuertes. Se giró un poco, de costado a Jerem Pizarra Larga, y sostuvo el arma hacia arriba, examinando su superficie.

Transcurridos unos instantes, Jerem habló con tono bronco:

-Bueno, ¿estás preparado o no? Te estoy esperando.

El humano ni siquiera lo miró.

-¿Y a qué esperas? Te dije que atacarás cuando quisieras.

Jerem frunció el entrecejo y se encogió de hombros. Alzó su arma frente a sí, giró dos pasos hacia la derecha, y de repente se agachó y lanzó una estocada a fondo con un movimiento rápido. Tomando al pie de la letra las palabras del hombre, arremetió directamente al corazón... y se frenó. A saber cómo, su espada no estaba donde debería estar. Seguía teniéndola en la mano, pero ahora apuntaba hacia un lado. El fuerte ruido metálico del acero al ser golpeado resonó en sus oídos, y algo afilado se apoyó en su garganta. Era la punta de la espada del humano.

-Verás, cometiste dos errores, -dijo Glendon con tono crítico-. El primero fue creer que no te veía. El segundo fue esa estocada al plexo solar. Casi ni tuve que fintar para desviarla. Si intentas derrotar a alguien en combate, no deberías darle tantas ventajas.

El hombre retiró la espada, y una diminuta gota de sangre resbaló bajo la barba del enano. Jerem miró de reojo a su jefe.

-Fue pura chiripa, señor. ¿Puedo intentarlo otra vez?

-Como quieras, -aceptó Colin Diente de Piedra.

En esta ocasión, el capitán de los Diez no dio ventaja alguna. Atacó al alto humano con una vertiginosa andanada de tajos y estocadas silbantes... y se encontró tirado boca arriba, cuan largo era, en el duro suelo, en tanto que su espada salía disparada hacia arriba, centelleando con el sol del atardecer. En el ápice del arco, la espada se paró y luego cayó de punta, directamente hacia él. En el último instante, un largo brazo se extendió por encima

del enano y una mano humana, de dedos esbeltos, cogió el arma en su trayectoria descendente.

Jerem rodó sobre sí mismo y se incorporó. Glendon Falcón giró la espada en el aire calmadamente, dándola media vuelta, y se la tendió por la empuñadura.

-Eso estuvo mucho mejor, -dijo con tono aprobador-. Si quieres aprender esa maniobra de desarmar, derribar y ensartar, te la enseñaré... después de que hayas dominado algunos pasos básicos.

Colin Diente de Piedra extendió los brazos al tiempo que miraba a su sonriente hijo.

-De acuerdo, Cale, -aceptó-. El hombre puede instruirnos. ¿Qué quiere a cambio?

-Quedar liberado de servicio cuando su tarea haya concluido, y que le sean devueltas sus pertenencias. No pide otra recompensa. Afirma que su promesa es una obligación moral, no un trueque comercial.

-Un humano noble, -comentó Colin, perplejo.

Glendon Falcón oyó el comentario.

-La nobleza, al igual que la hidalguía, es distintivo de un caballero..., señor. La destreza por sí sola no es más que el dibujo del tapiz, no su urdimbre. La disciplina de cuerpo y mente ha de tejerse en el corazón.

-Podemos hacer un alto aquí durante un tiempo, -decidió Colin-. No nos perjudicará aprender lo que este hombre puede enseñarnos.

A un extremo del campamento se levantó un alboroto, un estallido de sonidos estrepitosos que enseguida se transformaron en una percusión rápida y rítmica. Colin Diente de Piedra se llevó las manos a los oídos, y Cale Ojo Verde gritó:

-¡Que alguien aparte al kender de los tambores! ¡Y, ya puestos, registradlo! ¡Quiero mi otra espuela!

Todo en derredor, los enanos se miraron unos a otros y sacudieron la cabeza. Todos conocían a los kenders. A todo lo largo de la historia de Thorin, kenders vagabundos habían aparecido de vez en cuando entre los calnars, por lo general durante Balladine, cuando había llamativas chucherías por doquier al alcance de unas manos amigas de lo ajeno.

Los kenders nunca habían sido bienvenidos en Balladine, pero nadie había descubierto un modo efectivo para impedir que aparecieran por allí. Y, una vez presente, no había forma de librarse de un kender a no ser que se lo matara o que se aburriera.

Había un viejo dicho entre los enanos que era aceptado como una de las fatalidades de la vida: ocurre que hay kenders.

-Es una contaminación de magia, -explicó Mistral Thrax tristemente-. Se habla de ello en los antiguos pergaminos, transmitidos por los primeros forjadores. Fue el dios Reorx, dicen, quien creó el poder del caos en forma de una gema gris tallada. A su paso, todo quedó infectado por su malignidad.

-Viejos cuentos. -Colin Diente de Piedra sacudió la cabeza-. ¿A santo de qué el más grande de los dioses, el creador de los metales y quizá también el creador de todos nosotros, iba a echar a perder el mundo con... -su barba se agitó al apretar los labios en un gesto de asco-, con magia? No es posible que creas algo así, Mistral.

El anciano se encogió de hombros y volvió las manos hacia arriba. En la callosa piel de cada palma se apreciaba el apagado brillo rojizo de un símbolo, un dibujo en forma de "Y" que semejava un venablo de dos puntas.

-Ya no sé qué creer, -dijo-. Pero esto es real, y se debe a los ojos mágicos de un humano que hacía uso de la hechicería. Y creo que mi visión de Kitlin Pescador era real... y conozco

el camino a Kal-Thax. ¿Cómo podría saberlo si no hubiese sido tocado por la..., por la magia?

Estaban sentados en lo alto de un promontorio rocoso, observando las prácticas de combate que tenían lugar en los campos, allá abajo. El caballero humano, Glendon, había empezado a enseñar las artes de su oficio a los guardias de Willen Mazo de Hierro, y ahora estaba rodeado por la mitad o más de la población hylar, hombres, mujeres e incluso chiquillos, todos deseosos de aprender las técnicas de combate y estrategia. Colin Diente de Piedra observó para sus adentros lo mucho que habían cambiado sus hylars desde que habían abandonado Thoradin. La otra cara de las herramientas había dejado de ser un tema de interés fortuito. Muchas de las que llevaban ahora consigo, -cosas tales como espadas y mazas-, eran herramientas con una sola cara: la otra.

Glendon Falcón podía no estar contento con el giro de acontecimientos que lo había puesto en esta situación, enseñando las técnicas de combate a centenares de fascinados enanos, pero tuvo que admitir ante el dirigente que nunca había tenido alumnos más aptos. Los Diez fueron los primeros en iniciar el aprendizaje, y Jerem Pizarra Larga tenía tal destreza con la espada que ahora era capaz de desarmar a su maestro una de cada tres veces. También estaban practicando el sutil arte del manejo del escudo y la extraña disciplina humana del combate con lanza. Los gigantescos caballos calnars habían demostrado una sorprendente querencia por la carga con lanza y estaban aprendiendo junto con sus jinetes.

En muchos sentidos, los enanos habían sorprendido a Glendon. A medida que aprendían, adaptaban sus recién adquiridas habilidades a sus propias circunstancias y, a menudo, incluso las mejoraban. Un ejemplo de ello, -el brusco giro de un jinete para recoger a un soldado de infantería y luego lanzarse a la carga, con los dos enanos agarrados a cada lado de la silla de montar al tiempo que blandían mazas o hachas en amplios arcos-, había estado más cerca de acabar con él que ninguna otra táctica conocida por el caballero. De no haberse zambullido de cabeza al suelo la primera vez que Willen Mazo de Hierro y un guardia lo pusieron en práctica, estaba seguro de que lo habrían decapitado.

El campo al pie del rocoso promontorio retumbaba con el estruendo metálico de acero chocando contra acero, un contrapunto vigoroso al tintineo de martillos sobre yunques a uno de los extremos, donde los enanos moldeaban nuevos escudos forjados a semejanza del de Glendon. También había piezas de armadura en proceso de fabricación y resistentes hachas adecuadas tanto para talar como para combatir. Algunos de los artesanos se dedicaban a la elaboración de yelmos de batalla más aptos para el exterior que los antiguos cascos de las excavaciones que la mayoría de los hylars había llevado hasta entonces.

Colin Diente de Piedra observaba a su gente con ánimo taciturno. Estaban cambiando, convirtiéndose en una nación distinta de la calnar, de la que se habían segregado. Esperaba que esas diferencias no les acarrearán su propia ruina. Como clan, los hylars se volvían más formidables de día en día bajo la tutela del melancólico caballero humano. Pero, al igual que los calnars en sus orígenes, no eran un pueblo prolífico. Cuando una pareja se unía en matrimonio, lo hacía de por vida y rara vez tenían más de tres o cuatro hijos.

"Nos estamos convirtiendo en guerreros, -pensó Colin, mientras observaba-. Ojalá no lleguemos a estar tan entusiasmados con estas nuevas habilidades que depositemos en ellas demasiada confianza. Por muy peligrosos que seamos en grupo o individualmente, no estamos predestinados a ser un pueblo numeroso".

Como si le leyera la mente, -una tendencia que el viejo enano había desarrollado últimamente y que a Colin le resultaba perturbadora e inquietante-, Mistral Thrax dijo:

-Sí, tenemos un destino que cumplir. No lo veo con claridad, pero las nuevas habilidades ayudarán a lograrlo. -Contempló fijamente las marcas de las palmas de sus manos con expresión desconcertada y luego rezongó-: En Kal-Thax. Allí está nuestro destino. No para ser los únicos, ni siquiera la mayoría, sino para dirigir... ¿a otros? Sacudió la cabeza-. No lo comprendo, mi señor.

-Tampoco yo, -admitió Colin-. Háblame de los viejos manuscritos.

-Son muy antiguos, -susurró Mistral Thrax-. Al menos, de hace varios siglos. Puede que milenios. Y algunos de ellos hacen referencia a la mítica piedra preciosa, la Gema Gris tallada. Afirman que el propio Reorx en persona la creó y la puso en Krynn. Le fue entregada a un rey humano para su custodia.

-¿Por qué? -Las cejas de Colin se arquearon en un gesto ofendido-. ¿A un humano? ¿Por qué un humano? Si Reorx hubiese creado esa cosa, ¿por qué no dársela a los enanos? Después de todo, somos su pueblo elegido.

-No dicen el motivo. -Mistral Thrax sacudió la cabeza-. Pero sí cuentan que los humanos perdieron la gema.

-¡Vaya, pues claro que la perdieron! ¿Quién podría confiar a un humano nada de importancia? ¡Hasta un dios debería saber eso! ¡Al menos, un enano con amor propio jamás intentaría hacer uso de tales poderes!

-Fueron gnomos los que la dejaron suelta, -explicó Mistral Thrax-. Al menos, es lo que se dice en los pergaminos.

-¿Gnomos? ¡Eso es aún peor que estar en manos de humanos!

-Oh, no consiguieron apoderarse de ella. Los gnomos son incapaces de hacer algo a derechas. Sólo la soltaron, y desde entonces ha habido magia en Krynn. Es lo que cuentan los pergaminos.

-¿Y esto? -Colin señaló las marcas en las manos del viejo enano-. ¿Crees que procede de ella?

-Las leyendas de los pergaminos hablan de Kitlin Pescador, un arponero que vendía peces de río a los humanos del lugar. Dicen que fue allí donde la Gema Gris quedó en libertad y que él intentó derribarla con su arpón antes de que escapara. La gema lo castigó. Quedó permanentemente contaminado con la magia y se convirtió en un proscrito porque podía contagiar a cualquiera que tocara.

-Fábulas populacheras, -rezongó Colin Diente de Piedra.

-Tal vez. -Mistral Thrax se encogió de hombros-. Pero Kitlin Pescador se apareció ante mí, y me mostró al hombre que era invisible en el ataque a Thorin... A Thoradin. Y los ojos que le arranqué de la cara no eran ojos. Y ahora yo, también, estoy contaminado.

-Y por ello vagamos a través de vastas tierras en busca de un lugar que jamás hemos visto y que se llama Kal-Thax. -Colin apoyó la barbilla en los puños con expresión taciturna-. Supongo que da igual. Después de lo ocurrido, no podía seguir allí, y todos los que están aquí me acompañaron por su propia elección. En fin, tener un lugar al que dirigirse es mejor que no tener adonde ir, aunque ese lugar de destino sea sólo una leyenda.

-Kal-Thax está allí -le aseguró Mistral Thrax-. En las montañas que hay más adelante.

-No veo ninguna montaña, -replicó Colin con brusquedad.

-Pero las verás, mi señor. Yo ya las veo... A veces, incluso con más claridad que lo que está a mi alrededor.

Abajo, en el campo, Glendon y sus discípulos se habían colocado en dos filas, una enfrente de la otra. El caballero alzó una mano, se retiró, y varios cientos de hylars, -

hombres, mujeres y chiquillos-, empezaron a atizarse alegremente los unos a los otros con espadas y escudos acolchados.

Castomel Brincapiés se coló entre las defensas de los Diez y se plantó junto a Colin Diente de Piedra. Sonriendo de oreja a oreja, el kender recorrió con la mirada el campo de entrenamiento.

-Cuando vuelva a Kendermore y lo cuente no lo van a creer, -comentó para sí mismo-. ¡Los enanos asistiendo a la escuela de un caballero! Si no lo estuviera viendo con mis propios ojos, tampoco yo lo creería.

CUARTA PARTE

EL LEGADO DE URKHAN

**Las Grandes Cavernas
Debajo Del Pico Buscador De Nubes
Siglo Del Viento
Década Del Roble
Principios De Primavera,
Año Del Cobre**

El Subsuelo De La Montaña

El pico llamado Buscador de Nubes no era la montaña más alta de Kal-Thax. Su ancha cumbre, desde la que los Tejedores del Viento se alzaban como los dientes de un tiburón gigante, tenía trescientos metros de altura menos que el imponente Fin del Cielo, en el norte. Pero el Buscador de Nubes era mucho más ancho. Desde el pie de su vertiente norte, donde el Fin del Cielo iniciaba su ascenso, hasta los campos en pendiente y el alto y cerrado valle que señalaban su base meridional, el Buscador de Nubes tenía casi ochenta kilómetros de extensión de uno a otro extremo.

Las cuevas y excavaciones poco profundas que configuraban la plaza fuerte de los theiwars, llamada Theibardin u Hogar-Theiwar, ocupaban sólo una pequeña área debajo de su cima. Arriba, los tres grandes riscos de los Tejedores del Viento apuntaban, descollantes, hacia el cielo, rodeando el lago de una gran hoya, que permanecía helado la mayor parte del año pero cuya filtración proveía de humedad constante al propio corazón de la montaña. Pocos theiwars, -o tal vez ninguno-, se habían aventurado jamás en las profundas cavernas consiguientes, pero los exploradores-espías daewars, mucho más emprendedores que los hoscos theiwars de ideas fijas, habían entrado en ellas por diferentes rutas, y tras levantar mapas de algunas partes de ellas, habían regresado a Daebardin con portentosas historias.

Bajo los riscos, dijeron, existían profundas cavernas que se extendían a lo largo de kilómetros y que convergían en una enorme cámara, dominada en lo alto por una gigantesca estalactita de ochocientos metros de altura y con una anchura incluso mayor en la base, que colgaba como un gigantesco pilar sobre un lago subterráneo lo bastante grande para llamarlo mar. La colosal estalactita era piedra viva, y en los planos llamaron Urkhan al mar, en honor de un explorador daewar que había muerto allí en la expedición.

El mar de Urkhan tenía unos once kilómetros de lado a lado, y estaba rodeado por docenas de kilómetros cuadrados de cavernas naturales producto de la erosión en los estratos de esquisto con capas minerales más duras superpuestas. A través de ellas, el aire fresco entraba por respiraderos naturales alrededor de la base del pico, y la corriente ascendía por numerosos intersticios repartidos en torno a los Tejedores del Viento, que actuaban como conductos de escape. Y muchas de las cuevas profundas estaban iluminadas por estratos de cuarzo por los que se filtraba la luz de la superficie a través de varios kilómetros.

Sólo una pequeña parte de esta maravilla había sido explorada, pero fueron estos informes y mapas los que habían fascinado al antiguo dirigente daewar, Bol Puños de Diamante, y después de él al príncipe, Olim Hebilla de Oro. Visiones de una fortaleza inexpugnable, de un feudo subterráneo que algún día podría convertirse en reino, cobraron forma gracias a los dos. Mucho antes de que la expansión del caos en el este se hiciera evidente, Hebilla de Oro ya había decidido construir una vía que, partiendo del interior del Fin del Cielo, llegara a las entrañas del Buscador de Nubes, y trasladar Daebardin al corazón de la montaña que los huraños theiwars consideraban suya.

Para los ambiciosos y activos daewars, el pueblo dorado de Kal-Thax, el único derecho de propiedad válido que tenían los theiwars era sobre la parte de la montaña que ocupaban

y, usaban en la actualidad, lo que era como decir casi nada. "Úsalo o piérdelo", era la filosofía daewar en lo concerniente al territorio.

Así, se puso en marcha la construcción de la gran calzada secreta, un túnel llano, de seis metros de ancho y cuatro y medio de alto, abierto a través del corazón granítico del Fin del Cielo, desde Daebardin, al norte, hacia los porosos estratos inferiores del Buscador de Nubes. Conforme se aproximaba su terminación, los daewars hicieron preparativos para el traslado a las instalaciones del nuevo emplazamiento.

La entrada secreta, debajo del Colmillo del Vendaval, adonde Olim Hebilla de Oro condujo a su expedición tras la batalla en la frontera oriental y el castigo al jefe de los theiwars, sólo era un pequeño túnel batido por el viento en la cara de un risco. Pero en la pared trasera había instaladas unas puertas de hierro, y, tras ellas, empezaba una amplia galería en espiral que descendía hacia el tramo en obras de la calzada, a gran profundidad.

Centenares de daewars trabajaban allí a la mortecina luz de las mechas de lámparas de aceite y el apagado resplandor de forjas y antorchas. Expertos excavadores, los daewars habían avanzado a un promedio de treinta metros al día durante casi diez años, perforando la roca mientras que las carretillas movidas por tracción de cable, al que iban ensartadas docenas de "campanillas para murciélagos" de tañido apenas perceptible, transportaban el cascajo a lo largo del extenso túnel para descargarlo por la falda de Daebardin abajo. El vertido de cascotes resultante era ya en sí mismo una ladera que llegaba casi hasta la gran sima que separaba la base del Fin del Cielo de las estribaciones, vaguadas y planicies de los terrenos baldíos que se extendían a continuación.

Cerrando las puertas tras ellos, Olim Hebilla de Oro y sus tropas descendieron a las profundidades del Buscador de Nubes, donde los jefes de excavación estudiaban sus planos en tanto que picos y taladros arrancaban y perforaban piedra que era más blanda que la mayoría que habían encontrado hasta ahora y de un color diferente.

Al salir a la calzada, Olim Hebilla de Oro se subió a una carretilla cargada y cogió un trozo de cascote. Lo examinó, lo olisqueó y lo probó con la lengua; luego lo volvió a echar al montón de cascajo y se bajó de un salto. Sobre su cabeza, las campanas para murciélagos tintineaban alegremente. Estas campanas eran unos artilugios de plata que los daewars habían inventado largo tiempo atrás a fin de ahuyentar a las bandadas de murciélagos chupadores de sangre que en ocasiones invadían las excavaciones. Pero ahora también tenían otra utilidad. Aunque la mayoría de la gente, -incluso los enanos- apenas percibían su sonido, habían descubierto que los ecos en la piedra podían resonar en ellas. Golpeando la piedra en una excavación y contando las veces que las campanas respondían, podía calcularse la distancia que había desde un lado al otro de esa piedra.

Olim hizo caso omiso de los débiles sonidos ahora y se frotó las manos.

-Es aljez, -le dijo a Gema Manguito Azul-. Estamos cerca de las cavernas.

-Muy cerca, señor, -confirmó uno de los jefes de excavación, levantando la vista del plano extendido ante sí-. Más de lo que pensábamos. Podríamos abrirnos paso al otro lado en cualquier momento.

-¿Hacia adónde? -preguntó Olim mientras estudiaba el plano con los ojos entrecerrados.

--Según los cálculos de Urkhan, -respondió el maestro de excavaciones-, existe una gran caverna natural un poco más adelante, a la que llamó la primera madriguera. Está conectada con otras cavernas que se abren a continuación, y finalmente con el mar subterráneo.

-Espero que el túnel desemboque por encima del nivel del mar -comentó Olim.

El jefe de excavaciones adoptó una postura tensa, como si estuviera muy ofendido.

-¿Queréis hacer vos mismo los cálculos, señor?

-Por supuesto que no, -sonrió Olim-. Confío en tus cálculos más que en los de ningún otro, Pizarra Lámina Fría. Sigue haciendo la maravillosa labor que realizas. -Dio media vuelta y susurró a Gema Manguito Azul-: Ése es el problema con los excavadores, Gema. Cuando han alcanzado la experiencia suficiente para levantar el plano de una perforación, su sentido del humor ha quedado ahogado por el continuo repicar en sus oídos.

Seguido por algunos de sus guardias personales, Olim se dirigió hacia donde se realizaba la perforación. El golpeteo vibrante de los martillos contra los taladros de hierro, el chasquido de la piedra al resquebrajarse cuando las palancas arrancaban losas de un palmo de espesor, y la percusión de picos y marras desmenuzando los cascotes llenaban el amplio túnel. Por debajo de ellos se oía el crujido de las palas, el sordo retumbo del cascajo precipitándose dentro de las carretillas, y el siempre presente golpeteo rítmico de los mazos en los pernos de fijación de rieles que se tendían a continuación de la perforación.

Las carretillas eran unos vehículos amplios, de ruedas bajas, unidos de tres en tres o de cinco en cinco, y un desfile constante de ellos había estado haciendo el recorrido de ida al extremo opuesto del Fin del Cielo durante los últimos diez años para descargar los cascotes. A intervalos, allí donde el túnel se ensanchaba, las carretillas vacías que hacían el camino de vuelta eran desviadas a carriles laterales para dejar paso a las llenas.

Trabajando por turnos con barrenas y palancas, los excavadores daewars podían extender el túnel hasta quince metros en una jornada incluso en la roca más dura. Ahora que el estrato mineral era más blando, avanzaban mucho más deprisa, aunque era necesario el esfuerzo adicional de poner alguno que otro apuntalamiento a medida que progresaban. La primera falla vertical con la que toparon, un intersticio en roca blanda y porosa, se había cobrado una docena de vidas y tres días de retraso a causa de un derrumbe. Ya no corrían ese riesgo.

Precedido por un porteador de linternas, Olim Hebilla de Oro recorrió todo el tramo hasta el final, donde un nuevo estrato de piedra acababa de ser allanado, sumando otro palmo a los casi ochenta kilómetros de longitud del túnel. Barreneros y cortadores, operarios de marras y palancas, se apartaron para dejar paso al príncipe, y un joven y sudoroso daewar, de musculosos antebrazos y barba como oro hilado, señaló la sección del túnel recién cortada.

-Es más blanda a cada minuto, señor. Y ya tenemos sonido.

-¿Tan cerca estamos? -La frente de Olim se arrugó-. Déjame escuchar.

Se arrodilló, pegado al corte reciente, y olisqueó la piedra; luego apretó la oreja contra su superficie. El joven sobrestante se adelantó un paso, ató una hilera de campanillas de murciélagos a la superficie, levantó el martillo y descargó un tremendo golpe en la piedra, a pocos dedos de la cabeza de su príncipe. Las campanillas se estremecieron y tintinearón, y Olim contó los latidos de su corazón; luego esbozó una sonrisa cuando un apagado eco llegó hasta él, transmitiéndose a través de la piedra.

-Seis metros, -calculó-. No más. -Se puso de pie-. Gema, trae una compañía de guerreros hasta aquí. Dudo que haya un solo theiwar en varios kilómetros a la redonda, pues les faltan la paciencia y la inclinación necesarias para explorar lo que tienen bajo sus propios pies, pero más vale que no corramos riesgos innecesarios cuando nos abramos paso al otro lado. Si por ventura hubiese alguien allí, no quiero que arriba se reciban informes todavía.

-Sí, señor, -convino Gema Manguito Azul-. Si supieran que estamos abriendo un túnel en su montaña, en lugar de construir una ciudad en las entrañas de la nuestra, podrían molestarse mucho.

Gema regresó presuroso por el camino por el que habían venido, para seleccionar a la compañía de guerreros. Él estaría a su mando.

Olim lo siguió, alejándose del reanudado estruendo de la excavación. Quedaban varias horas de espera hasta que el túnel estuviera abierto a la primera de las cavernas gigantes que Urkhan y su grupo habían señalado en sus mapas. Quería comer, descansar y reflexionar un poco sobre lo que debería hacerse una vez que el túnel estuviera terminado. En realidad no esperaba encontrar a nadie al otro lado. Los theiwars no eran exploradores, y ¿quién más podría haber topado con el descubrimiento de Urkhan?

Tras ser fortificado, ni siquiera los dragones o la magia podrían invadir un sitio así. Olim se estremeció levemente ante tal idea. Jamás había visto un dragón y esperaba no tener que verlo. Pero en el mundo existía la magia, y como todos los de su raza, la consideraba algo repugnante, una cosa maligna que sólo a los humanos o a otras razas inferiores se les ocurriría utilizar. Incluso los primitivos theiwars y los moradores de la oscuridad, los daergars, y hasta los kiars de ojos dementes, aborrecían la magia. Había leyendas, por supuesto, acerca de un enano que se había visto involucrado con la magia de algún modo, pero para Olim Hebilla de Oro era una idea inconcebible. Sin embargo, últimamente, en algunos momentos, Olim había tenido sueños inquietantes. Varias veces, mientras dormía, soñando con la grandiosa empresa que tenían entre manos, una figura espectral y tenebrosa había aparecido en sus sueños..., una figura que le susurraba unas palabras: "Los daewars han sido elegidos para excavar y construir un lugar", decía el espectro, aunque luego añadía: "pero vendrán otros que dirigirán a tu raza". En cada ocasión, Olim se había despertado tembloroso y desconcertado. ¿Qué otros? ¿Qué significaba eso?

Un asistente le tendió un trozo de pan y una escudilla. El semblante de barba dorada de Olim se crispó en un gesto ceñudo.

-¿Dirigir a nuestra raza? -masculló-. ¡Sólo los daewars gobernarán a los daewars!

-¿Perdón, señor? -preguntó, sobresaltado, el asistente.

-¡Nada! -bramó Olim-. Tráeme cerveza.

-Sí, señor. -El asistente se alejó presuroso, y Olim se encaramó a la rueda de una carretilla estacionada en un carril lateral para tomar su comida.

Si hubiese sido un humano, o incluso un elfo, Olim podría haber desechado los sueños como algo imaginado, algo que escapaba a su comprensión. Pero Olim Hebilla de Oro, príncipe de los daewars, era un enano, y, como la mayoría de los enanos, su mente práctica no soportaba lo incomprensible ni las situaciones imprecisas. Era incapaz de hacer caso omiso de sus sueños o, simplemente, olvidarlos. Sobre todo el último.

"Los conocerás cuando lleguen", había añadido la voz fantasmal esta última vez. "Los conocerás por el tambor".

Olim seguía pensando en los sueños cuando el eco de unos gritos distantes resonaron en el túnel. Los mensajeros llegaron corriendo.

-¡Ya está abierto, señor! -gritaron-. ¡Hemos entrado en la primera cueva, exactamente como prometían los mapas de Urkhan!

-Enviad corredores hacia el norte, -ordenó Olim-. Que saquen a todos los daewars de Daebardin y se pongan en camino hacia aquí. Estad preparados para clausurar este túnel cuando haya pasado por él el último daewar. Estableceremos nuestra residencia y reclamaremos este lugar como nuestro tan pronto como le hayamos echado un vistazo.

La cueva era una gruta natural, suavemente iluminada por un alto techo que, en algunas zonas, era de cuarzo puro. A más de ochocientos metros bajo la superficie, era tal como los

exploradores de Urkhan la habían descrito: una vasta cámara de forma alargada, con más de tres kilómetros en su parte más ancha y seis y medio de longitud, incluida una "cola" semejante a un embudo que se estrechaba progresivamente y que torcía hacia el este. Aquí y allí, las estalactitas colgaban del alto techo, sus formas tan variadas y fantásticas como las gotas de cera derretida de una vela. Debajo de cada una de ellas había una estalagmita expectante, agujas centinelas altas y gruesas en la base como los troncos de árboles de un bosque gigante.

-¡Maravilloso! -exclamó Olim Hebilla de Oro mientras conducía a sus guardias a través de la nueva abertura y al interior de la silenciosa caverna. Los débiles ecos de su voz volvieron a él perezosamente, y a lo lejos algo se movió: algo muy grande, que levantó lentamente lo que podría ser una cabeza, para escuchar.

Algunos de los guardias echaron mano a sus espadas, pero un anciano jefe de excavaciones se adelantó presuroso para poner un pergamino desenrollado bajo la nariz de su príncipe.

-Gusano remolcador, -dijo, señalando-. Como los describió Urkhan. Son unas criaturas grandes, muy fuertes, pero lentas, obtusas y dóciles. Los exploradores pensaron que podrían ser útiles si se lograba controlarlas.

-Gusano remolcador, -repitió Olim. Aceleró el paso y se encaminó hacia la criatura, seguido por docenas de daewars, mientras que muchos más entraban en la caverna tras ellos.

El animal era enorme, al menos de nueve metros de longitud, y volvió lo que parecía ser la cabeza en su dirección al tiempo que se aproximaban. No se le veían ojos ni oídos. Su "cara" era un racimo de tentáculos ondeantes alrededor de un orificio que se abría y cerraba de manera rítmica. Olim se acercó un poco más, observando a la criatura detenidamente. Levantó su escudo y lo movió a derecha e izquierda. La criatura no hizo gesto alguno en respuesta.

-Es ciego, -dijo el príncipe.

Al sonido de su voz, la cosa se volvió hacia él, agitando los tentáculos.

-¡Eh! -exclamó con voz ronca-. Puede oírme.

Gema Manguito Azul, que estaba junto a él, se alejó unos pasos hacia un lado e hizo bocina con las manos.

-¡Eh, gusano! -llamó. De inmediato, el extremo erguido de la cosa se volvió hacia él. Gema se alejó unos cuantos pasos más y volvió a llamar. De nuevo, el gusano respondió a su voz volviéndose en su dirección-. Oye -les dijo a los otros-. ¡Observad! -Dándose media vuelta, se alejó presuroso y rodeó a la criatura hasta situarse a un costado de ella. Entonces llamó:- ¡Eh! ¡Gusano! ¡Estoy aquí!

Obedientemente, la criatura se giró, esta vez moviendo todo el cuerpo en un lento y metódico arco, para ponerse de cara a él. El enano se echó a reír.

-Tengo a esta cosa totalmente interesada en mí -comentó-. ¿Veis? ¡Viene en mi dirección! -Se retiró unos treinta metros y se volvió para llamar otra vez. El gigantesco gusano aumentó la velocidad; su cuerpo gris y segmentado se ondulaba conforme se deslizaba sobre el suelo irregular de la caverna. Era más rápido de lo que parecía, y Gema reculó presto, manteniéndose a una distancia considerable del animal, cuya velocidad de avance era la de un enano al paso.

-Está totalmente interesado en él, no cabe duda, -comentó Olim con los otros que estaban observando la escena-. Pero me pregunto qué se propone hacer Gema con ese animal.

-O cómo se va a librar de él, -añadió el viejo jefe de excavaciones, Pizarra Lámina Fría-. El capitán debería haber leído estos pergaminos. El grupo de Urkhan informó que los gusanos tienden a... encariñarse con la gente. La siguen e intentan acercarse. El peligro es que pueden aplastar a una persona con su enorme peso. Algunos de los exploradores estaban casi extenuados para cuando consiguieron eludir a sus "mascotas".

-¡Eh, no me vendría mal que alguien me echara una mano! -gritó Gema Manguito Azul, que caminaba a paso vivo, a lo lejos, mientras el gusano gigante se arrastraba tras él-. ¡No sé cómo hacer que esta cosa se detenga!

-Algunos de vosotros, perforadores, -llamó Olim haciendo un ademán-, acercaos e intentad poner algunos cloques a esa cosa.

Para entonces, Gema estaba ya a una distancia considerable y daba un amplio rodeo con intención de volver junto a los demás. El gusano lo seguía alegremente, arrastrando su vermiforme cuerpo a la mortecina luz y meciendo gozosamente su cabeza de tentáculos.

Varias decenas de perforadores y excavadores, equipados con cadenas, cabos arrojadizos y arneses para la roca, se desplegaron para aproximarse al monstruo por los flancos. El animal no dio señal alguna de advertir su presencia; toda su atención estaba puesta en Gema Manguito Azul, y parecía que su único y mayor deseo en la vida era alcanzar al enano. Gema seguía caminando con la intención de evitar que tal cosa ocurriera.

Las cuadrillas de enanos flanquearon al gusano y se las arreglaron para enganchar varios arneses a distintas partes de su cuerpo; agarraron los cables de sujeción y clavaron los talones en el suelo. El gusano no frenó y siguió su avance metódico tras Gema Manguito Azul. Detrás y a lo largo de sus flancos, docenas de fornidos enanos fueron arrastrados a pesar de sus esfuerzos, y las suelas metálicas de sus botas abrieron surcos en el duro suelo.

-¡Atad esos cables! -bramó Olim Hebilla de Oro.

Gema se encontraba cerca ya y parecía preocupado; el gusano no le andaba muy a la zaga.

En medio de resbalones y tropezones, los excavadores se desplegaron y corrieron hacia afuera, tirando de los cables. Dos estalagmitas no muy grandes estaban a su alcance, y los enanos ataron los cables a ellas; luego vieron, pasmados, cómo los cables se tensaban, se estiraban al máximo y emitían un zumbido, y la piedra de las estalagmitas empezó a desmoronarse. El gusano frenó un momento, pero enseguida reanudó el avance cuando uno de los pilares cedió y soltó una lluvia de polvo de piedra caliza. Pero el otro cable, amarrado a una estalagmita más fuerte, sujetaba al monstruo y el gusano tiró fútilmente de sus ataduras un momento y después se dobló.

-Gusano remolcador, -comentó el viejo jefe de excavaciones al tiempo que sacudía la cabeza-. Deberíamos tener unos cuantos de éstos tirando de nuestras carretillas para minerales.

Detrás de Olim se produjo un estrépito cuando algo cayó al suelo. En la caverna, el gusano remolcador, que había permanecido tranquilo y atado al arnés, de repente había levantado la mitad delantera de su corpachón y, lanzando un sonido siseante que podía ser tanto un grito como un rugido, dio un tirón de los cables. Éstos cedieron, y el gusano cayó rodando al suelo al soltarse con brusquedad.

Más deprisa de lo que parecía posible, se dio media vuelta, se irguió y se lanzó de cabeza sobre un grupo de perforadores que intentaban recular. El enorme cuerpo de la criatura se estrelló violentamente contra ellos; con un rugido, volvió a ponerse erguida y se sacudió como si hubiera enloquecido.

-¡Las campanas para murciélagos! -gritó el jefe de excavaciones-. Alguien ha tirado las campanas para murciélagos. ¡Eso es lo que está oyendo!

Los enanos corrieron de un lado para otro, recogiendo las campanillas de plata esparcidas por el suelo y metiéndolas entre la ropa para amortiguar su sonido. Dentro de la caverna, Gema Manguito Azul enarboló su espada y gritó:

-¡Eh, gusano! ¡Aquí!

De nuevo, el gusano dio media vuelta y se alejó de los perforadores, dirigiéndose hacia Gema. Otros trabajadores y varios guardias corrieron hacia la criatura, lanzando cables y redes lastradas con piedras.

Entonces, tan repentinamente como había reaccionado, la criatura se calmó. Todas las campanillas habían sido acalladas, y el animal no oía ya su tintineo. Corriendo a su alrededor, excavadores y guardias fijaron los cables a varios pilares de piedra de gran tamaño.

En el lugar donde se había producido el ataque, yacían los cuerpos sin vida de dos excavadores, aplastados contra el suelo de piedra por el peso del monstruo. Otros cuantos, que aunque estaban heridos todavía podían moverse, se alejaban cojeando.

-¡Mantened esas campanillas en silencio! -ordenó Olim Hebilla de Oro-. Sacadlas de aquí y llevadlas al túnel. -Se volvió hacia el jefe de excavaciones-. ¿Todavía crees que esos gusanos pueden ser útiles, Pizarra?

-Si se los puede controlar, sí -respondió Pizarra-. Reaccionan con el sonido, y si hay algunos con los que... Bueno, no sé. Tendremos que estudiar el asunto.

Gema Manguito Azul se acercó a ellos, visiblemente tembloroso. Había actuado de manera impulsiva cuando había distraído al enfurecido gusano para apartarlo de los excavadores y atraer su atención hacia él. Ahora se preguntaba qué podría haber hecho, -a pesar de su espada-, si la criatura no se hubiera calmado.

Olim Hebilla de Oro miró a su capitán con gesto ceñudo; luego suspiró y sacudió la cabeza. No serviría de nada reprender al guerrero por arriesgar su propia vida. Era su forma de ser.

Gema llegó a su lado, abrió la boca para hablar y luego se limitó a cerrarla y encogerse de hombros.

-Si has terminado de jugar con tu gusano, -le dijo Olim-, creo que deberíamos continuar con la exploración de las cavernas.

Pizarra Lámina Fría echó una ojeada a su plano y señaló.

-Todo seguido hacia el sur, señor. Un kilómetro y medio, más o menos, y después la caverna se estrecha durante otro kilómetro y pico. Pasado ese tramo hay una especie de cornisa. Al otro lado tiene que haber otra caverna, no tan ancha como ésta, pero más larga. Desde allí, tendría que haber un túnel hacia el mar de Urkhan.

Ambición Pagada Con Sangre

A la luz doble de las lunas de Krynn, los asaltantes se congregaron en las vertientes nocturnas del Fin del Cielo. Glome el Asesino, plantado en lo alto de un risco, los contempló con satisfacción.

Como dirigente de los theiwars de Theibardin, ahora que Borneo Zanca Cortada había muerto, había podido convocar a consejo a las tribus theiwars. Una vez reunidas, había sido

fácil para Glome el acceso al poder. No había habido sutileza alguna en los medios utilizados para convertirse en jefe supremo de los theiwars. Unas cuantas palizas, algunos asesinatos, y ya era el líder indiscutible de miles de enanos que estaban obligados a obedecerlo. Había revocado el derecho de desafío y combate.

Lo que es más, su ejército invasor contaba ahora con un millar o más de daergars de los picos del Trueno, y con un número considerable, -nadie sabía cuántos-, de los salvajes kiars, tornadizos e imprevisibles, pero tan decididos como los demás a obtener una parte de las riquezas de los daewars. Era la recompensa prometida por Glome a cambio de su apoyo en la invasión de Daebardin, la plaza fuerte bajo el Fin del Cielo que ninguno de ellos había visto. Y nunca la habían visto porque ningún espía había conseguido rebasar a la guardia daewar. Pero el creciente amontonamiento de cascotes en la ladera de la montaña, al pie de la ciudadela daewar, les indicaba que a estas alturas la excavación era muy extensa; y, donde los daewars excavaban, había riquezas.

Todos los clanes conocían la opulencia de los daewars. Los orgullosos, arrogantes fundidores de oro no sólo la exhibían sin recato por todo Kal-Thax, sino que hacían ostentación de ella. Estaba en los relucientes adornos de sus atavíos, en el brillante bruñido de sus armaduras, en los aparejos de sus carros de bueyes, hasta en la forma en que actuaban y se movían.

Muchos theiwars y daergars habían visto el interior de los pabellones daewars en los campamentos de comercio, y entre las otras tribus se hacía un chiste de que a los daewars les gustaban tanto las comodidades que ninguno de ellos viajaría un kilómetro sin transportar consigo más de una tonelada en alfombras, cristalería y muebles taraceados de oro para soslayar las molestias en los territorios agrestes. Se decía como un chiste, sí, pero ninguno se reía al contarlo. Ésta era una de las razones por las que tantos enanos de otros clanes odiaban a los daewars.

Eran ricos, y hacían ostentación de su riqueza.

Por ese motivo, -y porque había logrado convencer a muchos de que los daewars intentaban conquistarlos-, había sido fácil para Glome el Asesino reclutar un ejército con el que invadir Daebardin. La oportunidad de saquear a los daewars era una promesa más que suficiente para la mayoría de ellos.

Los daewars habían cometido un error fatal al excavar dentro del Fin del Cielo. Su antigua ciudadela en el lomo de la montaña era pequeña, pero estaba bien situada y era difícil de atacar. Ahora, sin embargo, los daewars estaban bajo la montaña y con una única salida. Era la situación perfecta para que un cerco tuviera éxito. Su ciudad subterránea sería una trampa para ellos una vez que el ejército de Glome se apoderara de la ciudadela.

Si entre los invasores había algunos que sospechaban que Glome el Asesino tenía sus propios motivos para aventurarse en esta empresa, -que, de hecho, su intención era convertirse en rey de todo Kal-Thax-, eran lo bastante sensatos como para no mencionarlo.

Así pues, ahora, amparados en las sombras de la noche, miles de theiwars, daergars y un número indeterminado de los tornadizos y fanáticos kiars fuertemente armados se congregaron en la ladera del Fin del Cielo; justo debajo de ellos se encontraban los baluartes de la antigua ciudadela de los daewars.

-No veo guardias, -masculló Talud Tolec-. ¿Dónde están? Siempre los hay.

-Y también siempre hay luces de noche, -comentó otro-. La gente dorada no ve de noche, pero no distingo ninguna luz.

Era cierto. En la ladera, más abajo, la ciudadela estaba sumida en la oscuridad, perfilada contra las escombreras iluminadas por las lunas. En sus baluartes sólo se movían las

sombras, la oscuridad entre los juegos de luces roja y blanca, deslizándose lentamente a medida que Solinari y Lunitari ascendían en el cielo estrellado.

-¿Será una trampa? -preguntó uno de los capitanes daergars-. ¿Sabrán de algún modo que estamos aquí?

-No saben nada, -espetó Glome con brusquedad-. Los daewars son trapaceros, pero no son adivinos ni ven en la oscuridad. Nos hemos movido sólo de noche desde que nos reunimos en las minas hace seis días.

-Entonces ¿dónde están los guardias? -gruñó el daergar, su voz amortiguada por la máscara de hierro que llevaba puesta. Algunos daergars se quitaban las máscaras por la noche, cuando la luz no les hacía daño, pero otros preferían llevarlas puestas incluso entonces, y el efecto era desconcertante cuando hablaban: una voz que salía de un óvalo sin rostro, de oscuro metal, cuyo único rasgo era una estrecha rendija a la altura de los ojos ocultos.

-No importa dónde estén, -dijo Glome-. Visibles o no, no tardarán en estar muertos. ¿Están las volcaderas preparadas?

-Están en su sitio desde la puesta del sol, -le recordó Talud Tolec-. Y hace una hora que fueron cargadas. Puedes verlas tan bien como nosotros.

Las volcaderas eran un plan ingeniado por Glome; unas redes largas, fijadas al suelo por la parte inferior, se extendían a lo largo de cuatrocientos metros en la ladera, por encima de la ciudadela daewar. Las redes habían sido transportadas todo el camino desde Theibardin y se habían instalado después de caer la noche. Una vez puestas en su sitio, cuadrillas de enanos habían empezado a llenarlas con piedras de veinte y treinta kilos cada una. Ahora, cientos de toneladas de rocas hinchaban las redes, y los cables de retención estaban tan tirantes como barras de hierro.

-Entonces, da la señal, -ordenó Glome-. Estamos preparados.

-¡Un momento! -gritó alguien-. ¡Mirad!

Debajo de las redes volcaderas se veía movimiento en la ladera. Al principio era furtivo, oculto por las sombras. Después, una horda de enanos apareció en la zona iluminada por las lunas, saltando y gritando, dirigiéndose cuesta abajo hacia la silenciosa ciudadela daewar. Eran una docena o más, unas criaturas harapientas, desgredadas, que blandían diversas armas a la par que corrían. Sus chillidos eran gritos de odio que levantaban ecos en las vertientes.

-¡Herrín y corrosión! -maldijo Glome-. Esos kiars... ¿se puede saber qué demonios hacen?

-Con los kiars nunca se sabe, -rezongó uno de los guerreros daergars tras su máscara sin rasgos-. Pero lo van a estropear todo.

-No, no lo harán, -decidió Glome-. ¡Talud, da la señal!

Talud Tolec se llevó una pequeña trompeta a los labios y lanzó un toque y a continuación otro. De una punta a otra de la línea de redes, los enanos alzaron pesadas hachas sobre los cables de contención y, cuando la trompeta de Talud dio un tercer toque, descargaron el golpe. Con un estruendo que aumentó hasta hacerse atronador, las redes se vinieron abajo y toneladas de piedra rodaron ladera abajo, cobrando velocidad metro a metro. Por encima del desprendimiento se levantó una densa nube de polvo que se hinchó a la deslumbrante luz de las lunas. Tras ella, el estruendo de piedras rodando y chocando ahogó los gritos de la docena, más o menos, de kiars atrapados delante del alud.

Talud hizo sonar de nuevo la trompeta, y los gritos de guerra de millares de theiwars y daergars se alzaron por encima del tumulto de las rocas cayendo y estrellándose sobre la

ciudadela daewar. Un torrente de oscuras figuras bajó por la cara de la montaña cuando el ejército de Glome cargó cuesta abajo por la vertiente, a continuación del caos desatado por ellos mismos.

Algunas partes de la ciudadela, pináculos rotos apuntando hacia el cielo bajo el polvo y la luz de las lunas, continuaban en pie, pero había grandes agujeros en la estructura, allí donde las murallas habían caído bajo el torrente de piedra, y los theiwars, los daergars y los restantes kiars entraron en tropel por ellos y de inmediato se desplegaron para ocupar la antigua plaza fuerte de los daewars. En el aire retumbaron gritos de "¡muerte a los daewars!", seguidos de un desconcertado silencio. En alguna parte, una voz quejosa exclamó:

-¿Dónde están? ¡Aquí no hay nadie!

Durante más de una hora, en un colérico silencio, los invasores registraron la ciudad daewar nivel por nivel. No encontraron nada. El lugar estaba completamente abandonado. No quedaba siquiera una alfombrilla, ni el más pequeño mueble.

Siguiendo los rieles de las carretillas de mineral hacia el interior del Fin del Cielo fue como descubrieron la puerta clausurada donde las recientes excavaciones de los daewars habían empezado. Era una losa circular de granito, de tres metros y medio de diámetro, encajada en la boca del túnel.

-Las madrigueras, -decidió Glome el Asesino-. Han terminado su nueva ciudad bajo la montaña y se han trasladado a ella. -Señaló la losa de granito-. Derribadla, -ordenó-. Los daewars están al otro lado.

Trajeron herramientas y se pusieron manos a la obra. Fuera, al otro lado de las murallas rotas de la antigua ciudadela de Daebardin, llegó la luz de un nuevo día, luego la oscuridad de la noche, y a ésta siguió otro amanecer mientras una cuadrilla de enanos picaba los bordes de la puerta que taponaba el acceso, arrancando lascas de piedra. Por fin, la losa quedó suelta y le tocó el turno a las palancas. Al cabo de un momento, la puerta se inclinó hacia afuera y se desplomó mientras los enanos se apartaban precipitadamente; luego desenvainaron sus armas y entraron en tropel por el acceso.

Al otro lado debería haber habido una ciudad subterránea, una ciudad repleta de daewars y de sus riquezas. En lugar de ello, sólo había un túnel, un amplio pasadizo con rodadas en el suelo que se internaba en el corazón del Fin del Cielo, en dirección sur.

Un puñado de daergars, armados con sus oscuras espadas, dieron media vuelta y miraron al jefe de los theiwars con frialdad tras sus máscaras metálicas.

-Así que estaban aquí -siseó uno de ellos-. ¿Dónde, theiwar?

-A más profundidad, -decidió Glome-. El príncipe daewar dijo que estaban profundizando mucho. Debemos seguir este túnel. Su nueva ciudad tiene que estar más adelante, en alguna parte.

-Más te vale que esté -comentó con voz tonante un daergar.

El túnel discurría kilómetro tras kilómetro, internándose más y más en el núcleo rocoso de la montaña. El trazado era uniforme, a excepción de algunos ensanches a intervalos regulares donde las reveladoras marcas de pernos arrancados, -allí donde los carriles de carretillas habían sido desmontados-, aparecían en doble fila. En estos puntos, durante las excavaciones, las carretillas de mineral habían podido cruzar en sentido contrario, las cargadas hacia afuera, y las vacías de vuelta al interior de la montaña. Con una especie de sobrecogido asombro, los theiwars examinaron estas marcas, estudiando la precisión de los cortes en las paredes allí donde se habían extraído varios palmos de roca a la vez para abrir el túnel.

El amplio pasaje, que se internaba recto en el corazón de la montaña, era impresionante. No era algo que escapara a sus conocimientos, -muchos theiwars eran expertos en excavación de túneles-, pero sí era una obra grandiosa, mucho más importante que cualquier cosa que ellos hubieran llevado a cabo, y cuanto más lejos iban más se daban cuenta de su grandiosidad. Si este impresionante túnel sólo era una vía que conducía a su ciudad subterránea, entonces ¿qué sería la propia ciudad?

Tras unos cuantos kilómetros, el ejército de Glome empezó a disminuir cuando sus componentes, ya fuera de uno en uno o en pequeños grupos, la mayoría de ellos theiwars, se quedaban parados, esperaban a que los demás pasaran, y luego, en silencio, daban media vuelta y regresaban por donde habían venido. A muchos se les ocurrió la idea de que, si había una ciudad al final de esta calzada, también tenía que haber muchos más daewars de los que habían pensado. La perspectiva de atacar a una tribu que los superaba en número, y además en su propio terreno, hizo que muchos theiwars cambiaran de opinión sobre toda esta aventura.

Pocos daergars dieron media vuelta. Movidos por la intensa y obstinada fijeza de propósito característica de estos mineros innatos, siguieron adelante, y algunos de los salvajes y tornadizos kiars fueron con ellos.

Muy dentro del Fin del Cielo, Talud Tolec se dio cuenta de que los theiwars eran mucho menos numerosos que antes y, desviándose a un lado, miró hacia atrás por el gran túnel. Simulando estar atándose las botas, se arrodilló junto a la pared mientras que el heterogéneo ejército, -todavía de varios miles de hombres-, continuaba la marcha.

Cuando todos hubieron pasado, se incorporó y miró a su alrededor. Por un instante creyó que estaba solo; entonces una sombra se movió cerca de él y una voz familiar dijo:

-¿Tú también, Talud Tolec? -Brule Lengua de Vapor salió de las sombras a la mortecina luz de la lámpara de aceite de Talud-. Entonces ¿también has caído en la cuenta?

-¿En la cuenta de qué? -Talud pronunció las palabras con brusquedad. El semidaergar, siempre buscando la oscuridad, lo había sobresaltado, y eso lo irritaba.

-De que ha llegado el momento de abandonar este lugar. -Brule se encogió de hombros-. No son las riquezas de los daewars lo que nos aguarda ahí dentro, sino la muerte. Esta calzada no es la entrada a una ciudad. Es exactamente lo que parece: una calzada. Los daewars la construyeron, y los daewars se han marchado a donde conduce, y Glome el Asesino va hacia su muerte.

-¿Temes a los daewars? -se mofó Talud.

-No tanto como temo a los que son mi otro pueblo. -Brule volvió a encogerse de hombros, sin reaccionar a la pulla-. Conozco la fijeza de propósito que mueve a los daergars. Es lo que ha explotado Glome para conseguir que lo siguieran. Pero sé algo acerca de esa fijeza que hasta Glome ignora.

-¿Y qué es?

-El ansia de sangre daewar, -repuso Brule Lengua de Vapor-, puede despertarse, pero no apagarse. Mis medio hermanos de allí -hizo un ademán en la dirección por donde el ejército enano se había marchado-, buscan la sangre de los daewars. Pero, si se les niega, encontrarán otra. Los daergars son como sus espadas, que una vez que han sido desenvainadas no se enfundarán de nuevo hasta haber probado sangre.

Pensativo, Talud miró hacia el extremo del túnel por donde el avance de la tropa invasora de Glome sonaba cada vez más apagado. Luego se colocó bien el petate y las armas, se ajustó el cinturón y dio media vuelta.

-Estoy harto de esto, -dijo-. Me voy a casa.

-Una buena decisión. -Brule Lengua de Vapor asintió con la cabeza y fue tras los pasos del theiwar.

El ejército progresivamente menguado de Glome había penetrado casi veinte kilómetros en el interior del Fin del Cielo cuando llegó a un segundo obstáculo, una reja de barras de hierro forjado de diez centímetros de grosor, unidas entre sí a golpes de martillos soldadores.

Glome aporreó la reja en un acceso de ira.

-¡Rieles de vías! -gritó-. ¡Que el herrín y la corrosión acaben con los daewars! ¡Han hecho una puerta con rieles de vías! -Jadeante y frustrado, hizo un gesto de rabia-. ¡Abridla!

Otros theiwars y varios daergars se adelantaron para asomarse por la puerta, con las antorchas en alto. La luz brilló a través de la reja y se reflejó en el metal de dos tornos de cables que estaban instalados fuera de su alcance, como también lo estaban los pasadores que atrancaban la puerta en la profunda ranura del suelo de la caverna.

-No podemos abrir esto, -dijo un daergar-. Sólo puede hacerse desde el otro lado.

-¡Entonces cortadlas! -bramó Glome.

-¿Con qué? -preguntó el daergar, su voz un suave ronroneo mientras se volvía hacia el líder theiwar-. No trajimos herramientas de forja, ni escoplos ni sierras. Sólo herramientas de excavación. Dijiste que era lo único que necesitaríamos.

-¡Bueno, no sabía nada de esto!

-No sabías ni esto ni un montón de cosas más, theiwar, -ronroneó el daergar-. Nos has hecho perder el tiempo. -La impasible máscara de hierro se giró apenas hacia un lado y luego volvió hacia el frente, y Glome apenas pudo levantar su escudo a tiempo de parar la espada de oscuro acero que se descargaba sobre su cuello.

-¡A las armas! -gritó, a la par que detenía otro tajo con su propia espada-. ¡Los daergars se han vuelto contra nosotros!

En un visto y no visto, en el gran túnel estalló un tumulto de ruidos metálicos y estrepitosos golpes, gritos y alaridos, cuando los enanos se atacaron unos a otros, centenares en cada bando, sus sombras agigantadas sobre las paredes de la caverna por la tenebrosa luz de las antorchas caídas.

Glome esquivó y fintó, obstaculizado por los luchadores que combatían a su alrededor. Lanzó una estocada a fondo, descargó un tajo, y giró, escudo y espada centelleando alternativamente como armas y defensa. Todo en derredor, theiwars y daergars estaban enzarzados en combates mortales, y la sangre creó charcos en el suelo de piedra del túnel. Durante varios minutos, Glome no cedió terreno, despejando el espacio a su alrededor una y otra vez, pisoteando los cuerpos de aliados y enemigos muertos. Entonces fue arrastrado bajo el ímpetu combativo de los daergars, mientras los defensores theiwars presionaban desde atrás.

La batalla continuó en pleno apogeo ante la puerta de hierro, y después se extendió por el túnel a medida que algunos enanos se daban a la fuga y otros los perseguían. Eran centenares los muertos que quedaron envueltos en la oscuridad cuando las antorchas, empapadas en sangre, chisporrotearon y se apagaron, y llegó un momento en que a la oscuridad se unió el silencio. Los ecos se fueron apagando por el norte, donde continuaba la batalla, alejándose, y en la amplia caverna, delante de la reja daewar, no se movió nada salvo la titilante y pequeña llama de una lámpara tirada.

Entonces algo se movió. Los cuerpos apilados en el suelo se agitaron, y volvieron a agitarse, y una cabeza se levantó con cautela. Durante largos instantes la figura permaneció

quieta a excepción de un rostro impassible, sin rasgos, que miró a uno y otro lado. Luego apartó los cuerpos a empujones y se incorporó. Estaba empapado en sangre desde el yelmo hasta las botas; incluso la máscara de hierro goteaba coágulos. A través de la rendija para los ojos había un profundo surco, donde había detenido el golpe de una espada.

Se puso de pie, miró a su alrededor, al silencio mortal que envolvía el túnel, y luego volvió la cabeza hacia la puerta de barrotes de hierro, y lanzó un sordo gruñido. Mascullando una maldición se quitó la máscara del rostro y la arrojó lejos; luego se inclinó para buscar su escudo y su espada.

Los daewars pagarían esta humillación. Algún día, la pagarían. Que creyeran, -por ahora-, que Glome el Asesino había muerto. Que todos lo creyeran. Ya descubrirían lo contrario algún día. Lo suyo no era morir, sino matar. Mediante el asesinato y la manipulación, se había convertido en dirigente de los theiwars de Theibardin, y ser jefe había despertado en él un deseo.

Glome tenía intención de ser rey de todo Kal-Thax, y poco le importaba a quién tenía que matar para alcanzar su meta.

Las Profundidades

Urkhan, el explorador daewar, había muerto intentando trazar los mapas de las maravillas existentes bajo la montaña Buscador de Nubes. Pero con su muerte había nacido un sueño. Ahora, Olim Hebilla de Oro contempló la gigantesca caverna débilmente iluminada que era el legado de Urkhan, y por primera vez se preguntó si incluso él, el príncipe de los daewars, era lo bastante hombre para hacer el sueño realidad.

Para los ojos acostumbrados a los contornos de las laderas montañosas y las limitaciones de las madrigueras, la caverna era una visión increíble, portentosa. Aun después de haber contemplado sus maravillas un centenar de veces, todavía resultaba impresionante. De varios kilómetros de ancho, su perímetro inferior estaba conformado por una serie de playas rocosas que descendían hacia un lago subterráneo de aguas límpidas y transparentes. Desde la orilla oriental, donde los daewars habían empezado la excavación de alojamientos, las lejanas playas del lado opuesto apenas se distinguían, incluso cuando la luz filtrada por el cuarzo era más fuerte. Elevándose en el centro del lago había un pilar de piedra con forma de embudo, que se ensanchaba hacia arriba, donde se fundía con el distante e inmenso techo abovedado de la caverna. Con una altura de ochocientos metros y una anchura aún mayor en su parte alta, la estalactita semejaba un pilar monumental sobre el que toda la montaña parecía apoyarse. En la cambiante luz, su superficie sinuosa brillaba por la humedad, y el agua escurría por las concreciones a todo lo largo de sus lados.

-Es una piedra viva, -musitó Gema Manguito Azul por duodécima vez, contemplando con sobrecogimiento el gigantesco pilar-. El agua la ha creado y sigue nutriéndola.

-No es creación del agua, -dijo Pizarra Lámina Fría-. Es obra de un dios. Sólo Reorx podría haber hecho algo así.

-En tal caso, Reorx recibió algo de ayuda de la gran hoyá que hay entre los Tejedores del Viento, -intervino Olim Hebilla de Oro-. El agua crea estalactitas, y el agua debe de venir de allí.

-¿Y de dónde viene el viento? -preguntó Gema, que señalaba la superficie del lago salpicada de olas-. Ni un solo día, desde que trasladamos Daebardin aquí, se ha calmado el aire.

-De los respiraderos, -repuso Olim Hebilla de Oro, que volvió la vista hacia Gema-. Ah, claro. Tú no conoces los informes de los exploradores. Al parecer, hay conductos de ventilación naturales alrededor de los flancos de la montaña. Todavía no saben cuántos, pero uno de ellos está al sur de aquí, en el fondo de ese valle infranqueable, cerrado por paredes verticales, que los theiwars llaman Caída Mortal. Y hay conductos en la cumbre. Mica Pie de Diamante cree que existen respiraderos ascendentes alrededor de la hoya, justo al pie del Colmillo del Vendaval, y que el aire racheado de los Tejedores del Viento crea la corriente aquí abajo.

-Si hay respiraderos por los que entra el aire, entonces también hay conductos por los que pueden entrar enemigos, -comentó Gema, ceñudo.

-A medida que los vayamos encontrando, los cerraremos con rejas, -dijo Olim-, como hicimos con la calzada desde el Fin del Cielo.

Miró hacia arriba, donde se concentraba el ruido de las excavaciones y las construcciones. Por encima de la línea costera oriental del gran lago, las paredes de la caverna se elevaban en una serie de niveles escalonados, y era allí donde los daewars estaban excavando. Tres niveles separados de perforaciones estaban en plena construcción, y se planeaban varios más. En la cara de la pared había daewars por todas partes, -miles de ellos visibles en cualquier momento-, excavando los niveles de la porosa piedra, abriéndose paso en ella, penetrando más allá de los límites naturales de la caverna, perforando cubículos que se conectaban con otros cubículos: lugares para vivir la gente, para intercambiar mercancías, para celebrar consejos y asambleas; los inicios de una ciudad.

Desde las construcciones, a lo largo de una serie de calzadas y túneles, las carretillas de mineral rodaban con estruendo, transportando desde las excavaciones cascajo selecto hasta otras cavernas distantes que serían los viveros de cultivo y en las que se estaban acondicionando los suelos. Era en estas cavernas donde los daewars estaban utilizando la fuerza de los gusanos remolcadores para arrastrar gradas con las que desmenuzaban la piedra que sería la base de la capa superior de humus.

Entretanto, grupos recolectores recorrían las cavernas haciendo acopio de toneladas de hongos comestibles, diversos tipos de carne sobre cuyo origen nadie preguntaba demasiado, y frutos de una docena de variedades de plantas rastreras y trepadoras que crecían en estas regiones subterráneas, dondequiera que se filtrara la luz por un estrato de cuarzo.

-Es magnífico, -dijo Olim Hebilla de Oro mientras recorría con la mirada sus nuevos dominios-. Va más allá de lo que cualquiera de nosotros soñó.

Pizarra Lámina Fría sacudió su canosa cabeza y frunció el ceño.

-Este sitio es grande, desde luego. Pero me sentiría mejor si supiera cómo se supone que va a vivir la gente aquí.

Los demás lo miraron con curiosidad.

-Como la gente vive en cualquier otra parte, anciano, -dijo Gema-. Usando lo que hemos encontrado.

-Pero ¿qué hemos encontrado? -El viejo jefe de excavaciones extendió los brazos y giró sobre sí mismo-. Un sitio. Un lugar con agua y gusanos.

-Y con aire fresco y luz del sol, -añadió Gema.

-Y que puede defenderse..., así lo quiera Reorx, de invasiones, -apuntó el príncipe-. ¿Qué es lo que te preocupa, jefe de excavaciones?

-La comida y el combustible, -dijo Pizarra tajantemente-. Oh, nuestros recolectores nos están proporcionando alimento ahora, pero esas provisiones se terminarán. Y la madera. Necesitamos madera, señor. Siempre la necesitaremos, y en el interior de las montañas no crecen árboles.

Olim se rascó la barba mientras alzaba la mirada hacia las construcciones. Sin maderos para vigas, serían poco profundas y aun menos seguras. Las puertas plantearían otro problema, así como los muebles.

-Y vetas ricas, -continuó el maestro de excavaciones-. Aquí no hay verdaderos filones metalíferos, señor, y es imposible llegar a los ricos yacimientos del sur.

-Pero sí podemos comerciar, -le contestó Olim-. Nuestra calzada servirá.

-¿Un túnel de ochenta kilómetros que va en la dirección equivocada? Y eso no es todo. - El viejo enano señaló hacia abajo, a la costa, donde largas filas de daewars iban pasándose cubos de mano en mano, llevando agua desde el lago hasta las construcciones, donde la subían con cuerdas-. En Daebardin, señor, recogíamos agua de arriba, de depósitos y manantiales. Aquí tenemos que subirla. No es eficaz. A vuestro pueblo no le gusta.

-¿De veras? Así que se quejan, ¿no? ¿Y qué más no les gusta?

-A muchos no les gusta este sitio, -le contestó Pizarra-. Gil Corteza de Gema y sus tejedores están molestos porque no hay nada que tejer. Los artesanos tienen los semblantes taciturnos porque las forjas están frías. Los carpinteros... casi todos ellos están ahí, en las filas de aguadores, porque no tienen otra cosa que hacer. Y hace menos de una hora que oí a Winna Hilo Rojo protestar porque el único grano que queda en los almacenes es avena.

-¡Winna Hilo Rojo! -escupió Olim-. Esa mujer se sentiría desolada si no tuviera nada por lo que protestar.

-Ocurre también con los excavadores, señor, y sus familias. Hay mucho descontento. Dicen que se supone que la gente tiene que vivir bajo las laderas de las montañas, no en las entrañas de las montañas. Dicen que se supone que la gente tiene que vivir a cubierto del exterior, pero no aislados del exterior.

Olim Hebilla de Oro sintió que un rugido de rabia le subía por la garganta, pero consiguió contenerlo y reducirlo a un gruñido gutural. ¡Su grandioso sueño había estallado en añicos en boca de un canoso jefe de excavaciones! Impacientemente, se dio media vuelta.

-Ya pensaremos en algo, -dijo.

Fue una cuadrilla de madereros, que se dirigía al exterior, la que encontró los restos de los theiwars y daergars que habían muerto luchando entre sí, al otro lado de la reja de hierro. Cientos de cuerpos alfombraban la cueva lateral, y otros muchos más allá. Los daewars recorrieron un par de kilómetros, contemplando boquiabiertos los cadáveres; entonces dieron media vuelta y regresaron a informar.

Gema Manguito Azul salió al mando de una compañía de soldados para investigar todo el trayecto del túnel, hasta la ladera norte del Fin del Cielo. Allí descubrió el destrozo de la ciudadela y dedujo lo que había ocurrido.

Olim Hebilla de Oro escuchó los informes al mismo tiempo que los miembros del consejo, y después envió destacamentos para limpiar el túnel de cadáveres y para volver a clausurarlos en su extremo más alejado.

-El Fin del Cielo ha quedado atrás para nosotros, -les dijo a los ancianos del consejo del thane-. Vinimos de allí hasta aquí, y no regresaremos. Encontraremos otros caminos hacia el exterior. Exploraremos, siguiendo los pasos de Urkhan. Si no existen vías accesibles

desde estas cavernas, las abriremos nosotros, del mismo modo que abrimos el camino hasta aquí.

El otoño llegaba a su final en las montañas Kharolis cuando los exploradores daewars que sondeaban hacia arriba se abrieron paso a unas antiguas y casi desiertas guaridas de los theiwars; guaridas que se habían erosionado y abandonado en su mayor parte, a gran altura en el lomo del pico llamado Buscador de Nubes. Quedaban unos cuantos theiwars, y, en los primeros momentos tras entrar allí, unos pocos daewars murieron por piedras lanzadas y cuchilladas de las oscuras espadas, pero la defensa montada por los theiwars era lastimosamente pequeña. En todo este complejo de cavernas sólo quedaban unos cuantos cientos de theiwars, en su mayoría mujeres, niños y ancianos, aunque entre ellos se encontraban algunos líderes theiwars que habían acudido con el fin de hacer arreglos para el suministro de alimentos. La tropa daewar que entró tras los excavadores, dirigida por Gema Manguito Azul, los redujo y desarmó sin mucho esfuerzo.

Y fue entonces cuando Olim Hebilla de Oro se enteró de que los intrusos humanos se habían reagrupado y habían vuelto a atacar en las laderas orientales.

A lo largo de un amplio frente, ascendiendo por las estribaciones desde las planicies, miles y miles de humanos lanzaban una invasión sobre Kal-Thax. Empujadas hacia el oeste por la guerra de los dragones en el este, rechazadas y hostigadas por el reino organizado de Ergoth, nuevas hordas de humanos, -y otras razas entre ellos-, se habían encontrado frenadas por los dominios de los enanos y habían reaccionado como lo hacían los humanos. Habían retrocedido, se habían arremolinado en desorden hasta concentrarse en masa, y entonces se habían organizado y habían atacado.

Con sólo los theiwars, los daergars y los kiars patrullando las fronteras orientales de Kal-Thax, los invasores habían penetrado bastante en los pasos, más lejos de lo que habían conseguido llegar hasta entonces. Aprovechando la última guerra entre theiwars y daergars, -con los kiars participando en ambos bandos-, los humanos y sus aliados habían establecido un cordón desde el Gran Cañón hasta los riscos de Shalomar, desde donde lanzaban sangrientos ataques contra los enanos.

Entre theiwars y daergars existía ahora un débil tratado que los unía en la defensa de Kal-Thax contra los extranjeros. La mayoría de los guerreros de ambas tribus se encontraba en las vertientes orientales, combatiendo.

-¡Herrín! -bramó Olim Hebilla de Oro cuando se enteró de esta noticia-. ¡Herrín y corrosión! ¡A las armas daewars! ¡El Pacto de Kal-Thax nos emplaza!

Ante él, tres theiwars cautivos miraban a su alrededor con los ojos desorbitados por la sorpresa, contemplando la inmensa caverna a la que habían sido conducidos con los ojos vendados.

-¿Qué..., qué es este sitio? -preguntó Talud Tolec finalmente.

A su lado, un guardia daewar esbozó una mueca.

--Puede ser vuestra mejor y última esperanza, theiwar -susurró-. Si no expulsamos a los extranjeros esta vez, tú y tu gente tendréis que confiar en que nuestro príncipe os permita refugiarnos en Nueva Daebardin.

La batalla que se sostenía en las vertientes orientales de las montañas Kharolis era más que una guerra. Era un choque en auge entre la determinación incommovible, porfiada, de las naciones enanas que habían jurado por Reorx impedir la entrada de extraños en Kal-Thax, y el apremio desesperado, irresistible, de miles y miles de seres desplazados que ya no tenían otro sitio adonde ir.

La primera compañía daewar que descendió en tropel por la ladera del Buscador de Nubes para reforzar el ramplón ejército de theiwars, daergars, kiars, -y, de cuando en cuando, incluso grupos de aterrorizados aghars, los huidizos enanos gullys atrapados en una refriega-, se lanzó directamente al furor de un grupo de ogros que luchaban al lado de humanos. A pesar de que los daewars los superaban en un porcentaje de doce a uno, los ogros se las ingeniaron para diezmar la compañía antes de ser rechazados. En este choque, diecisiete daewars murieron y otros cuatro resultaron heridos. Entre los ogros hubo cinco bajas, uno fue capturado, y nadie tenía idea de cuántos estaban heridos.

Por su corpulento cautivo, Gema Manguito Azul supo que los ogros habían huido de un lugar llamado Bloten, expulsados por un dragón que buscaba una base desde la que volar contra los elfos, en el este.

Arriba y abajo en las vertientes de las montañas Kharolis, los enanos luchaban contra humanos, ogros y, -debajo de los riscos de Shalomar-, incluso algunos escuadrones de goblins. Las líneas enanas resistieron día tras día, pero todos ellos, Olim Hebilla de Oro de los daewars, Talud Tolec de los theiwars, y Vog Cara de Hierro de los daergars, sabían que no podrían aguantar mucho más a menos que pudieran cambiar la defensa en ataque. El otoño se cernía sobre las montañas, y los primeros hielos proporcionarían un breve respiro a los enanos, pero sólo en el caso de que pudieran contener a los invasores al este de las serranías frontales. Si los forasteros conseguían llegar a las altas montañas y encontraban refugio en alguno de los valles profundos allí escondidos, entonces, para la primavera, Kal-Thaxsería indefendible.

Fue el capitán de Olim Hebilla de Oro, Gema Manguito Azul, el que dirigió el primer asalto vertiente abajo con la esperanza de romper el cordón.

Con trescientos daewars, a los que seguían un centenar de theiwars y otros tantos daergars, Manguito Azul, -a la cabeza de sus compañías de élite de la guardia Maza Dorada-, atacó pendiente abajo en formación de falange, y los humanos que estaban allí, en su mayoría salvajes Saqueadores de las planicies septentrionales, se encontraron frente a un muro móvil de escudos metálicos desde el que espadas desnudas arremetían como fulgurantes lenguas de serpientes. Por un instante, los humanos mantuvieron el frente, pero sólo un momento. Flanqueada por los vociferantes kiars, la falange abrió brecha en la defensa humana y se extendió en una amplia cuña de espadas y escudos, avanzando sobre los cuerpos de enemigos muertos.

Los Saqueadores huyeron en desbandada ladera abajo, y los enanos, que los perseguían de cerca, se dieron de bruces con algo que pocos de ellos habían visto con anterioridad.

Corriendo para salvar la vida, la masa de humanos se desperdigó por los llanos ascendentes y desapareció tras una línea de figuras altas, ominosas: guerreros de Ergoth, protegidos de la cabeza a los pies con corazas, encaramados a caballos igualmente protegidos, y que pusieron lanzas en ristre para lanzarse a la carga.

En terreno abierto, los enanos no eran enemigos para los ergothianos montados, encabezados por caballeros. Más de un tercio de las tropas dirigidas por Gema Manguito Azul cayó allí, antes de que el resto tuviera ocasión de escapar hacia las laderas. La línea de jinetes armados fue en su persecución hasta el inicio de las inclinadas vertientes y se detuvo allí. Pero uno de los jinetes alzó la visera para gritar a la Maza Dorada:

-¡Quedaos en vuestras montañas, enanos! ¡Defendedos allí si así lo queréis, pero no nos traigáis a nosotros vuestros problemas!

Por debajo de los enanos en retirada, los jinetes volvieron grupas metódicamente y empezaron a recorrer las llanuras, obligando a los Saqueadores a dar media vuelta hacia las

montañas.

En lo alto de un promontorio, Olim Hebilla de Oro presenció la derrota y retirada de sus tropas y sacudió la cabeza tristemente.

-Hemos perdido nuestra única ventaja, -le dijo a Talud Tolec-. Esa gente se opone a nuestros enemigos tanto como nosotros. Kal-Thax está perdida, y no queda otro lugar al que retirarse salvo las profundidades, bajo la roca.

-Los theiwars no tenemos refugios en las profundidades -dijo Talud-. ¿Qué será de nosotros?

A pocos palmos de distancia, una máscara sin rasgos se volvió hacia ellos.

-Tampoco nosotros, daewar, -dijo la voz de Vog Cara de Hierro, que sonó atronadora y hueca-. A menos que creas que podemos defender pozos de minas.

Olim los observó alternativamente, y luego su penetrante mirada se detuvo en el theiwar.

-En una ocasión me dijiste que creías que estábamos construyendo una fortaleza, -le recordó-. ¿Te acuerdas?

-Eso fue una artimaña, -repuso Talud, ceñudo-. Dejaste que lo creyéramos para encubrir lo que estabais haciendo en realidad.

-Aunque así fuera. -Olim se encogió de hombros-. Ahora vivimos en las profundidades, y allí hay sitio para los theiwars -echó una ojeada a un lado, con un patente desagrado plasmado en su semblante cuando miró la oscura rendija tras la que se escondían los ojos de Vog-, e incluso para los daergars. No serán los daewars quienes rompan el Pacto de Kal-Thax, pero las regiones subterráneas halladas por nosotros nos pertenecen, y sólo los daewars llevarán las riendas allí.

El daergar iba a replicar, pero retrocedió un paso al tiempo que daba un respingo cuando el aire detrás de Olim Hebilla de Oro chisporroteó y apareció una figura..., una figura vetusta y andrajosa, que se apoyaba en un arpón de dos puntas. Unos ojos, que eran como la propia oscuridad, los contemplaban bajo una mata de cabello plateado. El fantasma rieló, cambiando de translúcido a casi transparente. Parecía estar plantado ante ellos, pero sus pies no tocaban el suelo.

-Los más altos de las profundidades reinarán, -susurró una fría voz-. Sólo los más altos de las profundidades.

Olim miró fijamente a la aparición. Era la figura de sus inquietantes sueños.

-¡Tú! -musitó.

-Sí -dijo la fría voz, luego pareció hablar sin dirigirse a nadie en particular-. Excavad y construid las profundidades del reino enano. Aquellos que han de reinar aún no han llegado. Los conoceréis cuando lo hagan. Los conoceréis por los tambores.

El theiwar y el daergar miraban boquiabiertos, enmudecidos, a la aparición.

-¿Quiénes son? -inquirió Olim Hebilla de Oro con voz estrangulada-. ¿Qué tambores?

La figura se giró levemente y se tornó transparente.

-Esos tambores, -susurró mientras seguía volviéndose, en dirección a las planicies, más allá de las laderas de las montañas-. Esos tambores. -Se giró un poco más y desapareció.

En el viento del este, cada vez más frío, que se propagaba a través de bullentes llanuras al pie de las montañas Kharolis, llegó un sonido. Aunque débil por la distancia y apagado por el barullo caótico de la masa de invasores desplegada al pie de Kal-Thax, era perceptible, y todos lo oyeron.

Era el sonido rítmico, palpitante, de tambores en marcha.

Los enanos no fueron los únicos que oyeron el distante sonido. Abajo, en las estribaciones, los asaltantes volvieron los rostros hacia el este, y en las llanuras una fila de jinetes ergothianos volvió grupas y salió a galope buscando la fuente del ruido.

Gema Manguito Azul vio la oportunidad que se le presentaba y la aprovechó. A una orden suya, cientos de daewars descendieron en tropel por la ladera, con theiwars y daergars a sus flancos. Desconcertados y sorprendidos, y sin los ergothianos a sus espaldas, las compañías de humanos que estaban en las vertientes dieron media vuelta y huyeron. Horas después, la Maza Dorada había establecido un perímetro de defensa por debajo de los promontorios de las altas cumbres.

QUINTA PARTE

EL PUEBLO DEL ÁRBOL DE LA VIDA

**La Frontera Oriental
De Kal-Thax
Siglo Del Viento
Década Del Roble
Otoño, Año Del Cobre**

Forja De Vínculos

Desde la arboleda del río donde los hylars hicieron un alto para acampar se divisaban unas elevadas cumbres en la lejanía. Aunque todavía muy distantes, perfilándose azuladas contra el cielo en el horizonte occidental, los enanos oían su llamada como ecos de Thoradin en sus corazones.

Mientras se instalaba el campamento y se encendían las lumbres, Colin Diente de Piedra y otros treparon a lo alto de un cerro y miraron hacia el oeste. Tera Sharn estaba al lado de su padre mientras éste probaba el viento con oídos y nariz, y luego se arrodillaba para examinar la tierra bajo la exuberante hierba. Arrancó una brizna, la masticó pensativamente, y a continuación rascó la tierra y la cató. El terreno era rico y fértil, tanto como lo era el sureste de Ergoth. Pero era una región más adecuada para humanos que para enanos.

Sin embargo, más allá, donde las altas cumbres se alzaban azuladas bajo la luz otoñal, la vista que atraía fuertemente su atención y los vientos que soplaban desde allí hablaban de prados altos y noble piedra, de declives y cavernas y depósitos minerales; de lugares para enanos.

-Nos quedaremos aquí el tiempo suficiente para que los animales pasten y los recolectores almacenen provisiones, -dcretó Colin Diente de Piedra-. Que los artesanos hagan trabajar sus forjas y los tejedores elaboren sus lanas. La próxima vez que utilicemos nuestros yunques será dentro de aquellas montañas que se ven en lontananza.

-Kal-Thax, -dijo Mistral Thrax-. Kal-Thax está allí, en aquellas montañas. El lugar de Everbardin.

-Entonces decid al caballero que disponga el campo de entrenamiento y complete sus enseñanzas, -dijo el dirigente-. Es humano y no irá a Kal-Thax, pero éste será el último alto que hacemos hasta que lleguemos allí.

El emplazamiento del campamento estaba bien elegido. Ofrecía campos en sazón para recolectar y pastar, madera para lumbres y forjas, y agua para bañarse y para el cuidado del ganado. Los hylars habían aprendido mucho en las artes del combate bajo la tutela de Glendon Falcón, pero todavía quedaban otras disciplinas que dominar, y para ello hacía falta tiempo.

Pero había otra razón más, -y primordial-, para que la gran caravana hylar se detuviera. Era el día de la boda de la hija del dirigente, Tera Sharn, y el capitán de la guardia, Willen Mazo de Hierro.

A través de miles de kilómetros de territorio salvaje, e incluso antes, en el lugar que había sido Thorin, la gente había visto el desarrollo del idilio entre el robusto guerrero y la princesa de oscuros ojos. Handil el Tambor se había convertido en una leyenda entre los hylars, y Tolon el Meditabundo estaba lejos, gobernando un sitio que los hylars nunca volverían a ver. Cale Ojo Verde gozaba del aprecio del pueblo de su padre, pero les resultaba extraño con su predilección por usos que no eran los de los enanos.

Aquello dejaba a Tera Sharn como la única a la que la gente podía idolatrar, y eso fue exactamente lo que hicieron. Por su parte, Willen había recorrido los últimos cien

kilómetros con una ancha y estúpida sonrisa, y a veces actuaba como si estuviera en las nubes.

Era el momento de celebrar una boda, y los hylars la organizaron con gran estilo. En un claro levantaron una gran forja ornamentada, rematada con arcos de piedra que representaban la fortaleza de las montañas, y cuatro fuelles con incrustaciones de plata que simbolizaban los vientos de las cuatro estaciones que cantan entre las altas cumbres.

A lo largo de toda una mañana, la mayoría de la tribu trabajó para preparar las cosas, las mujeres gritando órdenes, los hombres corriendo de aquí para allí, haciendo lo que les decían. Los leñadores seleccionaron el combustible para la forja ceremonial, siete variedades de madera que representaban los siete metales preciosos: nogal por el acero, símbolo de flexibilidad y sabiduría; roble por el hierro, por la fuerza; arce por el estaño, por la devoción inquebrantable; cedro por el cobre, el metal del corazón; fresno por el níquel, por perseverancia y fidelidad; pino multicolor por el bronce, símbolo de las mezclas y aleaciones; y fustete por el oro, por el gozo y el bienestar duraderos del hogar y la familia.

Un martillo de bronce ceremonial había sido forjado para la ocasión, así como unas tenazas de cobre con mangos de palo de rosa.

Cuando el sol estuvo alto en el despejado cielo, toda la tribu se reunió alrededor de la forja, en la que brillantes carbones relucían rojos como cerezas. La guardia hylar -acicalada, reluciente y cepillada, cada guerrero montado en su mejor caballo-, se desplegó en dos filas para formar un paso por el que pasaron Colin Diente de Piedra y los Diez, seguidos por un Willen Mazo de Hierro de aspecto aturdido flanqueado por guardias. Cabalgaron sosegadamente hacia el claro de la forja y allí desmontaron.

Por un momento reinó el silencio, y sólo se oyó el sonido de la brisa, del canto de los pájaros, y la voz excitada de un kender que exclamaba:

-¡Guau! ¡Mira eso! Es...

La voz enmudeció bruscamente cuando unas fuertes manos enanas taparon la boca del kender. Entonces, empezó a sonar quedamente un tambor, al que se sumó otro, y otro más, cogiendo el ritmo. Por todo el claro los tambores tocaron el suave redoble en los amortiguados instrumentos de percusión al tiempo que se abría otro paso y una docena de muchachas avanzaba por él, esparciendo puñados de monedas de acero y puntas de flecha. Tras ellas venía Tera Sharn, vestida con su mejor falda montañesa, sandalias de cordones, corpiño con bordados de llameantes soles, y una capa larga acolchada de la más fina seda. Llevaba el cabello recogido en alto y adornado con una peineta de cobre.

Varios de los escoltas de Willen Mazo de Hierro se acercaron a él, listos para sostenerlo en caso de que las rodillas empezaran a flaquearle.

Colin Diente de Piedra se aproximó a la forja y levantó las manos.

-Gentes del pueblo, -entonó-. ¡Gentes del lugar más alto, pueblo de los hylars! Ahora reunidos en presencia de Reorx, el creador de todas las gentes, Reorx, que indudablemente debe de velar por éste, su más amado pueblo, que fue creado el último y el mejor...

-¡Eso no es verdad! -protestó una vocecilla aguda-. Los enanos no son el...

Las fuertes manos silenciaron de nuevo al kender.

-¡Llevaos de aquí a ese pequeño latoso! -susurró una voz profunda.

-Que fue creado el último y, por ende, el mejor, -continuó Colin Diente de Piedra-. Pueblo de los hylars, observad y sed testigos. Dos de nosotros han decidido unirse como marido y mujer. Willen Mazo de Hierro, capitán de la guardia, ha elegido a Tera Sharn, eh... mi hija. Y ella también lo ha elegido a él. ¿Alguien entre los aquí presentes desea... o se atreve... a retarlos?

A esta señal, Tera Sharn levantó una jabalina adornada con guirnaldas de flores, pero no por ello menos mortífera, y la sostuvo en alto mientras daba un giro completo y clavaba la mirada en los ojos de todas y cada una de las mujeres solteras que había entre la multitud. Uno de los guardias dio un codazo a Willen Mazo de Hierro, que pareció salir de un trance, y luego enarboló la espada, de manera que todos los varones de la asamblea pudieran verla.

Al no haber ningún contrincante, Colin Diente de Piedra asintió con la cabeza. La novia y el novio bajaron sus armas, enlazaron las manos y se acercaron a la forja, hasta sentir su agradable calor en los rostros. Al pie de ésta había un yunque de cuatro kilos, repujado en oro y envuelto con cintas. Willen se agachó, levantó el yunque, y lo colocó en el borde de la forja, entre el martillo y las tenazas ceremoniales.

Uno de los guardias de la escolta y una de las bonitas acompañantes de Tera Sharn se adelantaron y se situaron al lado de los novios; después, cogieron unas largas tenazas de hierro y las acercaron a las brasas, y de ellas sacaron dos pequeños y finos lingotes, uno de plata y otro de oro, calientes y brillantes. Con cuidado, los colocaron sobre el yunque, uno cruzado sobre el otro, y se retiraron un paso.

Tera Sharn tomó las tenazas de cobre con mango de palo de rosa y sujetó los ardientes lingotes por el centro. Los levantó, miró a Willen, y recitó:

-Que las dos mitades de nuestra unión sean iguales y fuertes.

A continuación puso de nuevo los lingotes calientes sobre el yunque.

Willen la miró fijamente, procurando no sonreír. Levantó el martillo.

-Y que jamás se separen, -dijo.

Con un fuerte martillazo golpeó los lingotes unidos, y los fundió para siempre en una cruz metálica, la cruz de los pilares del mundo.

La multitud lanzó clamorosos vítores, y Colin Diente de Piedra levantó las manos para acallarlos. Luego miró a Willen y a Tera.

-¿Intercambiaréis prendas? -preguntó.

Tera Sharn sacó de su corpiño un colgante y una cadena, bellamente elaborados en acero niquelado. Puesta de puntillas, levantó las manos y, pasando la cadena sobre la cabeza de Willen, dejó el colgante sobre su pecho. Era una estrella.

-En prueba de mi amor, -susurró.

Willen, con las mejillas enrojecidas por encima de la barba peinada hacia atrás, se llevó una mano a la bolsita que colgaba de su cinturón y manoseó dentro de ella.

-Y en prueba del mío... -empezó, y de repente enmudeció mientras sus ojos se desorbitaban mientras tanteaba y manoseaba la bolsita. Dio media vuelta con brusquedad, se abrió paso entre la multitud a empujones, y se dirigió al borde del claro con una tormentosa expresión en el semblante.

-¡Entregadme a ese ladronzuelo! -les dijo a los enanos que sujetaban al kender al tiempo que le mantenían tapada la boca.

En el instante en que tuvo libre la boca, Castomel Brincapiés siseó:

-¿Ladrón? ¿A quién llamas ladrón, pedazo de grandullón...?

Willen agarró al hombrecillo, lo levantó en vilo, lo puso patas arriba, y lo sacudió como quien sacude un trapo. El kender chilló, y empezaron a caer cosas y más cosas de la bolsa colgada al cinturón, de bolsillos ocultos, de entre el cuello de su camisa verde, de todas partes. Un par de brillantes dagas resonaron en el suelo, y a éstas siguieron una espuela, alrededor de una docena de brillantes cuentas, varios trozos de piedra, algunos rollos de papel de folio, un pedazo de pan duro, un trozo de queso, un huevo, un broche de rubí, un par de brazaletes, un colgante con cadena...

-Aquí está -dijo Willen con voz ronca. Soltó a Castomel Brincapiés bruscamente, recogió el colgante, dirigió una fiera mirada al despatarrado kender, y regresó hacia la forja a grandes zancadas, llevando su prenda.

A sus espaldas, varias voces se alzaron con sorpresa y cólera:

-¡Ése es mi broche! Me preguntaba dónde estaría.

-¿De quién es esta espuela?

-Esos son los brazaletes de Mica. ¡Los he estado buscando por todas partes!

Y la vocecilla aguda del kender:

-¡Quitad vuestras manos de ese queso! ¡Es mi almuerzo!

En la forja, Willen se colocó de nuevo en su puesto, como si no hubiese habido interrupción alguna, y pasó la cadena del colgante sobre la cabeza de Tera Sharn.

-En prenda de mi amor, -dijo.

Del mismo modo que su colgante era una estrella, el que le entregó a ella era un óvalo de rico granito rosa, finamente engastado. Se sonrieron el uno al otro. Con este intercambio, ella le prometía el cielo y él le prometía el mundo.

De nuevo, Colin Diente de Piedra levantó las manos.

-¡Estas dos personas son marido y mujer! -proclamó. Luego, añadió:- ¡Bueno! ¿Que hacéis todos parados como pasmarotes? ¡Volved a vuestras ocupaciones!

En un extremo del claro, descollando sobre los enanos que estaban a su alrededor, Glendon Falcón se quitó el yelmo ligero y se pasó los largos dedos por el rojo cabello. Estaba impresionado. Había asistido a muchas bodas humanas, y algunas habían sido bastante prolijas, pero nunca había visto una ceremonia más plenamente simbólica ni mejor celebrada que ésta.

-A veces los enanos son casi humanos, -musitó.

A su lado, un fornido hylar se volvió bruscamente hacia él.

-¡Cuidado con lo que dices! -advirtió.

Cerca, Brincapiés recogía sus posesiones esparcidas, sin dejar de rezongar entre dientes:

-Si es así como van a comportarse, yo sé coger una indirecta. Me han echado de sitios mejores. -Se alisó las ropas, se colgó del hombro su mochila, recogió la vara de punta ahorquillada con la que había estado jugueteando últimamente (tenía una idea de la estupenda arma que podía hacerse con ella) y realizó una iracunda reverencia a nadie en particular-. Por favor, no os ofendáis por mi partida, -dijo con su voz aflautada-. Sólo me marcho porque los enanos son realmente aburridos y cargantes. Sobre todo cuando se montan en sus altos caballos.

La dirección que eligió para marcharse lo llevó a través de la arremolinada muchedumbre, y su mochila volvía a estar estupendamente abultada para cuando salió del campamento hylar.

Cuatro días después, Cale Ojo Verde regresó a todo galope. Cruzó los campos de entrenamiento espoleando su caballo, y las filas de hylars armados detuvieron sus prácticas de combate para verlo pasar. En el centro del campamento sofrenó a Piquin con un violento tirón de riendas, delante del chamizo de Colin Diente de Piedra. El dirigente apareció en el umbral en el momento en que su hijo bajaba precipitadamente de la silla, sin molestarse en soltar la escala de cuerda.

-¡Señor! -Los ojos de Cale relucían por la excitación mientras señalaba hacia el oeste-. Vienen humanos hacia aquí, montados, armados y en gran número. ¡Son trescientos o más! Saben que estamos aquí y se dirigen hacia nosotros.

-¿Son hostiles? -Colin hizo una seña y los Diez se alejaron presurosos para coger y ensillar sus caballos.

-Yo diría que sí -asintió Cale-. Grana Moldeo se aproximó lo bastante para oír la conversación de algunos de ellos. Han estado combatiendo contra enanos, en alguna parte al oeste de aquí. Intentaban subir a las montañas y los enanos los atacaron. Grana dice que los humanos saben que somos enanos y buscan venganza, como si creyeran que somos los mismos que los atacaron.

-No saben distinguir un enano de otro, -retumbó Colin mientras sacudía la cabeza. Había conocido humanos que habían sido sus amigos, gentes casi tan civilizadas como los enanos, gentes en las que había confiado, y su confianza había sido tal que no quiso creer que había enemigos entre ellos. Ahora, al parecer, los humanos siempre eran enemigos-. Del mismo modo que nosotros no sabemos a veces distinguir a un humano de otro -rezongó. A despecho de lo ocurrido, todavía se aferraba a la idea de que había humanos decentes, con sentido de... Buscó una palabra y el término acudió a su mente. Con sentido del honor. Gente como el extraño caballero que ahora tenían entre ellos.

Como Glendon Falcón. Colin se volvió, buscando al humano, y se encontró con que ya estaba de camino, sus largas piernas moviéndose a toda velocidad, inducido por la curiosidad de enterarse de lo que ocurría.

-Señor caballero, -Colin le salió al paso, con los brazos cruzados sobre el pecho-, tu gente viene con ganas de lucha. ¿De qué lado estás?

-¿Qué gente? Describidla.

Rápidamente, Cale Ojo Verde describió a los humanos que se aproximaban por el otro lado de las cercanas colinas:

-Son hombres cetrinos, velludos, -dijo-. Llevan algún tipo de armadura, pero muy mal fabricada y con óxido. Lucen adornos en el cabello y en los yelmos y las barbas trenzadas. Algunos visten capas de cuero, partidas en la espalda. Tienen muchos tipos de armas. Sus caballos son pequeños, rápidos y fibrosos, y van pintados con símbolos.

Glendon escuchó atentamente y después sacudió la cabeza.

--No son de los míos, -afirmó con frialdad-. No son ergothianos, ni siquiera de los reinos septentrionales. Parecen cobars, gente de las colinas, en el este, la mayoría de ellos no mucho mejores que los Saqueadores o que los Caminantes de las Arenas. Pero son guerreros feroces, y toman lo que desean si pueden. -Miró a los enanos que lo rodeaban-. Sospecho que lo que quieren son vuestros caballos, vuestras armas, y vuestras armaduras... y cualquier otra cosa de valor que tengáis. Los cobars son notorios ladrones, y vosotros lleváis encima fortunas.

-Grana Moldeo afirma que están furiosos, -le dijo Cale-. Han luchado contra enanos al oeste de aquí.

-Entonces es que han intentado entrar en Kal-Thax, -asintió Glendon.

Colin se volvió bruscamente hacia el caballero.

-¿Conoces Kal-Thax?

-Por supuesto. -Glendon se encogió de hombros-. ¿Acaso no lo conoce todo el mundo? Es donde viven los enanos. Bueno, la mayoría.

-¿Por qué no nos hablaste de Kal-Thax? -exclamó con voz ronca Mistral Thrax-. ¡Es el lugar que estamos buscando!

-No me lo preguntasteis, -respondió Glendon, encogiéndose de hombros otra vez.

-¡Bueno, pues ahora te lo preguntamos!

-Kal-Thax está en las montañas Kharolis, -explicó el caballero-, al oeste de aquí. Los enanos de allí niegan la entrada a cualquier forastero. Son feroces y primitivos... salvo, quizá, los de ropajes llamativos. A veces parecen bastante civilizados, aunque son tan hostiles como los demás cuando alguien intenta cruzar sus fronteras. Si los cobars se han enzarzado con ellos, comprendo que estén furiosos.

-Dos de los que vienen hacia nosotros son diferentes, -dijo Cale-. Llevan armadura completa, como la tuya, y estandartes en las lanzas. Unas espadas cruzadas sobre campo blanco.

-Caballeros, -murmuró Glendon-. ¿Y cabalgan con los cobars?

-Con ellos, no, -lo corrigió Cale-. Marchan a un extremo. Más bien como si los estuvieran vigilando.

-Ah. -Glendon asintió con la cabeza-. Ya decía yo.

De nuevo, Colin Diente de Piedra preguntó:

-¿De qué lado estás, humano? Por tu honor, ¿estás con nosotros o contra nosotros?

-Por mi honor, -respondió el caballero-, ni lo uno ni lo otro. Prometí enseñar a tu gente todo cuanto pudiera. Lo he hecho. No hay nada más que pueda enseñarles. No tomaré parte en vuestra prueba.

-¿Prueba?

-Los cobars, señor. No podéis eludirlos, y creo que os atacarán. Será interesante comprobar lo que habéis aprendido gracias a mis esfuerzos.

-¿Interesante? ¡Por Reorx, yo...!

-Me mantendré al margen y observaré -declaró el caballero de manera tajante-. He cumplido mi promesa con vosotros. Ahora os toca cumplir la vuestra conmigo.

-¿Cuál?

-Liberarme de servicio y devolverme mis pertenencias.

Glendon miró hacia el oeste. Una nube de polvo era visible, levantándose por encima de la colina más próxima, y en lo alto de la colina iban apareciendo humanos montados, más y más a cada momento.

-Conserva tus pertenencias, -repuso el cabecilla hylar con voz ronca-. De todas formas, ya se te habían devuelto. En cuanto a tu libertad, te la daré cuando sepa más.

Los cobars venían a la carga, dirigiéndose hacia el centro del campamento enano, y estaban a un centenar de metros cuando una granizada de piedras arrojadas por las hondas silbó entre sus filas delanteras. La carga se interrumpió en un caos momentáneo; luego se reagrupó, y los merodeadores dieron la vuelta para continuar con el ataque. Pero les salió al paso una imponente fila de enanos equipados con armaduras y montados en altos y grandes caballos. Antes de que tuvieran tiempo de cargar otra vez, una contracarga se precipitó sobre ellos, y hombres y caballos cayeron ante los disciplinados combatientes enanos como el trigo bajo la hoz.

Pasando con estruendo entre las filas de los cobars, girando y cargando de nuevo, los guardias de Willen Mazo de Hierro no daban tregua a los humanos ni tiempo para reagruparse ni espacio para maniobrar. Maniobrando con precisión, los guerreros hylars giraban y hacían otra pasada, primero hacia un lado y luego en sentido contrario, quebrantando y castigando a los merodeadores. En cada choque, las armas eran diferentes. Primero, lanzas; después, espadas; a continuación, una de las tácticas que Glendon Falcón no les había enseñado, una carga en quiebro sobre monturas que, al volver grupas, parecían carecer de jinetes, hasta que, al girarse del todo, los enanos aferrados a los costados de los caballos arremetían con mortíferas mazas y hachas.

Y, durante todo el tiempo, un constante trepidar de tambores marcó el paso llamando a la acción.

Colin Diente de Piedra y los Diez estaban en todas partes: una máquina de combate independiente, compacta, de cascos de hierro, escudos de bordes afilados, hojas de acero, hachas y mazas.

Corriente arriba, en un vado del riachuelo, Glendon Falcón se bajó la visera y puso lanza en ristre.

-¡Caballeros! -llamó a los dos caballeros con brillantes armaduras que aparecieron en la orilla opuesta-. ¡Éste no es un buen momento para cruzar la corriente, os lo aseguro!

Los dos jinetes vacilaron, intentando reconocer a la figura de la cimera azul que los retaba. No era uno de ellos, a juzgar por su atavío, pero su talante denotaba una gran destreza y sus modales eran iguales a los suyos. Uno de ellos levantó la mano en un cauteloso saludo.

-¿Tomáis partido por los enanos en contra de humanos, señor caballero Lanza Libre?

-No tomo partido por ninguno de los bandos, -replicó Glendon-. ¿Y vos, caballeros, tomáis partido por los cobars? ¿En contra de cualquiera?

-¡Por supuesto que no!

-Entonces, con vuestra venia, señores, presenciemos la liza... sus mercedes desde ahí, y yo desde aquí.

La lucha concluyó en cuestión de minutos. Con espléndida precisión y gran destreza, los hylars recorrieron el campo de batalla hasta que los únicos humanos en pie fueron los que se daban a la fuga. A un toque de trompeta los hylars se reagruparon. Faltaban algunos, pero eran pocos.

-Dejadlos marchar. -Colin Diente de Piedra hizo un ademán en dirección a los humanos que huían-. Así harán correr la voz de que es mejor dejar en paz a los hylars. -Se volvió para mirar el riachuelo, donde Glendon Falcón seguía defendiendo el vado. Los desconocidos caballeros volvían grupas en ese momento y se alejaban.

Seguido únicamente por los Diez, Colin cabalgó corriente abajo y giró su corcel para frenarlo de frente a Glendon.

-¿Por qué interviniste? -inquirió.

-No intervine, -respondió el caballero con calma-. Y tampoco lo hizo ningún otro. Os felicito por haber superado tan bien la prueba. Ya no puedo enseñaros nada más. ¿Me dais la libertad?

Sin responderle, Colin Diente de Piedra hizo volver grupas a su montura y clavó la mirada en el campamento.

-Traed al humano a mi presencia durante la cena, -le dijo a Jerem Pizarra Larga-. Y traed lo que el maestro armero tiene preparado.

A la caída de la tarde, Glendon Falcón fue llevado a presencia de Colin Diente de Piedra, y, una vez más, toda la tribu se reunió. El caballero miró a su alrededor, al mar de rostros enanos, solemnes e impasibles, y frunció el entrecejo. Había esperado que los hylars cumplieran su parte del trato, aunque con los enanos nunca se sabía. Sin embargo, se sintió decepcionado. Había creído -¡había estado tan seguro de ello!- que, mientras aprendían los conocimientos prácticos del combate, también habían absorbido la ética de la caballería, el sentido de justicia y honor que era parte de las aptitudes. Debería ser evidente para ellos ahora como para él, pensaba, el carácter de la lanza, la diferencia entre lo correcto y lo equivocado.

Colin Diente de Piedra alzó los ojos hacia el hombre y lo miró fríamente.

-Arrodíllate, humano, -dijo el enano-. Me va a dar tortícolis.

Glendon se encogió de hombros y accedió a hacerlo. No pensaba inclinar la cabeza, pero no tenía ningún inconveniente en arrodillarse.

-Dame tu espada, -ordenó Colin a la vez que extendía la mano.

Glendon vaciló y oyó el apagado susurro de espadas a medio desenvainar todo en derredor. Lentamente, sacó su arma, le dio la vuelta, y se la tendió al enano. El jefe hylar la tomó y la puso a un lado; luego se giró un poco y cogió un envoltorio alargado y lo sostuvo ante sí mientras retiraba la tela que lo cubría.

Glendon parpadeó, y abrió unos ojos como platos. En tamaño y forma, esta espada era casi idéntica a la suya; en la longitud, la disminución gradual del ancho de la hoja, la forma de la empuñadura y la curvatura de la guarda, era una copia exacta, pero ahí terminaba toda similitud. Esta arma era exquisita, un trabajo de la más fina artesanía que jamás había visto. Su cuchilla relucía a la luz, sus aguzados cantos estaban tan afilados como la hoja de afeitar de un clérigo, la empuñadura era de negra madera pulida, adornada con exquisitas y minuciosas incrustaciones de oro y plata. Y en el extremo de su pomo de acero niquelado llevaba engastado un diamante perfecto, blanco azulado, del tamaño del broche de una capa.

Colin Diente de Piedra le ofreció la espada, con la empuñadura por delante.

-Hemos aprendido de ti, sir Glendon Falcón, -dijo el enano-. Creo que sólo hemos empezado a darnos cuenta de lo mucho que hemos aprendido. Tu promesa está cumplida, y con esta prenda doy por cumplida la mía. Estás libre de servicio, señor caballero, y esta espada es tuya. Es el mejor trabajo de nuestra artesanía. Jamás te fallará. Tómala, y parte con el agradecimiento de los hylars.

Encuentro Con Elfos

Las montañas se alzaban al frente y a ambos lados. Cale Ojo Verde y su grupo de aventureros exploraban el camino, justo al alcance del sonido de los tambores en marcha. Aquí, las llanuras progresivamente ascendentes formaban un paso natural que se iba estrechando como un embudo entre los altos riscos, en dirección a las imponentes cumbres, hacia el oeste. Al frente y más allá, cadena tras cadena de montañas se alzaban en la distancia, cada una de ellas una silueta más alejada y más azul que la que la precedía y que se elevaba más hacia el cielo.

Las planicies occidentales parecían estar abarrotadas de gente, -humanos, en su mayoría- pero sus campamentos aparecían desperdigados y apartados unos de otros, y a bastante distancia de las imponentes montañas. Cale y sus exploradores no habían tenido problemas para pasar entre ellos, y ahora las estribaciones se alzaban a su alrededor y las montañas, al frente.

Era una vista majestuosa, coronada por las cordilleras más elevadas y lejanas, al fondo. Eran las tierras altas y las montañas que se encumbraban sobre ellas. A la derecha, azul por la distancia, como un monarca coronado con nieve, el pico más alto parecía atravesar el mismo cielo, cortándolo como si más allá no hubiera firmamento.

A su izquierda, y directamente al frente siguiendo la configuración del valle, había una montaña inmensa que parecía dominar el paisaje. No era tan alta como el rematador del

cielo que tenía al norte, pero sí mucho más ancha, y estaba coronada por tres gigantescos riscos semejantes a grandes colmillos o puntas de flecha. La niebla giraba y se arremolinaba en torno a ellos, del mismo modo que el contenido de una sopa sube a la superficie cuando se remueve con una cuchara. Jirones de nubes ondeaban como hilos entretejiéndose en un peculiar tapiz.

Más al sur, alejándose en ángulo tras el flanco de esa montaña de bullentes nubes, había otra elevación gigantesca, una eminencia irregular como los dientes de una sierra y rematada por picos dobles.

-Esos tres riscos situados allá arriba, -señaló Mica Romperrocas-, parecen faros que nos invitan a acercarnos.

-Demasiado sugerentes, para mi gusto. -Grana Moldeo frunció el ceño-. Si quisiera tender una emboscada a los viajeros, ahí sería donde lo haría porque es por donde irían.

-¿Estás pensando en tender una emboscada a alguien, Grana? -preguntó Cale con guasa.

-Estoy pensando en evitar ser emboscado por otros, -replicó Grana con brusquedad-. ¿Veis cómo este valle se estrecha al fondo, dirigiéndose hacia esa cresta más ancha? ¿Y el modo en que los riscos nubosos parecen llamarnos? Cualquiera que venga por este camino se sentiría tentado de tomar esa ruta.

-Y no olvidemos lo que nos contó el caballero, -intervino Cisco Bronce de Campanas-. Kal-Thax es una tierra cerrada en la que no se permite la entrada a ningún forastero, y aquellos que lo intentan rara vez regresan. La gente de Kal-Thax no quiere visitantes.

-También dijo que esa gente eran enanos, como nosotros.

-Dijo que eran enanos, pero no que fueran como nosotros.

-Bueno, enanos o no... -Pedernal Coqueras se golpeó el peto metálico con el puño-, nadie va a detener a los hylars sin combatir.

Cale Ojo Verde sacudió la cabeza y tensó un poco las riendas para moderar el trote vivo de Piquin.

-Siempre estás con ganas de luchar, Pedernal. Pero ¿por qué pelear si no hay necesidad de hacerlo? Mirad allí, hacia el flanco de aquel risco.

Todos volvieron la vista hacia la derecha, resguardándose los ojos del sol.

-No veo nada, -dijo Pedernal.

-Fíjate bien, -instó Cale al tiempo que señalaba-. Allí, en la vertiente. Hay cascajo nuevo, trozos de piedra removida, y va hacia arriba, como una senda. Alguien más ha desconfiado del paso del valle. Han abierto otra ruta hacia el mismo sitio, pero está más a cubierto.

-Muy ingenioso, diría yo. -Añico Feldespato tenía los ojos entornados y empezaba a ver lo que Cale señalaba-. Pero ¿quién haría una senda tan imprecisa? Un enano no, desde luego. Y un humano sería incapaz de seguirla. Quizá deberíamos echarle un vistazo.

Cale giró un poco la cabeza y escuchó. El lejano y apagado sonido de los tambores le hizo comprender que la columna principal se encontraba todavía a kilómetros de distancia.

-De acuerdo. Disponemos de tiempo. -Azuzó a Piquin con las rodillas y torció a la derecha, seguido por los otros.

La senda ascendente era realmente borrosa. De no ser por la habilidad de Cale para reparar en algo cuando estaba fuera de lugar, no habrían podido seguirla. Se dirigía hacia arriba, a lo largo del flanco de un risco, oculta a la vista salvo para los que iban por ella. Las únicas señales de que alguien había transitado alguna vez por ella eran tan sutiles que sólo la agudeza visual de un enano era capaz de advertirlas: una piedra ligeramente desviada de la marca impresa anteriormente en la tierra; un leve raspón sobre un saliente

donde algo se había rozado contra la roca; una pizca de grava un poco más hundida en la arena de lo que podía justificar su propio peso.

En un recodo, Cale desmontó y se puso en cuclillas para probar la piedra de un afloramiento.

-Bien, ha habido alguien por aquí -dijo-. Pero no sé quién.

Iba a coger la escala de cuerda para montar de nuevo cuando la voz tensa de Grana Moldeo le advirtió:

-No te muevas, Cale. Tenemos un problema.

Volvió lentamente la cabeza y se quedó petrificado. Una docena o más de figuras rodeaba la senda, por encima y por debajo de su posición. Habían aparecido sin hacer el menor ruido, a escasos metros de distancia, y el grupo de exploradores se encontró mirando fijamente las mortíferas flechas que les apuntaban desde unos arcos tensados.

Cale contempló boquiabierto a los severos arqueros. Por un instante había creído que eran humanos, pero ahora sabía que se había equivocado.

-Elfos, -farfulló. Lenta y cautelosamente se apartó de Piquin al tiempo que levantaba las manos, lejos de las armas. Los otros enanos, todavía montados, hicieron lo mismo.

Por la parte de arriba de la cuesta aparecieron más y más elfos, saliendo en completo silencio de entre los arbustos y las piedras de la ladera. Los enanos miraron a su alrededor, muy conscientes de las flechas que les apuntaban desde todos lados. Habían visto elfos con anterioridad. En otros tiempos, algunos miembros de esta raza habían acudido al Balladine para comerciar: gentes reservadas, imponentes en sus ondeantes vestimentas de fina seda de Silvanesti, delicada como una telaraña; de vez en cuando se presentaba un silencioso y furtivo kalanesti de los profundos bosques al sur de las mesetas.

Pero éstos eran, de algún modo, diferentes. Sus ropas eran en su mayoría de suave cuero y tejidos burdos, teñidas de manera que se confundían con los colores del paisaje. Sus facciones no eran como los fríos y altivos semblantes de los silvanestis, ni como los rostros extrañamente pintados, de rasgos fuertes, de los kalanestis. Eran elfos, pero de otra clase.

-No disparéis vuestras flechas, -dijo Cale cautelosamente-. No representamos ninguna amenaza para vosotros.

-Ni lo seréis jamás, enano, -respondió fríamente el que se encontraba más cerca. El arco tenso se puso en línea con la garganta de Cale, que casi pudo sentir el tacto afilado de la punta de la flecha hincándose en su carne.

Entonces intervino otra voz, suavemente pero con autoridad:

-¡Alto, Demoth! Esta gente no es de Kal-Thax.

Cale se volvió. Entre los elfos que ocupaban ahora la parte superior de la ladera, -cientos de ellos, daba la impresión- uno se había adelantado. Esbelta y grácil como un arbolillo joven en el otoño, la elfa plantó el pie calzado en una flexible bota sobre una piedra e hizo un ademán.

-Fíjate en los caballos, -dijo-. ¿Has visto alguna vez corceles como éstos en otro sitio que no sean las Khalkist? Éstos son enanos calnars.

El llamado Demoth aflojó un poco la cuerda del arco.

-Entonces ¿qué hacen aquí?

-Quizá deberíamos preguntarlo, -sugirió la elfa, cuyos ojos separados y rasgados pasaron de uno a otro enano, observándolos-. ¿Qué estáis haciendo tan lejos de vuestro hogar, moradores de las alturas?

Cale recuperó por fin la voz y bajó un poco los brazos.

-No tenemos hogar. Hubo un tiempo en que fuimos calnars, pero ya no. Ahora somos hylars, y buscamos un nuevo asentamiento.

-¿Esos tambores son vuestros, pues? -preguntó ella a la vez que dirigía la mirada a lo lejos, detrás de Cale.

-Lo son. Mistral Thrax tuvo una visión de Everbardin, y el pueblo de Colin Diente de Piedra la ha seguido. -Lanzó una rápida ojeada al arco de Demoth, inhaló hondo y bajó los brazos, asumiendo una actitud enérgica, como si estuviera en su derecho preguntar-. ¿Y por qué están los elfos en este lugar? Y, en nombre de Reorx, ¿por qué nos apuntáis con vuestras flechas?

-Bajad los arcos, -dijo la elfa, haciendo un ademán. Todo en derredor, aunque a regañadientes, los arcos fueron bajados y las cuerdas destensadas. Ella miró a Cale otra vez-. Me llamo Eloeth. No es mi nombre completo, pero con eso es suficiente. ¿Y tú?

-Cale Ojo Verde, -respondió-, hijo de Colin Diente de Piedra, en un tiempo dirigente de los calnars y ahora líder de los hylars.

-Los calnars de Thorin, -comentó la elfa-. He oído los tambores de Balladine.

-Thoradin, -la corrigió él-. Thorin es Thorin sólo para los que se quedaron. Nosotros buscamos Everbardin.

-Bueno, id con cuidado cuando busquéis por estas montañas -sugirió-. Mirad allá abajo.

Cale se volvió hacia donde la elfa señalaba, pero no vio nada.

-Sube aquí, donde estoy yo, -dijo ella-, y mira.

Cale trepó por la cuesta hasta llegar al lado de la joven elfa, que medía varios dedos más que él, aunque su peso aparentaba ser sólo una parte del que alcanzaba el macizo cuerpo del enano. Ella señaló de nuevo, y Cale se volvió. Desde allí podía ver el valle que había más allá de la senda, el mismo valle que los otros y él habían evitado, pero en una zona más alta, más dentro de las montañas.

El suelo del valle estaba alfombrado de cadáveres. Cale estrechó los ojos para resguardarlos del sol y miró atentamente. Las formas más grandes parecían caballos. O lo parecía la mayoría. Unos pocos daban la impresión de ser ogros. Y desperdigadas por doquier había otras formas más pequeñas. Cale lo observó todo fijamente.

-No es más que la última de muchas batallas, -le explicó la elfa-. Kal-Thax está bajo asedio y no es un sitio seguro por el que viajar.

-Vosotros estáis aquí -comentó Cale.

-Tenemos nuestros propios medios, -repuso Eloeth-. Hay una guerra con los dragones en Silvanesti. Nuestros parientes nos necesitan allí, y a todos cuantos podamos llevar con nosotros. Para ir al este tenemos que cruzar Kal-Thax, y eso es lo que hacemos.

El enano miró a su alrededor, intentando calcular el número de elfos, pero era imposible. Sabían moverse de manera que se camuflaban con el terreno, y resultaba muy difícil verlos. Pero había muchos.

-Somos un grupo entre muchos, -añadió Eloeth-, y buscamos aliados. -Echó otra ojeada a los enanos, reparando en sus armaduras y sus armas-. Supongo que ninguno de vosotros estará interesado en luchar contra dragones, ¿no?

-Por supuesto que no, -respondió Cale-. No es que no pudiéramos, si quisiéramos hacerlo, pero sólo los humanos y los kendens acometen nuevas empresas antes de haber terminado las que tienen entre manos. -Hizo una pausa, mirando hacia el este, y luego agregó-. Hay muchos humanos entre este punto y vuestro destino. Su comportamiento mejoraría si tuvieran algo constructivo en lo que ocuparse. Quizá algunos se unirían a vosotros para combatir a los dragones.

-¿Humanos? -La elfa arqueó una ceja de exquisito trazado.

-Sí, lo sé. -Cale se encogió de hombros-. Pero no todos son malos. Conozco a un caballero que podría ayudar. Se llama Glendon Falcón. Es un gran guerrero, y no anda muy lejos de aquí, en la dirección en la que vais.

-¿Se uniría a nosotros?

-No tengo ni idea, -le dijo Cale-. Pero podríais hablar con él. Si él no os ayuda, quizá conozca a alguien que sí lo haga.

-Gracias, -dijo la elfa-. A cambio de tu sugerencia yo te haré otra. Si queréis entrar en Kal-Thax sin pasar a través de una zona de guerra, girad hacia el norte. Esa montaña de allí, la más alta, se llama Fin del Cielo. Dad un rodeo hasta su cara norte. Allí hay un asentamiento enano abandonado, y las elevaciones que hay debajo están desiertas en este momento. Desde las primeras nieves, las serranías son virtualmente infranqueables... para los humanos, al menos. Podéis iniciar allí vuestra búsqueda de... ¿cómo has llamado eso que buscáis?

-Everbardin. Significa esperanza. Y hogar.

-Everbardin, -repitió la elfa-. Para nosotros, Silvanesti ya no significa ni lo uno ni lo otro. -Retrocedió-. Id en paz, Cale Ojo Verde. Vosotros y nosotros no estamos en guerra... aunque todo el mundo por aquí parece estarlo.

Cale volvió a descender hasta la senda y montó a lomos de Piquin. Entonces miró a su alrededor, sorprendido. Donde antes había decenas, quizá centenares, de elfos, ahora sólo veía a unos cuantos, y al cabo de unos segundos, a ninguno. Los esbeltos y silenciosos seres se habían marchado, fundiéndose con el paisaje. Los compañeros de Cale también miraban en derredor con desconcierto.

-Bien, -decidió Cale-, ya oísteis lo que dijo. Viremos hacia el norte y echemos una ojeada a ese siguiente pico.

-¿Confías en una elfa? -Grana Moldeo lo miraba de hito en hito.

-¿Por qué no? -Cale le sostuvo la mirada con idéntica firmeza-. Le di un consejo, y ella ha correspondido con otro. Eso es algo que tienen los elfos: son comerciantes honrados.

Desde un punto elevado desde el que podía divisar la columna hylar, Cale envió señales utilizando su bruñido escudo como un espejo. La respuesta llegó a través de los kilómetros, y vieron cómo la tribu de Colin Diente de Piedra cambiaba el curso de la marcha para ir tras ellos. Acto seguido, el grupo de exploradores se dirigió hacia las vertientes del Fin del Cielo.

Cuando hubieron partido, unas sombras se movieron en la ladera, y lo que había parecido una pendiente desierta cobró vida repentinamente con un numeroso grupo de elfos occidentales que trotaron cuesta abajo por la escondida senda. A la cabeza del grupo, el elfo llamado Demoth preguntó:

-¿Por qué aconsejaste a los enanos, Eloeth? No tienen nada que ver con nosotros, en especial aquí, en Kal-Thax.

Ella esbozó una suave sonrisa.

-¿Por qué no? Ésos no eran enanos corrientes, Demoth. Encontraron nuestra senda, cuando ningún otro lo ha hecho nunca. Además, tengo una corazonada con ése... el tal Cale Ojo Verde.

-¿Qué corazonada?

-No lo sé. Me da la sensación de que volveré a verlo. Vamos, echemos un vistazo a esos "hylars" y a sus tambores. Después veremos si podemos encontrar a un caballero llamado Glendon.

A la sombra de un gran pico, a través de un terreno accidentado y quebrado al que limitaba un barranco profundo y vertical, el pueblo llamado hylar entró en la tierra de Kal-Thax. El viejo Mistral Thrax extendió las manos con las rojizas palmas hacia arriba.

-Allí -le dijo a Colin Diente de Piedra-. Ahí arriba, encima del alud de piedras.

-¿Te guían esos ojos de cuentas del mago, Mistral? -preguntó alguien.

-Me guían mis manos. -El viejo enano se encogió de hombros-. No he visto esos ojos de cuentas desde el día en que el kender se marchó. Pero éste es el sitio donde empieza nuestra búsqueda.

Se encontraban en una zona donde toda la parte inferior de la cara de la montaña era un inmenso abanico de cascajo, de kilómetros de ancho en el fondo. Unos enanos treparon por él, hurgando y tanteando.

-Piedra cortada, -informaron-. De excavaciones recientes, muy profundas.

Arriba, a bastante altura de la montaña, encontraron las ruinas de una compleja ciudadela, destrozada en parte por el alud de piedras. En el interior y detrás de ella, los hylars examinaron las murallas, los pasadizos, las habitaciones y los salientes, descubriendo todo cuanto les fue posible sobre quienes habían construido este lugar. Eran enanos, evidentemente, y los cortes de la piedra hablaban de un pueblo numeroso y enérgico cuyas herramientas, primitivas para las pautas hylars, eran, sin embargo, de buena calidad.

El lugar había sido abandonado recientemente, así que ¿adónde se habían marchado?

Wight Cabeza de Yunque, un maestro excavador, examinó los desechos de cascajos, debajo del asentamiento. Relente Triza de Acero, que había sido el jefe de protectores en Thorin, estudió el estilo de la derruida ciudadela. Talam Combahierro, que en otros tiempos era el protector de la red de canales, se quebró la cabeza con el emplazamiento de cisternas y rezumaderos. Luego conferenciaron con Colin Diente de Piedra.

-Este lugar se llamaba Daebardin, y sus habitantes, los daewars, -dijo Relente-. Pero las runas han sido raspadas por encima, indicando que han empaquetado sus pertenencias y se han marchado.

-Esos daewars son primitivos en ciertos aspectos, -acotó Talam-. No tienen conocimiento del sistema de conducciones de agua, así que han de vivir cerca de una fuente natural de aprovisionamiento. Pero nuestros sondeadores han hecho resonancias en este pico y la única agua existente es la del exterior, en sus laderas.

-Y, no obstante, se dirigieron hacia el interior, -informó Wight-. Esta piedra de excavación es de un túnel que va hacia el sur de la montaña. El cascajo indica una perforación recta, directamente hacia el corazón del pico, sin estratos consistentes, como debería haber si hubiesen ensanchando la perforación o hubiesen excavado un lugar donde vivir.

-Es un pueblo del sol, -dijo Relente Triza de Acero, perplejo-. Lo demuestra la arquitectura de su ciudadela. No les gustan las profundidades oscuras, no saben construir conductos solares, y, sin embargo, han horadado un pico en el que no hay cuarzo por el que la luz pueda penetrar. ¿Por qué harían algo así?

-Ha habido batallas por aquí -apuntó Jerem Pizarra Larga-. Parece una guerra entre tribus. Algunos de los que derribaron la ciudadela ven en la oscuridad. Otros eran de otro tipo, moradores de riscos.

-Pero no los que vivían aquí -insistió Relente-. Éstas son unas gentes desconcertantes. No tan primitivas como parecen ser las que están a su alrededor, aunque, como dice Talam,

hay muchas cosas que todavía no han descubierto. Con todo, la gente que construyó este lugar es bastante civilizada, al parecer.

-Posiblemente éstos eran los que mencionó el caballero -sugirió Colin-. A los que llamó enanos de vestimentas llamativas. Dijo que estaban mejor organizados que la mayoría en Kal-Thax.

-Evidentemente, -se mostró de acuerdo Relente-. Son buenos excavadores, lo que significa que tienen una buena organización. Pero son gentes del sol. ¿Por qué iban a excavar hacia la oscuridad?

-Posiblemente para llegar a un sitio donde sabían que habría luz, -reflexionó Colin-. Sabemos dónde empieza su túnel, y creo que deberíamos descubrir dónde termina.

-Llevará un tiempo atravesar el obstáculo con el que han cerrado el pasaje, -dijo Wight Cabeza de Yunque-. Sólo es de piedra, pero ingenioso... ¡Un tapón de bisagra, nada menos! Balam Platina quiere estudiar cómo está hecho. Cree que un tipo de puerta así, utilizando los metales apropiados para proteger la piedra, sería inexpugnable.

-Le daremos esa satisfacción, -aceptó el dirigente-. Ya habrá tiempo de explorar el túnel. En este momento hay otras cosas que hacer. Debemos establecer nuestra residencia en esta tierra, por supuesto. Después de eso, creo que deberíamos echar un vistazo a estas montañas y quizá conozcamos a alguno de nuestros nuevos vecinos.

Puesto que éste era obviamente un asentamiento enano y estaba obviamente abandonado, Colin Diente de Piedra lo reclamó para los hylars, así como las vertientes adyacentes, estableciendo de este modo a su tribu como una nación residente legítima del reino de Kal-Thax, y asentando las bases para las negociaciones diplomáticas, una vez que encontraran a alguien con quien negociar. En una solemne ceremonia, proclamó como territorio hylar toda la cara norte del Final del Cielo y el valle que había a sus pies, hasta el gran barranco. Según la costumbre enana, los hylars reclamaron la propiedad de la plaza fuerte, suficiente tierra a su alrededor para sostener el emplazamiento, y otra franja suficiente para establecer un amplio perímetro para la defensa y la intimidad.

Compañías armadas fueron enviadas para marcar los límites con runas y montones de piedras. Así, lo que había sido Daebardin se convirtió en Hybardin.

La mayoría de la tribu, -ahora un thane, como las runas que encontraron decían que se llamaban las tribus propietarias de territorios-, se puso a trabajar en la vieja ciudadela y en las cuevas abiertas detrás de ella para disponer unos alojamientos temporales. Cale Ojo Verde y sus exploradores recorrieron el área de los alrededores y echaron un vistazo más allá del pico, donde ejércitos de enanos, -todavía desconocedores de la presencia de los hylars-, patrullaban las serranías frontales que daban al este. Colin Diente de Piedra y los ancianos del consejo trazaron planes, y Willen Mazo de Hierro preparó a la guardia hylar para llevar a cabo una expedición a las vertientes vecinas.

Y, mientras todo esto ocurría, Tera Sharn se ocupaba de la reparación y la limpieza general del nuevo hogar de su pueblo.

Trabajaba con otras mujeres y con los niños mayores, acarreando fardos de mercaderías al interior de las viviendas a fin de hacer un recuento, cuando se frenó bruscamente, con los ojos abiertos como platos. Por un instante creyó haber visto a alguien, un extraño enano anciano, reluciente, que la miraba. Igual que el enano del sueño de Mistral Thrax. Fue sólo durante un momento, no obstante, y después la visión desapareció.

Entonces Tera supo algo que no había sabido hasta ahora. Dejó caer los paquetes, se puso las manos sobre el liso vientre, y una leve sonrisa le curvó los labios.

Cuando el trabajo estuvo hecho, fue en busca de Willen.

-Tenemos un secreto, amor mío, -le dijo-. El primer niño que nacerá en este lugar, el primer niño del reino hylar, será el nuestro.

Fue a la mañana siguiente cuando el dirigente de los hylars salió de la ciudadela para conocer a sus nuevos vecinos. Flanqueado por los Diez y seguido por un ejército de centenares de hylars que llevaban armaduras fabricadas con la destreza aprendida de un caballero humano, Colin Diente de Piedra cruzó la loma del Fin del Cielo y se encaminó hacia los riscos de los Tejedores del Viento.

Los Nuevos Vecinos

A excepción de la desierta cara norte del Fin del Cielo, que era virtualmente infranqueable para los humanos, el único acceso disponible a las montañas Kharolis desde el este se encontraba a lo largo de una cadena de estribaciones que se estrechaba de manera progresiva y que se extendía desde el Gran Cañón hasta los riscos de Shalomar. Al norte de esto, y durante cientos de kilómetros, la quiebra y sus escarpados cañones guardaban la cordillera. Al sur, los riscos hacían otro tanto. Y, en ambas direcciones, el invasor invierno iba estrechando el cerco a medida que transcurrían los días.

En consecuencia, todos los asaltos de extranjeros que huían de las guerras del este se habían producido a lo largo de un frente de casi cien kilómetros comprendido entre el cañón y los riscos, donde varios valles se internaban en las montañas, con senderos al otro lado.

Siendo el ejército más fuerte de las tribus unidas por el Pacto de Kal-Thax, los daewars guardaban la parte central de la cordillera, con los theiwars situados en el flanco norte y los daergars, -que defendían sus minas de los otros enanos tanto como defendían Kal-Thax de los intrusos-, en el sur. Entre ellos, aquí y allí, por lo general vagando por las vertientes de menos altitud, había algunas bandas de salvajes kiars e incluso algunos aghars, empujados desde las regiones más bajas. Nadie tenía la menor idea de la localización de los aghars de un día para otro debido a la tendencia innata de los enanos gullys a empaquetar sus pertenencias y trasladarse a un nuevo lugar cada vez que alguien reparaba en ellos.

En este día, reinaba la tranquilidad a lo largo del frente. Nieve caída recientemente cubría los picos y los valles altos, y los vientos penetrantes arrastraban nubes plomizas hacia el este. Aunque las lejanas planicies eran un hervidero de humanos y de quién sabe qué más, no se habían producido intentos concertados de invasión, -y por lo tanto ninguna batalla real-, desde hacía más de una semana. Se daban algunas escaramuzas, pero la mayoría eran entre theiwars y daergars, o entre theiwars y daewars o daergars y daewars. También, un grupo de kiars, enloquecidos por vapores de mercurio tras una ceremonia de "elevación del espíritu" llevada a cabo en algún agujero oculto y profundo, había intentado atacar a una patrulla daewar y había sido barrido, lo que condujo a un intercambio de duras palabras entre algunos comandantes daewars y los mineros daergars, quienes surtían del odiado "tamex" -el falso metal-, a los kiars.

Por si esto fuera poco, casi una docena de enanos de la reserva, -enanos de varias tribus-, habían sido encontrados muertos en los últimos días, misteriosa y silenciosamente asesinados, y despojados de algunas de sus ropas o armaduras. Entre los objetos desaparecidos estaba un yelmo theiwar con la parte frontal de malla, diversos tipos de ropas

de abrigo, una máscara de hierro daergar, y un manto de invierno daewar. Era como si algún asesino merodeara metódicamente en la oscuridad, haciendo acopio de un variado atuendo.

Olim Hebilla de Oro no encontraba explicación a lo que ocurría, y los otros jefes, -Talud Tolec, de los theiwars, y Vog Cara de Hierro, de los daergars-, parecían tan desconcertados como él.

Era un asunto de poca importancia, pero preocupante.

Esta mañana, sin embargo, había otras cosas en las que pensar. Exploradores daewars vinieron corriendo de las líneas de retaguardia y señalaron hacia los altos riscos donde había centinelas apostados. Desde allí llegaban señales luminosas; Olim leyó atentamente los destellos y luego se volvió a mirar en dirección noroeste, resguardándose los ojos.

-¡Por el martillo de Reorx! -bramó-. ¡Los tenemos por detrás!

Allí, en la distancia, en las altas vertientes detrás de los campamentos theiwars, un ejército descendía serpenteante por el flanco de una elevación: centenares de figuras protegidas con armaduras, a lomos de grandes bestias, y muchos cientos más de soldados a pie portando jabalinas y estandartes, todos ellos avanzando a un ritmo constante hacia las extendidas líneas defensivas.

-¡Envía una señal a Talud Tolec! -ordenó Olim Hebilla de Oro-. ¡Esa gente casi se le ha echado encima, que se defienda!

Los espejos de metal bruñido centellearon al sol invernal, y a pesar de la distancia pudo verse cómo los campamentos theiwars cobraban vida para hacer frente al nuevo peligro.

-¿Quiénes son? -gruñó Olim al tiempo que intentaba distinguir detalles a través de los kilómetros-. ¿Son caballos esos animales? ¿Qué clase de corceles podrían atravesar estas montañas en invierno?

Gema Manguito Azul se encontraba a su lado, forzando sus ojos más jóvenes.

-¡Mirad sus armaduras, señor! ¡Son como las de los caballeros que nos salieron al paso en las planicies! Y sus caballos también van protegidos con armaduras.

-¿Caballeros? -Olim estrechó aún más los ojos-. ¿Ahí arriba? ¿Cómo llegaron allí? ¿Cómo consiguieron situarse por encima de nosotros? Los caballos son inútiles en esta estación del año. ¡No pueden subir los pasos de montaña en invierno!

-Pues éstos parece que sí -comentó Gema.

-Bien, sean quienes sean, los theiwars los tienen a su alcance y se ocuparán de ellos.

En la distancia, bandas de oscuras figuras corrían desde los campamentos theiwars hacia la ruta seguida por los intrusos, y desaparecían tras una relumbrante elevación. Olim dedujo que estaban tendiendo una emboscada. Los theiwars eran muy buenos en eso. Los forasteros, fueran quienes fuesen, estaban a punto de saber cuán buenos eran. Olim esbozó una sonrisa severa cuando el ejército que descendía por la montaña giró en un recodo y se perdió de vista al meterse de bruces en la defensa dispuesta por los theiwars.

Durante un tiempo, no se vio nada. Fuera lo que fuera lo que estaba pasando en el flanco norte, a kilómetros de distancia, se hallaba fuera del campo visual de los campamentos daewars. Los minutos transcurrieron con lentitud mientras Olim Hebilla de Oro mantenía fija la mirada a lo lejos, imaginando lo que las tropas de Talud Tolec debían de estar haciendo a los intrusos.

Entonces, lejano pero claro en el viento, llegó un sonido, y las mejillas de Olim palidieron bajo la barba. Soplaban rachas de aire que arrastraban cortinas de nieve a través de los terrenos en pendiente, pero en el viento llegó el sonido de tambores.

La cortina de cellisca pasó aullando, y pareció que unas figuras se materializaban en ella: cientos de figuras, armadas y protegidas con armaduras, algunas montadas en altos y dorados caballos. Habían dejado los campamentos theiwars muy atrás y se acercaban a las líneas daewars con rapidez.

Colin Diente de Piedra hizo un breve alto mientras los hylars salvaban el sinuoso paso cubierto de nieve y salían a un cañón bajo e irregular que discurría entre riscos coronados por rocas sueltas. A su lado, Jerem Pizarra Larga asintió con la cabeza.

-Eran señales de emboscada, no cabe ninguna duda, -dijo-. Y está preparada ahí mismo, un poco más adelante. Allí... y también allí, arriba, en las rocas. Están ocultos, esperando que nos acerquemos a ellos. Una emboscada, definitivamente.

-Sí, no creo que se trate de un comité de bienvenida, -se mostró de acuerdo el dirigente. Se giró y llamó con un ademán. Cuando Willen Mazo de Hierro llegó cabalgando a su lado, le señaló al frente.

-Esa gente que Cale vio desde el promontorio... Algunos de ellos se encuentran en este cañón ahora, esperando nuestro paso para tendernos una emboscada. ¿Puedes verlos?

-Sí, señor, -asintió el corpulento guerrero-. Veo dónde están.

-Quiero hablar con ellos, -dijo Colin Diente de Piedra-. Haz que unos soldados los rodeen y traedlos ante mí. Seguiremos hacia donde están reunidos esos grupos numerosos, más abajo en el paso.

-Sí, señor. -Willen hizo volver grupas a su gigantesco caballo y cabalgó de vuelta hacia sus hombres para impartir las órdenes oportunas-. Hemos encontrado a algunos de nuestros vecinos, -dijo-. Primera sección, coged una compañía de infantería y rodead a los que han preparado la emboscada. Secciones dos y tres, id a echar un vistazo a esos campamentos de más adelante. Coged a quienquiera que haya en ellos y reuníos con nosotros allí, donde está esa gente de ropas llamativas. -Levantó los brazos e hizo unos círculos en el aire-. ¡Compañías, adelante!

-A veces vuestro yerno habla exactamente igual que aquel caballero humano, -le dijo Jerem Pizarra Larga a Colin.

-A veces a ti te ocurre lo mismo, -le recordó Colin al Primero de los Diez.

-Bueno, -repuso Jerem, encogiéndose de hombros-, el caballero fue quien nos instruyó.

Bajo los rayos oblicuos del sol, el cañón permanecía en silencio a excepción del murmullo de los vientos de la montaña que soplaban entre sus paredes. Entonces se oyeron los ecos de los cascos herrados de caballos sobre la piedra, los chirridos y crujidos de armaduras, el ruido de muchas botas marchando al paso.

-Ahí vienen, -susurró un theiwar en los umbríos y rocosos riscos-. ¿Preparados?

-Preparados, -respondieron al unísono otras voces susurrantes.

Aguardaron ocultos en las sombras, y los intrusos aparecieron por un recodo, viniendo en su dirección. Talud Tolec frunció el ceño y se adelantó ligeramente para ver mejor. ¡Eran enanos! Pero ¿qué clase de enanos? ¡Y montaban caballos! No se parecían a nadie conocido por él; eran gentes fornidas, de cabello oscuro, con yelmos adornados con penachos de plumas o cuernos, escudos de bordes afilados colgados de ambos hombros, y espadas de hoja ancha que se estrechaba hacia la punta. Iban armados hasta los dientes.

La mayor parte de los forasteros llevaba la barba partida y peinada hacia atrás, como si el viento los azotara en el rostro. De nuevo, Talud miró boquiabierto los altos corceles dorados y blancos, y sacudió la cabeza, perplejo. Había visto caballos, pero jamás que los

montaran enanos. ¡Y qué caballos! Eran mucho más grandes que cualquiera de los que había visto hasta ahora.

Detrás de la compañía de enanos montados venían soldados de infantería, un centenar o más, marchando con perfecta precisión como si alguien les fuera marcando el paso; como si un tambor les marcara el paso.

Talud jamás había visto gente igual. Sin embargo, enanos o no, eran intrusos. Éste no era un nuevo thane surgido de las masas einars. ¡Éstos eran de otro sitio, no de Kal-Thax!

La columna llegó justo debajo de la emboscada, y Talud Tolec levantó el brazo y lo bajó bruscamente. Desde ambas paredes del cañón, una granizada de piedras y proyectiles arrojados se precipitó con gran estruendo sobre los extranjeros, allí abajo. Piedras arrojadas, cantos lanzados por hondas, dardos disparados con arrojanzas y varias hachas se precipitaron sobre los intrusos como una lluvia mortífera..., descendieron, rebotaron en las paredes del cañón, y cayeron con un sonoro golpeteo en el rocoso suelo del cañón.

Talud se asomó al precipicio. En el instante del ataque, mientras las piedras llovían desde lo alto, los enanos montados habían girado bruscamente, separándose, y se habían lanzado hacia adelante, los altos caballos sin apenas romper la formación mientras subían en ángulo los nevados declives. Directamente debajo de los emboscadores, el suelo del cañón era una alfombra de escudos metálicos que cubría completamente del primero al último invasor. Mientras Talud miraba todavía boquiabierto, los escudos se separaron, formando perfectas filas al colocarlos inclinados, y una andanada de bolas metálicas salió disparada hacia arriba, lanzada por mortíferas y zumbantes hondas. Silbando como avispones enfurecidos, la granizada de bolas se estrelló en las poco profundas cuevas, arrancando esquirlas de roca, haciendo carambola aquí y allí, entre los theiwars. Sonaron gritos y chillidos, y varios enanos se zambulleron desde sus escondrijos para rodar cuesta abajo por las irregulares paredes hasta el fondo del cañón, donde sólidos escudos los frenaron y fuertes manos los desarmaron.

Talud Tolec no salía de su asombro. Una sola vez había visto rechazar una emboscada, ¡pero nada parecido a esto! Los extraños enanos se movían y golpeaban al unísono, con perfección, sin hacer esfuerzos innecesarios. Era como si fueran feroces y letales marionetas movidas por el mismo hilo. La alfombra de escudos se inclinó de nuevo, se volvió hacia los lados, y un bosque de jabalinas de puntas metálicas surgió como las púas de un erizo, aferradas por fuertes manos y apoyadas en musculosos brazos.

Talud advirtió movimiento por encima y dirigió su mirada hacia arriba. La cima rocosa de la pared opuesta del cañón estaba jalonada de corpulentas figuras montadas en altos caballos, todas ellas mirando directamente hacia su escondrijo. Empezó a retroceder hacia adentro, pero justo desde la parte superior una lanza salió disparada y, tras atravesarle la manga por debajo del brazo, se quedó hincada en la piedra.

-¡Eh, los de los agujeros! -llamó una voz profunda-. ¡Salid de ahí, y hacedlo deprisa!

Empujando por delante de ellos a un millar o más de theiwars que se daban a la fuga, dispersando grupos de daergars y de kiars del mismo modo que el viento esparce los copos de nieve para después reunirlos también con la "manada", las formaciones en cuña de guerreros hylars, encabezados por la guardia montada de élite, se acercaron al campamento principal del ejército daewar de Olim Hebilla de Oro y lo rodearon. En una docena de puntos, los enanos de Kal-Thax intentaron cargar contra los extranjeros, romper sus líneas, pero fueron rechazados fácil y diestramente en cada ocasión. Hubo pocos heridos en estas intentonas. A la mayoría se los hizo retroceder, simplemente, empujándolos más y más

hacia el interior hasta que el campamento principal, -un cuadrado de cuatrocientos metros de lado en lo alto de un promontorio desde el que se divisaban las lejanas planicies-, estuvo completamente abarrotado de asustados enanos que miraban a su alrededor desconcertados.

Gema Manguito Azul intentó llevar a cabo un contraataque con los daewars, y una cuña de portadores de escudos se lanzó a la carrera directamente contra las líneas de los forasteros. Pero los escudos de delante se encontraron con las puntas de lanza manejadas por enanos montados, y el ataque se desmoronó sobre sí mismo. Los soldados de infantería que flanqueaban a los jinetes se lanzaron a la carga y empujaron a los mejores guerreros de la Maza Dorada de vuelta al atestado campamento. A un centenar de metros, otra aullante carga lanzada por los enmascarados daergars no tuvo mejores resultados.

Olim Hebilla de Oro sabía reconocer una situación desesperada cuando la veía. El líder daewar trepó a una peña, extendió los brazos y bramó:

-¡Alto! -Luego tiró su escudo al suelo, soltó el cinturón de la espada y también la dejó caer, y se quedó plantado, desarmado y con actitud desafiante, en jarras-. ¡Nos han tomado! -gritó, paseando la mirada por la sólida línea de extraños enanos que tenía a cincuenta metros de distancia-. ¡Nos rendimos! ¿Quiénes sois y qué queréis?

Justo enfrente de él, la línea se abrió y un jinete que lucía un yelmo con penacho avanzó por el hueco, acompañado por otros diez jinetes que lo flanqueaban en una cerrada formación. El cabecilla refrenó su alto caballo, permaneció en silencio un momento frente a Olim Hebilla de Oro, y luego se echó sobre el hombro el gran martillo y levantó la visera. El curtido rostro que quedó a la vista tenía el mismo aspecto duro y desgastado que la roca de montaña, y estaba enmarcado por oscuro cabello recortado y barba peinada hacia atrás, en los que se veían hebras plateadas.

-¡Dime quién eres! -demandó.

Olim cuadró los hombros en un gesto desafiante.

-¡Soy Olim Hebilla de Oro, príncipe del thane daewar de Kal-Thax!

Unos ojos fríos como el hielo lo observaron atentamente.

-¿Eres el cabecilla de todos estos guerreros?

A cierta distancia, la muchedumbre se apartó cuando un guerrero, enmascarado y vestido con oscuras pieles, se abrió paso a empellones.

-¡Soy Vog Cara de Hierro! -retumbó su voz, que sonaba hueca-. ¡Soy el jefe del thane daergar de Kal-Thax!

Y, al otro extremo, un enano de anchos hombros, vestido con prendas de cuero reforzadas con tachones de bronce, se subió a un barril, se despojó de la visera de malla, y estrechó los ojos para resguardarlos del sol.

-¡Soy Talud Tolec! -bramó-. ¡Jefe del thane theiwar de Kal-Thax!

Cerca del perímetro oriental, una figura de cabello greñudo, envuelta en pieles sin cortar y burdas botas sujetas con tiras de cuero, se abrió paso a empujones entre los suyos y se puso frente a la línea de escudos.

-¡Bol Trune! -gritó, gruñendo con ferocidad-. ¡Soy kiar! ¡Mando a los kiars de Kal-Thax!

En alguna parte entre la multitud, una vocecilla temblorosa preguntó:

-¿Dónde Gran Bulp?

-No "sabo" -respondió otra voz-. ¿Para qué querer Gran Bulp?

-Supónese que tener que decir quién es, -explicó la primera voz.

-Dejar Gran Bulp dormir, -sugirió otro-. De todas formas, no saber quién ser mitad de tiempo. -Entonces la voz se alzó más-. ¡Aghars! ¡De este sitio, sea "cualos" sea! ¡Nombre Gran Bulp, Fasse Uno, o algo "ansí"!

El enano ataviado con la armadura y el yelmo de penacho y barba peinada hacia atrás, miró desde su montura de aquí para allí, examinando a los miles de seres rodeados que tenía ante sí.

-Sois muchas tribus, -dijo-. ¿Lucháis entre vosotros o sólo contra los extraños?

Olim Hebilla de Oro apretó los dientes y miró ceñudo al de la armadura. Había una cierta peculiaridad en los forasteros, -y sobre todo en éste-, que lo incomodaba, pero que al mismo tiempo lo desconcertaba. Parecían más altivos que hostiles, más curiosos que combativos, pero él los había visto rechazar fácilmente todos los ataques lanzados contra ellos.

-¡Guerreamos contra quienes nos place! -bramó el cabecilla daewar-. ¡Ya sabéis quiénes somos nosotros! Y vosotros ¿quiénes sois?

-Soy Colin Diente de Piedra, -respondió el forastero con tono flemático-. Somos los hylars, recién llegados a este reino, pero hemos venido para quedarnos. Reclamamos igualdad de derechos y los defenderemos si nos vemos obligados a hacerlo.

-¡Intrusos! -gritó Vog Cara de Hierro, y su voz retumbó bajo su máscara-. ¡No sois de Kal-Thax!

-Ahora, sí -dijo Colin Diente de Piedra, con voz profunda e inalterable-. Hemos hecho la reclamación debida, y el territorio que defendemos es nuestro.

-¡No sois parte del pacto! -exclamó Talud Tolec, encorvando sus anchos hombros mientras se acercaba más a la línea de escudos-. ¡Kal-Thax pertenece a quienes la defienden!

Colin Diente de Piedra inclinó la cabeza para mirar al iracundo theiwar desde lo alto del caballo.

-¿Qué es ese pacto? -preguntó.

-¡Un tratado! ¡Un convenio entre los thanes para defender Kal-Thax contra los intrusos!

-¿Contra qué intrusos? -inquirió el hylar.

-¡Cualquiera! -bramó Vog Cara de Hierro-. ¡Vosotros y todos los demás!

-Nosotros no somos intrusos, -repuso el hylar muy despacio-. Hemos venido aquí, sí, pero ahora vivimos en Kal-Thax, como vosotros. ¿Contra qué intrusos? -repitió.

Olim Hebilla de Oro sacudió la cabeza; no le gustaba la lógica del recién llegado, pero la comprendía. Los forasteros eran enanos, desde luego, y, si habían hecho la reclamación debida sobre territorios de la zona, -que, de algún modo, estaba seguro de que así lo habían hecho-, eran parte de Kal-Thax, les gustara o no. Por fin, en medio del silencio, levantó el brazo y señaló hacia las lejanas planicies.

-Aquellos intrusos, -dijo-. ¡Especialmente los humanos! Están ahí fuera y amenazan a Kal-Thax. Estamos aliados en su defensa.

-Entonces, nosotros, los hylars, nos sumaremos al pacto. -Colin asintió con la cabeza-. Sentimos tan poco aprecio por esos humanos de ahí fuera como vosotros.

-¿Ayudaréis a defender Kal-Thax?

-Por supuesto que sí -les aseguró el hylar-. Sin embargo, me pregunto... ¿qué es exactamente lo que tenemos que defender?

-¡Kal-Thax! -Olim Hebilla de Oro alzó la barbilla y miró al hylar de hito en hito-. Estas montañas son Kal-Thax.

-¿Y no permitís que nadie pase por ellas?

-¿Que pase por ellas? Ésos de ahí fuera son humanos, hylar. Los humanos no "pasan" por ningún sitio. ¡Lo invaden! ¡Lo ocupan! Allí donde los humanos se establecen, al final sólo hay humanos. -Olim extendió los brazos-. Nuestro pueblo aprendió esa lección hace mucho tiempo. Si los humanos entran en Kal-Thax, se quedarán.

Colin Diente de Piedra recorrió con la mirada el panorama de las tierras altas.

-Los humanos no pueden vivir en montañas como éstas, -dijo- También nosotros hemos tratado con humanos y los conocemos. En conjunto, no son de fiar. Pero estas montañas no necesitan que se las defiendan contra ellos. Los humanos se morirían de hambre aquí.

-Hay valles en Kal-Thax, -dijo Olim con obstinación-. Se establecerían en los valles y fundarían colonias. Se multiplicarían y extenderían. Al final, intentarían aniquilar a los enanos. Así son los humanos. ¡No se los debe dejar entrar en Kal-Thax!

-Hay muchas formas de defenderse, -respondió Colin Diente de Piedra-. He visto grandes riadas de vagabundos ahí fuera, en las planicies. Incluso hasta la presa más resistente acabará por reventar si no hay un aliviadero controlado..., una forma de que la corriente siga fluyendo. ¿Se ha considerado esa posibilidad?

-¡Se ha considerado más que suficiente! -gritó Vog Cara de Hierro-. Vosotros... hylars, ¿estáis o no con nosotros?

-Estamos aquí para quedarnos, si es a eso a lo que te refieres. Ningún humano ni nadie de otra raza nos va a echar. Buscamos nuestro Everbardin aquí, en Kal-Thax. -Colin se inclinó sobre la silla y su mirada penetrante fue de uno a otro-. ¿Alguno de vosotros pone en tela de juicio que podamos defender lo que estamos decididos a defender?

No hubo respuesta a eso. De la totalidad de las tropas que acordonaban el flanco oriental de Kal-Thax, casi un tercio se encontraba aquí, cercada e indefensa, retenida en poder de unos pocos centenares de extraños enanos con extrañas habilidades.

-Entonces, que así sea, -asintió Colin Diente de Piedra-. No queremos luchar contra gente de nuestra propia raza. ¡Tú, Olim Hebilla de Oro! Te propongo un tratado de paz y la celebración de un consejo de thanes. ¿Aceptas?

-Acepto, -respondió Olim al tiempo que se encogía de hombros.

-Y tú, Talud Tolec, ¿también lo aceptas? -preguntó al theiwar.

Éste lo miró con los ojos entrecerrados, odiándolo pero incapaz de oponerse a su voluntad. Extendió los brazos.

-Acepto, -dijo.

Colin se volvió hacia Vog Cara de Hierro.

-¿Y tú? ¿Querrás mostrarme tu rostro y aceptar lo que te propongo?

-Lo aceptaré -retumbó la voz hueca del daergar-. Pero no tengo intención de quedarme ciego sólo por complacerte.

-Un morador de la oscuridad, -susurró Colin con curiosidad. Luego asintió en silencio y se volvió hacia el estrafalario kiar-. ¿Y tú, Bol Trune, delthane kiar?

El kiar pareció desconcertado ante la idea de que alguien le pidiera su promesa, pero se encogió de hombros.

-Estoy de acuerdo, -dijo. Se volvió y miró con ferocidad a los otros de su clan-. ¡He dado mi palabra! ¡Mataré a cualquier kiar que la rompa!

Desde alguna parte, al fondo de la multitud, una voz vacilante comentó:

- "Pobablemente" Gran Bulp estar "d'acor..." "d'acur..." decir sí a eso también, cuando despierto. ¿Vale "ansí"?

Con un gesto, Colin Diente de Piedra hizo que su montura retrocediera, y la línea de escudos se retiró, las compañías de hylars moviéndose en perfecta sincronización con el redoble de tambores.

Olim Hebilla de Oro frunció el entrecejo. ¡Tambores! ¡De modo que esos recién llegados eran los anunciados! Chasqueó los dedos, y un daewar recogió su espada y escudo y se los entregó.

-¡Pediste un consejo de thanes! -dijo en voz alta al líder de los hylars-. ¿Cuándo y dónde?

-Cuando los pasos estén cerrados por las nieves del invierno, -respondió Colin-. Pero primero, -se volvió y escudriñó las estribaciones situadas por debajo de las líneas defensivas-, creo que podemos dar a esa gente de ahí abajo algo en que pensar hasta la primavera próxima.

Sin esperar respuesta, el cabecilla hylar hizo volver grupas a su caballo y se dirigió hacia el este al trote, con sus diez guardias personales flanqueándolo con determinación. Tras ellos, compañías montadas de hylars se desplegaron y los siguieron en una formación en punta de flecha. La infantería hylar formó en compañías con precisión y los siguió, trotando a los lados, detrás y entre las unidades montadas. En un visto y no visto, el ejército hylar se había convertido en una mortífera cuña de enanos armados que, haciendo ondear los estandartes y tocando los tambores, se dirigía hacia los campamentos de los humanos situados en la parte baja de los riscos.

Olim Hebilla de Oro los siguió con la mirada; luego se colgó el escudo, enarboló la espada y gritó:

-¡Bien, ya lo habéis oído! ¡Vamos a cazar unos cuantos humanos!

Segundos después, a los centenares de hylars que iban a la cabeza los seguían miles de daewars, daergars y theiwars, así como bandas de kiars que corrían y aullaban a sus flancos. Para cuando esta oleada de enanos llegó a los cerros bajos, muchos campamentos de invasores eran abandonados en masa por los aterrorizados humanos que huían hacia las planicies.

En el campamento de las tierras altas sólo quedaron unos cuantos enanos: un revoltijo de enanos gullys chocando entre sí mientras buscaban dónde esconderse; unos pocos rezagados de otras tribus; y un grupo de unos cien enanos armados que observaban el ataque desde arriba.

Los había de distintos clanes, en su mayoría theiwars, pero entre ellos también había daergars. Estaban agrupados en torno a una figura que podría ser de cualquier tribu. Se había mezclado en silencio con los de otros campamentos, y había conseguido pasar inadvertido para todos salvo para los que habían elegido seguirlo. Aunque su rostro estaba oculto tras la malla theiwar, las ropas y la armadura que llevaba puestas eran una extraña colección de indumentarias daewars, daergars, theiwars e incluso kiars. Podría haber pasado inadvertido por cualquiera de sus campamentos, y así lo había hecho.

Ahora contemplaba la fuerza hylar cada vez más alejada, y sus ojos ardían por el odio.

-Yo no estoy de acuerdo, -masculló-. Glome el Asesino no dejará que ninguna pandilla de extranjeros lo lleve y lo traiga como a esos borregos.

Glome tenía sus propios planes, y nadie, ni siquiera estos extraños hylars, iba a interponerse en su camino.

El Concierto De Un Tratado

De manera metódica, sin pausa, el conglomerado de ejércitos enanos de Kal-Thax oriental, -encabezado por unos cuantos cientos de hylars-, barrió los pasos y valles existentes bajo las tierras altas de la cordillera, expulsando cantidades ingentes de humanos y miembros de otras razas a su paso. Al cabo de unos días, toda la frontera desde el Gran Cañón hasta los riscos de Shalomar estaba segura y libre de la mayoría de forasteros.

Hubo enfrentamientos armados durante esos días, pero fueron escasos y breves. Una banda de goblins merodeadores, al aprovechar la desbandada de humanos para asaltar un campamento de los Saqueadores nómadas, se topó de bruces con las espadas y los escudos de la Maza Dorada, la tropa daewar de choque al mando de Gema Manguito Azul. Atrapados entre sus víctimas humanas y los enanos atacantes, los goblins intentaron abrirse paso combatiendo. Muy pocos sobrevivieron para huir junto con los mismos a los que habían atacado primero. Una unidad de combate de los salvajes Caminantes de las Arenas, de las llanuras septentrionales, resistió durante un día a dos compañías combinadas de daewars y theiwars, y después acabó masacrada por los daergars en la oscuridad de la noche.

Al mismo borde de la cadena de estribaciones, a kilómetros de las ascendentes montañas en el oeste, una compañía de caballeros y soldados de a pie ergothianos, acompañados por otros nativos de la tierra de Ergoth, intentaban cambiar el flujo de forasteros obligados a retroceder a sus tierras cuando se enfrentaron con la guardia de élite de Willen Mazo de Hierro en la cresta de un cerro bajo. Por dos veces, las fuerzas humanas arremetieron contra la línea de enanos montados, y por dos veces fueron rechazadas, tanto por la ferocidad de los caballos calnars como por la tenaz determinación de los enanos que los montaban. Entonces, mientras se reagrupaban, Willen en persona salió a galope de sus líneas y levantó una mano en un saludo dirigido a una figura familiar. El caballero que salió cabalgando a su encuentro llevaba una capa azul sobre la cota de malla y una pluma azul adornaba su yelmo. El halcón rojo en caída que lucía sobre el pecho seguía siendo el mismo que cuando se habían encontrado la última vez, y la espada que manejaba era un arma exquisita, de manufactura enana, con un diamante en el pomo.

-¡Hola, señor caballero! -exclamó el enano mientras Glendon Falcón se aproximaba-. ¿Es que ahora tendremos que probar nuestra valía combatiendo contra nuestro maestro?

-¡Hola, señor enano! -replicó Glendon-. ¿Habéis encontrado vuestro Everbardin en estas montañas?

-Hemos encontrado el lugar donde iniciar nuestra búsqueda -asintió Willen-, y gente de nuestra raza, más o menos, para compartirla con nosotros si así lo desean.

Tres caballeros que lucían la insignia de un gran señor ergothiano avanzaron con sus monturas y se adelantaron a la de Glendon, apartando a un lado al caballero independiente.

-¿Y ahora volvéis aquí, empujando a los extranjeros por delante de vosotros? -dijo uno-. Los cobars y los Saqueadores no pertenecen a este lugar, señor enano. ¿Por qué nos los traes?

-Tampoco pertenecen a Kal-Thax, -manifestó Willen-. Y si intentan quedarse en esas montañas durante el invierno, aun en el caso de que se lo permitiéramos, se morirían de

hambre y se congelarían antes de que llegara la primavera. ¿Es eso lo que vosotros, humanos, queréis que ocurra?

-¡Por supuesto que no! -replicó el caballero con brusquedad- Pero tampoco podemos permitir que invadan y atesten nuestras tierras. Y si los empujamos hacia el norte, en dirección a Xak Tsaroth, los grandes señores de esas tierras los harán matar o los enviarán a Istar para que sean vendidos como esclavos. No queremos tener nada que ver con algo así.

-Entonces, ¿por qué no hacéis algo respecto al motivo por el que vienen aquí?

-¿Qué motivo? -Glendon se puso más erguido en la silla y apoyó la lanza, haciendo caso omiso de las furibundas miradas que los caballeros le lanzaron por su interrupción.

-Las guerras de los dragones en el este, -respondió Willen-. Cale Ojo Verde se encontró con unos elfos que creían que podrían vencer a los dragones si contaran con el apoyo suficiente.

-Sí, sé lo de los elfos. Vinieron en mi busca. Dijeron que había sido recomendado por los enanos. También hablaron con los señores de Ergoth oriental.

-¿Y los ayudaréis?

-Algunos ya han partido, -dijo un caballero ergothiano con altivez-, y otros lo están considerando.

-¿Y tú, caballero Glendon?

-Resulta difícil decir no a esa elfa llamada Eloeth, pero en primer lugar se me necesitaba aquí. Una aldea me contrató como su... Bueno, como su campeón. -Su mirada se clavó fijamente en los caballeros, dos de los cuales lo observaban con el ceño fruncido-. ¡Bueno, la gente no puede pasarse toda la vida esperando a que los dirigentes de Ergoth lleguen a un acuerdo con esos matones de Xak Tsaroth!

Willen se preguntó a qué se estaría refiriendo, pero no pareció que fueran a darle explicación alguna. Se giró un poco para señalar tras de sí, allí donde unas nubes plomizas pasaban entre los picos de las Kharolis.

-El invierno está a punto de empezar en las cumbres de esas montañas, humano. Y nosotros estamos allí. Tú y tus compatriotas ya no podéis hacer nada más en este lugar... a no ser llevar a cabo una matanza de gente de vuestra propia raza.

-¿Te refieres a los cobars y a los Saqueadores? -preguntó con sorna un caballero-. ¿A los Caminantes de las Arenas y a los bandidos de Morion? ¡Esos hombres no son de los nuestros!

-Son humanos -recalcó Willen Mazo de Hierro-. Podéis tratar con ellos o expulsarlos, pero no hacia el oeste. Ahora, no.

Uno de los tres caballeros abanderados, -un hombre corpulento, de barba canosa, con la armadura marcada por batallas-, no había dicho una palabra, limitándose a escuchar con atenta curiosidad, pero ahora levantó una mano enguantada.

-El enano tiene razón, -dijo-. Dentro de una semana, los pasos altos estarán cerrados. Estos emigrantes no tendrían la menor posibilidad. Quizá haya llegado el momento de que en este frente el deber hinque la rodilla ante el honor. -Se volvió a mirar a Willen Mazo de Hierro, y el corpulento enano sintió el impacto de unos fríos ojos grises tan directos e imponentes como los del propio Colin Diente de Piedra-. Puedes abandonar el campo de batalla, señor enano. Has llevado a cabo aquello que viniste a hacer. Por ahora.

Sin esperar respuesta, el canoso caballero hizo volver grupas a su montura y se alejó a galope, seguido sumisamente por sus dos compañeros. Willen lo siguió con la mirada.

-¿Quién era ése? -preguntó después.

-Ese era lord Charon, -contestó Glendon-, e imagino que tú eres el primer enano al que se ha dignado dirigir la palabra. -El caballero del halcón levantó la mano en un saludo e hizo recular a su caballo-. Adiós, señor enano. Pero toma muy en cuenta lo que has oído. Lord Charon dijo "por ahora". No tendréis más intrusiones mientras haya nieve, pero con la llegada de la primavera... En fin, como he dicho, esta gente no es de los nuestros, y, cuando puedan ponerse en marcha, lo harán hacia donde ellos quieran.

Cuando la nieve cubrió los pasos bajo los Tejedores del Viento, Colin Diente de Piedra condujo a sus guerreros de vuelta al promontorio de los campamentos. Cale Ojo Verde y un grupo de Hybardin los esperaban allí con noticias.

Durante un tiempo, Colin Diente de Piedra conferenció con Mistral Thrax junto a una lumbre donde el viejo enano se hallaba sentado, arrebujado en pieles. Luego el dirigente llamó a los demás para que le dieran sus informes.

El túnel cerrado, detrás de la antigua plaza fuerte daewar, en el Fin del Cielo, había sido abierto, y Wight Cabeza de Yunque había enviado exploradores a su interior. El túnel era una maravilla de excavación, informaron, casi ochenta kilómetros de longitud, y taponado a intervalos con pesadas rejas hechas de raíles de hierro, las cuales habían sido desmontadas por los artesanos del metal. Al final del túnel había un conjunto de cavernas naturales, a gran profundidad bajo la superficie. Allí, manteniéndose ocultos, los exploradores hylars habían visto enanos, -daewars, a juzgar por las runas de las paredes-, haciendo trabajos con la ayuda de lo que parecían gusanos gigantes. Más allá había otros túneles vigilados.

Los exploradores habían regresado para esperar las órdenes del dirigente, pero Wight Cabeza de Yunque estaba convencido, por lo que había visto allí, de que la inmensa caverna era sólo la primera de otras muchas. Las posibilidades eran fascinantes. La caverna tenía kilómetros de extensión, y los estratos de cuarzo en su techo actuaban como claraboyas naturales, y, aunque no tan bien como Thorin con sus conductos solares, sí estaba iluminada. Había ventilación, aire fresco y, -a juicio de Talam Combahierro, que entendía de estas cosas-, parecía haber agua en abundancia en alguna parte, cerca.

-Luz al final del túnel, -musitó Colin-. Entonces, yo tenía razón. La gente del sol excavó a través de la oscuridad hacia el interior de la montaña porque sabían que allí encontrarían luz.

Y había más información. Cale Ojo Verde y sus exploradores habían seguido a un grupo de daewars que regresaban de las estribaciones y los habían visto entrar por una puerta secreta situada al pie de un risco, en el pico Buscador de Nubes, bajo los riscos Tejedores del Viento. El acceso se encontraba al sur de la perforación del Fin del Cielo, y Wight Cabeza de Yunque calculaba que era un segundo pasaje que conducía hacia abajo, al mismo túnel que ya habían explorado. En la vecindad, a sólo unos cuantos kilómetros, se encontraban las altas y poco profundas cavernas en las que muchos de los theiwars parecían estar concentrados.

-Parece ser que los amantes del sol excavaron por debajo de sus vecinos, -comentó Cale- como si supieran lo que iban a encontrar allí.

Colin Diente de Piedra tomó nota mentalmente de que no debía subestimar jamás a los daewars o a su príncipe, Olim Hebilla de Oro. Se apartó de la lumbre, donde Wight Cabeza de Yunque ayudaba a Mistral Thrax a preparar una mezcla de té de hierbas y cerveza caliente, llamó con una seña a su hijo menor y señaló con su mano hacia el este. En la parte baja de las laderas, grandes grupos de enanos trepaban trabajosamente hacia su posición; eran grupos separados que se evitaban entre sí, pero que iban en la misma dirección.

-Nuestros aliados regresan, -dijo Colin-. Pronto será el momento de celebrar el consejo que prometieron. Creo que deberíamos reunirnos en las cavernas que Wight descubrió bajo tierra, aunque será un asunto delicado. A nuestros amigos daewars quizá los ofendan las intrusiones.

-Por no mencionar que a los theiwars los ofenda la intrusión de los daewars en el interior de su montaña. -Cale esbozó una mueca maliciosa-. Y esa gente de las máscaras de hierro, los daergars, parecen estar resentidos con todo el mundo, por principio.

-Las relaciones complejas originan negociaciones complejas. -Colin se encogió de hombros-. Enviaré a Willen y a sus guardias de élite hacia el norte con esa gente, para que se aproximen desde allí a través del largo túnel. Las compañías de infantería me acompañarán hasta la puerta secreta, y allí convocaré el consejo de thanes. Quiera Reorx que tenga la sabiduría necesaria para hacer que todos estos clanes se reúnan a hablar antes de que empiecen a luchar.

-Reorx tendrá que concederte mucha sabiduría para conseguir algo así -dijo Cale con actitud circunspecta-. ¿Qué quieres que haga yo, padre?

-Coge a tus exploradores y cuantos voluntarios consigas de las tropas de Willen. Destaca centinelas en los picos. Con las fronteras de Kal-Thax cerradas ahora, cuando los tambores inicien la llamada al consejo, estas tribus y muchas otras..., esos einars que has visto..., acudirán en masa. Algunos pueden mostrarse belicosos al principio, y no quiero ninguna sorpresa. Una vez que nos hayamos reunido, y exista un ambiente de paz entre todos, quiero que se lleve a cabo una exploración a fondo de esta región. Eso lo dejo a tu cargo.

-Es una tarea que me encanta. -Cale arqueó una ceja-. Padre, desde que abandonamos Thoradin, ¿alguna vez has deseado regresar?

-¿Por qué me lo preguntas? -inquirió Colin con el ceño fruncido.

-Porque yo nunca lo he deseado, -respondió su hijo-. Creo que allí me sentía intranquilo siempre, como si estuviera atrapado por la propia ciudad. Ahora he descubierto, y algunos de los otros también, que en realidad no me gusta tener cavernas y túneles por techo y paredes. Me pregunto si muchos de nosotros, entre ellos yo, seremos realmente enanos. Algunos preferimos el hacha al martillo, y el sol a la piedra.

Colin se rascó la barba con gesto pensativo.

-Ningún enano debe decirle a otro lo que tiene que ser, Cale, -repuso después-. Por mi parte, la forma correcta de vivir es en una buena madriguera, bajo las altas cumbres. Pero no todos tienen esa inclinación. Eres un verdadero enano, Cale. Otros de nuestra raza prefieren el sol a la piedra. En Thorin... eh... Thoradin..., en tiempos de tu abuelo, cuando todavía estaban construyendo los conductos solares, algunas personas preferían trabajar en las secciones exteriores antes que en las interiores. Tenían un nombre, que se pronunciaba con gran respeto. Los llamaban los neidars.

-¿Neidars? -Cale miró fijamente a su padre-. ¿Habitantes de las colinas?

-Las cuadrillas del exterior se construyeron cabañas -explicó Colin-, por lo general, en las colinas de las laderas de montañas, donde los vientos barrían las nieves invernales. Con el paso del tiempo, muchos de ellos desarrollaron un profundo afecto por el cielo abierto. Cuando la obra finalizó, algunos de ellos se habrían quedado a vivir en el exterior de haber podido elegir, pero se lo impidieron las guerras con los ogros. Muchos de los nuestros todavía prefieren el hacha al martillo... como os ocurre a ti y a tus compañeros.

-Los neidars, -musitó Cale-. Quizá yo sea un neidar, entonces. Me gustan más las laderas de las montañas que las entrañas de la tierra. -Asintió con la cabeza, echó a andar, y

luego se volvió hacia Colin-. Padre, esas cavernas que hay en el interior del Buscador de Nubes... significan para ti algo más que unas simples cuevas, ¿verdad?

-Tal vez, -respondió el cabecilla con voz queda-. Mistral Thrax me ha dicho... inspirado por sea cual sea esa extraña sabiduría que proviene de sus manos... que allí se encuentra Everbardin.

Grupo tras grupo, cautelosas, las tribus de Kal-Thax se retiraron de las ahora silenciosas estribaciones y marcharon cuesta arriba por los pasos que conducían a los riscos de los Tejedores del Viento. Encabezados por los recién llegados, los que se llamaban a sí mismos hylars, habían expulsado a los forasteros que invadían sus montañas y, con toda probabilidad, tenían las cumbres para ellos solos hasta la próxima primavera. Había llegado el momento de volver a casa y reanudar sus diversos proyectos y planes.

Manteniendo las distancias entre sí y las demás tribus, los daewars viraron hacia el norte, por encima del promontorio; los theiwars se dirigieron hacia el oeste, hacia la cumbre del Buscador de Nubes; y los hoscos daergars giraron hacia el sur, en dirección a las minas. Los salvajes e indisciplinados kiars estaban aquí y allí, encaminándose hacia distintas direcciones.

Pero todos seguían estando a la vista de los demás cuando un sonido creció en los vientos de la montaña, una música fuerte, extraña, apremiante, que era algo más que el simple redoble rítmico de tambores. Era una señal y un canto a la vez. Los enanos de Kal-Thax jamás habían escuchado el bello y estremecedor canto de los tambores de la Llamada a Balladine. Pero lo oían ahora, y no cabía la menor duda de lo que significaba. Colin Diente de Piedra había cumplido su promesa: expulsar a los invasores humanos de Kal-Thax durante el invierno. Y ahora emplazaba a sus vecinos para que cumplieran lo que le habían prometido. El toque de tambores era una llamada, un requerimiento. Había llegado la hora de celebrar el consejo de thanes.

Vog Cara de Hierro y sus guerreros daergars oyeron la llamada y volvieron los rostros enmascarados en aquella dirección para localizar la fuente del sonido. Venía de las alturas del Buscador de Nubes, de la región helada de los riscos de los Tejedores del Viento. Desde territorio theiwar. ¿Se habrían aliado los recién llegados con los theiwars? De ser así, entonces estaban aliados contra los daergars.

-Vamos, -retumbó Vog Cara de Hierro, la voz hueca y tétrica tras la máscara de hierro-. Si hemos sido traicionados, más vale que lo descubramos cuanto antes.

Talud Tolec oyó el sonido, directamente al frente, que llegaba, al parecer, de sus propias cuevas, y se sintió asaltado por un frío terror. ¡Los hylars! Los extraños, los recién llegados a Kal-Thax, que habían demostrado su poderío militar y después se habían retirado para encabezar una maniobra con la que dejaron limpias de forasteros las vertientes montañosas del reino. ¿Había sido todo una estratagema? Aprovechándose de que todos estaban ocupados ¿habían vuelto y habían invadido Theibardin? ¿Habían caído las madrigueras theiwars en poder de los hylars ahora?

Recordó a Gacho Fuego Rojo, que había sido quien había organizado a los theiwars en una fuerza de Kal-Thax por primera vez, y a Borneo Zanca Cortada, que había prestado oídos a malos consejeros y casi los había destruido. Era algo como lo que esos dos habrían hecho, llevar a cabo una traición así.

-¡Theiwars! -gritó Talud Tolec-. ¡Adelante! ¡Preparados para atacar!

Y, justo al norte de los theiwars, el príncipe Olim Hebilla de Oro y sus daewars oyeron el toque de tambores y comprobaron sus armas. El redoble venía de debajo del Colmillo del

Vendaval, donde estaba la entrada secreta al mundo subterráneo, bajo el Buscador de Nubes. ¡Los hylars habían encontrado el camino a las cavernas de Urkhan! ¡Invadirían Nueva Daebardin! Olim desenvainó su espada y la bajó bruscamente, hendiendo el frío aire de la montaña.

-¡A mí, daewars! -bramó-. ¡Flancos izquierdo y derecho! ¡A paso ligero!

-¡Los theiwars! -gritó Gema Manguito Azul mientras señalaba a su izquierda, donde los theiwars remontaban un risco en una oleada y viraban hacia el Colmillo del Vendaval-. ¡Y allí! ¡Vienen los daergars!

-¡Espadas y escudos! -ordenó Olim-. ¡Preparados para el combate!

En elevaciones y riscos, todo en derredor, bandas de kiars embutidos en pieles oyeron la llamada de los tambores y vieron a los ejércitos daewar, theiwar y daergar dirigiéndose hacia su origen.

-¡Herrín y corrosión! -gruñó Bol Trune-. Doy mi palabra, no dejo que nadie falte a ella. ¡Kiars! ¡Luchar!

A un par de kilómetros, más o menos, apiñados bajo el saliente de una cornisa, pequeños rostros se volvieron hacia el sonido de los tambores y uno de ellos preguntó:

-¿Qué ese ruido?

-Tambor, -contestó otro-. Como antes.

-¿Qué antes?

-¡Antes! Cuando todos estar rodeados y decir vale, hacemos consejo.

-¿Cuándo pasar eso?

-Rato largo, Gran Bulp. Tú echar siesta entonces. A lo mejor no dar cuenta.

-Bien ¿y qué "sisnifica"?

-"Pobablemente" que supónese tener ir donde estar ruido.

-¿Por qué?

-Porque decir, vale, hacerlo así.

-Ah.

Hubo también otros oídos que escucharon el canto de los tambores. En kilómetros a la redonda, en cavernas y refugios de valles, en campos, campamentos mineros y pastizales nevados, millares de einars se volvieron hacia el sonido y se preguntaron qué significaría. Al no estar afiliada a ninguna tribu, aunque compartía antepasados con todas ellas, la gente corriente de Kal-Thax oyó la llamada y salió de las casas de diminutas aldeas, de complejos de cavernas, y de remotos refugios para seguir al extraño e hipnótico sonido, la imperativa y hermosa llamada a Balladine.

Algunos de los kiars llegaron primero a los riscos bajo el Colmillo del Vendaval. Descendieron por las vertientes en medio de alaridos, al estilo kiar, y luego se detuvieron desconcertados cuando vieron el sólido muro de escudos que tenían delante.

Los daewars llegaron a continuación, subiendo por un reciente ventisquero, sus ropajes de vivos colores destacando en el blanco del nuevo invierno. Contándose por miles, superaban con mucho a las compañías de infantería y a los once jinetes hylars que aguardaban al pie de los riscos, pero Olim Hebilla de Oro recordó el cerco de los campamentos fronterizos y el modo preciso y eficiente con que estos forasteros se habían hecho parte de Kal-Thax. Vacilaron y, al ver que la línea hylar no hacía ningún movimiento, se detuvieron y esperaron.

Los theiwars llegaron cautelosos, listos para contraatacar a los invasores de su tierra, pero cuando vieron la asamblea reunida al pie de los riscos se quedaron desconcertados.

Nadie atacaba a nadie. Situándose a un lado de los numerosos daewars, se agruparon en torno y detrás de Talud Tolec, las manos sobre las oscuras espadas, y aguardaron.

Para cuando los daergars de Vog Cara de Hierro llegaron a la escena, otros estaban llegando también: pequeños grupos de desconcertados y cautelosos einars de las vertientes más cercanas; incluso una pequeña tribu, -o un revoltijo-, de aghars trepando por una cárcava y asomándose por el borde para ver qué ocurría un poco más adelante.

Al atardecer, miles y decenas de miles de enanos esperaban en la vertiente del Buscador de Nubes, al pie del imponente risco llamado Colmillo del Vendaval, el más cercano de los Tejedores del Viento. Era con lo que había contado Colin Diente de Piedra. La multitud era tal que nadie, -ni siquiera los bien armados daewars-, iniciaría un conflicto sin arriesgarse a una pelotera en la que cualquiera estaría en inferioridad numérica.

La diversidad y lo multitudinario de los grupos hacía simplemente infactible que uno de ellos atacara a otro. Y para la mayoría de los enanos, -incluso para los impredecibles kiars-, la condición sine qua non de cualquier situación, -de todo- era sus efectos prácticos.

Montado en su gran caballo Schoen y flanqueado por los Diez, Colin Diente de Piedra cabalgó hacia la cresta de un promontorio, a plena vista de todos cuantos estaban en la ladera. Con gran ceremonia, se despojó de su yelmo y de su escudo y se los entregó a Jerem Pizarra Larga, Primero de los Diez. Entonces desenvainó la espada y el martillo y, -como había visto hacer a Olim Hebilla de Oro para indicar una alocución-, los arrojó al suelo.

Los tambores enmudecieron, y en medio del silencio, con una voz que llegaba hasta las últimas filas de la gran multitud, Colin Diente de Piedra dijo:

-Somos los hylars. Somos recién llegados, pero ahora pertenecemos a Kal-Thax, como el resto de vosotros. Así que sabed esto: en primavera, estas montañas pueden ser invadidas por humanos. A menos que todos nosotros, del primero al último, tomemos medidas para impedirlo, caeremos desbordados por la marea de inmigración humana, si no este año, entonces al siguiente.

Olim Hebilla de Oro se adelantó a sus legiones y levantó los brazos.

-¡Hablas de tomar medidas, hylar! -dijo en voz alta-. ¿Cuáles?

-Os lo mostraremos, -respondió Colin-. Entre nosotros, tenemos los medios para construir una plaza fuerte que ninguna horda humana podría penetrar. -Señaló-. ¡Tú, Vog Cara de Hierro! Tu gente dispone de las materias primas que se necesitarían, en vuestras minas. Los filones para fabricar los metales para una plaza fuerte poderosa. ¡Y tú, Talud Tolec! Tu pueblo conoce estos pasos mejor que nadie. Y tú, Bol Trune, de los kiars. Si se organiza, tu gente podría salvarse de los humanos ayudando a salvar al resto de nosotros.

-¿Y los daewars? -gritó Olim Hebilla de Oro, haciendo bocina con las manos-. ¿Con qué crees que podemos contribuir a tu plan?

Colin Diente de Piedra miró fijamente al príncipe daewar y reprimió una sonrisa.

-Vosotros, príncipe Olim, tenéis el sitio.

-¿Qué sitio? -espetó Olim.

-¡Es verdad! -gritó Talud Tolec-. Los daewars tienen una enorme caverna secreta, en alguna parte. Yo la he visto.

-Ese sitio, -asintió Colin-. Un lugar que todos podemos compartir, y que debemos compartir por derecho. Los daewars porque fueron quienes lo encontraron primero. Los theiwars porque se encuentra en el territorio reclamado como suyo...

-¿En territorio theiwar? -exclamó Talud-. ¿Dónde?

-... los daergars porque disponen de los materiales para convertirlo en una plaza fuerte, -continuó Colin-. Los kiars y los einars y otros que así lo deseen porque pueden ayudar a su

construcción y a su defensa.

Olim Hebilla de Oro echaba chispas. ¿Cómo sabía el forastero lo del sitio secreto, los hallazgos de Urkhan?

-¿Y vosotros, qué, hylars? -gritó iracundo-. Nos has dicho con lo que todos nosotros podemos contribuir, lo que podemos hacer con nuestros propios recursos, pero ¿y vosotros? ¿Qué nos ofrecéis vosotros?

Colin Diente de Piedra extendió los brazos en un gesto elocuente.

-Nosotros sabemos cómo hacerlo, -dijo. Entonces su voz adquirió un tono imperativo mientras se volvía hacia las filas theiwars-. Talud Tolec, nos encontramos dentro de los límites territoriales de tu pueblo. ¿Nos das permiso para ir bajo tierra?

Sorprendido por la cortés y protocolaria pregunta, Talud lanzó una mirada en derredor a sus compatriotas y después asintió.

-Os doy permiso, -repuso-. También nos gustaría ver qué han encontrado los daewars aquí.

Colin se volvió hacia el príncipe daewar.

-Olim Hebilla de Oro, la puerta que hay a mis espaldas, en el risco, es creación de los daewars. ¿Nos concederás a tus vecinos el honor de invitarnos a cruzarla en paz?

-¿Y si no lo hago? -demandó Olim.

-¡Entonces la echaremos abajo nosotros mismos! -gritó Talud Tolec-. ¡Éste es territorio theiwar!

-Ya tengo una compañía de guerreros abajo, -apuntó Colin con suavidad-. Sería mejor si nos invitaras a entrar.

Olim Hebilla de Oro, el maestro de la estrategia, sabía cuándo había sido superado en la táctica.

-Abriremos la puerta, -admitió.

-¡Convoco un consejo de thanes! -anunció Colin Diente de Piedra de manera que todos pudieran oírlo-. ¡Se celebrará en Thorbardin!

Todas las miradas de la multitud se volvieron hacia él con desconcierto.

-¿En dónde? -preguntaron algunos.

Incluso Jerem Pizarra Larga miraba a su jefe de hito en hito, sin salir de su sorpresa.

-¿Thor... bardin, señor? ¿Es éste el nombre de nuestro Everbardin?

-En honor del pasado, -asintió Colin-, y del futuro.

SEXTA PARTE

THORBARDIN

Thorbardin
Bajo El Pico Buscador De Nubes
Siglo Del Viento
Década Del Nogal
Principios De Primavera,
Año Del Cinc

El Pacto Y El Asesino

Para cuando la nieve cubrió las montañas Kharolis bajo una gruesa capa, el pico llamado Buscador de Nubes era un hervidero de enanos, fuera y dentro. El consejo de los thanes había durado varios días, y los escribas estarían trabajando durante años registrando e interpretando todo cuanto se había decidido.

Con los Diez a su espalda, los guardias de Willen Mazo de Hierro situados en puntos estratégicos, y varias compañías de infantería a su disposición, Colin Diente de Piedra de los hylars podría haber dominado los procedimientos. Pero era lo bastante inteligente como para no hacerlo. Este sitio bajo las cumbres, al que había llamado Thorbardin, sería el Everbardin de su pueblo, y el dirigente hylar estaba decidido a reducir al máximo el resentimiento entre aquellos que compartirían su entorno. En consecuencia, Colin Diente de Piedra hizo que se construyera una mesa de siete lados que se instaló sobre una amplia y llana cornisa en la orilla del mar de Urkhan, y llevó allí a los jefes de todos los thanes.

Cada príncipe y cabecilla eligió su sitio a la mesa, y Colin Diente de Piedra fue el último en tomar asiento, incluso después de que lo hubiera hecho Fasse Uno, Gran Bulp del clan aghar, que estaba tan impresionado con los procedimientos y las personalidades presentes a su alrededor que hizo lo único que se le ocurrió hacer: recostó la cabeza en la gran mesa y se quedó dormido.

Olim Hebilla de Oro eligió el asiento del este, de espaldas a la parte más luminosa de la gran caverna, donde los daewars tenían ya en construcción unas excavaciones de importancia. Vog Cara de Hierro, de los daergars, escogió un asiento al sur; Talud Tolec, de los theiwars, un banco en el norte, con Bol Trune, de los kiars, a su izquierda, y el pequeño Gran Bulp aghar roncando a su derecha. Quedaban dos sitios libres. Un enano de espesa barba llamado Mies Piedra de Molino, seleccionado por los einars para hablar en su nombre, se acomodó a la derecha de Fasse Uno, y Colin Diente de Piedra tomó asiento al lado del príncipe daewar.

Los Diez se situaron a su espalda, y otros se adelantaron para colocarse detrás de sus respectivos líderes: Gema Manguito Azul y su guardia de la Maza Dorada, detrás del príncipe daewar; Brule Lengua de Vapor y una docena de theiwars, detrás de Talud Tolec; ocho figuras enmascaradas, detrás del jefe daergar; una colección de greñudos kiars, detrás de Bol Trune; varios einars, detrás de Mies Piedra de Molino; y una pequeña figura de extraño aspecto, que ostentaba el título de Gran Opinante, detrás del durmiente Fasse Uno.

-En el lugar del que nosotros, los hylars, venimos, -empezó Colin-, utilizamos una mesa de siete lados para tratar los asuntos del consejo, y nadie sabe por qué, ya que sólo son seis los lados que se ocupan. Ahora veo que el siete es, indiscutiblemente, el número apropiado. -Los miró a todos sucesivamente, uno tras otro-. Que Reorx esté con nosotros y nos conceda la sabiduría que necesitamos, -terminó diciendo.

-Reorx está presente, -musitó Olim Hebilla de Oro, y otros de los que estaban sentados a la mesa asintieron en silencio.

Y así dieron comienzo diecisiete días de debate y consejo, durante los cuales todo, desde el nombre del lugar hasta la lista de acuerdos para usos públicos y privados de los recursos, fue tratado y acordado.

Los daewars conservarían la orilla oriental del mar de Urkhan, donde un brazo de éste trazaba una curva alrededor de un recodo de la caverna. El cuarzo de arriba la hacía una bahía luminosa, la zona más iluminada de la inmensa gruta. Podían reclamar como suyas esta playa y la piedra que había detrás, donde ya estaban construyendo su ciudad de Nueva Daebardin.

Los theiwars ocuparían la orilla noroccidental y la piedra de detrás, hasta la entrada a la caverna que Urkhan había llamado la primera madriguera. Los daergars dispondrían de la playa meridional, donde la luz de los estratos de cuarzo era más débil, y cederían sus montones de escombros a los aghars, que preferían ambientes tales como montones de escombros de las excavaciones de otros.

Los daewars habrían preferido tener lo más lejos posible tanto a los daergars como a los enanos gullys, al otro lado del mar, de ser posible. Pero Olim aceptó el acuerdo, puesto que el recodo de la caverna taparía cualquier excavación desagradable a la vista desde la ciudad daewar.

Aquellos kiars que habían decidido construir hogares en la cámara subterránea, dispondrían de las zonas profundas al extremo este de una segunda madriguera natural, donde un brazo del mar tenía sus playas.

La mayoría de los einars no quería saber nada de cavernas, prefiriendo las excavaciones más superficiales. Los que sí lo desearon, sin embargo, recibieron autorización para que se afiliaran a cualquier clan de Thorbardin que les conviniera más. En cuanto a los demás, que empezaban a adoptar el nombre neidar, el cual habían oído a Cale Ojo Verde y a sus aventureros, se llegó a un compromiso. Los neidars se quedarían en el exterior para cuidar de los campos y el ganado, que necesitaban de los cambios de estaciones y del sol. A cambio de suministrar grano, carne y madera a los clanes de las cavernas profundas, tendrían derecho a entrar en Thorbardin en cualquier momento que quisieran hacerlo, así como protección contra sus enemigos por parte de los ejércitos de la plaza fuerte subterránea.

A partir de este momento, el asiento en el séptimo lado de la mesa estaría ocupado por los neidars.

Las dos madrigueras más grandes serían terrenos comunes para todos los thanes. Allanadas y mejoradas por obreros utilizando los gusanos remolcadores gigantes, se enriquecerían con mantillo del exterior y con fertilizantes que Bardion Cornisa, antaño protector encargado de residuos y desechos de Thorin, sabía cómo tratar y procesar. Las madrigueras se convertirían en campos de cultivo subterráneos.

El propio mar de Urkhan sería propiedad común de todos, y Talam Combahierro ya estaba trabajando en el diseño de un sistema de acueductos con fuerza de contrapeso para acabar con procedimientos tan primitivos, agotadores y poco productivos como las cadenas de cubos.

Cada ciudad sería tan autónoma como quisiera en cuanto a forjas, tiendas, mercados y viviendas, costumbres y normas ciudadanas y su cumplimiento. Pero un sistema vial de túneles y una red de líneas de carretillas de tracción por cable conectarían todas las ciudades y serían de uso común.

Relente Triza de Acero y Grana Moldeo concibieron un complejo plan para construir un acceso con puerta en la zona sur, basado en la idea del tapón con bisagra de los daewars,

reforzado con una cubierta de hierro daergar, y combinado con la avanzada técnica hylar. La nueva puerta daría acceso a los mejores campos de cultivo einars y a los metales de las minas daergars.

Se sugirió que una segunda puerta igual fuera instalada en el extremo norte del reino subterráneo, pero este punto quedó pospuesto hasta una posterior consideración. También se sugirió que el gran túnel que los daewars habían abierto a través del Fin del Cielo podía convertirse en una ruta comercial, suponiendo que las cosas más allá de Kal-Thax se tranquilizaran por fin lo bastante como para permitir el comercio con el exterior.

Los ejércitos de los thanes estarían separados, pero formarían un frente común en defensa de Kal-Thax contra la amenaza de humanos, ogros o cualquier otra raza. Y los hylars aceptaron entrenar a las otras tropas en las artes aprendidas por ellos.

Se harían exploraciones para determinar si podía crearse un pozo de magma para fuente de alimentación de las fundiciones, como en Thoradin. Se buscarían sitios adecuados para la instalación de conductos solares, y se levantaría un mapa completo del sistema de ventilación natural, que parecía fluir de un profundo valle, cerrado por escarpadas paredes, que había en el sur, -el mismo valle que los theiwars llamaban Caída Mortal-, con conductos de escape naturales en lo alto, entre los propios Tejedores del Viento.

Se discutieron tantos planes e ideas, se tomaron tantas medidas en aquellos diecisiete días, que tropeles de escribas trabajaron afanosos con el único fin de tomar apuntes sobre cosas que serían registradas en pergaminos posteriormente.

Y, en algún punto durante el transcurso de todo esto, Olim Hebilla de Oro echó un vistazo a los tomos de sus escribas y se volvió hacia Colin Diente de Piedra con el ceño fruncido.

-Hemos pasado algo por alto, -dijo el daewar-. Todos los tañes salvo uno tienen un sitio asignado para sus construcciones. ¿Dónde vivirán los hylars?

Antes de que Colin pudiera responder, una voz a sus espaldas dijo:

-Allí. Allí está Hybardin.

Se volvieron. Detrás del asiento del cabecilla hylar, se encontraba el viejo Mistral Thrax, apoyado en su muleta. Tenía el brazo libre extendido, señalando hacia arriba, y la palma de la mano le brillaba con un color rojo apagado. Como si no hubiese nadie más aparte de él mismo, el anciano enano musitó:

-Es el Árbol de la Vida. El Árbol de la Vida de Hylar. Allí estará Hybardin.

Señalaba al centro del mar, a la gran estalactita suspendida sobre las aguas, cuya parte superior se fundía con el lejano techo de la caverna.

-Mistral Thrax ha hablado, -asintió Colin Diente de Piedra-. Ése será el hogar de los hylars. Construiremos nuestra ciudad en su interior.

El ceño de Olim Hebilla de Oro se hizo más marcado.

-¿Los más altos de las profundidades? -musitó.

-¿Qué? -Colin lo miró.

-Nada, -replicó el príncipe daewar secamente-. Pero ahora se me ocurre una pregunta, y quizá los hylars tengan una sugerencia al respecto. Hemos evitado este tema hasta ahora, pero ha llegado el momento de tratarlo. ¿Quién dirigirá Thorbardin?

Alrededor de la mesa se hizo un gran silencio y los presentes se lanzaron miradas desconfiadas unos a otros.

Colin Diente de Piedra inhaló hondo. Era un asunto que había temido, el único que podía echar abajo todos los planes. Ningún daewar tenía intención de que lo gobernara

nadie que no fuera daewar; ningún theiwar, nadie que no fuera theiwar; ningún daergar, nadie que no fuera daergar.

-Aquí no hay reyes, -siseó Talud Tolec-. ¿Alguno podría serlo?

-Yo soy príncipe de los daewars, -comentó Olim Hebilla de Oro.

-Pero no un rey, -retumbó Vog Cara de Hierro. Se volvió hacia Colin Diente de Piedra, y por primera vez se quitó la máscara. Los rasgos que había tras ella eran firmes y muy marcados, como los de un fiero zorro-. ¿Y tú, hylar? ¿Serías rey?

Colin sacudió la cabeza.

-El theiwar tiene razón, -dijo-. Aquí no hay reyes. Ni falta que hacen. Si llega el día en que Thorbardin necesite uno, entonces, por la gracia de Reorx, surgirá un rey. Pero aún no ha llegado ese día. Yo propondría que Thorbardin se gobernara por un pacto, no por la fuerza del poder.

-Entonces tiene que haber un pacto así -acotó Talud.

-Una alianza bajo juramento, -reflexionó Olim Hebilla de Oro-. Un solemne compromiso, forjado con nuestros juramentos y nuestro honor. Un pacto de thanes.

A un lado, donde un grupo silencioso y hosco presenciaba los procedimientos, alguien se mofó:

-Nada de reyes, -masculló-. Eso dicen. Y, sin embargo, los hylars insinúan que puede haber uno algún día. Yo digo que ese día llegará mucho más pronto de lo que ellos piensan.

A su alrededor, varios asintieron con la cabeza y otro barbotó entre dientes:

-Glome será rey. Pronto será suficiente para nosotros.

Glome el Asesino ya no tenía el mismo aspecto que el pasado año, cuando había sido líder de los theiwars durante un breve tiempo. Había reunido una colección de disfraces con los que daba la imagen que quería. Hoy parecía un soldado de infantería daewar, con la capucha de la capa cubriéndole el yelmo. Esto era parte del poder que ejercía sobre sus seguidores: al parecer, podía ser cualquiera y estar en cualquier parte.

Sus partidarios eran mayoritariamente theiwars y daergars, pero entre ellos había ahora cierto número de daewars rebeldes, descontentos con el cambio radical de su mundo al que los había conducido su príncipe, y unos cuantos kiars, enfadados con la actitud intimidante de Bol Trune. Era un grupo subversivo, una chusma cada vez más numerosa, unida por la convicción común de que Glome el Asesino prevalecería en Kal-Thax. No todo el mundo estaba contento con este consejo de thanes o con la clase de futuro que sus cabecillas vislumbraban. Muchos habían sido reclutados simplemente con la promesa de que Glome acabaría haciéndose con el poder, y que sus amigos serían recompensados. Jamás había habido rey en Kal-Thax, pero lo habría, y para los que lo ayudaran a conseguirlo, habría grandes riquezas.

-Ni daewar ni theiwar ni daergar ni kiar, -les había dicho Glome-. El rey será miembro de todas las tribus... como lo soy yo. Yo seré rey.

-Nuestros líderes no dirigen, -gruñó un theiwar-. El príncipe daewar, el poderoso daergar..., incluso Talud Tolec, del thane theiwar, se han rendido a esos hylars. Han renunciado a nuestros derechos. Hacen pactos que nos harán débiles y blandos como piedra porosa. Han dado la espalda a las viejas costumbres porque los hylars los han asustado. Es hora de que haya un rey en Kal-Thax. Un rey fuerte.

-Glome lo es, -dijo otro-. Glome merece ser rey.

Por el momento, sin embargo, Glome y sus partidarios esperaron la hora propicia, que se les presentara la oportunidad de actuar.

Cuando se hubieron debatido todos los artículos del pacto y quedaron resueltos los últimos puntos conflictivos, Colin Diente de Piedra hizo que se pusiera una forja a orillas del mar de Urkhan, y enanos de todos los thanes se reunieron para la ceremonia hylar de compromiso y unión. Se calentaron lingotes de siete metales en las ardientes brasas, y se incensó un gran yunque con el humo de las maderas equivalentes a los metales. En lo alto del yunque se colocaron los lingotes uno sobre otro, de manera que formaban una estrella. Luego, uno por uno, los líderes de los thanes golpearon con los martillos, uniendo los metales en un único objeto.

El último golpe fue el de Colin Diente de Piedra, y su martillo levantó ecos en las distancias del mundo subterráneo. Cuando levantó la herramienta después de golpear, en la superficie de los lingotes unidos no quedaba la menor irregularidad ni ribete. Sobre el yunque había un amuleto de catorce puntas, perfecto, suave y reluciente.

-Es un pacto, -entonó Colin Diente de Piedra.

-Es un pacto... Un pacto... Un pacto... -corearon los otros a su alrededor.

-La unión sin fisuras de un vínculo, -continuó Colin.

-Un vínculo... Vínculo... Vínculo... -repitieron las voces a su alrededor.

-El Pacto de los Thanes, -dijo Colin.

-De los Thanes... Thanes...Thanes...-repitieron las voces.

-Un solemne juramento de todos los aquí reunidos. Un pacto de la forja.

-De la forja... Forja... Forja...

-¡El Pacto de Thorbardin! -Puso a un lado el martillo, y en las vastas distancias de la inmensa caverna los ecos susurraron:

-Thorbardin... Thorbardin...Thorbardin...

Con su encallecida mano cogió el amuleto, todavía caliente, de la forja, se volvió y caminó hacia el borde del agua. Echó el brazo hacia atrás y arrojó el amuleto con todas sus fuerzas lo más lejos posible, y una nubecilla de vapor se alzó donde el objeto se hundió bajo las olas.

-Para siempre, -musitó Colin Diente de Piedra-. Thorbardin para siempre.

Cuando la noticia de que los hylars se trasladaban una última vez llegó a la fortaleza del Fin del Cielo, Tera Sharn, -cuyo embarazo era ya evidente por la redondez de su vientre-, recogió sus pertenencias y empezó a preparar los bultos mientras los hylars esperaban la escolta. Decían que había un recorrido de casi ochenta kilómetros a lo largo del gran túnel hasta el lugar que su padre había llamado Thorbardin. Sería un largo y oscuro viaje, pero ella estaba preparada. Su hijo nacería en Everbardin.

Se habían hecho otros preparativos, sin embargo. Fue algo más que una compañía de escolta lo que llegó al extremo norte del túnel. Willen Mazo de Hierro se presentó con la mayoría de los guardias hylars y una recua de caballos calnars tirando de carros. Colin Diente de Piedra deseaba que su pueblo viajara a su nuevo hogar con comodidad, y Willen que su esposa, que llevaba a su hijo en sus entrañas, se trasladara placenteramente.

Así pues, una vez más, el pueblo hylar empaquetó sus pertenencias y sus bienes y se puso en camino hacia el lugar que sería su hogar.

-El último viaje, -le prometió Willen a Tera-. Everbardin ha sido encontrado, y tu padre nos espera allí. Los hylars no volverán a trasladarse.

-El último viaje, -repitió ella-. Eso está bien, amor mío. ¿Y los otros clanes? ¿Están allí también?

-Los thanes se han unido, -le aseguró-. Sólo Colin Diente de Piedra habría sido capaz de conseguirlo, y lo ha hecho.

A pesar de su vastedad, la gran caverna central del lago ahora bullía de actividad. Daba la impresión de que había enanos por todas partes: enanos planificando, excavando, encendiendo forjas, arrastrando piedra y mineral; enanos reunidos para pensar, discutir y pelear; enanos manejando martillos, taladros y cinceles. La caverna resonaba con la música del trabajo.

Los daewars eran unos excavadores soberbios, pero no sabían mucho del oficio de la construcción. Los theiwars sabían reforzar y levantar paredes, pero no tenían mucha idea sobre abrir túneles. Los daergars eran mineros y podían seguir el rastro de las vetas de la piedra mejor que cualquiera de los demás. Los hylars eran expertos en invenciones y en conductos de luz, de viento y de agua. Pero, poco a poco, a medida que deambulaban por las excavaciones de los demás, las aptitudes empezaron a aglutinarse y la gran caverna natural comenzó a ser un lugar habitable, apto para una poderosa plaza fuerte.

Colin Diente de Piedra había ido con Wight Cabeza de Yunque a ver los métodos de corte de piedra de los daewars; después había dejado al jefe de excavaciones tomando notas, y se había dirigido donde Talam Combahierro estaba enseñando a un grupo de theiwars a canalizar el agua hacia sus madrigueras. A continuación, el cabecilla hylar inspeccionó un horno de cristal donde se estaban fabricando espejos y se planeaban conductos solares. Siguió su camino, acompañado sólo por los Diez, y se detuvo a cierta distancia para mirar a través del lago, donde la enorme estalactita se alzaba sobre las aguas como un pilar sobre el que se apoyaba un mundo. Sus ojos subieron lentamente, siguiendo el contorno del inmenso monolito de piedra viva, que se iba ensanchando conforme ascendía hacia el techo. Era una vista impresionante, como encontrarse debajo de una gigantesca seta.

-Mistral Thrax tenía razón, -dijo, asintiendo con la cabeza-. Es el lugar al que los hylars pertenecen. Mi pueblo estará cómodo ahí.

-Sí -se mostró de acuerdo Jerem Pizarra Larga-. Es el Árbol de la Vida de Hylar.

-El corazón de Everbardin, -musitó Colin, y entonces soltó un gemido ahogado cuando una jabalina pareció brotar de su pecho. Lanzada por un fuerte brazo, el astil lo atravesó de parte a parte, su impacto ahogado por un coro de gritos al tiempo que una riada de enanos salía corriendo de las sombras debajo de las paredes escalonadas y se abalanzaba sobre los Diez.

-¡Defendeos! -bramó Jerem Pizarra Larga mientras desenvainaba su espada y enarbolaba el escudo.

A su lado, Colin Diente de Piedra cayó de rodillas, con las manos aferradas a la jabalina que sobresalía de su pecho. Sus labios se movieron, pero no emitió sonido alguno.

-¡Formad un cerco defensivo! -gritó Jerem a la par que desviaba otra jabalina con su escudo-. ¡Nuestro jefe está herido!

Los Diez se agruparon en torno a su líder caído, con los escudos en alto y las espadas prestas mientras la horda de atacantes chocaba contra ellos. Gritos de "¡Por Glome!" y "¡Glome el rey!" resonaron en sus oídos, y sus aceros hylars descargaron tajos y cuchilladas y se tiñeron con sangre.

Sellado Con Sangre

Glome había esperado que llegara su momento, y ese momento había llegado. Durante días, estuvo observando cómo los jefes de los thanes sucumbían, uno tras otro, a las extrañas y nuevas ideas presentadas por los forasteros que se llamaban a sí mismos hylars. Sabía por qué los jefes de thanes eran tan maleables: tenían miedo de estos enanos recién llegados.

Pero Glome no los temía. Los había visto combatir, y sabía que un ataque directo con muchas tropas no era el modo de derrotarlos. Pero este tipo de ataque no era su estilo. Fuerte y brutal, taimado y oportunista, Glome el Asesino había llegado al poder entre los theiwars porque no había corrido riesgos estúpidos. Sabía que, en este asunto, su oportunidad estaba en coger desprevenidos a los hylars y aniquilar su liderazgo.

La oportunidad llegó cuando el jefe hylar, satisfecho con que la estúpida alianza entre los líderes de los clanes fuera un pacto solemne, envió a sus soldados en busca del resto de su pueblo para traerlo a la caverna.

Para la retorcida mente de Glome, era el colmo de la estupidez el que el líder hylar confiara tanto en algo tan frágil como una promesa. Las promesas, para Glome, no eran más que palabras dichas para tranquilizar a un antagonista y aletargarlo el tiempo suficiente para descargar un golpe sobre él. Casi no podía creerlo cuando vio a los guardias montados hylars desaparecer por el túnel daewar, seguidos por el contingente de infantería, que transportaban herramientas de construcción, y después vio a Colin Diente de Piedra deambular por la orilla del lago acompañado sólo por sus diez guardias personales.

Por un instante, sospechó que era una trampa. Pero no lo era. El hylar confiaba en aquellos con los que habían hecho un trato, y se había quedado solo, indefenso. Glome no tardó más que unos pocos minutos en reunir y situar a sus seguidores, y fue él en persona quien inició el ataque y vio cómo su jabalina hendía el ligero peto del jefe hylar. Entonces, a centenares, los rebeldes cayeron sobre la guardia personal.

Durante largos minutos, la escena al borde del lago fue una barahúnda caótica mientras los atacantes trepaban unos sobre otros para tener la ocasión de utilizar sus armas. Luego, a una orden bramada por Glome, los rebeldes retrocedieron y miraron fijamente el montón de enanos muertos o moribundos. Había un centenar o más, apilados como muñecos retorcidos en el lugar donde la guardia personal hylar había caído. Pero, cuando todavía contemplaban el montón de cadáveres, la pila se agitó, los cuerpos rodaron hacia los lados, y media docena de escudos hylars, chorreando sangre, salieron entre ellos. Y detrás de los escudos aparecieron guerreros, un círculo cerrado de corazas sobre un montón de muerte, y aquellos rebeldes que estaban lo bastante cerca sintieron el aguijonazo de los aceros que arremetieron silbantes entre los escudos.

Dominados por el pánico, los atacantes retrocedieron. Algunos dieron media vuelta para echar a correr, pero el grito de Glome los frenó:

-¡Atacad! -ordenó-. ¡Sólo son unos pocos! ¡Acabad con ellos! ¡Sacad el cuerpo de su jefe!

Era más fácil decirlo que hacerlo. De tres en tres o de cinco en cinco, los enanos rebeldes cargaron contra la defensa hylar, y de tres en tres o de cinco en cinco fueron cayendo, contribuyendo a la carnicería.

Aun así, la superioridad numérica era abrumadora. Un guardia hylar se desplomó con un hacha clavada en la espalda. Otro cayó atravesado por cuchilladas; y un tercero, por el impacto de un martillo lanzado. Glome oyó gritos lejanos y vio venir enanos de todas partes: theiwars, daergars, kiars, y, detrás de ellos, las llamativas filas daewars.

Ya sólo quedaba vivo un hylar, de pie entre los muertos, volviéndose aquí y allí, su espada y su escudo tan tintos de sangre como la pila de cadáveres que tenía a sus pies. Era el llamado Jerem Pizarra Larga, el conocido como el Primero de los Diez.

Dos rebeldes theiwars se abalanzaron sobre él, cada uno por un lado, y arremetieron con sus oscuras espadas daergars. El hylar pareció no moverse apenas, pero uno de los atacantes se estrelló contra el afilado borde de su escudo mientras que la espada del otro salía volando de su mano, giraba en el aire haciendo rápidas piruetas hacia arriba, y después caía sobre su propietario, con la punta por delante.

Los proyectiles zumbaron a su alrededor, haciendo carambola en su escudo, su yelmo, sus guanteletes, pero él continuaba en pie. Un tropel vociferante de enanos aliados se acercaba rápidamente a la horda de rebeldes. Con una maldición, Glome agarró a uno de sus propios seguidores por la nuca y cargó contra el solitario hylar, empujando a su partidario por delante de él, como un escudo. En el último instante, arrojó al rebelde sobre la espada del hylar, se agachó, y rodó por el suelo al tiempo que arremetía con su espada hacia arriba.

Entonces todo acabó, y, mientras Jerem Pizarra Larga se desplomaba, Glome el Asesino removió y apartó a patadas los ensangrentados cadáveres hasta que encontró al jefe hylar, Colin Diente de Piedra. El hylar estaba muerto, con la jabalina de Glome clavada todavía en el pecho. Glome aupó el cadáver sobre su cabeza y lo sostuvo en alto, volviéndose de cara a los enanos que venían corriendo hacia él desde las excavaciones.

-¡El hylar ha muerto! -gritó-. ¡Miradlo, está muerto! ¡El que os hizo traicionar las viejas costumbres ya no existe, y el pacto está roto!

Mientras los seguidores de Glome se arremolinaban a su alrededor, con los ojos muy abiertos, los miles procedentes de las excavaciones se agruparon en torno a ellos, empujándose entre sí para ver qué estaba pasando, pero manteniéndose alejados de las espadas goteantes de los rebeldes.

-¡Os he salvado a todos del forastero! -gritó Glome-. ¡Yo, Glome, os he liberado! ¡El pacto ha terminado! ¡Kal-Thax ha sido devuelta a sus legítimos dueños!

La multitud se adelantó un poco más cuando otros recién llegados empujaron desde atrás, mirando estupefactos y boquiabiertos la escena que tenían ante sí. Glome creyó ver respeto y temor en aquellos rostros, y empezó a refocilarse con su victoria. ¡Lo había conseguido! ¡Había ganado!

-¡Miradme! -gritó-. ¡Soy Glome! ¡Soy theiwar, y daewar, y daergar y kiar! ¡Soy vuestro salvador! ¡He matado al hylar! ¡Arrodillaos ante mí! ¡Arrodillaos y nombradme rey!

Todavía sosteniendo el ensangrentado cuerpo sin vida del jefe hylar sobre su cabeza, Glome se giró despacio, dejando que todos lo vieran. Se volvió y vaciló. Talud Tolec estaba ante él, mirándolo con ojos espantados.

-¡Arrodíllate ante mí, Talud Tolec de los theiwars! -exigió Glome-. Arrodíllate, y quizá tenga piedad de ti.

-Glome, -dijo el theiwar-, Glome, ¿qué has hecho?

-He matado al hylar, -repitió el asesino-. El falso pacto está roto.

-¿Roto? -Talud sacudió la cabeza lentamente-. No has roto nada, Glome, salvo una promesa. Hubo un tiempo en que fuiste theiwar. Yo soy theiwar y di mi palabra. Tú la has roto.

A su espalda, Glome oyó otra voz, hueca y enfurecida:

-¡Y la mía!

Glome se volvió y se encontró mirando la máscara sin rasgos de Vog Cara de Hierro.

-¡Y la mía! -clamó otra voz, desde donde una gran multitud de daewars estaba reunida-. Hice el vínculo de la forja, asesino. La palabra de Olim Hebilla de Oro.

Avanzando en grupo hacia el asesino se encontraba una muchedumbre de salvajes kiars, con Bol Trune a la cabeza, blandiendo un pesado garrote.

-¡Gente de Kal-Thax! -gritó Glome, en cuya voz se advertía la desesperación-. ¡Vuestros líderes os han traicionado! ¡El hylar, el forastero los condujo hacia un rumbo equivocado! ¡Destituidlos y dadme vuestro apoyo! ¡Seré vuestro rey!

En la muchedumbre hubo muchos que vacilaron, sin saber qué hacer, tan numerosas y prietas sus filas que impedían el paso de los que empujaban hacia Glome y su banda. Entonces, desde el borde del lago un polvoriento excavador daewar, con el martillo de trabajo todavía en la mano, gritó:

-¡Mirad! ¡Mirad el agua!

Los que estaban cerca de él se volvieron. De los cadáveres amontonados a los pies de Glome la sangre había fluido cuesta abajo hacia el borde del lago, -sangre daewar mezclada con theiwar; theiwar con daergar; daergar con kiars; y todas ellas con sangre hylar-, y los espesos regueros llegaron al agua del mar de Urkhan, y ésta se tornó rosa y posteriormente roja, mientras la mancha se ensanchaba hacia adentro desde la orilla.

Se extendió casi un centenar de metros, y entonces las aguas parecieron agitarse, como en una marea creciente. La superficie se abrió, y una figura salió de ella y subió hasta quedar suspendida por encima, sin rozarla. Era una figura vestida con andrajos, de cabello y barba blancos que enmarcaban un rostro triste, cansado y viejo. Como si caminara por tierra, aunque sus pies se encontraban a un palmo de la superficie del lago, la aparición se dirigió hacia la orilla en tanto que los enanos retrocedían y se dispersaban ante su proximidad. Cuando se encontró en la orilla, pareció flaquear por el cansancio, se apoyó en su lanza de punta doble y levantó una mano, con la palma hacia adelante. Sus dedos se abrieron y dejaron a la vista un amuleto de catorce puntas.

En una voz que era como los vientos en los túneles, dijo:

-El pacto se forjó con fuego y se templó con agua. Ahora ha sido sellado con sangre. -El fantasma bajó la mano y se irguió. Levantó la lanza y la apuntó directamente hacia Glome, que estaba paralizado, todavía sosteniendo al jefe hylar muerto sobre su cabeza-. Tú, Glome, ¿sabes que has consumado lo que querías deshacer? Hasta este momento, Thorbardin sólo era una promesa. Ahora, Thorbardin vive.

La figura se volvió y desapareció. Todos los que estaban en la orilla, contemplaron, con los ojos desorbitados en un gesto de temor reverente, el lugar donde había estado un instante antes. Luego se volvieron. Algunos gruñidos empezaron a surgir de aquí y allí entre la multitud y por fin se convirtieron en un clamor generalizado de cólera cuando la muchedumbre de enanos, -toda clase de enanos, armados con martillos, escoplos, piedras o lo que quiera que tuvieran a mano-, se abalanzó sobre el grupo de rebeldes que rodeaban a Glome.

Con un grito, Glome arrojó el cadáver de Colin Diente de Piedra al suelo y, abriéndose paso entre sus apiñados seguidores, retrocedió hacia la penumbra del túnel que conducía a la primera madriguera.

-Contenedlos, -gritó a sus partidarios-. ¡Resistid! ¡Os ordeno que opongáis resistencia!

Desconcertados y asustados, los rebeldes se arremolinaron; algunos plantaron cara a la horda que se los echaba encima, en tanto que otros intentaban huir. Por un instante, pareció que resistirían donde estaban, blandiendo espadas y lanzas contra la diversidad de herramientas de la multitud. Pero un paso se abrió entre la muchedumbre, y una masa compacta de guerreros daewars cargó contra ellos. La Maza Dorada de Gema Manguito Azul había llegado desde Nueva Daebardin.

Los rebeldes dieron media vuelta, se separaron y huyeron llenos de pánico, con miles de enanos vociferantes pisándoles los talones.

En las negras sombras, cerca del túnel de la madriguera, Glome el Asesino permaneció oculto mientras la persecución tenía lugar, y después trepó sigilosamente hacia la hendedura donde empezaba el túnel. Tras él, perdiéndose en distintas direcciones, llegaba el estruendo del conflicto, de sus rebeldes al ser arrollados por la enardecida multitud. Pero eso a él no le importaba. Lo único que quería era un sitio donde esconderse, un medio de escapar. Casi estaba en la hendedura cuando una figura solitaria le salió al paso desde las sombras.

-Te conozco Glome, -dijo Talud Tolec fríamente-. Sabía dónde te encontraría.

Talud conocía a Glome demasiado como para darle una ocasión de atacar. Aun antes de que el asesino pudiera levantar la espada, el jefe theiwar se abalanzó sobre él y el hacha que manejaba casi partió en dos a Glome.

Algunos de los rebeldes llegaron hasta las excavaciones theiwars antes de ser derribados. Otros murieron al borde del lago, y otros bajo los salientes rocosos que tapaban la orilla noroeste. Un centenar o más, conducidos por los mejores del grupo, opusieron resistencia en un sitio que no tenía nombre, y allí fueron hechos pedazos de manera metódica por la infantería daewar, los espadachines daergars, los aceros theiwars y las hachas de piedra kiars.

Dos antiguos daewars, a los que se dio caza en la primera madriguera posteriormente, fueron desarmados y encadenados por la guardia de Gema Manguito Azul. De alguna parte, los excavadores trajeron las pequeñas campanillas de plata para murciélagos y las colgaron de las cadenas de los prisioneros. Desde cierta distancia, los daewars presenciaron cómo un enfurecido gusano remolcador localizaba la fuente del sonido y la machacaba hasta que las campanas dejaron de sonar.

Olim Hebilla de Oro en persona salió a la calzada del túnel al encuentro de los hylars que regresaban, y Willen Mazo de Hierro y Tera Sharn vieron algo que ningún enano vivo había visto jamás: al príncipe de los daewars de Kal-Thax le corrían las lágrimas por las mejillas cuando les contó lo que había ocurrido.

En una luminosa mañana invernal, los cuerpos de Colin Diente de Piedra y los Diez fueron llevados en solemne procesión a lo largo del gran corredor que era la fuente de los vientos, y los vientos parecieron acallar sus susurros mientras los tambores de los hylars entonaban un réquiem.

Fueron enterrados con grandes honores en el profundo valle cerrado que los theiwars habían llamado siempre Caída Mortal. Pero, mientras Olim Hebilla de Oro invocaba a

Reorx y a los otros dioses para que reconocieran y honraran a los que estaban enterrados aquí, le dio un nuevo nombre al lugar.

A partir de aquel día, el lugar se conocería como el Valle de los Thanés.

En lo alto, muy arriba, todo alrededor de las crestas de las paredes que cerraban el valle, cuerpos sin vida se mecían, colgados de picas de hierro. Los cadáveres de Glome y sus seguidores habían sido sacados de Thorbardin y entregados a Cale Ojo Verde y a sus aventureros neidars. Fue el tributo de Cale a su padre el que los cuerpos de sus asesinos fueran colgados donde sus ojos muertos pudieran mirar hacia abajo, a lo que habían hecho, y desde donde, -cuando la putrefacción hiciera que los huesos se desprendieran y cayeran de las picas-, se perderían para siempre entre los pedruscos de los riscos.

Durante un tiempo, el dolor de Tera Sharn por la muerte de su padre la mantuvo recluida en sus aposentos, y Willen Mazo de Hierro deambuló por las excavaciones hylars, solitario y con una expresión dura en sus ojos, atormentado por la culpabilidad de no haber estado presente cuando su jefe, -el padre de su amada esposa-, lo había necesitado. No obstante, el tiempo de aflicción pasó por fin, y los dos volvieron a estar juntos. Con todo, en ocasiones Willen la sorprendía mirándolo fijamente, con una expresión melancólica, especulativa, sumida en pensamientos que no estaba dispuesta a compartir.

En cierto modo, la muerte de Colin Diente de Piedra había estrechado los lazos de unión entre los clanes, como si la acción sanguinaria y absurda de Glome y sus seguidores se alzara como un ejemplo de todo lo malo y sin sentido que tenían las antiguas costumbres, cuando la rivalidad tribal había eclipsado todos los demás intereses. Ahora, daewars, theiwars, daergars y kiars habían luchado hombro con hombro contra enemigos internos, y se veían unos a otros con ojos más sabios.

Aun así, era como si Thorbardin se hubiera quedado sin corazón. Colin Diente de Piedra había sido ese corazón, y ahora los thanés se ocupaban de sus excavaciones, hoscas y apartados de los demás; cada tribu progresaba a su propio paso mientras intentaban construir hogares dentro de la gran caverna del mar subterráneo. Los daewars excavaban con rapidez, pero no a gran profundidad. Los theiwars perforaban madrigueras que eran poco más que unas cuevas dentro de otra cueva; y los daergars se mantenían en los sitios oscuros, reacios a acercarse a los demás.

La población de Thorbardin había aumentado considerablemente cuando los einars del exterior vinieron para unirse a uno u otro clan, pero el creciente número de enanos sólo consiguió hacer escasear los alimentos, ya que todavía no se habían desarrollado verdaderos sistemas de producción y comercio.

Entonces, en una mañana en la que el sol de Krynn brillaba radiante a través de las vetas de cuarzo y el lago subterráneo centelleaba con su luz, un sonido se alzó e hizo que la gente dejara sus tareas y saliera de sus madrigueras. Los tambores hylars estaban cantando otra vez, el mismo toque apresurado, acuciante, que habían entonado en las laderas del Buscador de Nubes. La música hylar conocida como la Llamada a Balladine.

Los tambores estaban amortiguados aquí, en las entrañas de las montañas, pero todos los oídos de Thorbardin escucharon la llamada y la mayoría respondió a ella. A millares, siguiendo la línea de la costa del lago, fueron a ver qué era lo que pasaba.

La mesa de los siete lados había sido colocada de nuevo sobre la lisa y pulida roca junto al lago, en la misma orilla donde Colin Diente de Piedra había muerto, y tras ella esperaban una docena de tambores hylars y Olim Hebilla de Oro, príncipe de los daewars. Cuando los líderes de los thanés estuvieron presentes, Olim les pidió solemnemente que tomaran

asiento en los mismos sitios que habían elegido anteriormente. Cuando todos se hubieron acomodado, Tera Sharn se adelantó y se detuvo en el lugar de su padre, el séptimo lado. Con Willen Mazo de Hierro junto a ella, la joven miró en silencio a los cuatro jefes reunidos a la mesa, uno por uno. Cuando sus ojos se detuvieron en Olim Hebilla de Oro, preguntó:

-¿Ordenaste que los tambores llamaran?

-Es como se convocó a los thanes por primera vez, -repuso el daewar mientras se encogía de hombros, con su dorada barba reluciendo a la mortecina luz-. Me pareció adecuado, y los tambores también estuvieron de acuerdo. Tenemos que tratar ciertas cosas en esta mesa, y ahora nos encontramos todos reunidos. -Miró en derredor-. Bueno, casi todos.

En esta ocasión, los aghars no estaban presentes porque la tribu al completo se había mudado a algún otro sitio y todavía no había sido localizada. Y la mayoría de los einars se había retirado a sus valles para prepararse para la primavera.

Pero el príncipe daewar se encontraba aquí, así como el jefe theiwar, Talud Tolec, junto con Vog Cara de Hierro, de los daergars, y el líder kiar, Bol Trune. Los tambores hylars habían llamado, y ellos habían acudido. Los ojos de Tera Sharn, grandes, oscuros y sabios como los de su padre, pasaron escrutadores de uno a otro.

-Tú... Todos vosotros... vengasteis a mi padre. ¿Por qué? -preguntó después.

El silencio reinó durante un momento, y luego Olim Hebilla de Oro respondió:

-No fue una venganza. Nos unimos para mantener la paz acordada en el pacto.

-Glome y sus seguidores habrían traído el caos a Thorbardin -intervino Talud Tolec-. En Kal-Thax hemos visto el rostro del caos. Nos hemos despreciado los unos a los otros, y hemos pagado por ello.

-El hylar, tu padre, -retumbó Vog-, trajo el sentido común aquí.

-Entiendo, -dijo Tera-. Y ahora mi padre está muerto.

-Que es el motivo por el que nos encontramos a esta mesa hoy -dijo Olim-. ¿Quién dirigirá a los hylars ahora?

Detrás de Tera, Willen Mazo de Hierro tomó la palabra con actitud enorgullecida:

-Nuestro pueblo le ha pedido a mi esposa que ocupe el lugar de su padre.

-¿Tú, no tu hermano? -Vog levantó su máscara y observó a la joven enana con curiosidad. Incluso a sus ojos daergars, la belleza de Tera era evidente, tan obvia como el abultamiento de su vientre-. ¿Los hylars acatarían el liderazgo de una mujer?

-Mi hermano, Cale Ojo Verde, prefiere el cielo abierto sobre su cabeza, -repuso Tera-. Es un neidar, y no desea ocupar la jefatura. Así se lo ha dicho a nuestra gente.

-Y tú ¿qué respuesta has dado a vuestro pueblo?

-Todavía ninguna, aunque he meditado el asunto. -Tera vaciló, repasando sus ideas, y luego dijo:- Colin Diente de Piedra, mi padre, era una persona sabia. Siempre miraba hacia adelante, nunca hacia atrás. Y, a causa de esa sabiduría, cometió un error... dos veces. Confió en la gente adecuada, viendo el camino que se abría al frente, pero no vio a las personas malas que se escondían detrás. En Thorin, que para nosotros es ahora Thoradin, fueron humanos quienes lo traicionaron.

Un gruñido sonoro retumbó tras la máscara de Vog, pero Tera levantó su pequeña mano.

-No todos los humanos, -dijo-. Aquellos en los que mi padre confiaba eran, hasta donde podían serlo, amigos de verdad. Pero otros no lo eran. Y aquí, donde encontramos a otros de nuestra misma raza, confió en ellos. Confió y no vio a los enemigos que lo acechaban.

-Como nos acechaban a todos los demás, -asintió Olim.

-Soy hija de mi padre, -dijo Tera-. Su sangre es mi sangre, y su proceder es el mío. Más pronto o más tarde cometería los mismos errores, porque veo las cosas como él las veía. En consecuencia, propondré a mi pueblo a otro como dirigente de los hylars, pero me gustaría tener vuestra aprobación antes de hacerlo.

Los reunidos la miraron sin comprender.

-¿Por qué pides nuestra opinión? -Talud Tolec ladeó la cabeza-. Cada thane de Thorbardin es independiente. El pacto es muy claro a ese respecto.

-Sí, lo es, -convino la joven-. Pero queda mucho por hacer si es que Thorbardin ha de construirse como mi padre, y cada uno de vosotros, imaginó que sería. Las viejas diferencias entre clanes deben reconocerse, y las costumbres de cada cual han de respetarse, pero el consejo de thanes tiene que actuar como un solo ente en asuntos del futuro. Para hacer cosas que no se han hecho hasta ahora, hay que trabajar juntos. Sólo este consejo puede hacer eso realidad. Por consiguiente, pido vuestra aprobación antes de anunciar a mi pueblo que mi esposo, Willen Mazo de Hierro, debería ser su dirigente.

A sus espaldas, Willen se quedó boquiabierto por la sorpresa.

-¿Yo? ¡Tera, soy soldado, no dirigente!. No sabría como...

Tera se volvió a mirarlo y enlazó su mano con la de él.

-Nadie lo es hasta que le llega el momento de dirigir, -dijo.

Lentamente, una sonrisa ensanchó el rostro de Olim Hebilla de Oro.

-Eres digna hija de tu padre, -afirmó-. Me pregunto si los hylars sospecharán lo afortunados que son.

-Yo daría la bienvenida a Willen Mazo de Hierro a esta mesa -declaró Talud Tolec con solemnidad-. Sé, quizá mejor que cualquiera de nosotros, que ser dirigente surge más por necesidad que por designio.

Vog Cara de Hierro vaciló, y luego levantó su máscara. Unos ojos, relucientes como los de un hurón en un rostro de rasgos zorrunos, examinaron al corpulento guardia hylar, y después el daergar asintió con la cabeza.

-Te he visto luchar, -dijo-. En tu estrategia hay algo más que fuerza y precisión. Algo que no se ve. ¿Qué es?

-Es orden. -Willen se encogió de hombros-. El maestro que nos enseñó a combatir también nos enseñó el porqué y el cuándo. Decía que las aptitudes sin honor, que en mi opinión no es más que el orden del corazón, son como una forja sin fuego.

-¿El honor es orden? -reflexionó el daergar-. El orden del corazón. Interesante. Sabiduría, -miró a Tera-, y honor. Willen Mazo de Hierro, Vog Cara de Hierro te dará la bienvenida a esta mesa.

-Al igual que yo, -acotó Olim Hebilla de Oro, sonriente-. Quizá un poco de orden del corazón es lo que se necesita para hacer que todos empecemos a movernos otra vez.

Al lado opuesto, Bol Trune se puso de pie, cogió su enorme garrote, lo dejó sobre la mesa ante él, y luego se volvió hacia Willen.

-Kiars han confiado en hylars, -retumbó-. Bol Trune confía en ti.

Unos cuantos días después los amortiguados tambores anunciaron que Willen Mazo de Hierro había sido nombrado dirigente del thane hylar de Thorbardin. Y en el canto de los tambores había una resonancia que hizo eco en los corazones de los enanos de todos los clanes, y aligeró sus pasos mientras trabajaban. Sentían que se había recuperado el propósito.

El Camino Hacia La Razón

Durante las últimas semanas del invierno, las forjas retumbaron bajo el pico Buscador de Nubes, y los vapores que se elevaban sobre los Tejedores del Viento eran el cálido aliento de los fuegos que ardían en su interior, a gran profundidad. Aunque los clanes de Kal-Thax habían actuado de común acuerdo durante siglos para defender su tierra contra los invasores, ésta era la primera vez en la historia que trabajaban todos juntos para conseguir algo positivo, y en las profundidades del corazón de la montaña se empezaron a notar los resultados de combinar sus aptitudes.

A la destreza daewar para excavar se unía la maestría hylar en la cantería y la mampostería, de manera que la extensión de las madrigueras ya no estaba limitada. Con la introducción de las plataformas elevadoras, como las que Handil Hoja Fría había inventado, la dificultad de trabajar de un nivel a otro en una excavación quedó casi eliminada. El oscuro acero de los daergars resultó ser excelente para la fabricación de rieles y cables, y los enanos empezaron la construcción de una serie de calzadas subterráneas para conectar los centros de todas las ciudades de Thorbardin y para instalar carretillas de tracción de cable de ida y vuelta a las cuevas de cultivos.

Se construyeron botes con madera traída por los neidars o comprada a los einars independientes de la región, y en las orillas en declive del lago se tallaron embarcaderos. Desde estos muelles se ensartaron cables a la base de la gigantesca estalactita viva, por encima del agua, y se fijaron allí. A partir de este punto empezaría la construcción de la ciudad hylar, avanzando hacia arriba a través de la piedra y, -finalmente-, de arriba abajo desde el pico de la montaña a través de pozos en los que más tarde se instalarían los conductos solares.

La mayor parte de lo que algún día existiría aquí todavía se encontraba en las mentes y los planos de los artífices, pero se había empezado y ya no se pararía.

Los líderes de los clanes habían imaginado Thorbardin como una fortaleza, una plaza fuerte desde la que los enanos podrían salir a voluntad para proteger sus campos y valles. Ya no podía mantenerse cerrada toda Kal-Thax. Era demasiado extensa y demasiado accesible para cerrar el paso a la creciente muchedumbre de forasteros. En tiempos ya lejanos, cuando los invasores eran pocos, tal cosa había sido posible, pero ahora no era una opción práctica, y, si los enanos tenían un rasgo acusado, era el de ser prácticos. Con todo, el reino podía mantenerse libre de asentamientos, y ésta era la intención del nuevo pacto.

Algunos forasteros entrarían; algunos cruzarían Kal-Thax y proseguirían su viaje. Pero, con la fortaleza de Thorbardin dominando el reino, nadie se establecería en Kal-Thax.

Una opción de otro tipo fue propuesta por Tera Sharn y presentada por Willen Mazo de Hierro. Si no se podía parar la oleada humana, sugirieron, entonces ¿por qué no desviarla, como un escudo desvía una lanza?

Meditaron la idea y cómo podría ser llevada a cabo, y fue Olim Hebilla de Oro quien ofreció la solución:

-Puesto que no queremos que esas personas vengan aquí -sugirió-, quizá podríamos ofrecerles otro sitio al que ir. La mayoría de la gente, sobre todo los humanos, tiende más a seguir un camino que a cruzarlo.

Así, aun antes de que el primer deshielo de primavera se notara en los valles, Cale Ojo Verde salió cabalgando de Kal-Thax con una compañía de voluntarios neidars para explorar las sierras interiores, y Willen Mazo de Hierro cabalgó hacia el este con un centenar de guerreros montados hylars, encabezados por su nuevo capitán de la guardia, Sakor Arena, y acompañado por Gema Manguito Azul y su fuerza de infantería, la Maza Dorada. En nombre del consejo de thanes, Willen se proponía mantener una conversación con quienquiera que estuviera al mando en el sureste de Ergoth. Los humanos que vivían allí estaban tan acosados por la riada de refugiados del este como lo estaban los enanos de Kal-Thax.

Durante la emigración hylar, habían visto ciudadelas humanas esparcidas aquí y allí por toda la región. Algunas de estas mansiones y feudos de los caballeros a las órdenes de los grandes señores que gobernaban el país no eran más que casonas encaramadas en lo alto de riscos y cerros rocosos desde los que se veían los campos y los rebaños de sus feudatarios. Pero había uno que Cale Ojo Verde había visto de lejos y del que había informado. Era un alcázar grande, amurallado, en lo alto de un gran promontorio y, evidentemente, se trataba del hogar de alguien importante. Se encontraba a varios kilómetros al norte del campo donde los hylars habían derrotado a los asaltantes cobars, y Willen sospechaba que el lugar era la residencia del caballero canoso que se había dirigido a él para hacerle una advertencia aquel día..., el hombre al que Glendon Falcón había llamado lord Charon. Para los caballos calnars y los fornidos soldados de a pie daewars, el sitio no estaba muy lejos, y el hombre había parecido estar al mando de los otros, por lo que Willen decidió que él era a quien debería ver.

Dos días después de dejar atrás las últimas pendientes, la tropa de enanos entró en labrantíos y pastizales, con pequeñas aldeas visibles entremedias, aquí y allí. Unos cuantos kilómetros más adelante tuvieron a la vista la gran ciudadela. Era como la había descrito Cale: una fortificación alta, de piedra gris, con baluartes y parapetos en los que ondeaban estandartes. No era una estructura grande para los cánones hylars, pero de mejor calidad que la mayoría de las construcciones humanas que Willen había visto.

No estaba seguro de qué tipo de protocolo habría que seguir para acercarse a una plaza fuerte humana a fin de discutir un asunto, pero en Thoradin había observado que los humanos eran muy parecidos a los enanos en su forma de pensar, salvo en su incapacidad para concentrarse realmente en algo durante mucho tiempo. Así pues, optó por hacerlo de forma directa. Con sus tropas a su espalda, el nuevo jefe de los hylars de Thorbardin se encaminó directamente hacia allí suponiendo que su presencia sería advertida enseguida.

Los primeros en reparar en los enanos fueron los lugareños de una aldea donde las chozas de techo de paja se apiñaban a lo largo de lo que parecía ser el principio de una calzada. A primera vista no parecía haber nadie rondando por el pueblo ni en los campos donde la nieve fundida había dejado dibujos grises y blancos sobre la oscura costra de barro que había debajo. No se veía a nadie, pero salía humo de las chimeneas de las cabañas, por lo que Willen hizo que un trompeta lanzara un toque de saludo y luego condujo a sus tropas al centro del villorrio. Aquí y allí se abrieron postigos, y las puertas se entreabrieron una rendija. Desde los oscuros interiores, unos ojos observaron fijamente a los jinetes de talla baja, protegidos con armaduras, que montaban caballos de gran alzada; después los postigos se cerraron de golpe y las puertas les hicieron eco con el sonido de cerrojos al correrse. Desde alguna parte, una flecha floja, como si la hubiera disparado un arco mal encordado, subió en arco por el aire y rebotó en el yelmo de Willen.

El jefe hylar levantó el escudo y se giró en su silla.

-¡Eh! -bramó-. ¿A qué ha venido eso?

Cerca, en alguna parte, se levantó un gran alboroto; sonaba como si un zorro se hubiera metido en un gallinero. Al costado de la tropa enana un postigo se abrió fugazmente y algo salió volando por él, para ir a rebotar inofensivamente en la armadura de Sakor Arena. El capitán de la guardia miró el objeto caído en el suelo y luego alzó la vista hacia su jefe.

-Es una patata, -dijo con incredulidad-. Alguien me ha arrojado una patata.

Gema Manguito Azul se acercó a grandes zancadas.

-¿Quieres que saquemos a esa gente donde podamos verla? -preguntó a Willen.

-¡Largaos! -gritó una voz humana amortiguada desde dentro de una de las chozas-. ¡Fuera! ¡Aquí no se os ha perdido nada!

Y otra voz, aun más amortiguada, dijo:

-¡Camorristas! ¿Es que no nos pueden dejar en paz?

Y otra:

-¡Un momento, Mullin! Me parece que éstos no son los mismos matones. Fíjate qué bajos son. ¿Crees que pueden ser enanos?

-¡Los enanos no montan caballos, idiota! -se mofó la primera voz.

-¿Son caballos? ¿Cómo se han hecho tan grandes?

El escándalo de gallinas cacareando asustadas sonó de nuevo y luego cesó. Willen sacudió la cabeza.

-¡No queremos haceros ningún daño! -gritó para que pudieran oírlo-. Sólo vamos de paso. Estamos buscando la mansión de lord Charon.

-¿Ves? -insistió una de las voces-. Son los mismos. Los camorristas que buscaban a lord Charon.

-No pueden ser los mismos. Ésos eran más altos y sus caballos más pequeños. Además, éstos ya saben dónde está lord Charon.

-Entonces son más de la misma ralea. -La voz se alzó de nuevo para gritar-. ¡Largaos y dejadnos en paz!

-¡Herrín! -maldijo Willen-. ¡Muy bien, nos iremos! Sólo decidnos si esa ciudadela que está un poco más allá es el alcázar de lord Charon.

-Claro que lo es, -replicó bruscamente una voz quejumbrosa-. ¿Qué otra cosa podía ser si no?

-Gracias, -dijo Willen. Sacudió al caballo con las riendas y se dirigió fuera del pueblo.

A sus espaldas, las voces ocultas parlotearon:

-¡Te digo, Mullin, que éstos son enanos!

-¡Tonterías! ¿Para qué iban a venir los enanos aquí? ¿Y qué podrían querer los enanos de lord Charon?

-Bueno, pues yo sigo pensando que son esos matones de Xak Tsaroth.

-En Xak Tsaroth no hay enanos. Es una ciudad humana.

-Entonces es que quizá los matones de allí están menguando de talla.

Sakor Arena acercó su caballo al de Willen.

-¿A qué vendrá todo esto? -le preguntó-. ¿Qué pensáis que pasa aquí?

-Si os interesa, yo podría explicaros lo que pasa, -dijo una vocecilla aguda que parecía salir del suelo.

Willen bajó la vista y frunció el ceño.

-¡Tú!

-Por supuesto que soy yo, -le aseguró Castomel Brincapiés-. Lo he sido durante toda mi vida, salvo, quizá, aquella vez en que un viejo mago me convirtió en una cabra durante un día y medio. Entonces no era yo mismo realmente.

El kender trotaba a su lado alegremente, casi debajo de los cascos del enorme caballo de Willen, Shag, y llevaba entre los brazos varias gallinas.

-Si buscáis a lord Charon, -dijo-, ésa es su fortaleza, ahí arriba, en lo alto de la colina. Claro que, si estáis buscando a los hombres del Recaudador Mayor, allí es donde están también, sólo que están fuera, porque lord Charon no los ha invitado a entrar. -El entrecejo del kender se frunció en un gesto desaprobador-. Roban todo aquello a lo que pueden echar mano.

-Igual que alguien a quien conocemos, -resopló Willen con sorna.

-¿Quién? -preguntó Castomel Brincapiés alzando la vista hacia él.

-Olvídalo. ¿De dónde has sacado esas gallinas?

-¿Qué gallinas? ¡Oh! ¿Éstas? -el kender miraba a las aves que colgaban de sus manos como si lo sorprendiera encontrarlas allí. Se encogió de hombros-. No lo sé. Estaba pensando en la cena y, de pronto, mira por donde aparecieron éstas, como si me estuvieran esperando. No creo que sean propiedad de nadie. Y, si lo eran, no me lo dijeron. ¿Qué tal si me dejás cabalgar un rato en tu caballo?

--¡Ni hablar! -se negó Willen en redondo-. Prefiero que sigas ahí abajo, con tus dos manos ocupadas en las gallinas.

-Está bien, -aceptó el kender alegremente, al tiempo que echaba un vistazo a su alrededor.

Detrás y a los flancos de los hylars montados, la tropa de infantería de Gema Manguito Azul les había seguido manteniendo el paso. Ahora, sin embargo, a una señal de Willen, todos los daewars viraron en ángulo hacia la izquierda, y desaparecieron de tres en tres y de seis en seis por una hondonada que discurría sinuosa entre los campos.

-¿Adónde van? -preguntó el kender, que, al no recibir respuesta, se encogió de hombros-. Bueno, si esa gente es capaz de correr así, con tanta armadura encima, entonces supongo que no puedo quejarme por cargar con unas cuantas gallinas.

La falda de la colina a los pies de la ciudadela parecía un campamento de viajeros. Había lumbres de cocinar, tiendas y un corral improvisado con una docena o más de caballos en su interior. A primera vista, parecía que había varios cientos de humanos acampados, y que llevaban un tiempo allí. Arriba, en los parapetos, donde ondeaban los estandartes, patrullaban centinelas uniformados.

-Ésas son las tropas que están al servicio de lord Charon -parloteó Cas Brincapiés al tiempo que señalaba con una mano, cargada de gallinas, a lo alto de la ciudadela-. A lord Charon no le hace mucha gracia que el Recaudador Mayor de Xak Tsaroth haya enviado a toda esta gente aquí a recaudar impuestos, así que no los deja entrar. Pero, al mismo tiempo, tampoco quiere echarlos porque el Recaudador Mayor de Xak Tsaroth está reconocido como una autoridad civil establecida en Ergoth, aunque, personalmente, lord Charon lo considera un bufón.

-Entonces, ¿qué hacen? -preguntó Willen.

-Nada, -respondió el kender mientras trotaba junto al gran caballo-. Es una especie de compás de espera.

-Humanos, -rezongó Willen al tiempo que sacudía la cabeza.

En ese momento sonaron trompetas en lo alto de la ciudadela, y Willen comprendió que habían sido avistados.

La columna de enanos montados se detuvo a un centenar de metros del alcázar. El número de guardias en lo alto de la torre se había duplicado, -sus cabezas y hombros se recortaban claramente contra el cielo-, pero no blandían ninguna arma. Parecía que se limitaban a observar. Las altas puertas del alcázar permanecían cerradas, pero ante ellas, en la ladera de la colina, había casi una docena de humanos montados y equipados con pesadas armaduras, y una amplia doble hilera de soldados de a pie armados, -centenares de ellos-, con picas y hachas de combate. Cuando los enanos se detuvieron, un jinete hizo que su montura se adelantara en el centro de la fila y los miró fijamente.

-¡Por los dioses! -bramó, sin volverse-. ¡Creo que son enanos!

-Os aseguro, señor, que lo somos. Venimos a visitar a lord Charon y, puesto que vos no sois él, os aconsejo que os apartéis a un lado.

-¿Apartarme? -El hombre parecía perplejo-. ¿Apartarme? ¿Sabes quién soy, enano?

-No, -admitió Willen-. ¿Quién sois?

El hombre se estiró tanto que a punto estuvo de partir las uniones de la armadura por la zona inferior del peto.

-Nada menos que Shamad Giracalle, adjunto del Recaudador Mayor de Xak Tsaroth. Y vosotros, enanos, -apuntó con un dedo acusador-, estáis sujetos tanto al impuesto general decretado para las provincias rurales como a las sanciones especiales por el cruce de fronteras y como extranjeros ilegales. Si no tenéis el dinero, tengo autorización para incautar vuestros caballos y armas y los objetos de valor que llevéis encima.

-Eso lo haréis cuando las lunas se oxiden, -replicó Willen sin alterar la voz-. Soy Willen Mazo de Hierro, dirigente del thane hylar de Thorbardin y Kal-Thax, y estoy aquí para ver a lord Charon por asuntos oficiales del consejo de thanes. Y, ahora, apartaos.

-Deslenguado, -barbotó Shamad Giracalle-. No consentiré esa actitud insolente en unos enanos. -Alzó una mano con gesto imperioso-. ¡Prended a estas criaturas!

Los otros humanos montados se adelantaron hasta donde se encontraba él al tiempo que aprestaban escudos y lanzas, en tanto que los soldados de a pie se desplegaron para cargar.

-Estáis cometiendo un error, Shamad Giracalle, -avisó Willen-. Consideraos advertido.

-¡Insolente! -bramó el humano. Bajó la visera del yelmo-. ¡Adelante! -ordenó.

La infantería cerró filas y cargó. Justo detrás de ellos, los jinetes armados pusieron lanzas en ristre, levantaron los escudos y cargaron, acortando distancias con los hombres de a pie, que abrieron huecos en las filas para dejarles paso.

-Si así lo queréis, -rezongó Willen. Hizo una señal, y su tropa se desplegó en formación de punta de flecha-. Martillos y escudos -instruyó, e hizo un movimiento hacia adelante con el brazo.

Con un fuerte estruendo, las dos filas se encontraron. Lanzas y picas rebotaron en los escudos enanos cuando la formación de hylars pasó veloz entre los humanos, y, al tiempo que cada punta de lanza era desviada, un pesado martillo trazaba un arco descendente suave, casi delicado, sobre la cabeza del que la manejaba. En cuestión de segundos, toda la tropa enana había traspasado la fila humana y giraba con perfecta coordinación para inspeccionar el campo dejado atrás. Había hombres tirados y despatarrados por doquier, rodando por el suelo en medio de una gran confusión, sujetándose la cabeza con las manos, poniéndose de rodillas para buscar las armas que habían dejado caer. En la distancia, once caballos sin jinetes galopaban hacia los campos circundantes. Risas complacidas sonaron en las altas murallas de la ciudadela.

-¡Os advertí que os apartaseis! -gritó Willen Mazo de Hierro-. ¡Ahora, dejémoslo estar!

Pero en la ladera de la colina, un poco más arriba, una voz iracunda gritó:

-¡Ha sido un golpe de suerte, una ñagaza! ¡Reagrupaos y atacad!

Shamad Giracalle había dirigido el asalto pero no había tomado parte en él. A lomos de su corcel, en la parte alta de la ladera, agitaba los brazos con rabia.

-¡Atacad! -chilló-. ¡Atacad!

De mala gana, sus tropas se pusieron de pie, recogieron las armas caídas, y se reagruparon, esta vez en una formación en punta de lanza, como la que los enanos habían hecho antes. Todos los humanos a excepción de su cabecilla iban a pie ahora, pero la carga que lanzaron contra los hylars estaba plagada de mortíferas espadas y puntas de lanza.

Las tropas de Willen dieron suaves tirones a las riendas y los caballos calnars se desplegaron y adoptaron una nueva formación, una línea curvada, como unos brazos que esperaban abiertos el ataque. De repente, en las sillas de montar no había ningún jinete; cada uno de los hylars colgaba ahora del flanco de su montura, el escudo situado de manera que protegía tanto al caballo como a su jinete.

Desconcertados y boquiabiertos, los humanos atacantes frenaron la embestida durante un momento, y después la reanudaron. Resonaron gritos de guerra que ahogaron la voz de Shamad Giracalle, que miraba detrás de sus tropas y lo que allí había.

En el instante en que la línea humana alcanzó la defensa enana, la Maza Dorada de Gema Manguito Azul cayó sobre ellos por la retaguardia y aplastó el ataque contra las líneas hylars del mismo modo que una maja machaca semillas en un mortero.

De nuevo, ningún enano fue herido, y, de nuevo, todos los humanos atacantes recibieron los impactos de los martillos hylars. En esta ocasión, los golpes fueron más contundentes. Algunos de los que se desplomaron no se levantarían sin ayuda.

Los enanos se apartaron con actitud desdeñosa.

-¡Recoged a vuestros heridos y apartaos de nuestro camino! -ordenó Willen a los humanos-. ¡Tenemos asuntos que tratar aquí, pero no con gente de vuestra calaña!

Aquello era más de lo que el altanero Shamad Giracalle podía soportar. Con un grito, el adjunto del Recaudador Mayor puso lanza en ristre, azuzó a su montura, y bajó a todo galope la ladera, directamente hacia la desprotegida espalda de Willen Mazo de Hierro.

Las orejas de Shag se volvieron hacia el sonido, y el caballo calnar se desvió hacia un lado en el momento en que la lanza del humano pasaba rozando al enano. Al instante, Willen tiró su escudo y su martillo, se encaramó a la silla y, extendiendo los brazos, cerró sus fuertes manos sobre los hombros del humano mientras éste pasaba a su lado. De un tirón, lo desmontó y lo hizo caer de bruces al suelo en medio de un gran estrépito metálico, y aterrizó encima de él. Willen volvió al humano, poniéndolo boca arriba, se sentó sobre él y, de forma metódica, lo fue despojando de armas, yelmo, peto, guanteletes y escarcela. Tras reunir todos estos implementos, Willen se apartó del hombre.

-Señor recaudador, regresad a la ciudad de donde venís. Por las molestias que habéis ocasionado a representantes del consejo de thanes de Thorbardin y Kal-Thax, os requiso el caballo y la armadura como pago de tasas. Ahora, largaos de aquí antes de que decida confiscar más cosas.

Un estallido de carcajadas resonó en las murallas de la ciudadela. Por el clamor, daba la impresión de que toda la guarnición se encontrara ahí arriba ahora, presenciando el espectáculo.

Cuando el recaudador de impuestos de Yak Tsaroth se hubo marchado, medio desnudo y seguido por una banda de humanos maltrechos y tambaleantes, las puertas de la ciudadela Charon se abrieron y por ellas salieron caballeros a galope que se separaron para dejar paso

al canoso caballero que Willen había conocido a principios de invierno: lord Charon en persona. El humano cabalgó hacia Willen y se detuvo a pocos metros de él.

-Saludos, señor enano, -dijo-. Ha sido un espectáculo muy entretenido, aunque has humillado profundamente a un delegado del reino ergothiano.

-¿Delegado? -Willen miró al hombre con fijeza-. Ése no era más que un camorrista. Señor caballero, estoy aquí en representación de...

-Lo sé -asintió Charon-. Te oí antes. ¿Y de qué asunto quieres tratar?

-De una calzada, -repuso Willen-. Una calzada común, una aventura compartida por Ergoth y Kal-Thax. Una calzada en dirección norte, a través del paso de Tharkas hacia las tierras que hay al otro lado. Una calzada que os ayude a libraros de los refugiados que os importunan y que evite que se dispersen por Kal-Thax.

-Una calzada, -repitió Charon-. Bueno, es un tema sobre el que podemos hablar... junto con el precio de herramientas enanas y la posibilidad de que esos grandes caballos vuestros se crucen con la variedad de las llanuras. Pero, antes de sentarnos a la mesa, señor enano, tengo que hacerte una pregunta.

-¿Sí?

-Humillasteis a esos bufones de Xak Tsaroth. Oh, personalmente, a mí no me importa. Giracalle presume de caballero, pero sólo es, como bien dijiste, un camorrista. Dime, señor enano, si hubiese sido yo el que os hubiera atacado... ¿habríais jugado también así conmigo?

-No, señor, -respondió Willen con seriedad-. Jamás jugaría así con vos, señor caballero. Sería demasiado peligroso. De haberme atacado vos, os habría matado tan pronto como hubiese tenido ocasión de hacerlo.

No muy lejos, Castomel Brincapiés hacía recolección entre los restos del campamento de la ladera, alegremente. A saber cómo, se había apropiado del abollado peto de Shamad Giracalle y se le había ocurrido un buen uso para él. Si pudiera encontrar un poco de grasa o de tocino, la pieza metálica sería la sartén ideal para freír los pollos.

El Paso De Tharkas

Desde los costados del Fin del Cielo, Cale Ojo Verde y su compañía viraron hacia el norte y el oeste a través de cañones, entre altas paredes y vastos valles ocultos en los recovecos de las Kharolis, donde pueblos enteros de einars contemplaban boquiabiertos a esta extraña banda de exploradores encabezada por docenas de enanos montados en enormes caballos. La mayoría de la gente de estas montañas jamás había visto caballos hasta ese momento, y ninguno de ellos había visto corceles como los de la raza calnar.

Los que viajaban con ellos eran igualmente chocantes. Los hylars eran forasteros para los einars, y parecían sabios y mundanos, pero los otros eran, obviamente, daewars, a juzgar por sus barbas rubias y coloridos ropajes, e incluso había unos cuantos theiwars en el grupo, jóvenes aventureros que se habían unido a los exploradores neidars quizá más por aburrimiento que por cualquier otra razón.

Para muchos de los aislados einars era una idea extraña el que la gente de varias tribus y culturas pudiera fusionarse como un solo grupo y unirse en una causa común. También muchos estaban fascinados por el nombre que los aventureros habían adoptado para sí mismos: neidars. Habitantes de los cerros o habitantes de las colinas. Para los enanos

pastoriles, orientados como todos los enanos a la comodidad de la casa y el hogar, era un nombre feraz, un nombre que hablaba de preferencias en estilos de vida. Una palabra mucho mejor que einar, que sólo significaba "no afiliado".

En cada encuentro, Cale les hablaba a los einars sobre la planeada fortaleza de Thorbardin, localizada en el interior del pico Buscador de Nubes, y extendía la invitación del consejo de thanes a aquellos que estuvieran interesados en unirse a la gran aventura, a afiliarse con cualquiera de las tribus subterráneas que los atrajera, y convertirse en parte de Thorbardin. También les dijo que, para aquellos que prefirieran quedarse en la superficie en lugar de bajo tierra, sus rebaños y cosechas alcanzarían buenos precios en Thorbardin, donde había una gran necesidad de productos tan básicos como alimentos y fibras textiles.

Cada mañana, al partir, Cale volvía la mirada hacia la gente con la que habían pasado la noche, preguntándose qué suscitaría su paso por allí. Muchos, estaba seguro, irían a ver por sí mismos lo que estaba pasando dentro del Buscador de Nubes, aunque sólo fuera por curiosidad. Algunos elegirían quedarse, unirse a los daewars o los theiwars o los daergars, formar parte de la gran empresa que era Thorbardin.

Una tarea de proporciones monumentales, la oportunidad de ser parte de algo grandioso, la ocasión de fabricar y construir, de trabajar piedra, metales, madera, de usar herramientas hasta hartarse... Todo esto sería una fuerte tentación para cualquier enano, y Cale lo comprendía. Se preguntaba cuántos miles, -o decenas de miles- de nuevos residentes tendría Thorbardin para cuando sus compañeros y él regresaran, y sólo por lo que le habían contado a la gente mientras viajaban por Kal-Thax.

Casi deseó encontrarse en las cavernas subterráneas para ver la reacción de esos einars que iban a echar una ojeada. Como poco, se quedarían pasmados. Mirarían boquiabiertos, embobados y maravillados con las nuevas ideas que les saldrían al paso por todas partes. Igual que Fulgor Pie de Cobre, que había sido daewar toda su vida, se quedó estupefacto cuando, en los primeros días de la exploración, Cale detuvo a su montura al borde del Gran Cañón y dijo en tono coloquial:

-Habrà que construir un puente que lo cruce.

Para el daewar, la idea de construir un puente sobre semejante abismo le causaba sobresalto. Claro que, históricamente, los daewars eran excavadores, no constructores. Y nunca habían visto Thoradin.

Willen Mazo de Piedra estaba de viaje por el este, estableciendo relaciones diplomáticas con los humanos de allí con la idea de construir una calzada hacia el norte. Era misión de Cale Ojo Verde y sus neidars establecer una ruta para dicha calzada. Si Willen tenía éxito, los humanos se pondrían manos a la obra enseguida, nivelando y abriendo una vía desde las llanuras del sureste de Ergoth hasta las quebradas donde empezaban las alturas de KalThax. Pero no llegarían más allá del Gran Cañón. Los humanos serían incapaces de cruzar semejante barranco, de construir semejante puente. Pero los enanos sí podrían si supieran cómo hacerlo. Y los hylars, que habían sido calnars, sabían cómo.

Cale hizo un mapa en el que trazó una ruta al pie mismo del Fin del Cielo y que ascendía a través del primer paso hacia el corazón de la cordillera, en dirección noroeste. En la distancia, según el viejo saber popular daewar, existía un desfiladero en un sitio que los daewars llamaban Tharkas. Algunos de los einars que encontraron les confirmaron esta información. De hecho, algunos lo habían visto: una hendedura profunda que discurría entre paredes elevadísimas y casi inescalables. Y más allá había otras tierras, -humanas o elfas, o ambas, nadie estaba completamente seguro-, donde los refugiados de las guerras orientales podrían establecerse y construir nuevos hogares; y desde donde, en palabras de

Olim Hebilla de Oro, el comercio podría fluir y desarrollarse una vez que estuvieran instalados.

Ningún humano se establecería nunca en Kal-Thax. El Pacto de los Thanes dejaba esto muy claro. Claro que, ¿por qué iban a querer los humanos establecerse en las tierras altas enanas si podían encontrar sitios adecuados para los humanos justo al otro lado?

Para Cale, como para todo el consejo de thanes, era la solución perfecta al problema de los refugiados que se amontonaban en la frontera oriental de Kal-Thax. Sólo había que construir una calzada a través de Kal-Thax y permitirles usarla. A nadie le importaba realmente que los forasteros viajaran a través de Kal-Thax, siempre y cuando cuidaran sus modales, dejaran en paz a los enanos, y no se detuvieran mucho tiempo en las montañas.

Así, los dejarían cruzar y establecerse en las tierras del otro lado. ¿A quién podía importarle eso?

El noveno día después de salir del último poblado enano, siguiendo una sinuosa ruta entre picos y riscos que iban haciéndose más altos, más abruptos y más imponentes a cada kilómetro que avanzaban hacia el norte, los exploradores llegaron a una alta y herbosa cornisa desde la que tuvieron una primera visión panorámica del paso de Tharkas. La primavera acababa de hacer acto de presencia en estas altitudes, y una tenue neblina se agarraba en las oquedades debajo de las cumbres todavía nevadas que se perdían en la azul lejanía. Pero, detrás de los picos más distantes al alcance de la vista, se alzaba un macizo colosal de picos aserrados que se encumbraba sobre las otras cumbres igual que los picos de las Kharolis orientales sobresalían por encima de las estribaciones.

Para los enanos moradores de montañas, una cumbre inaccesible era algo casi inconcebible. Como los de los hylars, los niños de las tribus de Kal-Thax aprendían a escalar tan pronto como sabían andar. Pero ahora los exploradores se quedaron paralizados por la impresión, contemplando la imponente muralla que era la frontera septentrional de Kal-Thax. Parecía extenderse de horizonte a horizonte, hasta perderse en el laberinto de picos escarpados que la flanqueaban. Sólo se interrumpía en un punto, rota por una grieta profunda y sesgada, como si una gigantesca hacha le hubiese hecho un corte en cuña.

-El paso de Tharkas, -señaló Cale, y se giró bruscamente hacia donde una voz melodiosa le respondió desde la pendiente, por encima de su posición:

-Así es como lo llaman los enanos. Nosotros le damos otro nombre, pero son pocos los enanos que pueden... o quieren pronunciarlo.

Cale y los que lo acompañaban entrecerraron los ojos y escudriñaron la boscosa ladera; hubo un movimiento allí, y los ojos de Cale se iluminaron al tiempo que levantaba la mano en un saludo.

-¡Eloeth! -exclamó-. ¡Volvemos a encontrarnos!

El enano pensó que nunca se acostumbraría al modo en que estos elfos podían aparecer y desaparecer, camuflándose y confundiendo con el entorno. Donde un momento antes parecía no haber nadie, ahora la ladera boscosa, por encima de la cornisa, estaba llena de criaturas esbeltas y garbosas, vestidas con prendas de cuero y tejidos que tenían los colores de las tierras agrestes.

A dos de ellos los reconoció de su encuentro previo: la elfa de ojos rasgados, Eloeth, y detrás, no muy lejos de ella, el severo varón, con el cabello del color del humo, llamado Demoth. Los dos llevaban arcos, pero en tanto que el de Eloeth estaba colgado de su hombro, el de Demoth se encontraba en sus manos. Lo sostenía con aparente despreocupación, pero la flecha encajada estaba lista para apuntar y disparar.

-Cale Ojo Verde, -dijo Eloeth mientras le devolvía el saludo-. Tu compañía ha crecido desde la última vez que nos vimos. ¿Cómo les va a los hylars? Hemos sabido que encontrasteis vuestro Everbardin.

-¿Habéis sabido?

-Nos enteramos de muchas cosas, -contestó ella al tiempo que se encaramaba a un árbol partido, a corta distancia-. Por ejemplo, supimos que los enanos tañedores de tambores se habían aliado con las tribus de Kal-Thax y que ahora buscan una alianza con los humanos de Ergoth oriental.

-No es realmente una alianza. -Cale frunció el ceño-. Más bien se trata de un proyecto conjunto. Podríamos construir una calzada.

-¿A través del paso de Tharkas?

Cale volvió la vista hacia la muralla montañosa que se alzaba en la distancia.

-¿En qué otro sitio, si no? Una calzada que acabara en un punto muerto no serviría de mucho.

-¿Y sabéis lo que hay al otro lado de Tharkas?

-Otras tierras. -Se encogió de hombros-. Algún lugar donde los humanos puedan ir, y así no tendrán que molestarnos a nosotros.

Eloeth sacudió la cabeza levemente. Cale no habría sabido decir si el gesto era una sonrisa o una mueca.

-Otras tierras, desde luego que sí -dijo la elfa-. Esas "otras tierras" son el hogar de los míos. Lo ha sido desde que algunos de nosotros empezamos a distanciarnos de Silvanesti. ¿Piensas que aceptaremos a los que vosotros no permitís quedarse en Kal-Thax? Los bosques occidentales no son un vertedero donde los enanos pueden arrojar a los humanos que sobran, ¿sabes?

Cale la miró fijamente, sin saber qué decir. Ni a él ni a ningún otro se les había pasado por la cabeza que podía haber gente al otro lado de Kal-Thax tan reacia como los enanos a absorber hordas de refugiados.

-¿Y bien? -lo apremió Eloeth.

-Bueno..., hemos llegado hasta aquí para ver el paso de Tharkas. Me gustaría verlo.

-¿Y no te parece que habéis llegado mucho más lejos de los límites de vuestras propias tierras? -lo retó Demoth mientras bajaba por la pendiente para situarse al lado de Eloeth. Tras ellos, otros elfos (cientos de ellos, en apariencia) cambiaron de posición de manera sutil, respaldando el desafío.

-¡Ésta es nuestra tierra! -se encrespó Mica Romperrocas, que estaba a un lado de Cale-. Nos hemos unido con el Pacto de los Thanés, y vosotros sois los intrusos aquí, no nosotros. Kal-Thax es nuestra, y Kal-Thax llega hasta el mismo paso de Tharkas.

-¿De veras? -Eloeth esbozó una sonrisa avisada-. ¿Quién lo dice?

-Olim Hebilla de Oro lo dice, -intervino Cale intentando acallar al temperamental Mica Romperrocas-. Los daewars hicieron un mapa de Kal-Thax. Las fronteras están claramente marcadas.

-Los mapas enanos son como los cerebros enanos, -masculló Demoth-. Reclaman todo y no especifican nada. Los reinos no están limitados por unas simples líneas trazadas en mapas, enano. Los reinos se extienden hasta donde llega el alcance de aquellos que los controlan, y nada más.

-Los enanos controlan el territorio comprendido desde las planicies meridionales hasta el paso de Tharkas, -explicó Cale-. Al menos, así es como se supone que tiene que ser.

-Los enanos estáis... -empezó Demoth; pero calló cuando Eloeth levantó una elegante mano.

Cale se volvió hacia Mica Romperrocas y se llevó un dedo a los labios en un gesto elocuente. Lo último que el joven neidar quería hacer en una misión de exploración era iniciar una guerra contra los elfos.

-Demoth tiene razón, -dijo Eloeth suavemente-. Hace un siglo o más que una patrulla enana no había hecho acto de presencia tan al norte. Os encontraréis a ciento treinta kilómetros más allá de los límites naturales de Kal-Thax donde hay gente que vive y utiliza la tierra. Todo esto es territorio agreste, y justo al otro lado de ese paso se encuentra el bosque encantado que llamamos nuestro hogar.

-¿Y más allá?

-¿Más allá? -La elfa se encogió de hombros-. Todo tipo de lugares. Reinos humanos, en su mayoría. Ergoth occidental es el más próximo y el más extenso. ¿Por qué?

-Simple curiosidad, -le aseguró Cale-. Pero todavía me gustaría ver ese paso. ¿Alguna objeción?

-Supongo que podemos enseñároslo, -accedió Eloeth, que se puso de pie-. No habría mal alguno en que lo vieseis.

-Gracias. -Cale Ojo Verde hizo una leve inclinación en su alta silla de montar y después se volvió para lanzar otra mirada ceñuda, de advertencia, a Mica Romperrocas y los que estaban a su alrededor-. Mantened el pico cerrado, que yo me ocuparé de esto, -susurró.

-Pero estos elfos son...

-Estos elfos van a enseñarnos el paso de Tharkas. Vamos, sigámoslos.

Cale estaba sorprendido de la rapidez con que recorrieron los kilómetros que los separaban del gran paso. Siguiendo los caminos ocultos y transitadas sendas de los elfos, -la mayoría de los cuales no habría sabido que existían salvo por la presencia de muchedumbres de elfos de pies silenciosos que trotaban por delante de él-, daba la impresión de que eludían todos los sitios difíciles y viajaban sólo por las mejores rutas. El sol de Krynn seguía en el cielo cuando el grupo remontó el último repecho y entró en una hendedura inmensa, de magníficas paredes, en el macizo montañoso. A lo largo de más de un kilómetro y medio avanzaron entre rocosas paredes verticales que se perdían en las altas nieblas, y después el camino bajó en un suave ángulo... y las paredes se abrieron repentinamente.

La vista era impresionante, grandiosa. El camino descendía siguiendo vertientes naturales y se perdía en la distancia. Y más allá, extendiéndose hasta donde alcanzaba la vista, había una enorme y boscosa meseta, una sólida alfombra de árboles reverdecidos que se alejaba ondulante hacia el horizonte. Desde la boca del paso, el bosque de los elfos parecía empezar a unos centenares de metros y continuar a partir de allí hasta el infinito.

-Maravilloso, -musitó Cale mientras desmontaba del alto lomo de Piquin para situarse de pie junto a Eloeth-. Ahí es donde vivís, ¿no?

-Ése es el lugar al que llamamos hogar, -asintió ella-. Desde donde empieza el bosque hasta donde alcanza la vista.

-Desde donde empieza el bosque... ¿Ahí abajo? -señaló Cale.

-En efecto.

Cale sonrió complacido; luego se volvió hacia sus compañeros y levantó los fornidos brazos.

-En nombre del consejo de thanes del pueblo de Kal-Thax -proclamó-, reclamo todas las tierras por las que hemos viajado hasta llegar aquí, así como el sitio en el que nos encontramos, como parte de Kal-Thax. ¡Kal-Thax se extiende hasta este punto! -Soltó la correa que sujetaba su martillo, sacó una gruesa estaca de hierro del cinturón y se arrodilló. Con un retumbante martillazo, hundió la estaca en la piedra del paso de Tharkas.

Demoth estaba a su lado y se giró velozmente hacia él, con el arco levantado en un gesto amenazador.

-¡No sigas! -exclamó el elfo-. ¿Qué estás haciendo?

Cale se puso de pie y miró al elfo con idéntica firmeza.

-He hecho lo que tú mismo has sugerido. Me he limitado a especificar lo que los mapas enanos, y los cerebros enanos, reclaman como suyo. Todo el territorio que hay a nuestras espaldas es Kal-Thax, por el derecho que me otorgan la estaca demarcadora y mi reclamación formal.

Demoth lo miró de hito en hito, con el arco todavía tensado.

-No puedes hacer eso, -dijo.

-Acabo de hacerlo, -respondió el neidar-. Y, si tienes alguna duda del alcance de quienes reclaman el reino, entonces, por favor, advierte que hemos llegado hasta aquí con vuestro consentimiento. Y, si ahora alzas ese arco contra mí, elfo, juro que te tragarás mi martillo.

-¡Demoth! -Eloeth se plantó a su lado en un instante y apartó el arco y las manos del elfo de un empujón-. ¡Déjalo estar! Sólo es una declaración de propiedad y no significa nada a menos que se ratifique y se refuerce. -Se volvió hacia Cale-. Muy inteligente, -le dijo-. Me hiciste declarar que este sitio está fuera de nuestro territorio, así que no has tomado nada que tengamos derecho a defender. Estás lleno de sorpresas, Cale Ojo Verde de los hylars.

-De Thorbardin y Kal-Thax, -corrigió él-, aunque mis amigos y yo somos más neidars que holgars.

-¿Qué?

-Es una forma de hablar. Significa que preferimos las laderas de las montañas que su interior. Pero todavía os tenemos otra sorpresa preparada, si así lo queréis. En esas alforjas hay dos barriletes de buena cerveza, y tenemos los cuartos traseros de un búfalo de montaña. Si tú y tus compañeros aceptáis compartir el fuego con nosotros esta noche, me gustaría saber cómo marchan las guerras en el este.

-Pero ¿qué pasa con el asunto de la reclamación del territorio?

-Oh, no falta nada. He hecho la reclamación sobre el terreno y con la fórmula legítima. Supongo que depende de mis líderes, y de los vuestros, reunirse en algún momento y decidir qué hacer al respecto. -Se volvió de nuevo, contemplando el extenso bosque-. ¿Dijiste que Ergoth occidental está más allá? ¿Dónde?

-Allí -la elfa señaló hacia el norte-, y al oeste de los límites del bosque.

-La nueva calzada podría ser más larga de lo que se planeaba -dijo Cale-, pero quizá también serviría a los propósitos elfos, ¿sabes?

Padre De Reyes

Willen Mazo de Hierro sintió una sensación de júbilo cuando él y su escolta personal, -llamada los Diez en honor a aquellos que habían servido a Colin Diente de Piedra-, emergieron de la primera gruta natural a la gran caverna de Thorbardin. Su misión en las

tierras de Ergoth oriental había tenido éxito. Sabía que aquello complacería mucho a Tera. Su deseo inmediato fue dirigirse directamente a las nuevas excavaciones hylars y verla, pero un comité de recepción lo esperaba en la vía de tracción de cable.

-Los tambores nos anunciaron tu regreso, -dijo Olim Hebilla de Oro, sonriente-. Los negocios, primero, señor dirigente. ¿Cómo fue tu visita a las tierras humanas?

-Muy bien, creo, -contestó Willen-. No sólo construirán una calzada hacia las montañas, siguiendo la ruta marcada por Cale, sino que, además, los caballeros han aceptado patrullarla en su tramo para detener las migraciones hacia el Buscador de Nubes. Lord Charon me dio su palabra y cerró el compromiso con un apretón de manos.

-¡Maravilloso! -El daewar palmeó al corpulento enano en la espalda y los dos echaron a andar por el camino costero hacia Daebardin-. He convocado reunión del consejo, -dijo-. ¿Qué me dices del comercio? ¿Hablaste de ello con los ergothianos?

-Comerciarán con grano, tintes y fibras textiles a cambio de herramientas y cristal, -anunció Willen-. No llegué a otros acuerdos, pero, si todo va bien, habrá un incremento en la variedad de productos. ¡Ah! Lord Charon está dispuesto a discutir un intercambio comercial más extenso con los grandes señores de Xak Tsaroth. Cree que eso dejaría un buen margen a su gente si sus funcionarios actuaran como agentes para mercancías tales como tejidos, repujados, cueros y ferretería. ¡Ah, y joyería! Sus palabras exactas fueron: "A esos pestilentes habitantes de ciudad les encanta cualquier cosa que reluzca, y, si no pueden robarla, entonces la compran".

-¿Hablasteis sobre armamento?

-Sabes que podemos fabricar mejores armas que ellos, pero no toqué el comercio de armas. Me pareció que era un asunto que debía tratar el consejo.

El príncipe daewar miró a Willen astutamente.

-Una sabia decisión, -dijo-. Deberíamos tomarnos con calma lo de proporcionar buenas armas a los humanos, aunque podría hacerse más adelante. Cuanto más seguros estemos en Kal-Thax, con Thorbardin como nuestra fortaleza, menos tendremos que preocuparnos de que algunas de nuestras mercancías vendidas se vuelvan contra nosotros.

Atravesaron las excavaciones exteriores theiwars, y Willen se quedó sorprendido por el avance de las obras en el tiempo que había estado ausente. Se fijó en que muchos de los excavadores que estaban trabajando aquí eran daewars.

-Estamos haciendo cierto intercambio de conocimientos, -comentó Olim-. Nosotros nos ocupamos de lo que más sabemos, ellos de lo que hacen mejor, y todos salimos ganando.

Por todas partes, hasta donde alcanzaba la vista alrededor de la orilla del lago, la gran caverna bullía de actividad. A centenares y a miles, las gentes de Thorbardin trabajaban para construir ciudades y casas para todos los distintos thanes.

Pasadas las excavaciones theiwars, el pequeño grupo entró en un amplio túnel y salió a territorio kiars. Aquí, las construcciones eran distintas, más bajas y más anchas, con sólidas barricadas como murallas. Los kiars tenían sus propias ideas sobre arquitectura y su forma particular de hacer las cosas, pero aquí, también, Willen reparó en la mezcla de razas. Casi todo el trabajo de excavación estaba a cargo de daewars, mientras que los arrastres eran cosa de los theiwars, y no pocos hylars se ocupaban de la albañilería de las murallas. El lugar se estaba construyendo para los kiars, pero no había muchos kiars a la vista.

-¿Más intercambio? -preguntó Willen.

-Por supuesto, -contestó Olim con una risita-. La construcción no es el fuerte de los kiars, así que trabajan en la preparación de las grutas de cultivos mientras esto está en marcha. Tienen buena mano con los gusanos gigantes.

Cruzaron un canal por el que navegaban transbordadores tirados por tracción de cable, y entraron en una zona más iluminada. Los diseñadores hylars estaban supervisando la instalación de una galería solar de espejos para los daewars, debajo de una de las capas de cuarzo.

-Los otros jefes se reunirán con nosotros en mi salón de asambleas, -dijo Olim Hebilla de Oro-. Pero creo que antes nos vendría bien un poco de buena cerveza.

Willen empezaba a asentir con la cabeza, pero se interrumpió y se giró bruscamente para otear a través del mar subterráneo. Allí, donde la inmensa masa de "piedra viva" de la estalactita se alzaba sobre el agua, los tambores estaban hablando. Escuchó un instante; luego entregó los paquetes que llevaba al más cercano de los Diez, y agarró a Olim por el brazo.

-¡Pospón la reunión del consejo! -dijo-. ¡Tengo que ir a casa! ¿Dónde están vuestros muelles?

Con el jefe de los hylars a la cabeza y el príncipe de los daewars pisándole los talones, los dos echaron a correr, dejando a sus estupefactos escoltas mirándolos boquiabiertos mientras se alejaban.

-¿A qué viene esto? -balbució un guardia daewar.

-¡Los tambores! -sonrió un hylar-. Nuestro jefe está a punto de ser padre.

Mistral Thrax también había oído los tambores. Salió de su cubículo temporal en Daebardin y echó a andar cuesta abajo, bamboleante, hacia la orilla del mar de Urkhan; el retumbar de los ecos de la gran caverna parecía sobreponerse al sonido de los tambores, y el anciano aceleró el paso, agitando la muleta mientras corría. Las palmas de sus manos, que en una ocasión habían sido tocadas por la magia, le picaban y hormigueaban, y Mistral sentía que el saber del pasado y del futuro estaba concentrándose a su alrededor.

El hijo de Tera Sharn iba a nacer, y los tambores llamaban, y Mistral Thrax quería estar allí. Estaba naciendo un niño, y el niño era descendiente de Colin Diente de Piedra.

En el muelle debajo de la vía principal de Daebardin, Mistral Thrax se dirigió cojeando hacia donde un bote de cable estaba amarrado. El barquero, -como casi todos los barqueros que trabajaban en el tendido de cables de arrastre desde las orillas hasta la parte baja de la gran estalactita que estaba siendo excavada por los hylars-, era un theiwar de aspecto hosco. Los theiwars habían resultado ser unos expertos en el manejo de cables y tornos, y muchos, al contrario que la mayoría de los enanos de los otros clanes, sabían nadar. Consecuentemente, a menudo hacían trueque trabajando en los transportes de tracción de cables, y particularmente en el manejo de los botes transbordadores. Sus habilidades las intercambiaban por las de los daewars para que les excavaran viviendas, por las de los hylars para construirles murallas y puertas, y por materiales de las minas y forjas daergars.

Este intercambio de habilidades entre los clanes era un sistema que se había desarrollado recientemente, y gran parte de los enanos pensaba que funcionaba bastante bien, salvo por la necesidad resultante de tener que tratar con gente hacia la que la enemistad de siglos no era fácil de olvidar. Los excavadores daewars que montaban en los botes o los vehículos tirados por cable tendían a hacer caso omiso de los theiwars que los manejaban, como si no se encontraran allí. Los theiwars, por su parte, hacían cuanto estaba en su mano para que los pasajeros daewars se sintieran incómodos.

En cuanto a los daergars que distribuían cargas de minerales a los hornos y fundiciones, hacían como si no vieran a nadie, a menos que por casualidad alguien topara con ellos o estuviera en su camino. Raro era el día en que no había alguna trifulca en Thorbardin, que, en muchos casos, tenía que ser resuelta por el consejo de thanes. Ya se estaban dibujando

los planos para una sala de justicia a causa del comportamiento agresivo de la gente que había venido a vivir, -más o menos junta-, en Thorbardin. Y había más gente cada día a medida que iban llegando einars del exterior para unirse a los clanes del interior de la montaña.

A la orilla del muelle, Mistral Thrax se balanceó en su muleta y saltó al interior del gran remolcador, haciendo que las aguas se agitaran y lamieran los costados del transbordador y que el theiwar que estaba a cargo del torno frunciera el ceño.

-¿Qué quieres? -preguntó el barquero con brusquedad.

-¿Qué crees tú que quiero? -replicó Mistral con igual sequedad mientras se sentaba en la popa-. Esto es un bote, y yo soy un pasajero. Quiero ir a la estalactita.

-Me alegro por ti, -dijo el theiwar-, puesto que ése es el único sitio al que va este transbordador. Aunque no merece la pena el esfuerzo, sólo para un viejo lisiado. Si voy a trabajar, bien puedo esperar a llevar una carga. -Miró con ferocidad al anciano hylar y se recostó intencionadamente contra la cubierta del mecanismo de arrastre.

-¡No pedí tu opinión sobre el rendimiento o no de un trabajo! -contestó Mistral, devolviéndole la mirada con igual intensidad-. ¡Pon en marcha ese torno!

-¿Qué me darás si te cruzo al otro lado? -inquirió el theiwar.

-¡Lo que ha de preocuparte es lo que te daré si no me llevas allí! -Mistral levantó la muleta como si fuera una porra.

El theiwar suspiró; luego soltó las amarras y agarró la manivela del torno.

-Al menos no eres un fundidor de oro daewar, -rezongó-. Detesto recibir órdenes de un daewar.

Mistral bajó la muleta al tiempo que el transbordador empezaba a moverse.

-Si no te gusta este trabajo, ¿por qué lo haces?

-Es mejor que cavar roca, -admitió el barquero-. Hay una cuadrilla de excavadores horadando una casa para mi familia y para mí en Theibardin, así que yo estoy aquí tirando de esta chalana. -Sonó una trompeta, y el barquero alzó la vista-. Oh, eso está mejor, -dijo al tiempo que giraba el torno en sentido contrario. De inmediato, el bote se detuvo y empezó a ir marcha atrás, hacia el muelle de Daebardin.

Mistral se volvió. Había gente en el embarcadero, agitando los brazos frenéticamente. Entre ellos se encontraban Willen Mazo de Hierro y Olim Hebilla de Oro, un puñado de guardias jadeantes, y un par de mujeres hylars de mediana edad que llevaban bultos de ropa. También había varias mujeres daewars, y una mujer theiwar que llevaba ollas de cobre.

Cuando el bote se aproximó al embarcadero, la multitud se adelantó.

-¡Deprisa, Chard! -gritó la mujer theiwar al barquero-. ¡Nos necesitan allí!

Aun antes de que el transbordador tocara el muelle, la gente empezó a subir a bordo, empujándose y dándose codazos para tener sitio. Los últimos en embarcar fueron el jefe de los hylars y el príncipe de los daewars.

-¡Deprisa, barquero! -apremió Willen-. ¡Ha llegado el momento!

El theiwar lo miró de hito en hito, con insolencia.

-¿El momento de qué?

En dos zancadas, Willen llegó a la proa y apartó al theiwar de un empujón. El corpulento hylar se hizo cargo de las manivelas del torno, y el transbordador surcó las aguas a través del mar del Urkhan.

-¡Tú y tus malos modos! -reprendió la mujer theiwar al barquero. Agitó las ollas de cobre en su dirección-. ¿Es que no sabes qué significa esto?

El hombre la miró sin comprender, pero luego sus ojos se abrieron como platos.

-¡Ah! ¡Ése momento! -exclamó. Se acercó presuroso hacia el jefe hylar y lo ayudó con el manejo del torno, de manera que el transbordador avanzó rápidamente hacia la punta de la estalactita, en medio del lago.

Mistral Thrax frunció el ceño y se hizo un hueco entre dos de las mujeres. Las mujeres siempre lo sabían, pensó. Las mujeres, con sus paños y sus expresiones serias, las ollas de cobre para calentar agua... Probablemente lo sabían antes incluso de que los tambores sonaran en las instalaciones hylars. Había llegado el momento de que naciera un niño. Las palmas de las manos le picaban y le dolían, y el anciano se agarró a una de las cintas de refuerzo para evitar irse al agua cuando las mujeres rebulleron en sus sitios, impacientes.

-¡Deprisa! -instó una de ellas-. ¿Es que no podéis tirar más rápido?

Mascullando un juramento, Mistral Thrax empezó a dar golpecitos con la punta de la muleta en las tablas de cubierta, y luego la miró fijamente, parpadeando. Por un instante, le había dado la impresión de que la muleta brillaba, y en ese breve intervalo no había parecido ser una muleta, sino más bien un arpón..., una lanza de dos puntas. Mistral alzó los ojos. Al parecer, ninguno de los otros había advertido nada. Reparó en que otros transbordadores se acercaban desde otros muelles alrededor del gran lago, todos dirigiéndose hacia el centro.

Aproximarse a la gigantesca estalactita era como acercarse a una montaña invertida que estuviera colgada del cielo. Se trataba de una enorme y reluciente masa de piedra, redondeada en el extremo inferior, donde casi se tocaba con la pequeña isla que había debajo y que era su estalagmita gemela, emergiendo del agua. La distancia entre las dos superficies rocosas era de menos de tres metros, y ahora estaban unidas por un conducto, obra de albañilería, en cuyo interior los hylars habían instalado una cinta transportadora vertical, del tipo que Handil el Tambor había perfeccionado en Thorin. El elevador ascendía y entraba en el conducto principal, donde se habían iniciado las excavaciones y se había instalado el primer alojamiento hylar.

El bote crujió y atracó en un malecón hecho con los escombros de la excavación. Del elevador llegaron corriendo unos guardias para amarrar los cabos, y después se apartaron a un lado cuando Willen Mazo de Hierro bajó a tierra y se volvió para tender las fuertes manos hacia los otros pasajeros y ayudarlos a desembarcar.

-¿Cómo se encuentra mi esposa? -preguntó.

-Muy bien, señor, -le aseguró un guardia de las puertas-. Pero los que están con ella dicen que ya casi ha llegado el momento. El niño llegará muy pronto.

Willen se dirigió al elevador, pero las mujeres se le adelantaron en tropel.

-Espera tu turno, -le espetó una de ellas sin demasiada delicadeza-. Ahora nos necesita a nosotras más que a ti. Quítate de en medio y no estorbes.

-¡Toma! -la mujer theiwar puso las ollas de cobre en las manos del jefe de los hylars- Haz algo útil. Trae agua.

Willen le pasó las ollas a un guardia.

-Ya has oído, -le dijo-. Trae agua.

Mientras una de las plataformas elevadoras desaparecía por el conducto, llevando a las mujeres, Willen se subió a la siguiente, y Mistral Thrax entró a trompicones junto a él, agarrándose al peto de Willen para no caerse. A continuación, Olim y los otros se montaron, apelotonados, en la siguiente plataforma.

Ascendiendo por el interior del conducto, la cadena transportadora rechinó y retumbó, y los pasajeros salieron a un espacio recién horadado en la piedra, donde el trabajo de

excavación ya había concluido, así como la instalación de apuntalamientos y paredes de separación. Secundados por los artesanos hylars, los excavadores daewars habían horadado un área abierta de tres metros de altura y que se extendía treinta metros en cualquier dirección desde los pozos centrales. Haciendo servir los pilares y las paredes de albañilería tanto de tabiques como de anclajes para apuntalar el techo, los hylars habían dividido este hueco en varios cubículos y espacios cerrados. La amplia excavación, en la piedra viva de la estalactita, sólo acababa de empezar, pero ya había suficiente espacio para veinte familias hylars.

En un cubículo equipado con finas alfombras y tapices daewars de vivos colores, Tera Sharn yacía en un lecho, radiante y animada. Las mujeres enanas se habían reunido a su alrededor, y los recién llegados se unieron a ellas. Cuando Willen se abrió paso entre la muchedumbre, los ojos de Tera relucieron.

-¡Willen! -exclamó-. ¡Has vuelto! ¿Qué tal te fue con los ergothianos?

-Habría una calzada, -le respondió mientras se inclinaba para besarle los labios-. ¿Cómo estás tú?

-Espléndidamente. Todo va bien, amor mío. Nuestro niño ya...

-¡Por los dioses benditos! -rezongó una mujer daewar mientras tiraba del cinturón de Willen-. ¡Échate atrás, pedazo de bruto! Déjala respirar.

Otras se le unieron, y Willen permitió que lo apartaran tirando de él. Cuando se encontró tras la última fila del apiñado grupo, se volvió y chocó con otro enano. Era Olim Hebilla de Oro.

Más botes habían atracado, y de repente el pequeño cubículo pareció atestado de gente. Talud Tolec se encontraba allí, y también Bol Trune, apoyado en su garrote y dando la impresión de estar fuera de lugar completamente; y otros más, por todas partes.

-Lo oímos, -dijo el theiwar-, así que hemos venido. El nacimiento de un niño es...

-¡Yo os diré lo que no es! -siseó una mujer hylar mientras dirigía una mirada iracunda a los varones reunidos en el cuarto. ¡No es un espectáculo público! ¡Fuera todos!

Obedientemente, casi todos los ilustres ciudadanos de Thorbardin dejaron que las exasperadas mujeres los sacaran de la habitación a empujones. Uno de ellos, sin embargo, se quedó. Mistral Thrax se negó a salir. Se agarró a su muleta y a un tapiz y sacudió la cabeza.

-No me marcharé -insistió. Se me necesita aquí.

-Entonces, quédate a un lado y no estorbes, -le indicó una de las mujeres, que se volvió para cerrar las puertas en las narices de los demás varones.

Durante un rato, en el abarrotado cuarto hubo gran actividad de mujeres yendo y viniendo, charlando y haciendo cosas misteriosas; luego se produjo un silencio, que se rompió con el sonido de un azote y un vagido indignado.

-¡Un niño! -dijo alguien. ¡Un niño robusto y sano!

El vagido había llegado al otro lado de las puertas cerradas, que ahora se abrieron de golpe, y por ellas entró la gente en tropel de nuevo. Las profundas voces masculinas parlotaban y reían, exclamando "¡aaaahs!" y "¡oooohs!", y fuertes manos propinaron palmadas en la espalda de Willen mientras éste intentaba atisbar algo entre las apiñadas mujeres. En el lecho, una Tera Sharn cansada y radiante abrazaba al bebé contra su pecho y exhibía una sonrisa gozosa.

Sin embargo, Mistral Thrax no contemplaba la escena. Las manos le dolían, el corazón le latía desaforadamente y sus ojos estaban prendidos en el vano de la puerta abierta. Allí había algo apenas visible..., algo como una bocanada de humo que crecía y se arremolinaba

e iba cobrando forma en la tenue silueta de un hombre humano alto. Un par de ojos espectrales, dos negros vacíos, se abrieron, y Mistral se adelantó para hacer frente a la aparición.

-¡No! -gritó. ¡No! ¡Te lo prohíbo!

Los "ojos" empezaron a brillar con un tenebroso fulgor rojizo que se intensificó más y más.

-Te maté una vez, -dijo Mistral con voz ronca-, ¡y volveré a hacerlo!

El humo se deslizó en el aire, pero mantuvo la forma, y ahora todos los ojos de los presentes en la habitación estaban prendidos en ella mientras la gente retrocedía asustada. Un leve susurro proveniente del humo dijo:

-El niño. La descendencia. In morit deis calnaris -musitó-. Refeist ot atium...

Rugiendo un desafío, Willen Mazo de Hierro se abalanzó sobre la visión... y rebotó en ella como si hubiese chocado contra un muro. La voz susurrante vaciló sólo un momento y luego repitió:

-Refeist ot atium...

Mistral Thrax levantó la muleta y la arrojó contra el humo. Dio la impresión de golpear en un escudo invisible, pero se quedó suspendida en el aire y empezó a brillar, tornándose más y más roja, y su forma cambió. La muleta se convirtió en un arpón: una lanza de doble punta en la mano de un anciano y maltrecho enano que sólo era parcialmente visible.

-... ot atium -susurró el humo-. ¡Dactas ot destis!

De los relucientes "ojos" salieron disparados dos chorros de fuego, directamente hacia el bebé que Tera sostenía en sus brazos. Pero no llegaron a él. Como un imán atrayendo el hierro, la lanza en la mano de Kitlin Pescador atrajo a los fuegos, que chisporrotearon con furia en las puntas del arma, a lo largo del astil y alcanzaron al espectral enano, que pareció brillar ardiente como el sol. Absorbió la maldición, y después arremetió con la lanza al corazón del humo, y las llamas fluyeron en sentido contrario, hacia el espectro. Durante unos largos segundos, las dos figuras permanecieron inmóviles, en una pugna de fuerzas que escapaban a la comprensión. Después, la ardiente figura de Kitlin Pescador levantó el brazo libre sobre su cabeza y abrió la mano. En su palma había un medallón, una estrella de catorce puntas fundida con siete metales. Alzándose por encima de las rugientes fuerzas de fuego, la voz del fantasma enano proclamó:

-El niño se llamará Damon, y será conocido como el Padre de Reyes.

El cegador resplandor ardió un instante más y luego se consumió en una llamarada, como si nunca hubiese existido. La aparición de humo de Estero el Mago había desaparecido. El arpón había desaparecido. Kitlin Pescador había desaparecido, y un silencio estupefacto reinaba en el pequeño cuarto abarrotado.

Sonó un apagado golpe cuando algo cayó al suelo, sobre la alfombra, al pie del lecho de Tera. Willen Mazo de Hierro, que acababa de incorporarse, se agachó y recogió el objeto; lo contempló y después lo levantó para que los demás lo vieran. Era el mismo amuleto, el forjado por los thanes para sellar el acuerdo entre ellos, aquel cuyo último golpe de soldadura fue dado por el martillo de Colin Diente de Piedra.

-Padre de Reyes, -musitó Willen, tembloroso. Se volvió y miró fijamente a su esposa y a su hijo recién nacido, y después dejó el amuleto suavemente sobre la almohada, junto a ellos-. Damon, -dijo mientras rozaba la sonrosada frente del pequeño con sus fuertes y encallecidos dedos-. Damon. Padre de Reyes.

En un rincón, inadvertido, Mistral Thrax sostenía las manos abiertas ante sí y se miraba las palmas. Las marcas habían desaparecido, como si las cicatrices mágicas no hubiesen existido nunca.

-Estoy libre, -musitó el viejo enano-. Por fin estoy limpio... y libre.

Sin que nadie reparara en él, se volvió y salió cojeando del cuarto, utilizando la pica de un guardia como muleta. De repente le habían entrado unas ganas tremendas de tomarse una jarra de cerveza bien fría.

Libros Tauro
www.LibrosTauro.com.ar